

ediciones
del Genal

JUAN MIGUEL DE LOS RÍOS
**EL FIN
DE NOSOTROS**



FINALISTA PREMIO FERNANDO LARA

El fin de nosotros

Juan Miguel de los Ríos

Ediciones del Genal

The logo consists of a solid black rectangle. Inside the rectangle, the words "ediciones" and "del Genal" are written in a white, serif typeface. "ediciones" is on the top line and "del Genal" is on the bottom line, with the "del" being smaller and positioned to the left of "Genal".

ediciones
del Genal

Copyright © 2023 Juan Miguel de los Ríos

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este documento, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Esta novela quedó finalista del premio Fernando Lara bajo el título de Serendipia, y con el pseudónimo de Dole Mitha

Facebook: facebook.com/JuanMigueldeLosRiosOficial

Twitter: [@JuanMidelosRios](https://twitter.com/JuanMidelosRios)

Web: www.juanmigueldeLosRios.com

Diseño de portada: Antonio Soler Doña

El único viaje real del descubrimiento no consiste en buscar nuevos horizontes, sino en tener nuevos ojos.

Marcel Proust (En busca del tiempo perdido)

La mejor manera de predecir el futuro, es crearlo.

Peter Drucker

Un sutil pensamiento erróneo puede dar lugar a una indagación fructífera que revela verdades de gran valor.

Isaac Asimov

*Para mis hijos,
lumen vitae*

INFORMACIÓN PARA EL LECTOR

Querido lector,

Te embarcas en un viaje literario singular. A medida que avances en las páginas, recorrerás capítulos que harán cuestionarte el verdadero género de esta novela. Es importante que, por respeto a futuros lectores y a la esencia misma de la historia, evites revelar el final. La sorpresa y la revelación del desenlace son parte integral de esta experiencia; toda la trama culmina y cobra sentido con la última frase de la novela. Tras desvelarse este final, una relectura de la obra te podría dar una nueva y enriquecedora interpretación, donde descubrirías detalles y sutilezas que quizás antes te pasaron inadvertidas. Como decía Conan Doyle, "El mundo está lleno de cosas obvias que nadie, por alguna razón, se da cuenta nunca". La magia de esta novela radica en su descubrimiento, así que te pido que no desveles su desenlace.

Disfruta de la lectura, y del viaje :-)

GUIA DE PERSONAJES PRINCIPALES

Debido a la naturaleza de la trama, he incluido en la lectura una amplia variedad de nombres, personajes y roles. Soy consciente de que esta profusión puede resultar abrumadora y, en ocasiones, hasta distraer del hilo principal de la historia. Siguiendo el ejemplo del ilustre León Tolstoi, comienzo esta novela con una lista de los personajes principales, aquellos sobre los que gravita la esencia de la narración y a quienes te invito a prestar especial atención. Los demás personajes no los listaré. Están diseñados para enriquecer y dar profundidad al argumento. Con este resumen, espero facilitar tu inmersión en el relato y potenciar tu experiencia lectora.

Antonio Lorca. Director de la Unidad Central de Inteligencia Criminal, trabaja en la Comisaría General de Información de la Policía Nacional.

Susana Torres. Doctora en neurociencias por la Universidad de Barcelona.

Darío Montes. Agente del SAC, la Sección de Análisis de la Conducta de la Policía Nacional.

Cándido Ruiz. Es un destacado miembro de la Policía Nacional, especializado en la investigación de actividades delictivas relacionadas con las telecomunicaciones.

Xavier Brunet. Inspector del grupo de homicidios de la Policía Nacional de Valencia.

Anette Meyer. Agente alemana de la Europol y colaboradora en el Centro Europeo contra el Terrorismo.

Clara Robles. Investigadora del Hospital San Carlos, en Madrid.

Sebastián Briski. Investigador estadounidense de origen argentino, pionero de un revolucionario descubrimiento científico.

Miquel Arranz. Programador de software. Hacker.

1

El día amaneció cargado de nubes negras y llovió a mares. Lorca llegó empapado y de mal humor, cogió su taza, se sirvió un café y entró en su despacho del CGI, la Comisaría General de Información de la Policía Nacional. Javier Gómez, uno de los miembros del equipo que Lorca dirigía dentro de la Unidad Central de Inteligencia Criminal, se acercó y apuntó a una esquina de su mesa, informándole de que había llegado un sobre para él, lacrado. Lorca decidió apartarlo y recordó a Javier que se reunían en una hora para discutir el nuevo encargo que llegaba de arriba. Antonio Lorca acababa de cumplir sesenta años y le quedaba poco para jubilarse. Poseía un cuerpo robusto, con las espaldas anchas y los hombros caídos. Tenía una frente amplia, cejas gruesas, nariz achatada y un enorme hoyuelo en la barbilla. Sus ojos eran de un color azul claro intenso que aguaba su mirada. Era brusco y reservado, con pocos amigos. Su etapa de infiltrado en Euskadi lo convirtió en un personaje del que no había pistas, salvo el nombre en clave “Mountolive”, tomado de una de las novelas de “*El cuarteto de Alejandría*”. Circulaban muchas leyendas sobre él, aunque nadie estaba seguro de su veracidad.

Lorca giró el sobre y se fijó en el sello de lacre. Aparecía un extraño símbolo que le recordaba a una ilustración de un relato infantil.

– Es el Mago de Oz – escuchó la voz de Marcos Martín, otro integrante de su equipo –. El cuento de las baldosas amarillas y la niña cursi.

En el sello venía estampado un “Oz” de un color bermellón apagado. Lo olió y no percibió el olor a aceite de trementina. Con un cúter, abrió el sobre por un lateral. No figuraba ningún remitente, solo su nombre en el anverso.

– Lo entregaron en la recepción – le informó Javier–, a las seis y media de la tarde.

Lorca cerró la puerta de su despacho sin disimular su mal carácter. Cogió unos guantes de su cajón, se los enfundó y presionó el sobre con cuidado. Una hoja plegada de periódico cayó sobre la mesa. Se trataba de un recorte del diario ABC fechado el lunes 29 de junio de 1914. Junto al recorte figuraba una carta escrita con pluma estilográfica. Leyó las primeras líneas y se detuvo. Se conectó a la página web del diario ABC donde existía un acceso al archivo online del periódico desde su fundación en 1903, todo digitalizado y organizado por fechas. Halló lo que buscaba: la edición del 29 de junio de 1914. En la portada se mostraba una fotografía de la escritora Emilia Pardo Bazán. En sus páginas interiores se hablaba del asesinato del Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, en Sarajevo. Encontró la página digitalizada que coincidía con la que tenía entre sus manos. Se trataba de una colección de anuncios y esquelas.

Lorca tomó la carta. Por el aspecto dedujo que había sido escrita hace bastantes años.

Pensó que era una broma de mal gusto. Decidió continuar con la lectura.

Un hecho extraordinario sucederá en los próximos días. Cuando ocurra, te explicaré por qué. También te revelaré lo qué acontecerá después. Para que me creas, he puesto este anuncio dirigido a ti. Figura en el recorte del diario que viene con esta carta y lo hallarás bajo el título de “Y el Mago de Oz dice”. Cuando me visites, te explicaré todo lo que necesitas saber. Espero que me creas antes de que sea demasiado tarde.

Lorca volvió a la hoja del periódico y leyó el anuncio publicado un siglo atrás.

“Y el Mago de Oz dice: Dorothy no dejará que el hombre de hojalata tenga su corazón”.

Tian Wang Zhao, embajador de China en Berlín, miró su móvil *Xiaomi MI 5G* y revisó las reuniones de su agenda. Era mediodía y constató que disponía de tres horas hasta la siguiente. Decidió ir a almorzar, pero antes consultó su otra agenda, la que compartía con Wu Minxia, su secretaria, y se informó del restaurante donde almorzaría. Nunca era el mismo, ni la misma hora. Su servicio de seguridad le explicó que a partir de una rutina cotidiana resultaba más sencillo planear un posible atentado. El restaurante era el “*Ännchen von Tharau*”, situado en la otra orilla del río *Spree*, cercano a la embajada. La reserva estaba para las 13:00 bajo un nombre alemán: Herr Joseph Schwarz. Ni siquiera en los nombres de las reservas se seguía una rutina.

El embajador llegó con dos agentes de seguridad, se sentó, cogió la carta del menú y se dispuso a elegir: Ensalada de lechuga con salmón, ideal para los problemas de corazón que arrastraba desde hacía años. Relajó la posición de su espalda y miró al exterior. La luz quedaba tamizada por el día gris que se le abría desde dos inmensos ventanales situados enfrente. La calle no mostraba tráfico y los transeúntes caminaban desconectados del mundo que los rodeaba. Un extraño se situó frente a ellos, al otro lado del ventanal. No se distinguía si era hombre o mujer porque llevaba su cabeza cubierta con un sombrero. Sus gafas negras de sol le proporcionaban un aspecto inexpresivo. El embajador se inquietó y llamó a sus escoltas. Uno de ellos se giró para observarlo; el otro explicó que desde fuera no se veía el interior y que probablemente estaría mirando su reflejo. El extraño pegó su rostro al cristal y los escoltas se pusieron en posición de alerta. Tras unos segundos se alejó del ventanal, dio media vuelta y sacó un móvil del bolsillo; luego escribió un mensaje y desapareció. El embajador se tranquilizó. Sonaban de fondo los acordes de un Erhu, un violín chino que le inundó de melancolía. En la pantalla de su móvil saltó la notificación de una tarea con el asunto de “Muy urgente”.

Lo abrió, y su curiosidad se convirtió en pánico.

“*Vas a morir ahora, tres, dos, uno... ¡adiós!*”

Un clic seguido de una luz cegadora surgió bajo su asiento y lo arrojó por encima de la sala hasta reventar uno de los ventanales. Cayó sobre un coche estacionado al otro lado de la calle. Todo quedó recubierto por el polvo y solo se escuchaban los gritos de los clientes. El extraño del ventanal apareció entre el humo y se acercó al cadáver mutilado de Tian Wang Zhao. Se agachó unos segundos y colocó una nota a su lado. Se marchó sin prisa. Desapareció entre la multitud confusa y asustada que abarrotaba la calle. En la nota se leía:

“*My name is Dorothy*”

Lorca se despertó temprano. Las calles se vestían con la ligera penumbra que dejaba paso a las primeras luces del alba. Había pasado toda la noche en duermevera a causa de una tos que se estaba agravando; pensó que le tocaba visitar al médico. Tanteó su mesilla, dio con un cigarro junto a la radio, lo encendió y luego lo dejó bailando en sus labios. Fumaba dos paquetes diarios. Se levantó, se acercó a la ventana y estiró la espalda. Dio varias caladas y mareó el cigarro entre sus dedos sin mirar a nada. Observó la hora y encendió la radio: Informaban del asesinato del embajador chino en Berlín. Cada mañana se dedicaba a analizar las noticias más impactantes del día e intentaba, por oficio, resolver lo qué había pasado. Finalmente, se desentendió de la radio, entró en el baño, soltó una mueca de enfado ante el espejo y dijo un Me siento viejo. Se masajeó la cara y se miró en esos ojos claros que le dieron fama de guapo y bastante éxito entre las mujeres, hasta que un día conoció a Merche en el parque de El Retiro, con la primavera en ciernes. Ella paseaba con un libro en la mano que hablaba de un Ulises que no era el de *La Ilíada*. Con el tiempo entendió que, si leyó aquel libro, es porque estaba preparada para aguantarle a él, a su carácter rudo, sus silencios, sus horarios de trabajo y sus idas sin venidas. A la atmósfera de humo y estrés; a las semanas enteras sin verlo por casa; y cuando llegaba, nunca hablaba, solo dejaba entrever que algo se le había ido de las manos en alguno de sus operativos en Euskadi. Lorca solía contestarle con un No me hagas preguntas, Merche; encendía un cigarro y lo sostenía entre los dedos con la mirada perdida, siempre con una mueca de enfado y mala leche; sin ganas de poner las noticias para no enterarse de lo que ya sabía. Algunas madrugadas, Lorca se situaba al otro lado del espejo y se veía en el salón de su otra casa, la que compartió con Merche cuando estaban juntos. Apagaba el cigarro en un cenicero y se giraba hacia ella para sacarla de su soledad acompañada. Le hablaba de esto y aquello, o la escuchaba un rato. Aparcaba la bilis que le amargaba el aliento y la cambiaba por besos que no olían a tabaco negro, sino a Te quiero mi vida y No estés triste, que tenemos tantas cosas que hacer que si te las cuento me van a faltar dedos de las manos.

– Siempre fue nunca, Merche.

Lorca volvió en sí para escapar de aquel reflejo impostado. Se terminó de acicalar, regresó a la cama y escuchó la radio. Narraban los detalles sobre el asesinato del embajador. En el atentado fallecieron tres personas: el embajador y dos hombres de seguridad. Los heridos superaban la docena. Había sido un ataque de precisión porque la bomba solo afectó a su mesa. Lorca pensó que la habrían puesto bajo la silla del embajador. No comprendió cómo averiguaron en qué mesa almorzaría. Sospechó en complicidades, algún empleado del restaurante que cooperó, o un infiltrado de la propia embajada que pasó la información. Lorca entendió que esas pistas eran demasiado obvias. Se centró ahora en posibles asuntos de espionaje, agentes dobles o personal infiltrado; pero esa no era la manera de operar. Un asesinato efectuado de forma tan pública era una fuente de conflictos. Lorca se imaginó las tensiones que el atentado acarrearía.

La radio se hizo eco de una noticia de última hora. Se hablaba de un sospechoso que había dejado una nota junto al cadáver del embajador. El locutor comentó que en la nota venía escrito algo sobre “una tal Dorothy”, y remató la información con un toque macabro, porque después de años de espera, el embajador tenía un posible donante de corazón para su trasplante.

Chen Sūn, el jefe de seguridad de la embajada china, y Xen Yáng, agente experto en sistemas informáticos, se personaron en la escena del crimen. Los agentes de la Oficina Federal de Criminalística alemana habían acotado una zona de seguridad y les impidieron el paso. Los agentes alemanes habían accedido a las cámaras de seguridad y se confirmó que el sospechoso sabía dónde se situaba su objetivo. El análisis visual de los restos de la bomba presentó la primera pista: se trataba de un artefacto accionado por control remoto con ignición eléctrica. Chen Sūn no entendía cómo el asesino supo dónde y cuándo llevar a cabo el atentado, con el cuidado que tenían en la embajada para no tener rutinas. Xen Yáng le contestó que para no crear esas rutinas se generó una rutina en sí misma, y cayeron en una recursividad perniciosa.

Volvieron a la embajada para encontrar la base de esa rutina: su secretaria, Wu Minxia, organizaba la agenda del embajador todos los días, algo que en principio era lo habitual al ser su estrecha colaboradora. La agenda fue auditada y Wu Minxia puesta bajo arresto. Encontraron una tarea que fue registrada a la misma hora que estalló la bomba.

“Vas a morir ahora, tres, dos, uno... ¡adiós!”.

La secretaria se convirtió en sospechosa hasta que el visionado de las cámaras de seguridad la mostró comiendo a la hora en que se registró la tarea. Los responsables de la seguridad informática fueron llamados al despacho para un interrogatorio. Expusieron su plan de contención y el acceso que se disponía a todas las agendas para que se sincronizaran por la red. Yáng hizo un amago para intentar exponer su desconfianza sobre lo poco seguro que era compartir la agenda por red, pero los técnicos se le adelantaron para señalar que no era de acceso público y que los datos se encriptaban.

– ¿Y la *wifi*? ¿Qué controles disponemos sobre ella?

Los técnicos respondieron que empleaban una clave alfanumérica de 64 caracteres, muy compleja, y que solo una serie de ordenadores registrados en una lista de control accedían a la red *Wifi* de la embajada. Yáng se ausentó unos instantes de la habitación y trajo el *rúter*, lo encendió y lo conectó a su portátil. Pidió la clave de acceso, entró y se perfiló en su rostro la sonrisa de un matarife que afila su cuchillo.

Negó con la cabeza mientras chasqueaba la lengua.

– Uno de vosotros se preocupó por cambiar las contraseñas de acceso – les dijo –. Pensasteis que con eso era suficiente.

Xen Yáng accedió a la lista de ordenadores que podían conectarse; y ahí apareció: un equipo que nadie reconocía y que con seguridad era el dispositivo desde el que se espió la agenda. Reclamó todas las memorias USB existentes en la embajada.

– ¡Y busquen en todos los cajones!

Las memorias USB se apilaron en su mesa. Todas impresas con la misma serigrafía: *Ānquán Logictics*. Yáng apreció que uno de los USB era diferente y llevaba serigrafiado el escudo de la embajada.

– ¿De dónde ha salido?

El técnico que lo trajo informó que estaba en el cajón de Wu Minxia, la secretaria. Ésta fue de nuevo interrogada y contestó que lo había encontrado sobre su mesa. Pensó que pertenecía a la embajada. Yáng se dirigió a los técnicos y les señaló que había sido tan sencillo como dejar

una memoria USB con una serigrafía similar a la oficial.

Lo conectó a su portátil y accedió a uno de los ficheros mediante un editor de código binario. Le aplicó ingeniería inversa y sacó trazas que le proporcionaron varias pistas.

– Aquí observamos la forma en la que este archivo inhabilita la conexión wifi del ordenador y lo deja sin acceso de red. Eso obliga a introducir de nuevo la clave del *wifi*.

Wu Minxia le confirmó que perdía la conexión a internet con frecuencia y que los técnicos introdujeron la clave de acceso en varias ocasiones. Yáng sonrió al escuchar aquello. Dibujó rutas imaginarias sobre la pantalla y encontró otro código que se conectaba a una página web y enviaba lo que el usuario del ordenador escribía en su teclado.

– Así obtiene la clave y penetra en la red – concluyó –. Si prosigo encontraré otro código para atacar el *rúter* y obtener su clave de administrador. A partir de ahí nuestro atacante introdujo su equipo en la lista de conexiones permitidas. Se conectó cuando le vino en gana y desde un lugar exterior a la embajada.

Yáng se sobresaltó. Dentro del código encontró el mismo mensaje que en la agenda.

– ¡Sorpriente! Ahora entiendo por qué los antivirus no lo detectaron. Está elaborado a conciencia para atacarnos. Su programador es un genio. Expertos de este nivel sólo se encuentran en dos lugares: uno es la “*Web profunda*”, donde se encarga la programación de cualquier virus...

Yáng lanzó una mirada de preocupación a todos.

– ... El otro son los servicios secretos de algún país que ha querido atacarnos. Y eso lo hemos de averiguar de inmediato.

Lorca comprobó que había recibido varias llamadas de la Dirección Adjunta Operativa. Conocía ese número porque a lo largo de los años había visto desfilar a muchos directores y jefes. Con algunos fraguó una relación que sobrevivió a su carácter; y uno de esos supervivientes era Pascual Marín, recién nombrado director adjunto. Lorca se extrañó de la llamada, aunque a veces lo telefoneaba solo para preguntarle cómo estaba. Por un momento sospechó que se relacionaría con la carta y el anuncio que había recibido, aunque Pascual no se dedicaba a esos asuntos, y lo de atender investigaciones correspondía a las comisarías, no a la dirección adjunta. El teléfono sonó de nuevo y le contestó a Pascual que en unos minutos llegó y voy directo a tu despacho. Él le respondió que vale, que te espero con Diego Vargas, el comisario jefe de la Policía Nacional de Madrid. Lorca cogió el sobre de su mesa, subió a la última planta y se dirigió al despacho del director adjunto. Llamó con suavidad a la puerta y Pascual lo recibió con un abrazo. Diego Vargas se encontraba junto a la ventana, se acercó y le tendió la mano. Era de la misma edad que Lorca y vestía de uniforme, con las divisas de su cargo en las bocamangas. En los años 80, en los que Lorca trabajó de infiltrado en Euskadi, Diego Vargas fue de comisaría en comisaría subiendo en el escalafón hasta que, en los últimos años, con Lorca chupando escritorio en su oficina del CGI, ocupó el cargo de jefe regional de operaciones y finalmente ascendió a jefe superior de la policía de Madrid. Por el contrario, Pascual había abandonado las apariencias de un policía cuartelero y estilaba el aspecto de un político bien trajeado, con el pelo apelmazado de gomina y una sempiterna tez morena.

Pascual señaló las dos sillas frente a su mesa y los invitó a sentarse. Miró a Lorca antes de hablar.

– ¡A ver por dónde empezamos! – le dijo –. Todo esto resulta un poco confuso. ¿Conoces a una tal Susana Torres?

– ¿La debería conocer?

Pascual miró a Diego antes de continuar.

– Como te decía, todo esto es un poco confuso. ¿Estás enterado del atentado en la embajada china en Berlín?

– Lo estoy.

– Sabemos que los chinos han descubierto el modo en que accedieron a su red informática para conocer los movimientos del embajador.

Diego Vargas intervino.

– La policía alemana ha confirmado la presencia de un sospechoso en el lugar y a la hora del atentado. Dejó una nota junto al cadáver del embajador y se identificó con el nombre de Dorothy.

Pascual habló.

– Se cree que el nombre se relaciona con alguna organización criminal – dijo –. Había un preparativo muy sofisticado para acceder a los ordenadores de la embajada.

– Se trata de un ataque en territorio europeo – Diego intervino de nuevo –. Algunas sospechas apuntan a que detrás de esa supuesta organización se ocultan los servicios secretos de algún país, enemigo de China.

– No creo que esto nos afecte – interrumpió Lorca.

– Hasta ahora, no – le respondió Pascual –. Los chinos podrían denunciarlo como un acto de agresión hacia su país. A los americanos y rusos les chirriaría esa declaración porque se sentirían señalados.

– Y por eso los alemanes han preferido adelantarse – informó Vargas–. Han cursado una orden a la Europol para que se investigue el caso bajo el paraguas de terrorismo internacional.

– Esa orden de la Europol nos ha llegado a nosotros – continuó Pascual –. Investigaremos una serie de ataques informáticos que se efectuaron contra esa embajada desde España. Hemos activado la alerta terrorista.

Vargas desplazó su silla para colocarse frente a Lorca, igual que si fuese un careo.

– Hasta aquí el prólogo – afirmó –. Hace dos días, a eso de las once de la noche, una mujer se identificó como Susana Torres, y acompañada de un varón identificado como Joaquín Cervera, acudió a una comisaría de la Policía Nacional en Málaga para informar que uno de nuestros agentes disponía de información sobre un atentado que se produciría en breve.

Diego abrió una carpeta y extrajo unos documentos.

– Según aparece registrado en la hoja de denuncia – continuó –, Susana Torres fue identificada a través de su DNI. En el informe no se explica a qué atentado se refería. Figura un comentario entrecomillado de “no se aportan pruebas”. Dio el nombre del agente y también dónde estaba destinado.

– ¡Eres tú, Lorca! – soltó Pascual–. Que conste que no te relacionamos con los hechos.

Lorca miró a ambos con extrañeza.

– No me siento acusado – replicó.

Diego Vargas cogió su carpeta para mostrar un nuevo documento.

– Susana Torres facilitó una dirección por si queríamos contactar con ella. Le informó al agente que se producirían más atentados y que solo hablaría contigo. ¿Comprendes por qué te hemos llamado?

Pascual intervino.

– Al activarse la alerta terrorista, los protocolos nos obligan a atender cualquier aviso de atentado.

Lorca tomó unos segundos para procesar la información.

– No conozco a esa mujer – les dijo –, pero tengo algo que podría relacionarme con ella y el atentado de Berlín.

Pascual y Diego se miraron sin saber cómo reaccionar.

– Esta mañana sucedió algo que me alertó – continuó –. En realidad, todo empezó ayer.

Lorca sacó del bolsillo el sobre, pidió unos guantes, lo abrió y sacó el recorte de periódico y la carta. Los colocó encima de la mesa de Pascual y ambos la leyeron.

– No le di ninguna credibilidad – les explicó–, pero al escuchar las noticias esta mañana en la radio, algo me puso en alerta.

Pascual releyó la carta por si se le había escapado algún detalle. Se fijó en el anuncio del periódico ABC de 1914. Tomó su ordenador y abrió la web del periódico para buscar el recorte.

– No busques. Ya he comprobado que coinciden.

– ¿A dónde nos conduce esto? – preguntó Diego.

Lorca pensó su respuesta durante unos instantes.

– No sé qué información disponéis del atentado – respondió –. Yo os cuento lo que escuché en la radio. Existe un sospechoso grabado por las cámaras de seguridad que depositó una nota escrita junto al cadáver del embajador con la frase “Me llamo Dorothy”.

Pascual y Diego volvieron a mirarse.

– Ese nombre bastó para llamar mi atención – continuó –, pero quedaba un detalle. Se trata de una casualidad inverosímil que une el atentado con esta carta. El embajador esperaba un trasplante de corazón y ese mismo día apareció el donante. La frase del anuncio resonó en mi mente como un grito.

– *¡Dorothy no dejará que el hombre de hojalata tenga su corazón!* – Pascual y Diego lo enunciaron a dúo.

– Mi reacción fue la misma, pero las rarezas no acaban ahí.

Lorca cogió la carta y pidió a ambos que se fijaran en el papel del sobre y el sello de lacre. Ambos concluyeron que parecía auténtico y su antigüedad real.

– Esto requiere de un análisis pericial de la científica – concluyó Diego –. Es imposible que alguien te escribiera una carta hace más de un siglo.

Pascual hizo una llamada. En cinco minutos, la doctora Marta Rollán se presentó en el despacho. Rondaba los cincuenta años y era la bióloga que dirigía los laboratorios de la policía científica en Canillas. Considerada como la mayor experta en entomología forense del país, conocía a Lorca desde hacía años. Además de entomóloga, era una sólida experta en sus evaluaciones de documentoscopia.

– Contadme... ¿qué es eso tan importante que queréis que vea? – les preguntó.

Lorca le entregó el sobre, la carta y el recorte del periódico. Marta puso cara de contrariedad. Se colocó unos guantes y advirtió que un resultado definitivo solo lo daría un examen detallado en sus laboratorios, por lo que sugirió que precisaría llevarse los documentos para su inspección.

– Son todo tuyos – le respondió Pascual.

Marta manipuló la carta y el recorte, dándole vueltas y poniéndolo al trasluz

– Tiene un ligero olor a humedad – les dijo –. No es muy fuerte, pero sí apreciable. Realizaremos un estudio para determinar algún tipo de moho, aunque no percibo manchas de humedad. La carta y el nombre en el sobre son de distintos autores; cualquier aficionado en grafología lo demostraría. La trama del papel del periódico recuerda a los recortes antiguos. A primera vista resulta auténtico, pero ¿cuánto? Eso lo dirá un análisis pericial con un margen de error de un 20%. Sé que parece mucho, os veo el gesto. Si es un documento reciente, el error será de unos pocos días.

– ¿Cuándo tendrás los resultados? – preguntó Diego.

– Necesitaré unos días. Le daré prioridad absoluta.

Diego dio por terminada la reunión, se puso su gorra y acompañó a Marta. Pascual y Lorca quedaron solos.

– Mañana viajas a Málaga. Voy a asignarte a dos analistas fuera de tu equipo. A Darío Montes lo conoces desde hace años. Es psicólogo y uno de los mejores agentes que tiene el SAC, la Sección de Análisis de la Conducta. El otro será Cándido Ruiz; lo conoces menos. Es un hombre de confianza de Diego Vargas. Te proporcionará apoyo si existen actividades delictivas donde se empleen las telecomunicaciones. Me informarás tan solo a mí.

Lorca se sintió sorprendido con aquella orden, pero no cambió la seriedad de su gesto. Hacía dos décadas que no acometía un servicio fuera de oficina. Pascual entendió que aquel gesto de su amigo Lorca, serio y sin fijar la vista en él, venía cargado de demasiado silencio.

– Lorca, quiero recordarte que ese psicólogo que te mandó plantar los codos en tu mesa se jubiló hace unos años. No dejó ningún recado para ti. Se fue. La tal Susana Torres lo ha dejado claro: sólo hablará contigo. Te vas para allá, te enteras de qué pasa, regresas y me cuentas que se trata de una excéntrica y que todo ha sido pura casualidad. ¿De acuerdo?

Lorca mantuvo su gesto serio, y en silencio.

Sebastián Briski se atusó el flequillo para ocultar su marca de nacimiento. Se encontraba en la sala principal de conferencias de la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore, frente a una concurrencia que abarrotaba el recinto. No solo eran estudiantes; también le aguardaban numerosos investigadores atraídos por el deslumbrante artículo que publicó en la revista *Nature* y con el que cosechó un gran éxito y asombró a la comunidad científica. Lo que hubiera sido el titular de una publicación sensacionalista, al aparecer en *Nature* se saludó como la prueba de que la Humanidad había subido un peldaño en su propósito de superarse a sí misma. “*Reaching utopia: the suppression of all human diseases through brain modulation methods*” – Alcanzar la utopía: la supresión de todas las enfermedades humanas a través de métodos de modulación cerebral –.

Sebastián era hijo de una familia de inmigrantes argentinos que aterrizó con tres años en los Estados Unidos. Era alto, de porte atlético, pelo oscuro y ojos muy claros que llamaban la atención con tan solo fijarse en él. Su vocación investigadora se la transmitieron sus padres, ambos científicos que trabajaron en proyectos de genética molecular. Adquirió desde niño el hábito de la observación y creció con las asperezas de un cariño demasiado dosificado. Destacó en sus estudios y fue becado por la Universidad Johns Hopkins, donde se doctoró en bioquímica.

La mayoría de los presentes se hacían la misma pregunta: ¿Cómo se le ocurrió aquella idea genial que podría colocar la primera piedra de la cura de todas las enfermedades humanas? Sebastián accedió con su móvil a un escritorio virtual en la nube y lo conectó por banda ultraancho a una gran pantalla ovalada. Inició su conferencia afirmando que cuando uno vive alerta, es cuando los sentidos captan elementos que pasarían desapercibidos en otro momento.

– Buscaba un enfoque distinto en mis investigaciones y lo comencé a vislumbrar en tres momentos muy concretos. El primero fue una charla con mi amigo Marcus Berthier, de la Universidad de Buenos Aires. Mi amigo Marcus dirige una unidad de Neurología Cognitiva y me habló de algo que ya conocemos: Somos nuestro cerebro y lo demás, lo que observamos a alrededor, funciona por y para ese amo caprichoso de nuestro ser. Semanas después surgió el segundo de esos momentos. Aproveché mi estancia en Washington para asistir a unas conferencias de otro amigo mío, Víctor Giralt, especialista en ciberseguridad. Comentó que el objetivo de los primeros virus informáticos era atacar a los sistemas operativos para inutilizarlos. Eso provocaba que dejase de funcionar un teclado o la pantalla. El tercero de esos momentos llegó meses más tarde, mientras leía un ensayo sobre la II Guerra Mundial. Me topé con una anécdota que me resultó sumamente curiosa. Cuando los alemanes invadieron Francia, dispusieron de una herramienta que no había en muchos países: un mapa de carreteras publicada por la guía Michelin. El tiempo hizo que convergieran esas tres ideas y me llevaron a pensar en un planteamiento en principio irreal: las enfermedades eran ataques que buscaban desconectar el sistema operativo de nuestro cuerpo, el cerebro; y lo harían atacando órganos como el páncreas, el hígado o extendiéndose a través de los huesos. Mi idea no fue buscar enfermedades cerebrales, sino entender la manera en la que ese cerebro responde a un tratamiento cuyo objetivo es otra parte del cuerpo; es decir, mi idea era programarlo. ¿Y qué aportó la guía Michelin? Nuestra genética es nuestro mapa de carreteras. La medicina usa los tratamientos farmacológicos cuando el sistema inmunológico no ataja ese ataque. Creemos que la cura que es eficaz para un individuo

debe serlo para otro; y no siempre lo es. La genética de cada individuo nos indicará qué medicina le viene mejor, pero no podemos resolver todo con el método de ensayo-error porque serían años de prueba para cada paciente. Decidí usar algoritmos que generan una simulación matemática de una enfermedad y los ejecuté sobre ordenadores cuánticos. Apliqué un gran número de medicamentos que se convertían en las variables de ese algoritmo, y manejé otras variables del mismo algoritmo según la genética del enfermo. Obtuve de este modo el rango de fármacos que administramos a los pacientes. Hecho esto, observamos la respuesta de su cerebro con cada uno de esos fármacos mediante una resonancia magnética. Finalmente, comprobamos si ese cerebro mandó la orden para que ejecutase la curación. No fortalecimos su sistema de defensas; hemos programado unas instrucciones químicas para que ese cerebro cure a su propio cuerpo. Los experimentos se realizaron con pacientes que presentaban tumores en el hígado. Conseguimos que las células cancerosas no se extendieran a otros órganos y que el propio hígado, o mejor dicho su cerebro, bloqueara el crecimiento del tumor.

Sebastián efectuó una larga pausa y se quedó en silencio. Desconectó su móvil y la pantalla del auditorio quedó en blanco, con los asistentes expectantes, atentos a su reacción.

– Hemos programado un cerebro humano mediante interacciones químicas. Poseemos las bases de un nuevo lenguaje de programación cuyo uso no será ninguna computadora, sino nuestro cerebro. Podremos programarlo para que nos cure, pero también para que nos haga distintos. Hace unos días compartimos toda la metodología en Internet para que sea un conocimiento abierto de uso público. Es ahora cuando la comunidad científica deberá tomar el testigo.

El auditorio rompió con un sonoro aplauso. Sebastián miró al graderío y buscó a los agentes de la CIA que velaban por su seguridad desde hacía unos meses. El departamento de Seguridad Nacional de los EEUU lo tenía como un posible objetivo de los terroristas. Luego escudriñó en la primera fila, localizó a su madre y le dedicó una sonrisa gélida.

Apartó su mirada de ella y comenzó a contar: uno, dos y tres...

A Lorca le invadieron los recuerdos cuando atisbó las líneas de las montañas que asomaban sobre la planicie manchega. Se dirigía en tren hacia Málaga, y aquel viaje a lo incierto trajo a su memoria otras misiones en otros tiempos. Ya no distinguía si echaba de menos la acción o todo lo que había perdido de aquellos años. Nunca hablaba de su trabajo de agente infiltrado en Euskadi, y sólo una vez se sinceró con la gente de su equipo. Fue un día en que bajó la guardia y todos atisbaron los rincones oscuros en los que se movió.

– Sí, muchachos – les soltó –. Era una auténtica mierda de las grandes. Yo participé en la operación de Bidart en 1992, con los gabachos, que años antes nos escondían a los terroristas bajo la manga. Allí contemplé cómo desarmábamos por fin a la cúpula de ETA, la misma que llenaba telediaris con coches bomba día sí y día también. Os juro que fue nuestro Vietnam, pero en vez de jungla lo cambiamos por hayedos y robledales.

Una hora después, su tren entró en la estación María Zambrano de Málaga, donde el sol repartía una luz generosa. Un agente de la policía nacional le aguardaba en la salida. Entraron en un coche policial y se encaminaron a la comisaría provincial de la Policía Nacional, en un edificio repleto de ventanas y columnas. Se presentó ante el comisario principal jefe del Cuerpo Nacional de Policía de Málaga, Ignacio Pérez, y éste le trasladó la información que disponían de Susana Torres. Se reducía a su extraña declaración y a la toma de datos personales, entre los que se mencionaba el domicilio de un bar llamado “Andén”, en la plaza de Enrique García-Herrera.

Lorca pensó que aquel trabajo no ofrecía mucho recorrido.

– ¿Hay alguna declaración escrita? – preguntó –. Y el teléfono ¿han llamado para comprobar que el número es verdadero?

– Tomamos nota a pie de mostrador, insistió en su nombre y que solo hablaría con usted.

Lorca tosió con fuerza y levantó la mano excusándose. Después pidió que lo acercaran a la plaza.

– Los ataques informáticos a la embajada china son investigados por el SIGC – informó Ignacio Pérez –. Es un asunto de la Guardia Civil y ellos llevarán ese caso. Seguramente contactarán con usted.

Lorca se despidió sin mediar palabra y se dirigió en coche a la plaza de Enrique García-Herrera con la compañía de un agente. A los pocos minutos llegaron a la salida de un aparcamiento situado debajo de la misma plaza. Salió y observó que se trataba de un lugar rodeado por terrazas y pequeños comercios. Había un curioso reloj en una de las fachadas con doce campanas que descendían de mayor a menor tamaño. Inspeccionó unos segundos su entorno hasta que localizó el bar “Andén” a unos pocos metros. Entró en el local, dejó que su vista se acomodara al cambio de luz en un ambiente más oscuro, y después se acercó al hombre que atendía detrás de la barra. Era un tipo alto y corpulento, con un bigote poblado que recordaba a los forzudos del circo de inicios del siglo XX. El hombre reparó en Lorca como si lo reconociera y le preguntó si buscaba a Susana. Lorca afirmó con la cabeza. El individuo le dio la espalda, cogió un teléfono, charló durante unos segundos y le entregó una nota escrita.

– Soy Joaquín Cervera. Si quiere hablar con ella, irá solo y se asegurará que nadie lo sigue. Espero que Susana no se haya equivocado al elegirle. La casa se encuentra muy cerca y puede ir caminando. Aquí tiene la hoja del callejero que le guiará.

Joaquín se apoyó sobre el mostrador y le hizo una señal para que se acercara. Quería susurrarle algo al oído.

– No entenderá nada de lo que pasa, pero debe creerla.

– ¿Y usted quién es?

– Soy su protector – le respondió Joaquín.

Lorca se mantuvo serio. Salió sin entender qué había ocurrido en ese bar y por qué le dijo que lo habían elegido. Anduvo hasta la casa con las indicaciones del callejero: Avenida de la Rosaleda, 3. Se topó con un edificio de cuatro plantas sobre el que habían construido una especie de pagoda en la parte superior, de colores vivos, tejas verdes y decorado con azulejos y dibujos de soles. El portal se hallaba cerrado. Lorca llamó al número que indicaba la nota y se abrió la puerta. Una voz lo llamó desde su espalda. Lorca se giró y se encontró con un hombre alto y delgado que se cuadró para saludarlo.

– Buenos días, soy Jaime Camas – le enseñó la placa –, de los servicios de información de la Guardia Civil. Estoy asignado al equipo que investiga los ataques informáticos a la embajada china en Berlín. Soy su enlace en el caso de Susana Torres, por si existiera conexión entre ella y esos ataques informáticos.

Lorca disimuló el contratiempo y le devolvió el saludo.

– No fue fácil dar con usted – confesó Jaime –. En la comisaría me comunicaron que circulaba por aquí, y su compañero me ha dado algunas indicaciones. ¿Es éste el domicilio de Susana Torres?

Lorca no supo reaccionar.

– Es lo que intento averiguar.

– Entonces, vayamos a verla.

Jaime tomó la iniciativa y entró en el portal. No había ascensor y subieron a la última planta por las escaleras, luego se dirigieron hasta el final del pasillo. La puerta del apartamento apareció medio abierta. Lorca se pegó a la pared y echó mano de su pistola, con Jaime detrás. La empujó para abrirla y entró en el apartamento apuntando en todas direcciones. Al cabo de unos segundos bajó los brazos y enfundó su arma. El apartamento era diminuto y constaba de una sola habitación, un salón con cocina americana y cuarto de baño. En la cocina aún se veían los restos del desayuno sobre la encimera. Lorca tocó la cafetera para comprobar su temperatura, luego se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Observó un tendedero con un par de prendas colgadas. Miró en la habitación, ojeó la cama y revisó el armario. Después entró en el baño e inspeccionó el lavabo. Sin decir una palabra, salió del apartamento y recorrió el pasillo para observar las puertas de los otros inmuebles.

Jaime lo contempló todo desde el salón. Salió al pasillo y se colocó a su lado.

– Me resulta sospechoso que alguien huya cuando llega la policía – le dijo el guardia civil –. Podríamos cursar su arresto.

– ¿Acusándola de qué? No la hemos visto escapar. Tampoco sabemos si en realidad vive aquí.

Lorca comenzó a lamentarse por haber subido con él. Decidió bajar, se marchó hacia el coche patrulla y pidió a su compañero que lo trasladara a la estación de tren. Jaime se acercó para despedirse, Lorca fue parco en palabras y le respondió con una mueca de enfado. Se pusieron en marcha.

Había varios detalles que a Lorca no le encajaban. Solo vio ropa de hombre colgada en el tendedero. Cuando repasó la habitación vio que la cama era de matrimonio, aunque en el armario solo había ropa masculina de talla grande. En el lavabo del cuarto de baño encontró un cepillo de

dientes y un bote de espuma de afeitar. Allí vivía una única persona y sospechaba que era Joaquín Cervera, el barman que lo recibió en el bar Andén. Pero, por otro lado, la cafetera estaba ligeramente caliente; alguien acababa de tomarse un café. Por último, la disposición de las puertas del pasillo no le encajaba. Las distancias entre una puerta y la siguiente no coincidían con el tamaño del apartamento; y a primera vista no había más salida que la escalera por la que subieron. Susana debía estar escondida en algún lugar de ese apartamento. Lorca decidió regresar. Pidió a su compañero que lo acercara a una parada de autobús. Sacó la hoja del callejero que le entregó Joaquín, preguntó dónde se encontraban, e informó que el regreso a la estación de tren la efectuaría a pie. Se despidieron, miró el plano y comenzó a moverse por el casco antiguo de Málaga en dirección a la casa de Susana Torres.

Tardó unos minutos en volver al portal y se aseguró que no le vigilaban. Llamó al portero electrónico, aunque esta vez eligió otro piso y se anunció con el infalible “soy el cartero”. Subió a la última planta, se acercó a la puerta del apartamento y comprobó que seguía abierta. Entró y la cerró con fuerza para que se escuchara el portazo. Después se anunció a viva voz en mitad del salón.

– Quiero hablar contigo. Soy Antonio Lorca. Recibí tu mensaje y aquí me tienes. Sé que andas oculta. Te aseguro que he venido solo. Confía en mí. Si no sales ahora, me marcharé y no atenderé a tus peticiones.

Durante un minuto reinó el silencio y solo se escuchaba la respiración de Lorca. De pronto, se oyó un crujido en la habitación. De la nada se abrió una puerta camuflada entre el gotelé de la pared, junto al armario. Una luz intensa rompió la penumbra y apareció una mujer delgada, de unos cincuenta años, bien parecida, que aún mantenía parte del atractivo de su juventud; con el pelo recogido en un moño y unos ojos verdes que brillaban entre los claroscuros de la habitación.

– Hola Lorca, soy Susana Torres. Te esperaba desde hacía mucho tiempo.

Dima Gólubev acababa de reunirse con su cónsul honorario, Carlos Verdú, en Valencia. Aprovechó una estancia informal en la ciudad para visitarlo y ahora paseaba por la calle hacia su coche, un Jaguar modelo I-Pace eléctrico que adquirió en Londres dos años antes. Apenas lo utilizaba porque siempre empleaba el vehículo oficial de la embajada. Hoy lo había llevado para enseñarlo a una posible compradora; cometió la imprudencia de venir sin escolta. A sus sesenta años cumplidos, pecho ancho y hombros grandes, aún se adivinaba lo que fue: un púgil de éxito de la región de Abjasia que peleó en los mejores ring de la extinta URSS en la categoría de semipesado. Llegó a ser campeón en varias competiciones nacionales y logró una exitosa participación en las Olimpiadas de Moscú. El calor apretaba y Dima aligeró el paso para disfrutar del interior fresco de su coche, activó el aire acondicionado y luego condujo en dirección a la plaza de toros de Valencia. Finalmente entró en los aparcamientos de la Estación de tren del Nord, conectó su Jaguar a una toma de corriente y salió a la puerta principal. Comprobó su hora con el reloj que coronaba la fachada principal de la estación.

Al cabo de unos minutos apareció una mujer de unos cuarenta y cinco años, ataviada con un vestido claro sin mangas de Dolce & Gabbana, gafas oscuras y el porte de una mujer que no estaba dispuesta a que el tiempo la derrotara. Ambos se presentaron, hablaron durante unos minutos en inglés y luego ella solicitó conducir el vehículo. Dima aceptó encantado y circularon por las avenidas de la ciudad durante una hora; después comieron cerca del puerto de Valencia, en el restaurante *La baie*, donde disfrutaron de un marisco exquisito.

Dima habló todo el tiempo con una voz grave y reposada, en un inglés con acento de locutor de documental de la BBC. Su voz resultaba seductora.

Susana Torres dejó atrás la penumbra y emergió de la habitación. Lorca esforzó su memoria para asegurarse que no la conocía. Las líneas de su rostro eran armoniosas y su pelo ostentaba unos ligeros matices grises resultado de la coquetería más que del descuido. Sonreía y lo miraba con firmeza, en una combinación de encanto y seguridad. Sus ojos proyectaban una mirada luminosa. Su cuerpo delgado y bien proporcionado se movió alrededor de Lorca sin reparar en las distancias. En su mano no portaba anillos ni alianza. Desprendía una sobriedad espartana, sin pendientes ni abalorios, solo un ligero maquillaje que acentuaba sus ojos. Una elegancia simple, bella y sin artificios.

Lorca se ruborizó al enfrentarse a una mirada tan femenina y segura.

– Sé que deseas desvelar tus interrogantes – se anticipó con una sonrisa–. No las contestaré todas; al menos hoy.

Susana retornó a la puerta por donde salió y Lorca la siguió. La nueva estancia mostraba un salón bien iluminado que formaba parte de otro apartamento, sin salida a la calle. Las ventanas eran enormes y se vislumbraba un paisaje colmado de azoteas y tejados a dos aguas. No había cocina, pero contaba con dos habitaciones y un cuarto de baño. Una de esas habitaciones permanecía cerrada y en la otra se apreciaba un dormitorio. El salón servía de despacho, con una pequeña mesa, un portátil y una impresora. Las paredes estaban cubiertas con recortes de periódicos y en ellos aparecían partidas de ajedrez con jugadas idénticas. Lorca miró a un lado de la mesa y observó un tablero de ajedrez medieval con las piezas dispuestas en la misma distribución que los recortes. Se quedó unos instantes observando el tablero. Siendo aficionado al ajedrez desde niño, le gustaba memorizar jugadas e identificó “*la defensa india de dama*” por parte de las blancas. Varias columnas de libros se apilaban alrededor y daban un aspecto desordenado al apartamento.

Lorca se sentó, sacó la grabadora y la depositó sobre la mesa.

– Lo que te cuente, no se grabará – le impuso ella.

– ¿Y, por qué?

– Es una condición que pongo.

Lorca dejó pasar unos segundos, aceptó y apartó la grabadora a un lado, apagada.

– Tampoco revelarás este escondite – continuó –, a menos que las circunstancias te obliguen a ello.

– Dime para qué estoy aquí.

Susana se mantuvo en silencio, cerró la puerta y se sentó junto a él. Lorca le informó de que la Guardia Civil la buscaba.

– Quieren conocer tu aparente relación con los ataques informáticos a la embajada china – le dijo.

– ¡Ataques informáticos! No entendéis nada.

– Quizá puedas ayudarme. ¿Cuál es tu relación con el atentado de Berlín?

Susana hizo un gesto para que se esperara.

– No tengo nada que ver con ese atentado – le respondió –, pero debemos evitar lo que vendrá a partir de ahora.

– ¿Qué viene ahora?

Ella levantó sus manos.

– Necesito que me concedas una pizca de tu paciencia – le dijo–. Antes debo contarte algo inverosímil, aunque has de creerme. Es importante que me creas.

– ¿Empezamos por quién es Dorothy? Encontré una relación muy peculiar entre el anuncio que me enviaste y el embajador.

Susana cerró los ojos como si quisiera bucear en su respuesta.

– La pregunta debería ser qué o quién es Dorothy. No puedo explicártelo sin relacionarla con otros muchos acontecimientos.

Lorca asintió con la cabeza.

– Esta historia podría parecer el relato de una enferma mental – continuó –. Lo admito y soy consciente. Al principio no entenderás el modo en que se conecta lo que te explico con lo que está ocurriendo.

Lorca se quedó perplejo y apenas disimuló su enfado.

– No me esperaba una respuesta tan ridícula – contestó.

– Necesito que me escuches. Cuando termine, tú decidirás si me crees.

Susana encendió su portátil y le mostró una foto de Tian Wang Zhao, el embajador chino asesinado en Alemania. Lorca se intranquilizó.

– Encontraste la relación entre la frase del hombre de hojalata y el embajador chino, pero no sabes que esa relación va más allá de un corazón y de una cita del Mago de Oz.

Susana le mostró en la pantalla imágenes con personajes históricos de todas las épocas, mapas antiguos, pinturas de batallas y fotos de las dos guerras mundiales. La secuencia de imágenes se sucedió sin un orden aparente. La última fotografía volvió a mostrar a Tian Wang Zhao.

– Todas estas imágenes tienen una relación estrecha con el atentado, aunque lamento decirte que la realidad es más compleja y extraña.

– ¿Más que esto?

– Sí, lo es. La Historia se escribe con la información que tenemos de los hechos – continuó –, sin embargo, hay narraciones que no conocéis y que os harían ver la Historia de otra manera. Descubriríais que Alejandro Magno tuvo que morir joven para que su imperio se repartiera entre sus generales, o que Teodosio I debió fallecer para dividir y enfrentar al Imperio Romano. O que Carlos II de España debió morir sin descendencia para provocar una guerra por su sucesión. Son las pequeñas historias que hay detrás de la gran Historia. Tian Wang Zhao es solo un apunte más en una de esas pequeñas historias.

Susana se levantó y se marchó a una librería que había al fondo, recogió un enorme cartapacio y lo puso sobre la mesa. Lorca lo abrió y observó el contenido, en silencio.

– No te explicaré lo que contienen estos documentos porque nos llevaría días. Aquí se hallan escritas algunas de esas pequeñas historias que nadie conoce.

– ¿Son tan antiguos como parecen?

– Sí.

– Solo son copias bien realizadas.

– No. Son los originales.

Lorca observó los documentos. No lograba descifrar lo que había escrito en ellos.

– ¿Y de dónde los has sacado?

– No puedo decírtelo – le contestó –. Aún no estás preparado.

Eran las 14:00 horas y el recepcionista del hotel Maxor, Edison Carvajal, intuyó que algo no marchaba bien. Lo supo cuando vio salir a la misma mujer que preguntó por la habitación número 15 unos minutos antes. El hotel, situado en el Carrer de la Pau, en el centro de Valencia, alquilaba sus habitaciones por horas y disponía de suites con jacuzzi, o con la posibilidad de solicitar champagne *Gran Millesime*. El recepcionista estaba acostumbrado al trasiego de personajes de alto poder adquisitivo que registraban su nombre y después aparecía su pareja preguntando por la suite. Todo se basaba en la discreción y los clientes aprovechaban las horas o ampliaban su estancia si todo transcurría mejor de lo previsto.

Lo que nunca le había ocurrido al recepcionista era que alguien se marchara tan rápidamente y con las manos ensangrentadas. No las vio hasta que la mujer las estampó en el cristal de la entrada.

El empleado salió corriendo del hotel y trató de localizarla. Un minuto más tarde regresó a recepción, contactó con la habitación reservada a nombre de Dima Gólubev, y a continuación llamó a la policía.

Susana señaló su portátil y le mostró la imagen de un cielo moteado por millares de estrellas. Lorca frunció el ceño.

– ¿Has oído hablar del determinismo histórico?

Lorca se soliviantó.

– Sí, y es una teoría muy discutible. Propone que todo lo que ha sucedido en la Historia está casualmente predestinado.

– Créeme – replicó ella –, cada acontecimiento histórico está conectado a una causa y un efecto. Lo que te muestro en esta fotografía es la causa común que determinó nuestra Historia.

– ¿El Universo?

Susana se detuvo para proporcionar más énfasis a sus palabras.

– Así es. Te relataré unos sucesos que tratan sobre la chispa que transformó la vida y nos convirtió en seres pensantes. Y te contaré cómo todo eso nos conduce hacia Tian Wang Zhao.

Lorca se levantó de la silla con gesto de incredulidad.

– No sé si quiero continuar con este disparate – le avisó.

– Te advertí que parecería el relato de una enferma mental.

Lorca se tomó unos segundos, le concedió una tregua y se sentó. Susana dirigió una mirada a la pantalla de su ordenador. Permanecía la fotografía moteada de estrellas.

– El universo se rige por tres normas que se sitúan por encima de las leyes físicas – continuó –, Son normas de comportamiento. La primera norma es que el universo es cruel y por tanto crea mundos crueles. La segunda norma es que sus formas de vida deben perpetuarse por encima de cualquier otra razón.

– ¿Cazadores y presas?

– No –respondió ella –, No hablo de la competencia de los seres vivos. Hablo de la lucha entre los mundos por perpetuarse.

Lorca guardó silencio.

– Existe una tercera norma – continuó –, la más importante: la expansión. Las dos primeras normas fueron establecidas para que los mundos cumplieran con la tercera.

Lorca asumió su desconcierto y sintió ganas de finiquitar la conversación. Susana intuyó su exasperación.

– Todo esto desemboca en nosotros – prosiguió –, en ti, en mí y en todos los que estamos, estuvimos y estaremos en este mundo. Para el cumplimiento de esa tercera norma, nuestro mundo permitió la aparición del ser humano. Somos la vanguardia de la Evolución y no nos hallamos en la Tierra por azar.

Lorca se levantó de nuevo, con gesto de incredulidad. Susana hizo una nueva pausa para darle tiempo a que asimilara la información.

– Vuelvo al universo – continuó –, Si le pidiese a alguien su definición, me dirá que son las estrellas y sus planetas. Muchos me hablarán de las leyes de la Física que lo rigen.

– Ahora me contarás que no es así.

– Lorca, siéntate.

Él la miró serio.

– No continuaré con esta farsa.

– Te advertí que no entenderías en qué se conecta todo esto con el atentado. Necesito explicarte muchos detalles inconexos que te resultarán extraños; pero te demostraré que no lo son.

Lorca se sentó, sin modificar su gesto.

– Hay una fuerza que se escapa al guion mecanizado del universo – prosiguió –. La vida es esa fuerza que lo modela; es causa y razón por la que existen las tres normas. Su fuerza es tan poderosa que nos creó con un propósito. Los que piensan que estamos aniquilando nuestro mundo están equivocados. Estamos creando la versión final de una nueva Tierra a partir de los escombros que heredamos de las extinciones anteriores.

– ¿Las extinciones anteriores? – Lorca se inquietó.

– También te lo explicaré, dame tiempo.

– Estabas en lo cierto. Tus ideas parecen de una loca.

Susana clavó su mirada en él, segura de sí misma. Le mostró en el portátil un dibujo de los esqueletos de un hombre, un gibón, un orangután, un gorila y un chimpancé.

– Fíjate en nuestros primos, los simios, y no hallarás ninguna inferioridad anatómica. Podríamos haber convivido en perfecta armonía, pero surgió un momento donde la naturaleza rompió esa armonía y se puso en peligro a sí misma. Apareció una especie que trajo una característica novedosa.

– Si vas a hablarme de un plan para crear al hombre, tampoco escucharé esas tonterías.

Susana se quedó en silencio y miró de frente a Lorca.

– No pienso contarte nada de eso – le dijo –. Te explicaré qué te ha traído a esta habitación, por qué te mandé la carta, y por qué hay que detener a Dorothy.

El inspector Xavier Brunet, del grupo de homicidios, hizo valer su presencia contundente al presentarse en el hotel Maxor. Rondaba los cincuenta años, pelo corto y sin canas; con buena percha y bien vestido. Lo complementaba su aspecto, casi metro noventa de altura con un ligero sobrepeso, barba poblada y bien repasada. Unos minutos después apareció un coche de la policía nacional con dos agentes. Entraron al hotel, desenfundaron sus pistolas y se dirigieron junto al inspector a la habitación 15. La puerta permanecía abierta y las manchas de sangre se extendían hasta las paredes del pasillo. Xavier levantó su arma y entró el primero, con los agentes detrás; revisó el baño e inspeccionó el armario. Después se agachó y miró bajo la cama para comprobar que no había nadie o nada sospechoso. El cuerpo yacía sobre el colchón, vestido y boca arriba, pero con las piernas cruzadas en una postura forzada, con las rodillas giradas hacia el suelo.

Media hora más tarde se personó Álvaro Roldán, forense de la policía científica. Conversó con Xavier y se aproximó al cadáver para examinarlo.

– Piel aún tersa y sin grisuras. No hay manchas púrpuras en las zonas bajas del cuerpo y tampoco palidez en los labios. La causa de la muerte es un disparo a quemarropa con un arma de pequeño calibre. Orificio de entrada con forma ovalada en la frente y quemadura producida por la llamarada de deflagración. El arma no estaba en contacto con la piel, pero sí a menos de 30 centímetros. Le dispararon desde arriba cuando se hallaba postrado en la cama. La muerte se produjo no hace más de noventa minutos.

– Concuerda con la declaración del recepcionista – confirmó Xavier –. Su entrada se registró hace dos horas. Aparece inscrito como Dima Gólubev, nacionalidad rusa. No tenemos su documentación para comprobarlo.

Xavier inspeccionó el cadáver más de cerca.

– También nos explicó que se presentó una mujer que no se registró, que para eso utilizan estos nidos de amor clandestinos. Preguntó por la habitación y subió. Unos minutos después huyó y dejó marcas de sangre en el pasillo y la puerta de salida. He mandado analizar las imágenes de seguridad a ver qué pistas pueden surgir.

– La postura de su cuerpo es rara – intervino Roldán –. Fíjate en la posición de sus piernas: cruzadas y sus rodillas hacia abajo; sin embargo, el tronco está girado hacia arriba. Se encontraba bocabajo y alguien lo giró.

Xavier se tocó la barba y gesticuló su desconcierto.

– Un disparo como ése – murmuló –, a bocajarro y en la frente, nunca dejaría el cuerpo bocabajo.

– Buscaban que la mujer lo hallara en esa postura.

– ¿Para qué? – preguntó Xavier.

– Quizá para que, al girarlo y comprobar que lo habían asesinado, armase jaleo y el asesino saliera sin ser detectado.

– Cerraremos los accesos del hotel – propuso Xavier –. Chequearemos los registros de entradas con las identidades de los huéspedes.

– Muchos no se habrán registrado. Como señalaste antes, para eso vienen a estos hoteles.

Roldán desabrochó la camisa del cadáver y desveló un enorme hematoma sobre el esternón.

– Fíjate – dijo –. Alguien lo sorprendió cuando abrió la puerta. Le propinó una fuerte patada en el tórax, lo lanzó hacia la cama y le descerrajó el disparo.

Xavier, y un agente de la científica llamado Lluís Peret, bajaron a recepción y visionaron las cámaras de seguridad. Aceleraron las imágenes hasta después de la entrada de Dima Gólubev. Observaron que había ocurrido un hecho que distrajo la atención del recepcionista.

– ¿Qué pasó en ese momento? – preguntó Xavier.

La cámara mostraba una nube de humo junto a la entrada. La cinta solo registraba la imagen, pero no captó el sonido.

– Salí de recepción para comprobar qué ocurría – contestó Edison –. Alguien lanzó una traca de petardos junto a la puerta. Provocó un ruido infernal y una fuerte humareda.

En la cinta apareció una imagen que llamó la atención de Xavier y Peret. Durante el fragor de la traca, entró alguien en el hotel sin ser visto. Era imposible identificarlo.

– Les juro que no lo vi – admitió el recepcionista.

Xavier paró las imágenes y pidió que le entregaran los archivos con los registros de la grabación.

– Disculpen mi entrometimiento – Edison titubeó –. Yo de las investigaciones no entiendo mucho, pero... ¿cómo supo el extraño en qué habitación se alojaba su víctima?

Todos se miraron sorprendidos. Aquella incógnita lo complicaba todo.

Roldán los llamó desde el piso de arriba.

– ¡Vengan a contemplar esto!

Xavier subió y entró en la habitación. Había un mensaje escrito con cera roja en el cristal de una de las ventanas. Apareció al descorrer las cortinas. Se trataba de una palabra escrita en inglés con trazo firme: *COURAGE* – valentía –.

– Hay algo más – avisó Roldán –. Hallamos una tarjeta de memoria y la cartera del difunto en el cajón de la mesita de noche. Hay una credencial diplomática.

Xavier se colocó unos guantes y leyó la credencial.

– ¡Es el embajador de Rusia en España!

Susana señaló la pantalla y recorrió con el dedo toda la fila de homínidos.

– Estos esqueletos son adaptaciones al medio en el que viven – le dijo –. Sin embargo, un día, uno de ellos se irguió sobre sus piernas e inició su camino de bípedo. Experimentó un proceso de encefalización sin que ningún elemento de su ecosistema lo empujara a desarrollar su cerebro. Apareció una característica inédita desde que la vida existe sobre la Tierra. La naturaleza creó un ser vivo capaz de destruirla; algo que ninguna otra forma de vida podría conseguir.

Lorca sintió ganas de intervenir.

– Algún día surgirá una pandemia que devuelva el equilibrio perdido.

Susana endureció su mirada.

– La naturaleza nunca buscará aniquilarnos – le contestó –. La vida es contagiosa e invasiva más de lo que imaginas. Cada mundo pugna por expandirse dentro de un mecanismo semejante a un sistema de esporas, y por eso su propósito hacia nosotros es bien distinto.

– Encuentro una paradoja. Si eso fuese así, nunca nos caerían meteoritos.

Susana sonrió.

– Antes te mencioné que estamos creando la versión final de una nueva Tierra a partir de los escombros que heredamos de las extinciones anteriores.

– Y me lo ibas a explicar.

– Las extinciones son las herramientas que el universo utiliza para devolver los contadores a cero.

Lorca esbozó su asombro y Susana se reclinó en la silla antes de continuar.

– No hay mayor desperdicio de energía para un planeta que perpetuarse en un ecosistema sin posibilidades de expandirse. Los dinosaurios estuvieron 160 millones de años en la Tierra sin que naciera un individuo capaz de saltar a la etapa tecnológica. La Tierra era un hermoso zoo para reptiles. Cuando llegó el momento de afrontar la catástrofe cíclica, la Tierra no disponía de una respuesta tecnológica para defenderse. El marcador regresó a cero e inició un nuevo experimento evolutivo. Ha sido de este modo hasta que algo o alguien detenga la siguiente extinción programada.

Lorca suspiró.

– Me dices que el universo utiliza las extinciones para que solo prospere la vida si deriva en inteligencia tecnológica.

– Así es – confirmó –. El universo es cruel, esa es la primera norma, y cuenta con mecanismos para que la vida se extinga una y otra vez hasta dar con esa singularidad de la inteligencia.

Susana se desentendió del portátil.

– ¿Se salvaría la Tierra si un meteorito de potencia devastadora se dirigiera hacia nosotros? – preguntó ella.

– Me imagino que lo lograríamos gracias a la tecnología humana.

– ¡Ahí está! Se cumple con la segunda norma: los mundos crean la vida para perpetuarse. Ahora estamos en nuestra adolescencia tecnológica, y si la superamos cumpliremos con la tercera norma.

– ¿La expansiva?

Susana mostró satisfacción. Lorca, por fin, comprendía sus explicaciones.

– Algún día nuestro sol se apagará – le dijo –. Para entonces la vida en la Tierra habrá viajado a otros lugares del universo a través del hombre. Imagina cómo serán los girasoles cuando broten en los campos de un nuevo mundo iluminado por dos estrellas. Allí donde el ser humano deje su huella, lo hará con la idea de que es el triunfo de su especie, pero se equivocará; será el triunfo de la Tierra. Nacimos a la vida para cumplir con esa gran verdad que anunció la serpiente a Eva: *Eritis sicut dii...* Y seréis como dioses. Construiremos nuevas Tierras a nuestra imagen y semejanza.

Susana se tomó unos segundos. Miró a Lorca sin pestañear antes de lanzarle una nueva pregunta.

– ¿Sabes qué ocurrirá si no llegamos primero?

– No sé si quiero descubrirlo.

– Te lo diré – continuó Susana –. Las normas del universo son iguales en todos los rincones. Son crueles, buscan su perpetuación y expansión. Si no alcanzamos esos mundos, vendrán al nuestro, y no será agradable. Confiar en la bondad de la inteligencia es tan inocente como pensar que un tigre se comportará igual que un peluche. En ese momento solo dispondremos de dos opciones: ser osos o vacas. ¿Sabes la diferencia?

Lorca permaneció inmóvil.

– Los osos desaparecieron allí donde ha medrado la raza humana; las vacas prosperaron a la par que el hombre. Si ellos llegan primero, nuestro futuro será exterminarnos o prosperar. Si ocurre lo segundo, ya sabes quién figurará en el menú del día.

Lorca se levantó de su asiento.

– ¿De qué modo se relaciona tu relato con el atentado de Berlín?

Susana tecleó una dirección en su navegador y apareció una partida de ajedrez.

– No todas las civilizaciones superan su adolescencia tecnológica – le respondió –. Una confrontación global nos retrocedería a una segunda Edad Media; o peor: no detendríamos la siguiente extinción programada. Si eso ocurre, el mundo se encargará de aniquilarnos y procederá a un nuevo experimento evolutivo. Quién sabe qué inteligencia nos sucederá y qué pensarán cuando desentierren nuestros huesos junto a un montón de cachivaches.

Lorca se enfadó.

– Ahora me soltarás que el atentado de Berlín busca esa confrontación.

Ella se desentendió de Lorca y mantuvo su mirada en la pantalla del portátil.

– ¡Lo ha hecho de nuevo! –exclamó inquieta.

Susana se acercó al tablero de ajedrez y movió un peón blanco. Después jugó con negras y movió un caballo para comer al peón. Dejó la partida tal como aparecía en su portátil y contempló la jugada durante unos segundos, todavía presa de la agitación. Lorca no entendió nada. Ella se marchó a una de las habitaciones, la que permanecía cerrada, y regresó con un sobre en la mano similar al que Lorca recibió en su oficina en Canillas.

– Esto es para ti. Ahora vete. Continuaremos otro día.

Lorca empezó a abrirlo. Ella lo detuvo.

– ¡No lo abras! – dijo –. Tan solo ábrelo si decides seguir adelante.

– ¿Qué ocurrirá si lo abro?

Susana dejó que el silencio los envolviera unos segundos.

– Espero que me creas y regreses a verme – le respondió.

Lorca la contempló estupefacto. A esas alturas no la tomaba en serio, ni tampoco

encontraba un motivo coherente para detenerla.

– Llevamos esperando este momento desde hace siglos – continuó Susana –. Es el último salto que nos queda.

– Vaya... ¿y dónde se habla de semejante plan?

Susana lo miró decidida.

– Confía en mí – le contestó –. Yo he vivido a lo largo de todos esos siglos.

Sebastián Briski y su equipo revisaron las imágenes del cerebro de un paciente de sesenta años que padecía leucemia mielógena. Se hallaban en el Centro Clínico del National Institutes of Health en Bethesda, Maryland, donde solo se aceptaban a pacientes procedentes de otros ensayos clínicos. El equipo consultó los datos obtenidos a partir de un modelo algorítmico de la enfermedad, desarrollado por matemáticos de la Universidad de Nevada, en Reno. Los resultados fueron esperanzadores. El cerebro comenzó a enviar instrucciones que vislumbraban la recuperación del paciente sin la necesidad de aplicarle quimioterapia ni inhibidores. Los miembros del equipo se relajaron y se escuchó un amago de aplauso. El ensayo no estaba finalizado, aunque era el quinto paciente que arrojaba los mismos resultados al aplicarle ese modelo de tratamiento. Sebastián felicitó a su equipo, hubo abrazos y unas palabras de agradecimiento para los matemáticos de la Universidad de Nevada. Se había dado un paso más para la cura de una de esas enfermedades que arrinconaban al ser humano. La aplicación del “Método Briski” por parte de la comunidad científica daba sus primeros resultados y se descubrieron nuevos “*juegos de instrucciones*” que ampliaban el lenguaje de programación para el cerebro. Diversos equipos médicos lo aplicaron en estudios sobre enfermedades del pulmón, la próstata, el colon y el páncreas. Se iniciaron los primeros ensayos clínicos para la prevención del Alzheimer y el Parkinson, y se lograron retrasar los trastornos degenerativos para que una persona, con una esperanza de vida normal, nunca llegara a padecerlos. El mundo científico postulaba a Sebastián para el premio Nobel, aunque él procuraba alejarse del ruido mediático de cada logro obtenido a través de su método; y por eso, tras lograr un nuevo éxito en este ensayo clínico, siguió con su costumbre: se marchó a su despacho, cerró la puerta y se mantuvo en silencio aislado de las celebraciones de su equipo.

Cerró los ojos, contó uno, dos, tres, y su mente lo devolvió a los recuerdos de su niñez y de su madre, con ella a su lado y él con la cara tapada; ambos bajo la luz de una lámpara que dibujaba figuras en el techo. Uno, dos y tres; y comenzaba el juego donde ella le borraba su marca de nacimiento en la frente, igual que si fuera una mancha de chocolate. Para Sebastián, su madre y su infancia eran una misma cosa. Su padre, el doctor Julián Briski, fue una tenue gota de agua que apenas caló en su niñez. Era un hombre cariñoso al que su trabajo le robó un tiempo que debieron compartir. Murió como consecuencia de una isquemia que derivó en un infarto cerebrovascular cuando Sebastián tenía diez años. Lo dejó con la única presencia de una madre que para entonces ya no era la misma. Ella se encerró en sí misma una noche en la que regresó de su trabajo, se refugió en su despacho y comenzó la lectura de unos documentos que entregaron a su madre cuando él era una criatura de cuatro años. Transcurrieron muchas noches en las que ya no le prestaba la misma atención; hasta que un día lo despertó de madrugada. Su mirada era distinta y ya no era la madre que le borraba las manchas de chocolate. Sus juegos se reemplazaron por charlas abstractas sobre el ADN o las proteínas con las que se escribía el código de la vida. Charlas sobre Ciencia, experimentación o la existencia del hombre. Le reveló los misterios científicos del mundo. A los doce años, le permitió la lectura de los documentos que convirtieron a su madre en un ser obsesivo, dominador y espartano. Él también cambió, y la pena que sentía por su padre la percibió como un signo de debilidad. Sebastián se marcó su misión sin margen para los sentimientos. Se condenó a una soledad donde solo le acompañaría su

madre. No quiso conocer el amor ni la entrega a otra persona que no fuera ella, y las pocas veces que alguna mujer se le acercó, su madre consiguió apartarlas. Lejos de repudiarla, se sentía afortunado. Nunca sufrió remordimientos por sus actos, aunque su misión fuera alumbrar a una nueva humanidad.

– Cuenta hasta tres y las dudas desaparecerán – le decía su madre –. No vivas en el miedo y alcanza tus metas. Repítelo bien alto: Soy Sebastián Briski y romperé el silencio de este mundo.

Los agentes de la Policía Nacional acordonaron la entrada al hotel Maxor. Xavier se puso en contacto con Vladimir Vasiliev, el agregado de la embajada rusa en Madrid, para informarle del atentado contra su embajador. Dos horas más tarde se personó con tres agentes del Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa, el FSB, para identificar el cadáver. Vasiliev inspeccionó la habitación e informó que el derecho internacional les amparaba para encargarse de la investigación dentro del marco del derecho diplomático, y que desde ese momento el cadáver pasaba a su jurisdicción.

Xavier se interpuso con su presencia contundente.

– Le recuerdo que no estamos en ninguna sede diplomática. Esto es un hotel en suelo español, y bajo el principio de territorialidad nos corresponde investigar qué ha pasado aquí.

– Yo le recordaré que la inmunidad diplomática nos exime, a efectos jurídicos, de la aplicación de las leyes españolas.

Xavier decidió resolverlo aclarando que no se estaba acusando a nadie, y que lo único que querían saber era quién había asesinado a su embajador. Vasiliev ordenó a sus agentes que custodiaran el cuerpo de Gólubev para realizar sus pesquisas.

Xavier negó con un gesto de su cabeza.

– Si quiere, le paso el informe del forense y les ahorramos tiempo. Se les informará de todo lo que descubramos. Fotografíen lo que necesiten, pero nosotros nos encargamos del escenario del crimen.

Los agentes del FSB se encogieron de hombros.

– ¿Puede adelantarnos algo? – solicitó Vasiliev –. Mi gobierno me exige respuestas.

– Hay una mujer implicada, pero todavía no conocemos su identidad. También hallamos un mensaje escrito en esa ventana, suponemos que del autor del crimen.

– ¿Sospechan que sea un atentado? – preguntó Vasiliev.

– O un ajuste de cuentas.

– Eso no es posible. Conocía bien a mi embajador.

Xavier se frotó la barba mientras observaba a su alrededor.

– Un sospechoso fue grabado por las cámaras – le dijo –. Huyó en un descuido del recepcionista cuando salió detrás de la mujer. El asesinato fue rápido y sin margen de improvisación. Él era el objetivo.

Xavier avisó a Peret para que le trajera un móvil.

– Esto lo encontramos en un bolsillo de su chaqueta. ¿Le suena?

– Es su móvil – respondió el agregado –. Su modelo es el mismo que el mío. Entenderá que se trata de una propiedad del gobierno ruso.

– Lo sé, y por eso se lo entrego. Quiero enseñarle otro detalle.

Xavier le mostró algo pequeño y de color azul dentro de una bolsa de plástico.

– Esta tarjeta de memoria apareció en un cajón de la mesita de noche, junto a la cartera de su embajador. No sabíamos si le pertenecía, por eso trajimos a un agente de los servicios de informática para que accediera al sistema de ficheros. Hemos dado con algo interesante.

Xavier le acercó un portátil y le mostró fotos de Tian Wang Zhao, el embajador asesinado

en Berlín, además de varios documentos con información que se relacionaba con los enclaves militares rusos de Kaliningrado y Jmeimim. Otro archivo se refería a un extenso informe estratégico sobre la “Nueva Ruta de la Seda” china.

– Figuran muchos documentos, y algunos aparecen en chino.

Vladimir Vasiliev hizo una llamada, desbloqueó el móvil del embajador y revisó su contenido. Torció el gesto mientras pasaba las fotos.

Minutos después llamó a Moscú.

El tren partió a las cinco de la tarde rumbo a Madrid. Las palabras de Susana reverberaban en la cabeza de Lorca como una tronada que lo tenía inquieto. No sabía qué relataría a sus superiores porque ni la historia del universo de las tres normas, ni los mundos esporas, ayudaban a establecer la conexión con el atentado en Berlín. Lorca extrajo el sobre de su chaqueta. Dudaba de que mereciese la pena proseguir con ese juego de casualidades y pensó que se hallaba ante una demente. Tosió con fuerza y se levantó para recuperarse entre los vagones, lejos del resto de viajeros. Su móvil sonó y verificó que la llamada procedía de la central de Canillas.

– Hola Lorca. Soy Marta Rollán, de los laboratorios de la policía científica. ¿Te pillo bien?

– Me pillas en el tren.

– Entonces, te informo rápido antes de que pierdas la cobertura. Como te prometí, le dimos prioridad a los análisis de vuestro sobre.

– ¿Alguna sorpresa?

Marta se dirigió a Lorca en tono pausado.

– Empezaremos por lo que conoces – dijo ella –. Analizamos el recorte y te confirmo que es original. El análisis pericial nos demuestra que es de la fecha en la que data su publicación.

– Hasta ahí era todo lo que sabía – confirmó Lorca.

– Ahora la carta. El análisis de la tinta y el papel nos indica que son de la misma fecha. Fue escrita en 1914.

Lorca no habló.

– No presenta los mohos que afectan a un papel tan viejo – continuó –. Ha sido cuidado con esmero. Muestra trazas de sílice, que se emplea como compuesto higroscópico para la conservación del papel. También aparecen trazas de cloruro de calcio, que se utiliza en los humificadores antihumedad. Los dueños de este sobre se tomaron sus molestias para conservarlo.

– ¿Y lo demás?

– El sobre es de la misma fecha – contestó ella –, y el lacre también. La carta fue escrita, metida en el sobre y lacrada en 1914. Tú fuiste el primero en abrirlo en más de cien años.

Lorca se palpó el hoyuelo de su barbilla.

– Más que raro – le dijo –, lo catalogaré de extravagante.

– No te he mencionado nada sobre el texto escrito en el sobre.

– ¿Te refieres a mi nombre?

– Sí – le confirmó Marta –. Tal y como te señalé, no hacía falta ser grafólogo para percibir que la caligrafía de la carta y de tu nombre son distintas.

Lorca mostró un vestigio de impaciencia.

– ¡En resumen!

– Esa tinta no manchó el papel en 1914 – respondió ella.

– Dudo que en ese año alguien estuviera pendiente de mí.

– Ya, pero la datación de la tinta con tu nombre tampoco es de anteayer. Fue escrita hace más de veinte años.

Lorca se quedó en silencio.

– Necesito tiempo para asimilarlo – contestó –. Te llamo luego.

Lorca cortó de forma abrupta y se sintió descortés con Marta; no pudo evitarlo. Necesitaba abrir el sobre que Susana le había entregado. Regresó a su asiento y lo sacó de la chaqueta. Se hallaba lacrado y en el sello volvía a aparecer un “Oz”. Apretó el sobre entre sus manos y dejó su mirada perdida en el horizonte, hasta que un pasajero exclamó “*pues andamos bien*”.

Entonces, se fijó en el hombre del asiento contiguo.

Fue menos de un segundo, lo suficiente para que leyese un titular que hizo saltar su intuición, de la que tanto presumía. Lorca sacó el móvil y abrió la aplicación del periódico *El País* para comprobar que su corazonada se correspondía con el titular de la noticia. Un rotundo “*Atentado contra la diplomacia rusa en Valencia*” resumió su sospecha. Los detalles del homicidio ocupaban una página y se daba el nombre de la víctima, Dima Gólubev, su cargo de embajador ruso en España y la probabilidad de un nuevo atentado diplomático. Los textos aparecían subrayados donde la noticia se enlazaba con otros apartados; y entre ellos figuraba el enlace a la biografía de Dima Gólubev. Lorca accedió y se informó de su trayectoria como boxeador amateur y su bronce en las Olimpiadas de *Moscú 1980*, donde se ganó el apodo de “*El león de Abjasia*”.

Observó el sobre de Susana, lo abrió, y halló dos páginas del periódico ABC fechadas el 2 de septiembre de 1939. Esta vez no venía con una carta, pero sí con la portada original del diario en esa misma fecha de 1939. Era un retrato de Adolf Hitler que precedía a una fila de banderas nazis ondeadas en el viento. A pie de foto se informaba sobre la invasión de Polonia por parte del ejército alemán.

Lorca buscó entre los anuncios.

Una vez más, se encontró con ella.

“*Y el Mago de Oz dice: Dorothy no dejará que el león encuentre la valentía al otro lado del cristal*”

Los medios de comunicación rusos informaron que el asesinato de su embajador fue un atentado. La noticia procedía de fuentes próximas al gobierno ruso, aunque éste no se pronunció ni lo desmintió. La información fue difundida en los medios de todo el mundo y en webs, como *Rusia Today*, lo catalogaron de guerra diplomática de trincheras. Lo que al principio se presentó como un atentado aislado contra la diplomacia rusa, se vinculó con el atentado de Berlín. Los tabloides sensacionalistas del Reino Unido *DailyMirror*, y el alemán *Bild*, se lanzaron a la especulación tras filtrarse la información acerca de una posible documentación sensible en posesión del embajador ruso. Ningún periodista esclareció desde dónde se filtró esa información. La presidenta del Gobierno de España, Isabel Sánchez, efectuó una declaración pública desde el palacio de La Moncloa para anunciar que todos los servicios policiales del país se coordinarían para detener a los responsables. Las redes sociales desataron sus mentideros y difundieron mensajes con imágenes falsas de una confrontación bélica, con tanques y aviones, que no se había producido. Los gobiernos de Rusia y China no hicieron declaraciones. Los medios debatían sobre la información que poseería el embajador ruso y publicaron reportajes sobre el conflicto estratégico de “*La Nueva Ruta de la Seda*”: el ambicioso plan de infraestructuras gestado por el gobierno chino y que en Occidente se percibía con aprehensión al considerarse una herramienta para dominar Asia y Europa. Redes sociales y medios de comunicación señalaron a los EEUU como el primer interesado en que el proyecto no prosperase.

La Unión Europea, a través del alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Arnaud Ursule, solicitó la cooperación entre los cuerpos de policía de todos sus países miembros y de la propia Europol, además de ofrecer su colaboración a la policía alemana y española. A lo largo del día se realizaron declaraciones de otros jefes de Estado, entre ellos los de Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido. Al final de la noche apareció el presidente de la Federación Rusa, Alexander Kozlov, junto con el presidente del Gobierno Federal, Mijaíl Akímenko, y el ministro federal de Defensa ruso, Ilya Ivanyuk. Manifestó que sus servicios de información trabajaban con la hipótesis más probable de que el atentado fuese una provocación contra su país y sus ciudadanos. Si se confirmaban las sospechas, responderían con la contundencia adecuada.

En China, el vicesecretario general del Comité Central del Partido Comunista, Liu Yuchen, se erigió como portavoz y declaró que la República Popular China condenaba el atentado perpetrado contra la embajada rusa. Fomentarían la colaboración de ambos países e investigarían la probable relación entre los dos ataques. El secretario general de la ONU, António Leitão, junto con el presidente de la Asamblea General, Rawat Tana, convocó una reunión del Consejo de Seguridad para sentar las bases de un diálogo que frenara la confrontación diplomática.

Al día siguiente, Xavier se reunió con varios responsables del Ministerio del Interior y de la Generalitat Valenciana para analizar el desarrollo de las investigaciones. Enfatizó la dificultad para averiguar la identidad de la sospechosa que huyó del hotel. Solo se podría localizar a través de las llamadas o los correos que se hubieran intercambiado ella y la víctima. Habría que negociar con los rusos para que les informaran sobre el total de las comunicaciones de Gólubev. Esa misma tarde, miembros del Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa, el FSB, se personaron en la sede de la Conselleria de Justicia, Interior y Administraciones Públicas, y

ofrecieron compartir los números que se habían comunicado con el embajador. Correspondían a operadoras nacionales bajo la jurisdicción de las leyes españolas. Los agentes rusos no podían acceder a los datos de sus propietarios, pero ofrecieron compartir la información de las llamadas hechas por Dima Gólubev si las investigaciones se realizaban de forma conjunta.

Esa misma noche, Xavier recibió una llamada para que se presentara en el domicilio de la mujer que se citó con Dima Gólubev. Xavier no se encontraba lejos de la dirección que le facilitaron, en el Carrer dels Sornells, en un edificio de apartamentos. Cuando llegaron los efectivos del Grupo Especial de Operaciones de la Policía Nacional, ya llevaba unos minutos en el portal del inmueble. Subieron, hallaron la cerradura rota, y entraron. La mujer yacía desnuda y muerta en la bañera, bocabajo, con un disparo en la cabeza. El tiro le había entrado por la nuca. Observaron que alguien había escrito con su sangre “Éxodo 21:24” en una de las paredes del baño.

– ¡Ojo por ojo, diente por diente! – soltó Xavier –. Es el versículo que evoca la venganza.

Revisaron sus documentos para confirmar que la identidad de la víctima coincidía con la que le adelantaron por teléfono: Jessica Fisher, periodista de nacionalidad norteamericana que trabajaba en Europa de *freelance* para *el International Herald Tribune* y *CNN*. Residía en París, pero disponía de un apartamento en Valencia. En su página de Wikipedia se la veía en una foto junto al expresidente Barack Obama. En 2004 recibió el premio periodístico George Polk por un reportaje televisivo sobre la diáspora de los kurdos y su guerra contra el fundamentalismo islámico en el norte de Irak. Divorciada y sin hijos. En un párrafo final se leía que era una enamorada de las pinturas de Joaquín Sorolla, lo que le hizo buscar una residencia en Valencia para encontrarse con la misma luz que irradiaban sus cuadros.

Xavier tomó la temperatura de la víctima y comprobó su rigidez. Llevaba más de un día muerta. Comenzó a hablar en voz alta.

– ¿Qué pinta una periodista americana en todo esto?

El día amaneció gris plomizo y el cielo rompió a llover. La tensión perduraba en el Complejo de Canillas tras la visita del ministro del Interior, Fernando Darías, y de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Pilar Montero. Los asesinatos del embajador de Rusia y de la periodista americana constituían un asunto de Estado. Lorca dejó el paraguas en su oficina y se dirigió al despacho de Pascual Marín para acudir a una reunión con él y Diego Vargas. Les había informado del segundo sobre de Susana Torres y que parecía tan auténtico como el primer recorte, aunque faltaba la confirmación de Marta Rollán.

– La impresión y el gramaje son distintos al primer sobre – les comentó Lorca –, aunque su textura y el aspecto del lacre sugieren su antigüedad.

Lorca sacó el recorte y la portada de Hitler. Les adelantó que los había localizado en la hemeroteca de la web del diario ABC.

– Figura un anuncio de Dorothy.

Pascual y Diego se tomaron unos segundos para leerlo. Lorca prosiguió con sus explicaciones.

– Leí la biografía del embajador ruso – les comentó –. Fue boxeador en la antigua URSS con el apodo del *León de Abjasia*. Hablé con la central en Valencia y me facilitaron el atestado. En el escenario del crimen apareció la palabra “Valentía” escrita en una ventana.

– “*Dorothy no dejará que el león encuentre la valentía al otro lado del cristal*” – exclamó Diego, en voz alta–. Parece sacado de una historia irreal.

Pascual no salía de su asombro mientras repasaba el anuncio.

– Tenemos a Dorothy – dijo –, al hombre de hojalata... y ahora al león. ¿Quién nos falta?, ¿el espantapájaros?, ¿el mago de Oz?

– Yo cursaría una orden para detenerla – propuso Diego.

Lorca reaccionó.

– ¿De qué la acusaríamos? – preguntó –. No la podemos involucrar con un acontecimiento ocurrido hace ochenta años. Aunque no me dejó grabarla, elaboraré un informe sobre la conversación que mantuvimos y os lo enviaré.

Diego resopló y hojeó unos papeles que tenía sobre la mesa.

– La investigación en Valencia la dirige Xavier Brunet – informó –. Desde Alemania vendrá Anette Meyer, inspectora de la Policía Federal Alemana y miembro de la Europol, además de colaboradora del Centro Europeo contra el Terrorismo. Lleva el caso del atentado en Berlín.

Lorca miró a ambos.

– ¿Dónde quedo yo?

– En el mismo sitio – le confirmó Pascual –. Ella solo quiere entrevistarse contigo, así que seguiremos su juego, a ver dónde nos conduce. Darío y Cándido continuarán en tu equipo.

Diego volvió a consultar sus papeles.

– Hemos investigado a Susana Torres – dijo –. Licenciada en Psicología por la Universidad complutense de Madrid. Doctorado en neurociencias por la Universidad de Barcelona y con un postdoctorado Juan de la Cierva en el área de psicología. Publicaciones en plasticidad cerebral, afasia, evolución del lenguaje y cuestiones relacionadas con el cerebro. Es

una políglota que habla seis idiomas. Abandonó su plaza de profesora en el Área de Psicobiología de la Universidad Complutense de Madrid y desapareció en el año 2001. Después de aquello no figura registro alguno en su ficha de la Seguridad Social ni en su historial laboral. Tampoco existen declaraciones de la renta en los últimos años. Sabemos de varios viajes a diversas partes del mundo gracias a los visados en su pasaporte, pero sin registro en hoteles; no sabemos dónde vivió. Sus motivos para esos desplazamientos son desconocidos. Apareció en China, India, Cuba, Sudáfrica y Marruecos entre otros, como para rodar un documental de mochileros.

Diego efectuó una pausa, levantó su mirada y se dirigió a Lorca.

– ¿Te suena algo de lo que te cuento? – le preguntó.

– Nada. No sé nada de eso. Sostiene que me conoce y me esperaba desde hacía años.

– ¿Crees que es cierto?

– Hay un dato que Marta Rollán me facilitó y que podría confirmarlo. Mi nombre fue escrito hace unos veinte años en el primer sobre. No he dado con una explicación a eso.

– ¿Y te mencionó si existían más anuncios?

– No.

Pascual apoyó sus brazos sobre la mesa antes de hablar.

– Es importante que aclaremos su papel respecto a los atentados – dijo –. Hay que evitar que este problema se agrande. Nadie iniciará en principio una guerra por el asesinato de dos diplomáticos, pero se tratan de los embajadores de dos superpotencias. La bola de nieve rueda ya cuesta abajo.

Lorca se quedó en silencio, con expresión seria.

– Regresaré para hablar con ella. Me hizo entender que alguien quiere provocar una crisis mundial y sostiene que podemos evitarlo.

– ¿Quién? – preguntó Pascual.

– No lo sé. Todo sonaba confuso.

– ¿Alguna sospecha?

– Nada de lo que me comunicó encaja en una conversación normal. Le pediré a Darío que me asesore, por si me hallo ante una desequilibrada. Tampoco sé explicar la razón de los anuncios. No sé dónde está su truco.

Diego hizo una última consulta a sus papeles

– Con respecto a la antigüedad de los anuncios – dijo –, disponemos de una información de cierta relevancia. Indagamos sobre Joaquín Cervera, la persona que acompañó a Susana Torres en la comisaría de Málaga. Sin antecedentes, pero con una historia curiosa. Era el dueño de una tienda de antigüedades en Madrid, situada en la calle Conde de Aranda. Se trata de un negocio familiar que se remonta a varias generaciones. Hace unos años lo cedió a un amigo: Ángel López. Se marchó a Málaga y abrió un bar llamado *Andén*.

Lorca frunció el ceño.

– Habrá que visitarlo.

El atardecer permitió que la luz del sol se colara entre las nubes y que la lluvia se alejara. Lorca charló con su equipo y les informó de que dejaba la dirección unos días, hasta solucionar el caso. Salió de su despacho y se reunió con Darío y Cándido. Sintió que aquella reunión lo trasladaba a un tiempo olvidado donde sus compañeros tenían nombres en clave y morían matando.

De aquella vida solo le quedaban un montón de escombros; pero lejos de contárselo a nadie, lo guardaría detrás de sus silencios.

Darío Montes lo recibió en la puerta. Era cinco años más joven que Lorca. Estatura media, tez morena y pelo oscuro. Licenciado en psicología, era uno de los analistas asignados al SAC, la Sección de Análisis de la Conducta. Su trabajo consistía en elaborar el perfil conductual de los sospechosos. Él y Lorca se conocían desde hacía muchos años y compartían una buena amistad. Su aspecto era elegante, vestía siempre con chaqueta slim de lino o algodón, una camisa bien planchada y sin corbata. Cándido Ruiz se levantó para saludarlo. Era el más joven del trío. No sobrepasaba los cincuenta, pero aparentaba más edad. Experto en nuevas tecnologías y amigo de Darío, conocía poco a Lorca. De estatura baja, pelo largo y rizado, su bigote espeso le camuflaba su nariz chata. Trabajaba en la policía judicial en la investigación de delitos informáticos. Su afición a la Historia y a los relatos fantásticos y de misterio acentuaban su carácter excéntrico. En su vestuario predominaban los vaqueros y las camisetas oscuras.

Lorca les entregó un resumen de sus pesquisas. Les habló acerca de los anuncios de Dorothy y de los resultados que envió Marta Rollán. También señaló la relación insinuada entre esos anuncios y los atentados, además de algunos detalles sobre su entrevista con Susana Torres.

Darío decidió comenzar por el contenido del segundo sobre.

– Como veis, sigue un esquema similar al primer anuncio: El mago de Oz y Dorothy. Solo con esto, se perfila un patrón muy sencillo. El problema es que son acciones que se produjeron hace muchas décadas, y aquí los patrones ayudan poco.

Lorca se echó sobre la silla y se dirigió a ambos.

– No investigaremos lo que pasó hace cien años – les dijo –. Nuestra labor es averiguar el lugar que ocupa Susana Torres en los atentados, si es que se relaciona con ellos.

Lorca se detuvo y miró sus documentos.

– Contacté con Xavier Brunet – continuó –. Dirige al equipo de investigación de los dos atentados de Valencia. No lo conozco de nada; él a mí sí, o al menos se leyó mi hoja de servicios. Me informó sobre lo que halló en la escena del crimen de la habitación del hotel. También sobre el contenido de la tarjeta de memoria que apareció en la mesita de noche de la habitación.

– ¿Existe alguna relación con el atentado de Berlín? – preguntó Cándido.

– Eso sugiere.

– ¿Y con la periodista?

– Igual.

Lorca colocó a un lado su informe.

– Nos enfrentamos a los asesinatos de dos embajadores y una periodista americana – les señaló–. Todo el mundo ansía explicaciones y Susana Torres es la pieza más excéntrica de este

rompecabezas. No sé si está loca o dice la verdad. Lo primero no me sorprendería; si es lo segundo, las sorpresas vendrán en cascada.

Lorca sacó la copia del primer sobre. Se tomó unos segundos para desenredar su memoria.

– Esta carta predijo el asesinato del embajador chino...

– Un detalle importante – Darío se adelantó –. Ni en la carta ni en el anuncio se habla de un embajador chino.

– Cierto, pero la frase encaja a la perfección con la descripción de ese asesinato.

– Quizá confundamos el significado de esos anuncios.

– Explícate.

– Sostenemos que es una predicción, cuando tal vez sean instrucciones. Algo así como “Esta es tu misión y haz que se parezca”.

– Sería una buena explicación – intervino Cándido –. Se recreó el escenario a partir de la predicción de ese anuncio.

Darío se ajustó su chaqueta y retomó la palabra.

– ¿Cuántas personas los han leído? – preguntó –. Quizá se trate de un “*Folie à deux*”, una “locura compartida por dos”. Es un trastorno psicótico que ocurre cuando dos o más personas comparten el mismo delirio. Predomina una persona dominante, llamada “*Folie imposeè*”, que es la que induce la idea delirante. Las otras asumen ese delirio y lo toman como real. Solo es una primera hipótesis y tal vez podríamos plantear otras.

– Entonces...– interrumpió Lorca –, me preocupa que ande suelta una banda de chiflados que planean salir del planeta.

– ¿Habla con marcianos? – Se interesó Cándido.

– Nada de eso. Fue una charla racional, aunque sus ideas resultaban singulares.

Cándido insistió.

– Sin embargo, aún no tienes claro que delire.

– Ahora mismo solo es una mujer con ideas excéntricas que juega al ajedrez.

Darío decidió intervenir.

– Retomemos la idea que se tratan de unas instrucciones – dijo –. Esta explicación nos serviría para el atentado de Valencia. La víctima encajó con lo que buscaban: alguien con el apodo de “*León*”.

Lorca señaló sus informes.

– Hay un detalle que no debemos obviar. Los resultados del laboratorio corroboran la autenticidad de los recortes del periódico.

– Pueden que sean una cápsula temporal – le propuso Darío –. Cuando las desentierras siempre hay un periódico del día en que se sepultó. Es una manera de situar la veracidad de esas instrucciones... y del delirio.

Cándido los interrumpió.

– Otro detalle que me llama la atención. Susana te mencionó el determinismo histórico. Lo pones en este informe. Dijo que todo lo que ha sucedido en la Historia está casualmente predeterminado.

– Le contesté que es una teoría muy discutida.

– Cierto, pero consta la confirmación de la autenticidad del primer anuncio. Marta Rollán te lo informó.

Lorca efectuó un gesto contrariado.

– ¿En qué estás pensando?

– Analizad la posición temporal de los dos anuncios – propuso Cándido –. 19 de junio de 1914 y 2 de septiembre de 1939. Son dos pruebas de una cadena *causa-efecto* en la Historia.

Lorca y Darío guardaron silencio. Cándido comprendió que debía responderse.

– 19 de junio no os dice nada, pero el día antes, el 18 de junio de 1914 se produjo el asesinato de Francisco Fernando, el heredero a la corona del Imperio Austrohúngaro. Ese acontecimiento inició la I Guerra Mundial.

Cándido se atusó su espeso bigote y esperó a que alguien le tomase la palabra. Continuó.

– Ahora nos vamos al 2 de septiembre de 1939. El día antes, Hitler invadió Polonia y comenzó la II Guerra Mundial. No son dos fechas cualesquiera. Los dos acontecimientos colocaron a la humanidad al borde de un precipicio. No sabemos quién puso esos anuncios, pero... ¿cómo supo el efecto que producirían esos acontecimientos?

Darío negó con la cabeza.

– Se explica con cientos de sobres iguales – le respondió –, pero con distintos recortes de periódico en diferentes años. Se escogió los dos más impactantes. Es un truco de ilusionismo donde solo se muestra lo que convierte la ilusión en real.

– Eso sería enmarañado y complejo – le reprochó Cándido.

– ¿Tienes una explicación mejor?

– Puede que afinen mucho. Algunas personas observan los acontecimientos y son capaces de predecir su repercusión.

– ¿Y Joaquín Cervera, el compañero de Susana?

– ¿Qué pasa con él? – preguntó Cándido.

– Pertenece a una saga de anticuarios que se remonta a varias generaciones. Quizá maneje las técnicas para falsificar una antigüedad.

– Eso resulta demasiado enrevesado.

– En cualquier caso – les interrumpió Lorca –, habría un plan. En el informe aparece otro detalle que lo complica todo. El análisis de la tinta con la que se escribió mi nombre tiene más de veinte años. ¿Cómo ha ocurrido eso?

Darío se ajustó sus gafas e intervino.

– Las cosas reales siempre tienen una explicación real, otra cuestión es que las comprendamos. Debes hablar de nuevo con ella y consigue que te lo cuente todo, sin interrupciones. Después valoraremos la información. Si esto es un plan, o solo está delirando, es algo que averiguaremos.

Lorca negó con la cabeza.

– ¡Vaya!... Nos encontramos donde ella quería.

– ¿A qué te refieres? – preguntó Darío.

– Me dijo que regresara si la creía – Lorca los miró –. No me quedó otra opción que aceptar sus palabras.

Anocheció. Madrid se iluminó con las luces de sus farolas y una ligera lluvia inundó el pavimento de regajos. Lorca metió los pies en un charco y cerró su paraguas con mal humor. Caminaba por la calle Conde de Aranda entre tiendas que ya cerraban sus persianas; y en la puerta de uno de esos comercios, bajo el cartel de “Antigüedades Cervera”, lo esperaba Ángel López, de talla espigada, vestido elegantemente con una chaqueta blazer clara y una camisa azul, pelo bien engominado y patillas largas. Lorca lo llamó esa misma tarde y se citaron antes de

cerrar. El anticuario lo recibió con ademanes educados.

– Le estaba esperando. Entremos en mi despacho.

Un suave aroma a flores frescas envolvía el ambiente. El establecimiento aparecía decorado con alfombras, muebles de diferentes estilos, figuras de porcelana y relojes. En las paredes colgaban docenas de cuadros pintados. Otro hombre los esperaba en su despacho: Era Musa Hajdari, un albanés de hombros anchos que vestía informal y elegante, con un jersey oscuro de cuello alto que resaltaba su buena planta. Ángel lo presentó como su compañero. Un cruce de miradas y un contacto de sus manos advirtió a Lorca que eran mucho más que eso. Musa se alejó al interior de la tienda y los dejó solos. El despacho no disponía de ventanas al exterior y la luz descendía de una lámpara de araña de estilo florentino. Una hilera de retratos vestía una de las paredes. Lorca identificó a Joaquín Cervera en uno de ellos, más joven y delgado, con el mismo bigote circense. La mesa era de roble macizo de estilo Versailles.

– Son la familia Cervera – le dijo Ángel –, anticuarios desde hace varios siglos, y no solo en Madrid, sus antepasados lo fueron en Damasco, El Cairo, Venecia, Londres o París. Lamentablemente todo se acabó con mi amigo. ¿En qué lio anda metido?

– En ninguno.

Ángel abrió los ojos en un gesto de sorpresa.

– ¿Y la razón de su visita? Me avisó que preguntaría por él.

– Cuénteme algo de Joaquín Cervera. De momento me vale con eso.

El anticuario reposó su espalda sobre la silla.

– Hace años que no hablo con él. Soy anticuario por tradición familiar, pero sin el abolengo de Joaquín. Nuestra amistad se inició con las subastas de Sotheby's en Londres. Éramos jóvenes con ganas de aprender nuestro oficio y comernos la noche. Fueron años locos de viajes por todo el mundo. Resultó maravilloso, hasta que apareció ella.

– Susana Torres.

Ángel López hizo una mueca de arrogancia.

– Viene con los deberes hechos.

– Hábleme de ella – le soltó Lorca, con tono seco.

– Susana fue una sorpresa porque no conocía el gusto de Joaquín por las mujeres. Ella era una belleza sencilla y desbordante a la vez. Su forma de mirar te penetraba y se adueñaba de tu ánimo. Joaquín comenzó a ausentarse de las subastas, de nuestras noches locas, e incluso tuvo el negocio cerrado por temporadas.

– ¿Susana era su pareja?

– Me imagino que sí; y lo manejaba como un monigote, hasta que un día ella se fue. Desapareció. Dos o tres años después, Joaquín me llamó para cederme el negocio. Fuimos al notario e hicimos el cambio de titularidad. Me pidió una cantidad por debajo de su valor. Quería alejarse de Madrid y deprisa.

– ¿Le contó sus razones?

– Me confirmó que se iba con ella. Se fue a Málaga y montó un bar. Cuando me enteré, pensé que había enloquecido.

– ¿Cuánto tiempo hace?

– Unos dieciocho años. Desde entonces no mantengo ninguna relación con él.

– Y a ella, ¿la volvió a ver?

– No, nunca más.

Sonó el teléfono y Ángel lo atendió. Lorca dio por terminada la conversación, se despidió y salió de su despacho. Musa Hajdari lo abordó a la salida.

– Me gustaría comentarle algo.

Lorca se sorprendió. Ángel López seguía en su despacho, al teléfono.

– ¡Sígame! – le ordenó con su duro acento balcánico.

Se fueron a una esquina apartada de la tienda donde los objetos no aparecían tan ordenados. El albanés abrió el cajón de un aparador de estilo rústico y sacó una caja metálica cerrada con llave. Lo abrió y le mostró un brazalete dorado envuelto en un paño de lino blanco.

– No conocí a Joaquín Cervera – le dijo –, y lo que sé de él es a través de Ángel. Me resultó sospechoso por qué se marchó. Un día revisé el inventario de objetos de la tienda y me encontré una lista de las cosas que se llevó. Había unos baúles, cartas manuscritas, mapas, documentos antiguos, un ajedrez medieval y varias joyas en oro. Este brazalete figuraba en la lista, pero se quedó aquí. Debió extraviarlo.

– ¿Posee algún rasgo particular?

– Es un brazalete de oro de la época ptolemaica. No encaja con el tipo de objetos que hay en esta tienda. Miré el certificado de Sotheby's que confirma su autenticidad, y lo explica bien claro: “*No existen pruebas concluyentes para saber si pertenece al periodo de la dinastía de los primeros Ptolomeo*”. Fíjese en este adorno con la imagen de Herishef, el Dios de la Fertilidad, que se representa por la figura de un hombre con cabeza de carnero.

– ¿Y eso a dónde nos conduce?

– La dinastía ptolemaica gobernó Egipto durante tres siglos. Las piezas más valiosas son las de Ptolomeo I, el general macedonio de Alejandro Magno y uno de los tres diádocos que se disputó el control de su imperio. Herishef era venerado durante el reinado de los primeros faraones de la dinastía ptolemaica, pero su culto decayó con los últimos hasta diluirse en la imagen de Heracles. Su figura le da un valor añadido al brazalete.

– ¿Me ha traído para largarme una clase de Historia?

Musa se soliviantó con el exabrupto de Lorca.

– Quien certificó el brazalete, si observó la figura de Herishef, nunca habría escrito: “*No existen pruebas concluyentes*”. Lo habría identificado con uno de los primeros Ptolomeo. Así que decidí utilizar un detector de iridio y me llevé una sorpresa: La figura de Herishef no lo contiene.

– Explíquemelo.

– El oro de la antigüedad venía de los yacimientos fluviales y trae restos de iridio, un metal muy escaso que procede del impacto de los meteoritos con nuestro planeta. En la actualidad, el oro se obtiene de minas muy profundas donde no hay iridio. La prueba es concluyente: El brazalete pertenece a una época muy antigua, pero los bordes con la imagen de Herishef son impostados. Su oro es actual; un fraude. Dudo que en Sotheby's no lo descubriesen.

– ¿Joaquín era un falsificador?

– No puedo afirmarlo – contestó el albanés –. Solo sostengo que esto es una falsificación; y que tal vez no lo era cuando lo trajo aquí.

Era un día de octubre en Nueva York. Los árboles del Central Park que lindaban con las calles 72 y 75 mudaron sus hojas con una explosión de colores otoñales. La ciudad enmudecía como si nadie la habitase y solo quedara el viento silbando entre las avenidas. Unos niños jugaban y trepaban sobre una estatua de *Alicia en el País de las Maravillas*. Sebastián recordó que, de pequeño, se subía sobre aquella misma seta en la que Alicia y el Sombrero Loco posaban junto al Gato de Cheshire, y recordó cómo le preguntaba al felino qué camino debía tomar, a la espera de que le contestara que eso dependía de a dónde quería ir.

El ocaso de la tarde teñía de azafrán la urbe que asomaba al fondo.

– Sé lo que estás recordando – le dijo la persona sentada a su lado, en uno de los bancos del parque: una mujer de unos sesenta años, pelo canoso y aspecto informal.

Sebastián contemplaba cómo el viento desplazaba las hojas muertas. Dos agentes de la CIA vigilaban cerca, a una distancia prudencial.

– Lo sé – repitió ella –. Yo te traje aquí cuando eras un niño y te regalé esos recuerdos para que le preguntases a un gato risueño qué camino debías tomar, porque en la infancia se confunde lo vivido con lo soñado.

Sebastián sonrió y agarró su mano con fuerza. Ella reaccionó cogiendo la suya, con miedo a que se fuese.

– ¿Cuántas veces me trajiste aquí, madre?

Ella soltó un largo suspiro y le contó que no muchas, pero suficientes para transformar esos sueños en recuerdos.

– Me alegra saber que mis desvelos contigo produjeron sus frutos – le dijo –, aunque jamás pensé que llegarías tan lejos. Nunca imaginé que esos sueños que se amontonaron en tu cabeza te convertirían en lo que eres ahora, con medio mundo que te admira y el otro medio pensando en la manera de aplicar tus ideas en todos los campos del conocimiento. Nunca imaginamos que seríamos los actores de una verdad que nos fue revelada, y cuando lo entendí, me conciencí de lo acertado que fue traerte aquí y lo importante que fue enseñarte a dudar, porque la duda es el mejor hábito del que disponemos; y si no dudásemos, aceptaríamos cualquier mentira bien dicha.

La madre de Sebastián le acarició la frente y observó su marca de nacimiento. La miró con nostalgia, pero ya no le ponía nombre. Disimuló como si no recordara los juegos de su infancia; temía que se malograran todos los sacrificios que asumió para convertirse en una dominadora. Abrió su bolso, sacó su móvil y lo desplegó como pantalla *tablet*. Le mostró a su hijo la portada de un periódico: era una noticia sobre los avances en genética que se producían en la Universidad de Zhongshan, al sur de China, bajo la denominación de “*Proyecto Tianlong*”, que era el nombre de un dragón celestial y protector de los dioses en la mitología china. Sebastián observó la pantalla, reparó unos segundos en el texto y leyó la frase que mencionaba su método. Sintió una ligera decepción porque nada de lo que informaba la crónica mencionaba a la nueva humanidad en ciernes.

Su madre le entregó el móvil, pero lo rechazó con un gesto brusco y descortés. Lo condujo después con un tono de voz más dulce.

– Me han contado que otros países hacen lo mismo – dijo Sebastián –. A ese otro

proyecto lo llaman “El proyecto Gilgamesh”, igual que el héroe de la mitología sumeria que desafió a los dioses y aspiró a todos sus dones.

– ¿Recuerdas la carta de Susana? – preguntó ella.

Sebastián dirigió su mirada hacia la linde de olmos que crecían bajo los rascacielos. Su sonrisa reflejaba frialdad.

– Nadie sabe a dónde conducen mis ideas – dijo –. A los políticos de esos países solo les importan sus próximas elecciones y ralentizan lo que ya es imparable.

– ¿Recuerdas la carta de Susana?

Ella reiteró la pregunta y le recitó un párrafo, igual que si interpretara un diálogo.

“La humanidad convirtió cada avance de su progreso en una nueva expresión de su violencia”.

– Estamos cerca del objetivo – sentenció él –. Cuando llegue, nada importará; ni el dolor ni la muerte.

– Yo solo veo tu destino. No pudiste renunciar a él.

Sebastián se acercó al móvil y pronunció la palabra “Gilgamesh”. Apareció un listado de noticias que referenciaban al proyecto de investigación reconocido con ese nombre. Accedió a una de las entradas donde se hablaba de un proyecto, con fondos europeos, que utilizaba los modelos de programación cerebral del “método Briski” en personas que no padecían una enfermedad, pero que se presentaban voluntarias para mejorar sus capacidades cognitivas. Otra noticia afirmaba que se quería aprovechar los resultados de un ensayo realizado con cerebros afectados por el Alzheimer. Un grupo de investigadores del Centro Alemán de Investigación en Enfermedades Degenerativas aplicó esos resultados en personas sin signos de la enfermedad. Los individuos notaron una mejora en la memoria de un cuarenta por ciento. En algunos sujetos, los resultados fueron excepcionales. El método Briski se estaba reorientando para conseguir que el cerebro programado potenciase una funcionalidad concreta del individuo. La siguiente noticia destacaba las investigaciones realizadas en un laboratorio ruso situado en Krasnoiarsk. Había centrado la programación del cerebro en la autorrenovación de las células madre para detener el envejecimiento. Los seres humanos alcanzarían la anhelada virtud de los dioses: la eterna juventud.

Sebastián pasó a la siguiente noticia. Esta vez sí le interesó lo que leía. Era un artículo de opinión escrito por Dwain Chambers, catedrático del departamento de Psicología de la Universidad de Cambridge, titulado *“The End of Us”* – El fin de nosotros –, donde se decía que *“Gracias a las leyes de la evolución pudimos negar la existencia de un ente creador al que llamábamos Dios. Ese fue el gran logro de Charles Darwin. Supimos explicar lo que éramos sin recurrir a la manida ocurrencia de una creación divina. Sin embargo, somos ahora esa entidad creadora a la que negábamos su existencia. Nos dirigimos hacia un nuevo hombre que ya no será sapiens. Quizá deberíamos llamarlo homo altior, el hombre superior. En los años venideros se producirá una selección laboral, social, deportiva y bélica que dispersará a los homos altior en diferentes roles, y que empujará hacia la extinción a los sapiens que no logren alcanzar su tránsito a la nueva humanidad.*

¿Qué quedará de nosotros? Quizá lo que sucedió con los neandertales nos ofrezca alguna pista. Tal vez, en los genes del nuevo homo altior venga escrita la venganza contra ese homo sapiens que los borró de la faz de la Tierra”.

– Ya ha empezado, madre.

Lorca observó la luz que atravesaba las cortinas sin detallar nada de lo que había más allá del dosel. Solía mirar las ventanas para adaptarse a los lugares que le incomodaban, aunque esta vez no había forma de sentirse cómodo en aquel lugar. No soportaba el olor y la silla le molestaba, ni tampoco le agradaba la pintura gotelé de las paredes ni las tuberías que se retorcían por las esquinas; mucho menos ese médico, el doctor Antonio Osuna, que no le miraba a la cara. No quería estar allí; pero no le quedaba otra. Fue su única opción tras perder el conocimiento en el salón de su casa y despertarse unas horas después, tirado en el suelo, con la camisa salpicada de sangre y un fuerte golpe en la cabeza.

El doctor Osuna le informó que las pruebas PET-TAC mostraban la presencia de un tumor en el lóbulo inferior del pulmón izquierdo, justo por encima del corazón. Se había propagado a los ganglios linfáticos, a las glándulas suprarrenales y al hígado.

– Podríamos intentar una resección quirúrgica, aunque una lobectomía no ofrecerá ninguna solución en este estadio de su enfermedad.

Lorca levantó su mano y lo interrumpió.

– ¿Tiene arreglo?

– Lo que debe preguntarse es hasta dónde desea luchar. Sus ganas de vivir son las que arrancarán unos años a la enfermedad.

El médico sacó unos impresos y los firmó.

–Entregue esto en la entrada – le dijo –. Allí le informarán de las fechas para las siguientes citas.

Lorca se acercó a la mesa del doctor Osuna, recogió los papeles y se marchó. Caminó despacio sin considerar la importancia del diagnóstico y cogió un número de la máquina expendedora, a la espera de su turno. Unos minutos después observó la fila que le precedía, esperó unos segundos y decidió irse. Se encaminó a la salida y tiró los impresos en una papelera.

Entre sus planes no figuraba arañarle unos años a la muerte.

Entró en el aparcamiento, buscó su coche y se dirigió hacia el parque Jaime del Amo, en la zona norte de Madrid y en pleno corazón de la Ciudad Universitaria. Aparcó junto a una pequeña franja del parque que quedaba entre los edificios del Museo de América y la Escuela de Ingenieros Navales. Era una extensa zona de albero rodeado por pinos y cruzado por varios senderos de tierra. El hospital clínico San Carlos se encontraba a un centenar de metros. El Faro de Moncloa quedaba justo detrás del museo. Solía ir a sentarse bajo la sombra de los árboles, a veces en los bancos y otras con la espalda pegada a un tronco. Cambiaba de sombra y banco para evitar miradas suspicaces. Esta vez no se quedó allí y cruzó el parque en dirección a los pabellones universitarios: una sucesión de edificios monolíticos plagados de ventanas. Entró en el bar del pabellón 8 y se sentó junto a la barra. Le pidió al camarero un café con brandy y leche condensada.

– Eso es un carajillo – le comentó una muchacha que estaba a su lado.

– ¿Disculpa?

– Que eso es un carajillo, aunque usted lo adorne con mucho brandy y mucha leche condensada.

Lorca no se esperaba el comentario de aquella muchacha, de unos 24 años, morena de

pelo largo y liso, cuerpo fino y talla mediana. La vio justo al entrar, pero nunca habría conversado con ella para no incomodarla. Ahora le miraba con unos ojos que amplificaban su sonrisa y enmudecían al resto del bar.

– Los carajillos se toman con anís – se defendió Lorca, desprendiendo una simpatía poco habitual en él –, y a ser posible, con ese anís que tiene en la etiqueta a un mono con la cara de Darwin. Esto es un Belmonte.

– No, señor – le replicó –. El carajillo se hace con brandy, ron u orujo. Lo importamos como costumbre de Cuba. Se lo tomaban los soldados en la colonia para inspirarse coraje; y de ahí lo de carajillo.

– ¿Y de dónde sacas esa teoría?

– De donde vienen todas las teorías. Del aburrimiento.

Lorca soltó una carcajada y aceptó que resultaba una buena contestación.

– Me llamo Antonio Lorca, aunque todos me llaman Lorca, a secas. Ahora vivo una época con mucho tiempo para aburrirme y teorizar.

– ¿Jubilado?

– Casi.

– Soy Clara Robles y trabajo en el hospital San Carlos.

– ¿Médico?, ¿enfermera?

– Peor que todo eso. Soy bióloga y trabajo de investigadora becada en la Fundación para la Investigación Médica del hospital San Carlos.

– ¡Suenan bien!, aunque investigar en España da pocas alegrías.

– De momento, me preparo – le replicó ella –. En los próximos años pensaré dónde pondré el huevo.

Lorca miró el reloj y dirigió su mirada hacia la puerta. Apuró su café y pidió al camarero su cuenta y la de su inesperada contertuliana.

– Debo marcharme. Estás invitada, por simpática. Si nos encontramos en otra ocasión, prometo tomarme un carajillo contigo, de los de manual, de esos que bebe la gente del campo para abrir surcos del tamaño de trincheras.

– No es la primera vez que te veo por aquí – le confesó Clara –. Soy observadora y curiosa; dos cualidades muy importantes para una científica.

– Y también para la vida. ¿Sabes una cosa? Hace una hora el médico me dio un diagnóstico imprevisto.

– Vaya, espero que no sea grave.

– Lo era – le respondió él –, pero después de muchos años, me voy a curar.

Lorca se despidió y salió. Cruzó el parque en dirección al coche, miró atrás y esbozó una breve sonrisa solapada bajo una pincelada de tristeza.

En aquel momento, se centró en todo lo que le quedaba por hacer.

Xavier se dio media vuelta en la cama. Aún no había sonado el despertador. Anette Meyer, la agente de la Europol, le quitó la colcha y se levantó con prisa, diciéndole que no fue una buena idea que me trajeras a tu casa.

– Fuiste tú, que te echaste encima.

La alemana contempló el cuerpo desnudo de Xavier, lo recorrió con la mirada y miró al despertador; después buscó su ropa para vestirse. Anette poseía un cuerpo delgado y fibroso que junto a su corte de pelo le daba un aire andrógino y atractivo. Sus movimientos felinos y femeninos se acompañaban de una coquetería descarada. Rondaba los cincuenta años, igual que Xavier, y apenas usaba maquillaje, solo una ligera sombra de ojos para acentuar su mirada verde y luminosa.

Anette había ingresado en el ejército alemán tras terminar sus estudios en Ingeniería de Telecomunicaciones con uno de los mejores expedientes. En 1998 fue reclutada por el recién creado KSK, las fuerzas especiales alemanas. En 2003 recibió una oferta de DynCorp, la mayor empresa militar privada del mundo. Les atrajo sus aptitudes militares y el título de ingeniera. De padre estadounidense, con su doble nacionalidad americana y alemana, y el dominio de varios idiomas, escaló en los cuadros de mando de la organización. Fue destinada a Afganistán en 2006 y dio apoyo logístico a la seguridad del presidente Hamid Karzai. Su siguiente destino fue Irak, en 2009, para entrenar a sus fuerzas policiales. Allí conoció a Xavier Brunet, destinado como policía nacional al equipo de seguridad de la Embajada española en Irak. Xavier apareció con su metro noventa de altura en la presentación de un proyecto de seguridad de la ONU. Anette captó su enorme presencia, observó que llevaba una alianza y se le presentó hablando en un perfecto español. Se inició una tórrida relación que desquició a Xavier y fulminó su matrimonio.

Sus vidas se separaron en 2010, cuando Anette fue destinada a Siria tras el asesinato de un militante de Al Qaeda que iba a colaborar con el ejército americano. Un miembro de DynCorp lo acribilló en pleno interrogatorio y acusó a Anette de manipularlo para que lo asesinase. Nadie pudo demostrar esa acusación, aunque decidieron alejarla de Irak y mandarla a un nuevo destino. En el año 2011 abandonó la empresa y se reincorporó al ejército alemán como puente de entrada a la policía alemana. Se hizo inspectora de homicidios, y gracias a su experiencia en zonas de conflicto de Oriente Medio, la reclutaron para la Interpol en el año 2014, y poco después pasó a ser colaboradora en el Centro Europeo contra el Terrorismo. Desde allí contactó con Xavier, que había regresado a Valencia a su puesto de inspector de policía. Las alertas por terrorismo yihadista se habían disparado y la experiencia de Xavier en Irak lo hacía idóneo para integrarse en su equipo.

Xavier aceptó, pero comprobó que seguía enganchado a sus demandas sexuales, compartidas con otros hombres. Vivía manipulado bajo la fuerte personalidad de la alemana. Decidió alejarse y regresó a Valencia tras seis meses en el Centro Europeo contra el Terrorismo. Se juró que no regresaría con ella.

No fue capaz de hacerlo; y cada vez que la veía se sentía más desquiciado.

– Nos veremos en comisaría – le dijo ella –. Dúchate por favor.

Anette se reunió esa misma mañana con el jefe superior de la Policía Nacional en la Comunidad Valenciana. Por la tarde, volvió con Xavier para revisar los registros de las cámaras

de seguridad instaladas en la zona de Carrer dels Sornells, a la misma hora en que fue asesinada Jessica Fisher. Se hallaban a solas en la sala de visionado. Xavier sentado y Anette situada a su espalda, de pie, con una mano apoyada sobre el hombro del inspector. Contemplaron dos figuras en el monitor, ambas frente al edificio donde residía Jessica Fisher a la hora aproximada de su homicidio. Xavier desplazó la imagen con los controles por si los reconocían; luego le aplicó el *zoom*. No obtuvieron nada en un primer momento. Anette advirtió algo que sucedía cuando las dos figuras se alejaban. Xavier y la alemana se mantuvieron en silencio y con los ojos pegados al monitor. Ella tranquila, Xavier preso de la agitación.

En ese momento, entró un compañero para avisarles.

– Tenéis que ver esto – les dijo.

Pasaron a una sala contigua donde varios agentes tomaban café y seguían las noticias en la televisión. Rusia y China realizaban movimientos de tropas en las orillas colindantes del lago Jankay, a lo largo del río Songacha, en la frontera de ambos países. Los dos gobiernos manifestaron que tan solo se trataban de maniobras de entrenamiento, aunque era una muestra de su poderío militar. El secretario general de la ONU, António Leitão, pronunció un discurso frente a la Asamblea General de las Naciones Unidas y llamó a la unidad global para superar los desafíos inesperados que se vivían. La imagen del secretario general se intercalaba con la del Hotel Maxor y los atentados de Valencia y Berlín. Todos se miraron entre sí y algunos negaban con la cabeza. Nadie entendía la magnitud de semejante respuesta bélica pese a la gravedad de los atentados.

Xavier nervioso miró a Anette y ésta le sugirió que se calmara.

– Debemos investigar lo que hemos visto en esa grabación.

Lorca cruzó el puente que Alemania donó a Málaga por el auxilio a una fragata hundida en la costa malagueña a principios del siglo XX, con un nombre impronunciable: Gneisenau. Llegó a la plaza donde se ubicaba el bar Andén y se detuvo a escasos metros de la entrada. Consideró si merecía la pena anunciarse y al final pensó que iría directamente al apartamento de Susana. Lo más probable era que siguiese en su escondite.

– ¿Por qué se escondía?

La pregunta permaneció en el aire. Tal como le planteó Darío, hoy tocaba creerla para extraer información. Le seguiría la corriente sin contradecirla, intentaría averiguar hasta dónde alcanzaban sus ideas y luego las evaluaría con Darío y Cándido para sacar las conclusiones correctas.

Quizá ésa era la parte más difícil de la comedia que estaba a punto de representar.

– ¿Cómo creerla sin pensar que deliraba?

A Lorca le informaron que los asesinatos de Valencia se investigaban como delitos de terrorismo internacional. Se aplicó ese supuesto para alejar los atentados de una guerra dialéctica en la que los Estados Unidos entró por el asesinato de Jessica Fisher. El FBI inició sus investigaciones como siempre hacía cuando un ciudadano norteamericano era asesinado en el exterior. La frase bíblica que apareció junto a su cadáver fue publicada en todos los periódicos y de nada sirvió que esa información formara parte del secreto del sumario. Alguien la había filtrado y a Xavier se le encomendó buscar a los autores. La filtración detonó la escasa medida que quedaba entre Rusia, China y Estados Unidos. Se confiaba en que la diplomacia reconduciría el asunto sin que fuera a más.

Lorca llegó al domicilio de Susana y divisó un coche patrulla de la Guardia Civil a pocos metros del portal. Se extrañó, porque no avisó de su visita a la comisaría provincial de Málaga, ni solicitó ningún apoyo. Prefirió alejarse y esperó unos minutos hasta que reconoció a Jaime Camas. Observó que entraba en un coche patrulla con gesto de enfado, y después se marchó. Se aseguró de que no había un segundo coche patrulla en tareas de vigilancia. Lorca esperó otro par de minutos por cautela y luego subió las escaleras con la certeza de que no lo seguían, aunque temía encontrarse de frente con un guardia civil en el apartamento. Llegó al pasillo de la última planta y lo halló vacío. Se acercó hasta la puerta y golpeó con los nudillos por si alguien abría. Nadie reaccionó. Se marchó al otro lado del pasillo y calculó dónde se situaba la parte oculta del apartamento. Golpeó la pared con una cadencia reconocible, regresó a la puerta y escuchó ruidos dentro del inmueble. Anunció con voz alta su nombre y que venía solo.

Una llave se deslizó por debajo de la puerta y chocó con sus zapatos. Advirtió el ligero impacto sobre su pie, la recogió y abrió. Comprobó que Susana había regresado a su escondite y que actuaba precavida. Entró en la habitación contigua y golpeó sobre la puerta camuflada. En unos segundos se abrió. Susana lo recibió con expresión alegre y lo invitó a pasar. No disimuló su satisfacción; nunca dudó de que él regresaría.

Miquel Arranz fichó en su trabajo a eso de las 08:15 de la mañana. Vestía con una camiseta negra estampada con el símbolo del *Bitcoin* y el lema *I'm worth less today* – hoy valgo menos –. El resto de su vestuario consistía en un pantalón vaquero, zapatillas de deporte *Nike* y un gorro negro de lana *Jordan*, de donde asomaban unos auriculares conectados a su *Smartphone*. Tenía un cuerpo delgado, piel completamente tatuada, pelo largo y bastantes marcas de acné. Plegó su bicicleta *Brompton Black Edition* en un descansillo y subió las dos plantas del edificio donde se ubicaba la empresa *Soflink*, en la que trabajaba de programador web, situada en el parque tecnológico de Paterna. A sus veinticinco años, destacaba por su profundo conocimiento de la tecnología y las redes sociales. Contaba con una legión de seguidores en *Instagram* y *Twitter*; allí colgaba sus imágenes y los enlaces a su blog sobre diseño web, aplicaciones para móviles y misceláneas en nuevas tecnologías. Aprovechó unos minutos antes del trabajo para repasar las fotos que subiría a sus redes sociales; algunas eran de días anteriores y se quedaron en la reserva de “futuribles”, por si merecían la pena su publicación. Sin embargo, había una foto a la que llevaba tiempo dándole vueltas: se trataba de un *selfi* con un gorro de lana que simulaba la cara de *Bender*, el personaje robot de *Futurama*. Le encantaba cómo salió, pero detrás de él aparecía una persona fácilmente reconocible y con la que había chocado por culpa del *selfi*. A través de sus miles de seguidores, con sus *retuits* y sus “me gusta”, la foto podría llegar a esa persona y crearle un problema legal. Miquel no quería líos. La opción del pixelado le resultaba una manera espantosa de estropearla. Pensó en aplicarle un filtro que oscurecería los contornos y otros dos que ajustarían las luces y el contraste. Utilizó los minutos que le quedaban, aceleró sus falanges y aplicó los cambios. La cara seguía reconocible. Desistió y se puso a trabajar.

Dos horas y media más tarde, Miquel entró en la pequeña cocina que había en su empresa. Aprovechó para repasar sus redes sociales mientras esperaba su turno para la máquina *Nespresso*. Sus compañeros comentaban los titulares de las noticias que leían. Uno de esos titulares captó la atención de todos; se trataba de una información que vinculaba el asesinato de la periodista americana con los atentados a los embajadores. Comenzó un debate sobre los acontecimientos entre los que tomaban su café y los que aguardaban su turno. Miquel no prestó atención a las opiniones. En su vida cotidiana no leía la prensa ni consultaba las noticias; solo le interesaban las respuestas que generaban sus publicaciones. Tras recoger su café, se sentó ante el ordenador y reanudó su trabajo. Un detalle captó su atención, no en su monitor, sino en la pantalla del compañero situado enfrente. Miquel se levantó para ver en detalle lo que aparecía en la pantalla, volvió a su mesa y buscó en su móvil. Algunos de sus compañeros se fijaron en el cambio de su rostro y le preguntaron si se encontraba bien. Miquel señaló el monitor de su compañero y preguntó cuándo y a qué hora se produjo.

La respuesta lo espantó. Soltó un “*merda*”, recogió sus cosas, y sin mediar palabra se marchó corriendo de la oficina.

Su reacción desconcertó a sus compañeros.

Susana cerró la puerta. Las nubes oscurecían el día a intervalos y la luz ambiental resultaba escasa. Llevaba el pelo suelto y los ojos sin maquillaje, pero mantenía su mirada femenina y segura. Caminaba descalza y se movía con pasos suaves. Lorca se sentó y escudriñó su alrededor para fijarse en la habitación del fondo, en los libros almacenados en columnas y en los recortes de periódico clavados en la pared. También en el tablero de ajedrez, con las piezas en la misma posición; aunque dudaba que fuese así. Lorca repasó las paredes y percibió que las jugadas impresas en los recortes se diferenciaban en pequeños matices: un caballo o un alfil colocado en otra posición del tablero, o los peones alineados de diferentes maneras en las jugadas, aunque muy similares entre ellas. En todas las jugadas el rey aparecía en un enroque largo y la reina delante de los peones.

Susana se sentó a su lado; casi se rozaban las miradas. Ella giró su ordenador hacia él.

– Detrás de esta jugada se halla Dorothy.

Lorca quedó en silencio. Recordó que debía concederle una tregua; Darío se lo había pedido. Susana se levantó y recogió varios de los recortes de periódico.

– Hace mucho tiempo que Dorothy y yo nos comunicamos a través del ajedrez. No jugamos una partida convencional; interpretamos una coreografía ensayada de movimientos. Podría repetirte de memoria los movimientos que ha hecho, los que hará, y los que yo efectuaré

Susana le señaló una partida de ajedrez en el ordenador. Lorca seguía mudo.

– La partida oculta una pequeña trampa: no conocemos nuestros movimientos finales, los que proclamarán la vencedora. Los periódicos han sido el medio más utilizado para comunicar las jugadas de nuestras partidas, y ahí nos buscamos. Publicábamos una jugada y nos identificábamos al observar los movimientos de las piezas de nuestro adversario. Mientras indagábamos la una de la otra, recopilé y publiqué jugadas que se parecían a lo que buscaba; hasta que alguien completó la secuencia. La partida había sido iniciada de nuevo.

– ¿Cuál es el objetivo?

– Saludarnos tras una larga ausencia.

– ¿Cuánto tiempo lleváis jugando?

Susana puso una mano sobre la rodilla de Lorca. Y sonrió.

– Hoy lo averiguarás.

Lorca esperó a recibir más explicaciones. Comprendió que no las obtendría y pensó que quizá ella solo le hablaba de manera extravagante.

– Leí el segundo anuncio. Coincide con los acontecimientos de Valencia.

– ¿Me creerás ahora?

– Tal vez...

– Te adelanto que mis explicaciones de hoy te resultarán más inverosímiles.

Lorca hizo un gesto de resignación y le pidió que continuase.

– Te contaba que cuando superemos nuestra adolescencia tecnológica, las naciones y los gobiernos se diluirán en una aldea global, todos bajo la bandera de la Tierra.

Lorca esbozó una mueca de escepticismo.

– Es una idea utópica – le replicó—. Antes destruiremos la biósfera y a nosotros.

– ¡Te equivocas! – Susana le increpó con tono rotundo –. El ser humano está destinado a

desequilibrar los ecosistemas.

– No lo entiendo. ¿Eso forma parte del “plan universal”?

– Ni existe un plan universal ni formamos parte de ninguna conciencia superior. Somos una pieza en un complejo entramado supeditado a la expansión de la vida. Saltar a otra etapa tecnológica siempre provocará la destrucción de nuestro entorno; no hay otra fórmula posible. El universo es cruel, recuerda la primera norma. Esto forma parte de su crueldad.

– ¿Y el cambio climático?

– No lo niego. Muchas especies se extinguirán; y no será la primera vez. Encontrarás la primera gran obra del ser humano en las extinciones del Cuaternario: Los mamuts, moas y mastodontes fueron nuestras víctimas. No descendemos de una raza de cazadores-recolectores que vivían en armonía con la naturaleza. Nuestra marca de fábrica es el exterminio y lo hemos perfeccionado mucho y bien.

– Entonces, el cambio climático es una batalla perdida.

– Digamos que no seremos los derrotados de esa batalla; nos adaptaremos. Es así desde que somos los únicos humanos sobre la tierra.

Lorca efectuó un gesto de contrariedad. Susana se detuvo unos segundos antes de continuar.

– Somos hijos de Caín. En nuestros genes vive la señal del fratricidio que nos convirtió en los herederos de este mundo.

– ¿Un fratricidio?

– Así es – contestó ella –. El hombre de Neandertal fue igual de humano que nosotros. Y no solo ellos. El mundo pudo ser tan suyo como nuestro, pero nosotros ganamos esa batalla.

– No existe un registro de guerras en los yacimientos prehistóricos.

Susana sonrió.

– Los mundos no malgastan su energía en entronar a varias especies inteligentes; eso solo depara el exterminio de unos contra otros. Al final, solo podía quedar uno y nos impusimos a todos ellos. Una vez entronizados, los cazadores-recolectores nos volvimos agricultores; luego formamos organizaciones sociales, llegó el pueblo, la ciudad y la nación. Se construyeron los imperios y la supuesta civilización, siempre a lomos de la crueldad. Ahora estamos en la etapa de convertirnos en una sociedad global, lo que nos llevará hasta la segunda norma, la perpetuación ante cualquier cataclismo.

Lorca suspiró.

– La crueldad genera demasiadas guerras.

– Te equivocas de perspectiva.

– ¿Cuál es mi error?

– Las guerras son el trampolín para saltar de una civilización a otra. Cada guerra contribuyó a destruir una civilización para avanzar hacia una nueva donde se lograron avances en la escritura, las matemáticas o la filosofía. Piensa en Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma o los imperios europeos. Ninguna nació de la paz.

– La paz es más próspera que la guerra.

– Eso creemos ahora. Las Polis griegas fueron muy violentas y en ellas se levantaron los andamios de nuestro conocimiento. Europa es un continente de guerras, y fíjate su impacto en la historia del mundo. Al principio esas guerras abarcaban solo un territorio contra otro; con el tiempo se extendieron a naciones y continentes. En el siglo XX las guerras adquirieron la categoría de confrontación mundial y llegamos a la tecnología de destrucción masiva. Aquello ocurrió el 16 de julio de 1945.

A Lorca le costaba seguir el delirio de Susana. Logró no perder la serenidad.

– La primera bomba atómica – dijo él.

– ¡Exacto! Con ella, ganar una guerra significaba que te condenabas a perderla. Para alcanzar ese punto, sufrimos dos guerras mundiales. Nada de lo que somos ahora, y de lo que fuimos en el pasado, se originó sin la guerra o la violencia.

– Y ese poder nuclear... ¿tiene algún otro fin, más allá del aniquilamiento?

Susana cerró sus ojos, segura de sus palabras.

– Las leyes mantienen la convivencia entre las personas, pero ninguna ley humana impedirá las agresiones de una nación poderosa contra otra; solo las armas nucleares lo han conseguido: es la *ley de Oppenheimer*. El poder del átomo no es un desgraciado incidente en nuestra evolución; al contrario. Si alguien se mereció el Nobel de la Paz fue Robert Oppenheimer: el padre de la bomba atómica. El epílogo sería que no existe más camino que éste.

Lorca se quedó clavado en su asiento sin respuesta.

– Me has contado una buena historia – dijo él –, pero... ¿Qué papeles interpretáis tú y Dorothy?

El timbre de voz de Susana sonó más segura y enérgica.

– Me preguntaste desde cuándo jugábamos la partida de ajedrez.

– Y me dijiste que hoy lo sabría.

Susana se tomó su tiempo en silencio. Su mirada se iluminó.

– Recuerdo que las primeras señales de mi verdadero yo surgieron como una conciencia dormida que se despertó de golpe. Al principio vivía atenazada por los miedos y dudas; luego lo acepté. Vivo inmersa en un bucle de vidas continuas donde siempre me he encontrado con ella, y en todas hemos sido mujeres. Mis vidas se repiten en un círculo sin fin donde recuerdo elementos y acontecimientos de las anteriores. Ella y yo somos dos mujeres escondidas entre las sombras del tiempo.

Lorca se levantó y se acercó hacia los ventanales. El sol seguía escondido entre las nubes y amenazaba lluvia. Deseaba hablar, pero no hallaba la manera de hacerlo sin romper con la disciplina que Darío le pidió.

– Sé que necesitas una explicación racional a lo que te cuento – continuó Susana –, pero no la hay.

Susana se acercó a Lorca. Se quedaron frente a los ventanales que mostraban el paisaje de tejados a dos aguas y el cielo encapotado. Lorca ya no disimuló su enfado.

– Y entonces... ¿tú y Dorothy vivís en una guerra de inmortales?

Susana entornó sus ojos.

– Nosotras construimos las pequeñas historias con las que se escribió la gran Historia – le respondió –, Ella sembró el desorden y yo la concordia. Ella inyectó el odio a quienes se lanzaron a las batallas, siempre inventándose un culpable; yo busqué disipar las tinieblas de la ignorancia mediante el conocimiento y la razón.

Lorca se mantuvo serio.

– Sabemos las consecuencias de un discurso o los pasos que conducirán a una guerra – continuó –, Somos la cadena *causa-efecto* que ha dirigido los acontecimientos de la Historia.

– ¿Lo dices por el atentado contra el archiduque Francisco Fernando que inició la I Guerra Mundial?

– Contemplé lo que ocurriría – le contestó.

– ¿Y Dorothy?

– Ella se hallaba esa tarde del 28 de junio de 1914 en Sarajevo, junto a Gavrilo Princip,

un infeliz que se creyó las mentiras de su credo nacionalista. Dorothy lo incitó para que asesinara al heredero del Imperio Austrohúngaro. El conflicto estalló y percibimos que aquella “Gran Guerra” sería la semilla de la II Guerra Mundial; la mayor que los siglos verían. Años después, Dorothy aleccionó a una joven llamada Eva Braun y la convirtió en su agente provocadora. La hizo pasar por una mujer de escaso talento y frívola, pero gracias a ella sedujo a un fanático propagandista llamado Adolf Hitler y lo congregó junto a un puñado de mediocres para dirigir el desvarío de Alemania.

– ¿Sabíais que se produciría una II Guerra Mundial?

– Sí – le respondió –. El 1 de septiembre de 1939, cuando el ejército alemán avanzó sobre Polonia, supe que se iniciaba una nueva partida. Dorothy contaba con un demente mesiánico y a una nación ciega y prodigiosa en el conocimiento y la tecnología. Todo abocaba a que el poder del átomo caería en manos de un loco. Me tocó introducir en el conflicto a una nación igual de prodigiosa.

– ¡Los Estados Unidos! – dijo él.

– Encontré mi oportunidad varios años antes, en 1937 cuando el Imperio Japonés inició su expansión por Asia Oriental. Me llevó años estar en el lugar preciso y en el momento apropiado. Conseguí acceder al Secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, a través del escultor George Conlon, íntimo amigo suyo. Me introdujo en el círculo de hombres que formaban parte del grupo de colaboradores de Hull. Seduje sus voluntades e influí en la nota diplomática que el Secretario de Estado norteamericano mandó a los representantes del Imperio japonés.

– ¿Hablas de la nota Hull?

– Sí. Conseguí que aquella nota fuese redactada como un ultimátum. Los japoneses respondieron a la provocación y se arrojaron con sus aviones a los abismos de Pearl Harbor en 1941. Estados Unidos entró en la guerra. La carrera por la vanguardia de la tecnología comenzaba entre ella y yo, entre Alemania y los americanos para llegar primero a ese ansiado poder nuclear.

– Ganaron los americanos.

– Gané yo. Pude evitar el conflicto mundial eliminando a ese demente cuando aún no era importante, pero era necesario provocar esa guerra y demostrar el poder de la *ley de Oppenheimer* al mundo.

– Eso es cruel.

– No soy un monstruo, solo humana. Nadie conoce mejor que yo el significado de la palabra “humano”.

Lorca meditó durante unos segundos antes de preguntar.

– ¿Siempre habéis empleado los mismos nombres?

– No – Ella sonrió –. Dorothy nunca fue su nombre verdadero. Es el seudónimo que adoptó de la novela *El Mago de Oz*.

– ¿Por qué ese sobrenombre?

– La moraleja de la novela es que no hay mejor lugar para vivir que el propio hogar. Quizá ella le dé algún sentido particular al desenlace de la obra, o le gustaron sus personajes para pergeñar su plan: El león, el hombre de hojalata y el que nos falta, el espantapájaros.

– ¿Un plan?

– Cada una contempla el poder nuclear de forma diferente: para mí es el arma que frena los conflictos entre las naciones, y Dorothy la considera el camino para detener nuestro progreso tecnológico.

– Un arma de dos caras: el infierno o el paraíso – dijo Lorca.

– Sí, y ambas lo entendimos – dijo ella –. Dorothy bosquejó un plan que pondría en marcha cuando se descubriera ese poder nuclear. En el momento preciso lo ejecutaría, o, mejor dicho, lo llevarían a cabo todos a los que Dorothy convenció para sus planes, que no sé ni quiénes son, ni cuántos.

– ¿No está sola?

– Te lo dije; ella es algo y alguien a la vez. Atrae a las personas hacia una causa sin que intuyan el objetivo final de su empeño.

– ¿Y por qué quiere acabar con el progreso de la humanidad?

– Nunca supe el motivo.

Susana caminó descalza alrededor de la mesa y prosiguió.

– Descubrí las referencias a El Mago de Oz y averigüé la fecha de inserción de los anuncios. Nuestra clarividencia te resultará incomprensible, es similar a la práctica que alcanza quien lleva centenares de vidas resolviendo crucigramas. La práctica conduce a la perfección.

– Necesito que me lo expliques de otra manera.

– No tengo otra forma – respondió con voz enérgica –. Conseguí los ejemplares donde aparecían los anuncios de El Mago de Oz, los guardé en sobres lacrados y me los envié de una vida a otra. La familia de anticuarios de Joaquín lo hizo posible.

– ¿Su plan era avisar a alguien?

– Con el segundo anuncio comprendí que su plan iba en otra dirección. Se trataba de un ardid, un juego de ilusionismo con un mensaje escrito desde los ecos del pasado.

– No son una profecía. Son instrucciones.

– Así es – le confirmó.

– ¿Por qué no te enfrentas a ella?

Susana se giró para mirar los recortes de periódico.

– Ambas vivimos la última de nuestras vidas – le dijo –. Nos acercamos al final de un bucle que ha durado siglos. Nuestras vidas acabarán con la bendición de una muerte que apagará nuestras conciencias para siempre. Morirme antes le dejaría el camino libre para que lograra su propósito.

– ¿Quiere matarte?

– Sé que quiere encontrarme – le contestó –. Llevo años enterrada en mi mausoleo imaginario. Vivo pendiente de una partida de ajedrez para descifrar el cómo y cuándo de su siguiente jugada.

Lorca se acercó a los recortes de la pared. Mantuvo su gesto serio. Susana siguió con su discurso.

– El mensaje en Berlín “My name is Dorothy” iba dirigido a mí. Era la señal que marcaba el inicio del nuevo juego. Si quería impedirlo, debía salir de mi madriguera. Me conoce bien, sabe que mis únicas opciones son quedarme oculta sin actuar o salir de mi escondite y que ella mate a mi reina antes de ejecutar su jaque mate final.

– ¿Es lo que explica esa partida? – Lorca señaló al tablero y a la posición de las figuras.

– Si te fijas en el alfil y el caballo, me han bloqueado las salidas y solo me queda retroceder la reina, perder la torre y refugiarme con el caballo.

Lorca identificó cada una de las jugadas en el tablero. Dos figuras llamaron su atención.

– Tú eres la reina y yo soy ese caballo – afirmó rotundo –. Soy quien te protegerá cuando pierdas la torre y te veas obligada a salir.

Susana sonrió.

– Así es. Hace más de veinte años escribí tu nombre en dos sobres lacrados. He esperado todo este tiempo para enviarte el primer anuncio.

Lorca se levantó de su asiento y sacó a la luz su cabreo.

– Se acabó – le dijo –. ¿Quieres saber por qué he venido?

– Vienes a por más anuncios.

– Sí, a por todos los que se hallen en tu poder. No sé si mis compañeros se burlarán de mí o te detendrán cuando se cumplan tus supuestas profecías.

– No son profecías – respondió enfadada.

– Si me haces pensar que hay un plan que conoces, te arrestaré.

– No hay más anuncios.

– ¿No los hay, o no me los quieres entregar?

– No dispongo de más. Si fuera así, te los habría entregado.

Lorca se puso las manos sobre su cabeza y trató de controlar su mal genio. Susana se encaró con él.

– Te envié esos anuncios para traerte aquí. Son la prueba de mi verdad. No me arrestarás por un delito que no he cometido. Tampoco me sacarás de aquí y me expondrás al peligro.

Lorca se marchó hacia la puerta y salió al apartamento contiguo. Susana corrió detrás. Él le gritó.

– Esos anuncios solo son falsificaciones elaboradas por Joaquín.

Tosió con fuerza y ella lo observó.

–Te estás muriendo – le dijo.

Lorca se alteró. Su calma se resquebrajó.

– Todos morimos de un modo u otro – le replicó –. Nadie vive para siempre por mucho que quieras convencerme de lo contrario.

Susana adoptó un tono conciliador y se acercó.

– Sufres de una pena que llevas contigo desde hace años. No dejes que la muerte te corroa con ese dolor. Dile adiós a quien te hizo amar la vida.

Lorca la miró sin entender cómo lo había averiguado. Necesitó unos segundos para superar el golpe, salió del apartamento, bajó las escaleras apresurado y llegó a la calle. Caminó hacia la estación de trenes sin mirar atrás, buscó el andén de salida de su tren y se dirigió a su vagón. Allí, acomodado en su asiento y recuperando la tranquilidad, cayó en la cuenta de algo que debió preguntarle.

– ¿Por qué me elegiste hace veinte años?

Susana volvió a su apartamento. Se sentó a la mesa, cogió una hoja y releyó la carta que escribió dos semanas antes.

“La humanidad convirtió cada avance de su progreso en una nueva expresión de su violencia. En ello nunca escatimó esfuerzo ni imaginación; y en esa senda encontrará el final de su especie.

El último hombre alcanzará su fin para convertirse en un ser superior, en el Dios al que siempre veneró”.

Xavier y Anette acudieron a Softlink, la empresa donde se denunció la desaparición de Miquel Arranz. Según sus compañeros, era uno de los desarrolladores de software más avezados del sector. Manuel Baleriola, el director de proyectos, los recibió en la sala donde trabajaban los programadores. Se ajustó sus gafas de madera *Tom Ford* sobre el puente de la nariz antes de contestar a los agentes.

– Era el responsable de un proyecto que dibuja en un mapa las tendencias de opinión lanzadas desde las redes sociales. Según sus compañeros, salió espantado hace un par de días. No sabemos nada de él desde entonces, ni hemos logrado localizarlo.

Xavier miró a Anette y ella no le devolvió la mirada. Con ellos había un agente de policía que tomaba la declaración. La alemana aprovechó para sentarse en la silla de Miquel Arranz, encendió el ordenador y lo inspeccionó por si existía alguna cámara que registrara lo ocurrido.

– En una categoría de uno a diez – preguntó Anette –, ¿en qué nivel colocaría a Miquel en sus capacidades informáticas?

Baleriola se desconcertó. El agente que escribía las notas se echó a un lado para que viese a la alemana.

– En mi opinión, casi un once – contestó –. Diez se queda corto. Lleva a cabo experimentaciones de código que nos sorprenden, en particular para los móviles. Si se lo propusiera, nos piratearía el teléfono sin enterarnos. – Baleriola se arrepintió de aquella afirmación –. ¿Piensan que mi programador se ha metido en algo ilegal?

Anette se levantó con brío y se colocó frente a él.

– Tratamos de averiguarlo. Se han producido una serie de ataques informáticos contra la embajada rusa; algunos provienen de esta empresa. Sospechamos que Miquel Arranz se ha implicado en los mismos. Su desaparición nos resultó sospechosa, y su valoración como pirata informático nos ha ofrecido una pista más que interesante.

– Bueno... yo no querría implicar a Miquel por una simple valoración.

– Acaba de afirmar que puede piratear un teléfono móvil.

– Sí; aunque siempre lo mostró como una simple habilidad, un juego que practicaba con nosotros. Mire, Miquel es un buen chico de Barcelona que reside en Valencia desde hace unos años. Me gusta confraternizar con la gente de mi equipo y sé que quedó huérfano a muy corta edad, sin familiares, y deambuló entre casas de acogida. Le encantan los tatuajes; si contemplara su cuerpo, diría que es *el hombre ilustrado*.

Anette cogió el brazo de Baleriola y lo obligó a entrar en uno de los despachos.

– Oiga, quiero que entienda que esto no se trata de un juego de malotes. Olvide los paternalismos y cuénteme lo que sepa de él. Sin padres, ni familiar alguno, desconocemos a quién acudir. Precisamos un lugar donde localizarlo. No está en su domicilio y apagó su móvil cuando salió de esta oficina.

Baleriola le devolvió un gesto de preocupación.

– Le he contado lo que sé – le dijo –. Interrogue a sus compañeros.

Anette salió del despacho enfurecida. Le soltó a Xavier en voz baja un “joder”.

– Nos ha tocado un tipo listo y solitario – prosiguió en voz baja –. Le controlaremos las redes sociales.

En ese momento, escucharon una voz a sus espaldas.

– Huyó cuando miró esto.

Uno de los programadores soltó la frase. Anette y Xavier se giraron. El muchacho movió su monitor para enseñarles una portada del periódico *La Vanguardia*.

– Fue lo último que vio Miquel cuando salió escopetado.

Anette se acercó al monitor. Era una imagen del portal que daba entrada al inmueble de Jessica Fisher, situado en el Carrer dels Sornells. En la portada aparecía sobrepuesta la imagen de la periodista a la foto central. Un nutrido grupo de efectivos policiales se acumulaban frente al portal.

– ¿Estás completamente seguro de que todo ocurrió cuando vio esta portada? – le preguntó Anette.

– Lo confirmo al cien por cien.

– Necesito una captura de pantalla – le pidió ella –. Recorta la imagen de la víctima e imprímela.

El programador obedeció. En unos minutos, Anette contemplaba en sus manos la imagen ampliada de Jessica Fisher. Luego se situó en el centro de la sala para dirigirse a los presentes.

– Por favor, requiero su atención. Se os pasará esta fotografía y si alguno de vosotros ha visto a esta mujer con Miquel en alguna ocasión, que lo comunique. Me valen las coincidencias y los “creo que”.

La sala se quedó en silencio. Baleriola les informó del carácter reservado de Miquel, de quien afirmó que hablaba más por las redes sociales que con sus compañeros.

Anette ni escuchó al director de proyectos y volvió a dirigirse a los programadores.

– Si alguno se pone en contacto con él, o él con vosotros, llamad a este número. Precisamos vuestra colaboración.

La alemana salió sin despedirse de nadie. Xavier hizo un gesto amable a Baleriola y marchó tras ella. La alcanzó y le cogió la mano para averiguar qué ocurría. A qué se debía su brusquedad.

Anette puso cara de pocos amigos.

– Desde ahora mismo – le dijo –, Miquel Arranz es sospechoso de complicidad en el asesinato de Jessica Fisher.

El senador republicano por el estado de Ohio, Calvin Monroe, subió al atril y se dirigió al Senado de los Estados Unidos en una resolución concurrente sobre el control de las armas de fuego en las escuelas, la obligación de armar a todo el profesorado, y la posibilidad de disponer de una armería en cada instituto. Monroe era conocido entre los senadores como uno de los ilustres afiliados de la NRA: la Asociación Nacional del Rifle, y por ser un activo defensor de los intereses del lobby de las armas. A nadie le extrañó su beligerancia por una futurible ley que convertiría las instituciones de enseñanza en arsenales. Pero Calvin Monroe fue más lejos en su alocución. Su oratoria enhebraba un discurso pleno de frases que conectaban emocionalmente con los votantes. Se trató de una enérgica intervención de media hora sobre el servicio al país, la defensa de los intereses norteamericanos y su liderazgo en el mundo. Nadie se perdió ni una palabra de aquel discurso. Tras su arenga, tomó unos segundos de pausa, dio un sorbo al vaso de agua que se encontraba a la izquierda del atril, y continuó con su alocución.

Preparaba el gran golpe de efecto para el final.

– Somos víctimas de la grandeza de nuestra nación – dijo –. Es ella la que nos defiende, y por eso no puede dirigirla quien no comprenda qué significa ser ciudadano del país más poderoso del mundo; quizá el más grande que ha existido.

El senador efectuó un largo silencio dramático que causó expectación entre el auditorio.

– Vivimos en tiempos de una guerra sin fin– continuó –. Lo estamos desde que iniciamos el camino para construir nuestro gran país; o cuando a comienzos del siglo XX lideramos la innovación tecnológica e impulsamos de manera inimaginable el progreso de la humanidad. Lo estamos desde que ganamos la última guerra mundial e impusimos nuestra autoridad como defensores del mundo libre.

Monroe se detuvo de nuevo, observó desde su atril a los miembros de ambas cámaras, y prosiguió.

– Desde entonces, nos hemos enfrentado a quienes buscaban destruirnos en diferentes conflictos, y por eso peleamos en todos ellos; no porque los elijamos. Jessica Fisher es una víctima más de una guerra tejida en los telares de la diplomacia. Estamos perdiendo nuestra voz de autoridad, esa que se ganó con la tenacidad y los sacrificios de las generaciones que nos precedieron. Hoy hablamos aquí del control de armas y obviamos explicarles a nuestros conciudadanos que estamos en mitad de un conflicto bélico. Debemos desafiar las excusas que nos paralizan y declarar la guerra a quienes han asesinado a Jessica Fisher.

Los miembros del Senado quedaron en silencio. A algunos se les cortó la respiración. Monroe terminó su discurso.

– No olviden quién era Jessica Fisher – les dijo a todos –. No importa que no fuese una persona relevante. Nos importa que sea una compatriota asesinada por quienes buscan arrebatararnos nuestro liderazgo. Debemos responder con la misma contundencia que lo hicieron en el pasado las naciones que dirigieron el mundo a lo largo de la historia. La duda nunca nos convirtió en un gran país; lo hizo la determinación de nuestros antecesores.

La mayoría de los miembros del partido republicano, y algún que otro demócrata, inundaron el recinto con sus aplausos. Monroe bajó del atril con el semblante serio y dirigió su mirada a los miembros del Comité de Relaciones Exteriores, estupefactos ante lo que habían

escuchado y sin disimular su espanto. Lanzó otra mirada a los pisos superiores donde se sentaba el poderoso lobby de las armas. Algunos hicieron gestos de aprobación, entre ellos la presidenta de la NRA, Nancy Pence. Los miembros del Senado subieron el tono de sus voces tras el discurso de Monroe. El presidente de la Cámara Alta los llamó al orden, y tras varios intentos, se ordenó un receso para que se apaciguaran los ánimos. Todos salieron a los pasillos y algunos se dirigieron a sus despachos. Monroe atendió a los periodistas que se agolpaban a su alrededor, luego se fue a su despacho y recibió la visita de Fred Kerley, el secretario de organización de la NRA. Traía una invitación de Nancy Pence para una cena en pequeño comité.

Esa misma noche, el senador y la presidenta de la NRA se vieron en el reservado de un discreto restaurante a orillas del Potomac. Pence lo esperaba en la mesa acompañada de algunos de sus hombres de confianza y con una botella de vino californiano. Le tendió la mano y le dio la enhorabuena por aquel discurso que ya era noticia en todos los medios y las redes sociales.

– Usted debería presidir nuestra nación – le soltó–. Los ciudadanos le seguirían a cualquier parte.

– Me preocupa el liderazgo de mi país – respondió Monroe, con aspecto serio.

– Estoy segura de ello. Sé que también construiría una verdad a partir de cualquier mentira.

Monroe se sorprendió con aquel comentario tan directo. Recompuso su gesto y le regaló una sonrisa antes de responder.

– A veces – le dijo él –, se hace necesario que las palabras se impongan al sentido común.

Pence movió su cabeza en señal de aprobación. Los componentes de la mesa levantaron sus copas.

– ¿Ha pensado en presentar su candidatura a presidente en las próximas elecciones, señor Monroe? Le ayudaríamos a conseguirlo, y me gustaría servir a nuestra nación con un cargo en su gobierno.

Eran cerca de las diez de la mañana. Lorca paseaba por el parque Jaime del Amo, hacia una zona próxima al hospital San Carlos. Había regresado de Málaga el día anterior y llegó a Madrid tarde; no pegó ojo en toda la noche y se sentía aturdido. Susana era un incesante runrún que sonaba en su cabeza. Decidió que lo mejor era tomarse una tregua hasta su reunión con Darío y Cándido. Cruzó el parque sin prestar atención a su alrededor y apenas se fijó en las personas sentadas en los bancos. Clara, la investigadora del Hospital San Carlos, le saludó desde uno de ellos y le dijo con tono de reproche que si ya no me conoces.

Lorca no esperaba encontrarse con ella.

– ¡Perdóname! – le respondió –, le daba vueltas a mis cosas.

Clara sonrió.

– ¿Te puedo hablar igual que a un amigo de toda la vida?

Él asintió.

– Permíteme que te explique lo siguiente – dijo ella –. Perdonar sale muy barato, solo gastas unas cuantas letras y sin embargo te ahorras el enfado, la pelea o la tristeza. Así que te perdono.

– Me inclino al olvido en lugar del perdón.

– ¡Cuidado!, yo no olvido – le habló en tono de advertencia –. La memoria evita que repitamos los errores.

Lorca sonrió. Su carácter cambiaba cuando coincidía con Clara; y era consciente de ello.

– Lo mejor de la memoria, es el olvido – le replicó.

Ella gesticuló para que se sentase a su lado. Él le hizo caso, aunque miró su reloj.

– ¿Tienes prisa? – preguntó Clara.

– Solo me hallo de paso.

– Entonces, tu paso es muy corto – contestó con tono burlón –. Haciendo memoria, diría que desde hace un par de meses te detienes por aquí.

– Lo dicho, observadora y curiosa; perfecta para una científica.

Clara soltó una carcajada y Lorca la secundó, más discreto.

– ¿En qué andas metida? – le preguntó él.

– En un estudio de la base genética de varias enfermedades raras. ¿Sabías que el 80% de ellas son genéticas? Si no conocemos qué lo provoca, poco se puede hacer para curarlas.

– ¿Trabajas desde hace mucho tiempo en ese proyecto?

– Estoy en los inicios – hizo un gesto con los hombros –. Reviso lo publicado para no repetir lo que ya se ha conseguido. Lo interesante de la ciencia es cuando creas conocimiento nuevo.

– ¿Por eso te dedicas a la investigación? – le preguntó él.

– Me gusta pensar que un científico es un curioso que observa la realidad sin la miopía con la que contemplamos las cosas.

– A mí me gusta que la curiosidad desarregle lo que ya estaba ordenado – le confesó Lorca –, aunque también me gusta que existan leyes en la ciencia que sean indiscutibles. Se necesitan para no vivir en una duda constante.

Clara reaccionó con el comentario de Lorca.

– Estás muy equivocado con la idea de los principios indiscutibles – le dijo –. ¿Sabes quién era Vera Rubin?

– No.

– ¿Y Penzias y Wilson?

– Tampoco.

Clara se acomodó en el banco antes de proseguir.

– Vera Rubin fue una científica que se vio en la tesitura de contradecir las teorías conocidas hasta entonces. Observó el movimiento de las galaxias y comprendió que no se comportaban como postulaban las leyes de Newton. Gracias a sus mediciones, y a su investigación, se demostró la existencia de la materia oscura, que constituye el 90% del universo. Penzias y Wilson prestaron atención a un ruido que captaba los receptores de su radio-antena. Otros hubieran considerado que se trataba de una avería, aunque ellos decidieron preguntarse qué era. Convirtieron una avería en el descubrimiento que demostró la Teoría del Big Bang y ganaron el Premio Nobel. A veces la Ciencia da unos saltos que nos conduce a un camino distinto, y eso nos permite entender lo que nos rodea por mirarlo de forma diferente.

Clara se detuvo.

– ¿Sabes en lo que pienso cuando sea mayor?

– Me gustaría saberlo.

– Pienso en todas las cosas que ahora no entendemos porque aún no sabemos mirarlas.

Lorca se sorprendió. Mezcló lo que escuchaba con el runrún de Susana que le perseguía dentro de su cerebro.

– Tiene gracia – le dijo –. Una conocida me quiere convencer de eso.

– ¿Y la crees?

– Me cuesta. Sus teorías resultan excéntricas.

Clara se levantó y miró su reloj. Debía regresar a su trabajo.

– Déjame que te explique un ejemplo imposible. Imagina que se realiza un mismo experimento en tres aceleradores de partículas: una en el CERN en Suiza, otro en Illinois; y otro en China. Los resultados del mismo experimento, bajo las mismas condiciones, serán similares. Hasta ahí estamos de acuerdo.

– Creo que sí.

– Ahora coloca un acelerador de partículas aquí, otro en un lugar a un millón de años luz de nosotros; y el tercero a cien millones de años luz. ¿Darían el mismo resultado?

Lorca no contestó. Clara se respondió a sí misma.

– Nos atrevemos a pensar que lo que demostramos en este diminuto rincón de la galaxia, sirve para todos los rincones del universo. Eso es arrogante.

Clara comenzó a alejarse.

– Así que dile a tu conocida que tiene razón – le dijo mientras se iba –, y que como siempre, se la va a dar otra mujer. Los hombres nunca nos dejáis otra opción.

Se detuvo un instante, a una distancia de varios metros.

– ¿Quedamos para comer? – vociferó Clara –. Pizzería Fellina en calle Caracas, junto a la salida del Metro Alonso Martínez. Te espero a las dos este miércoles.

Lorca la vio diluirse en el gentío que entraba al hospital San Carlos. Le vino un ataque de tos y permaneció sentado en el banco. Transcurridos unos minutos, se puso en pie y miró la hora.

Ya no regresaría jamás allí. Se marchó con la lucidez de saber lo que debía hacer.

Xavier inspeccionaba la cerradura del apartamento de Jessica Fisher cuando Anette apareció. Se encontraban ellos dos y Lluís Peret, el agente de la policía científica que trabajó en la escena del crimen del Hotel Maxor junto a Xavier. La alemana no disimuló su interés por aquel policía de cuerpo espigado y facciones nórdicas.

Peret les detalló los resultados de sus pesquisas y comenzó por la marca de bala que encontraron en el cuarto de baño.

– Fue un disparo en la nuca – les dijo –. Por el calibre de la bala, una 9 mm corto, pensamos que usó un silenciador porque ningún vecino lo escuchó. El disparo se realizó desde el pasillo – señaló hacia la salida del baño –, o incluso unos metros más atrás. Hay restos de pólvora en esa pared, junto a la puerta, lo que refuerza nuestra hipótesis de que se disparó desde esa distancia. La víctima ni se enteró de su presencia.

Anette revisó la marca de la bala en los azulejos del baño. Luego se dirigió a Peret.

– ¿Cómo entró sin que la víctima se percatara?

– Utilizó el *bumping* para romper el bombín de la cerradura. Suponemos que atendió a los ruidos que venían del apartamento, oyó la ducha y aprovechó para entrar. La autopsia sitúa la muerte horas después de que asesinaran al embajador. Quizá vino aquí a esconderse, o tal vez necesitaba tiempo para decidir su siguiente paso. La siguieron.

– Me hablas de una 9 mm, pero la bala no apareció – comentó Anette.

– El calibre fue una deducción ajustada a los cálculos periciales de nuestro experto en balística. Se llevaron los casquillos.

– ¿Huellas?

– Unas cuantas – Peret soltó una sonrisa maliciosa –, pero de pisadas. Sobre todo, de las tuyas, inspector, con esos Martinelli del número 47 que calza.

Anette miró a Xavier con gesto de desaprobación. Peret se animó a continuar la chanza.

– No voy a pedirle que no pise el suelo mojado, aunque mi madre sí que le habría abroncado.

La alemana se rió de la gracia y luego palmeó el hombro a Peret. Xavier frunció el entrecejo con la escena.

– ¿Se ha elaborado una lista con los objetos pertenecientes a la víctima? – preguntó Anette –. Sabemos que el móvil no ha aparecido.

– Hemos cursado una solicitud para que la operadora nos mande su última geolocalización.

– Ese móvil nos daría mucha información – comentó Xavier –. Sospechamos que está hackeado.

Peret negó antes de hablar.

– Veo que lo relacionan con los atentados a los diplomáticos – dijo –. Pienso que fue una cuestión de mala suerte. Coincidió con el embajador ruso en el peor lugar y momento.

Anette trató de entender la seguridad con que Peret hacía esa afirmación.

– Ese móvil es vital – dijo ella –. Afirmaste que la siguieron y es posible que controlaran la señal de su móvil para localizarla.

– En teoría, solo podemos hacerlo nosotros.

– El móvil del embajador ruso lo piratearon – Anette lo expresó en tono rotundo –. Si el móvil de la americana también lo estuviera, la podríamos colocar en otro escenario.

Peret volvió a negar.

– Se equivocan. Hay un detalle que quiero enseñarles.

El agente los condujo a un extremo del salón, junto a una pequeña estantería donde se alineaban libros de temática distinta: sobre arte, novelas, numerosas revistas, y un libro de pequeñas dimensiones que tan solo llamaba la atención por su tamaño, similar a un *Crisolín*.

– ¿Es una biblia? – preguntó Anette.

– Lo es.

Peret abrió sus páginas recubiertas en tono dorado y le señaló una página.

– Fíjense bien. Verán que tiene puesto un marcapáginas en Éxodo 21. Es el texto que el asesino escribió sobre la pared del baño. Sería mucha casualidad que lo escrito por el asesino coincidiera con lo marcado en esta biblia.

Xavier puso gesto de sorpresa. Anette movió su cabeza y sonrió.

– Las casualidades nunca hay que subestimarlas – intervino Xavier –. Puede que la colocase en la estantería para confundirnos.

– Me inclino a creer que cogió la biblia e improvisó. Buscaba desviarnos del verdadero móvil del asesinato. Comunicáremos a los agentes estadounidenses estos detalles y que enfoquen su investigación en lo que pienso que es: la mala suerte de coincidir en el lugar inapropiado y en el peor momento. Aquí se eliminó un cabo suelto. No logro relacionarlo con espionaje internacional o terrorismo.

El móvil de Peret sonó. Pidió disculpas y entró en la cocina para atender la llamada con discreción. La alemana cogió la biblia y leyó un pasaje, después miró a su alrededor en busca de algún elemento fuera de lo común.

– Este muchacho ha hilado fino, hay que reconocérselo. Guapo y listo; y con anillo de casado. Déjame a solas con él, que esta noche me lo ceno.

– Haz lo que quieras – respondió el inspector, ofendido.

Anette depositó la biblia sobre la repisa y colocó su mano sobre el hombro de Xavier. Era un gesto iniciado con ternura, aunque luego se convirtió en un empujón que mostraba cierto enfado. A pesar de su menor estatura y su cuerpo delgado, consiguió desplazar el metro noventa del inspector.

– ¿Has hablado con ese compañero de Madrid? ¿Se llamaba Lorca? ¿No fue el nombre de un poeta?

– No es un nombre, es un apellido. Hablé hace unos días para interesarme por Susana Torres.

Anette miró intensamente a Xavier. Éste no levantaba la cabeza.

– Hablaremos con él. El caso se complica y no quiero otro error más, ¿de acuerdo?

Peret salió de la cocina cuando sonó el teléfono de Xavier. El inspector habló durante unos segundos.

– El móvil de Miquel Arranz acaba de activarse – informó –. Siguen sus movimientos un par de coches patrulla.

Sebastián Briski dejó a los dos agentes de la CIA celando la entrada del Ram's Head Inn: un hotel construido en estilo colonial y rodeado por robles centenarios, ubicado en la isla de Shelter, en el Estado de Nueva York. Un tercer agente lo acompañó hasta la sala de conferencias del hotel y se quedó en la puerta. La elección del lugar para su charla no era casual. Fue allí donde se celebró la primera conferencia “*Shelter Island*” en 1947, que reunió a las mentes más brillantes de aquella época para dar un impulso a la física teórica, y a la que asistió Robert Oppenheimer, el padre de la bomba atómica.

Sebastián conocía esas conferencias y sabía que en la reunión se discutiría sobre una nueva teoría que conectara la mecánica cuántica con los efectos de la gravedad.

– La Física se ha estancado – le anunció la organizadora de aquel encuentro, Isidora Rabí, doctora en física y directora del Área de Ciencias de la Universidad de Oxford –. La teoría de cuerdas nos sirvió para unir la física cuántica y la teoría de la relatividad, pero nos hemos atascado. Nos hallamos lejos de formular una teoría cuántica de la gravedad; o conseguir que la hipotética partícula que transmite la fuerza gravitatoria se visualice en los aceleradores de plasma láser.

Isidora Rabí efectuó un breve silencio mientras las miradas de todos los presentes se dirigían a Sebastián.

– Por eso le invitamos – continuó –, aunque no sea físico ni matemático. Ha modelado una forma diferente de enfocar la experimentación, y eso es lo que buscamos: un nuevo método de observación. Nos hemos alejado del éxito por no ser capaces de analizar los datos de otra manera.

Sebastián saludó a los presentes: astrofísicos, matemáticos, físicos teóricos y experimentales. Muchos eran ganadores del premio Nobel y todos eran reconocidos doctores en universidades americanas, chinas y europeas. Se sintió desubicado entre pizarras repletas de fórmulas, hasta que vio, en una esquina, un homenaje a la famosa fórmula de Pitágoras de $a^2 + b^2 = c^2$, una de las primeras ecuaciones que plasmaba el resultado de un razonamiento hecho por un humano.

Satisfecho por que al menos comprendía una de las ecuaciones que contemplaba, subió al atril, conectó su móvil por banda ultraancha a una pantalla situada frente a los asistentes, y mostró una simple palabra: Serendipia.

– Como saben – comenzó –, la serendipia es un descubrimiento que se produce de manera accidental. No hay que entenderla como un boleto de lotería que te premia sin mediar esfuerzo; hay que trabajar mucho para que nuestro fracaso nos conduzca hacia conocimientos que nos fueron esquivos. Yo no buscaba un modelo de programación para el cerebro; mis experimentaciones se centraban en la modulación cerebral para entender el comportamiento de nuestro cerebro tras una lesión. Diversos errores en varios ensayos clínicos me hicieron bucear en los resultados de mis fracasos; hasta que comprendí que mi experiencia me alejaba del principal objetivo de la ciencia: la creación de nuevo conocimiento. La mejor enseñanza que recibí en mis tareas de investigador no la obtuve en las universidades; sino gracias a mi madre, la doctora Robles, una científica igual que los aquí presentes. Ella decidió seguir una norma personal que me transmitió durante mi infancia: aprovechar las oportunidades que nos ofrece la

serendipia. Si focalizamos nuestra atención en los sucesos que se dan en los lados invisibles de nuestras investigaciones, podríamos llegar al descubrimiento inesperado de multitud de nuevos hallazgos, algunos relacionados con lo que buscábamos, otros se opondrán frontalmente a lo que tratábamos de demostrar; será entonces cuando la magia de explorar el territorio de un nuevo conocimiento nos llevará a sentir el placer de los descubridores.

Sebastián se tomó una pausa. Todos lo observaban inmutables.

– Les propongo un sencillo ejemplo – les dijo –. Les adelanto que deberán filtrarlo a través de su más agudo sentido de la fantasía. Si no aplican ese grado de imaginación, el ejemplo no funcionará.

Los asistentes se miraron entre sí.

– Imaginen que siempre se pensó que el tiempo era una fuerza. Creemos que el efecto de esa fuerza es lo que hace que se envejezca, marchite o perezca. Afecta a los elementos del universo de forma desigual, y produce que ciertos materiales se desechen antes que otros. Dedujimos que actúa según el objeto y otros tangibles, como el tipo de material, el tamaño o lo que quieran introducir en su fantasía. Con esas premisas, no encontramos una regularidad en el efecto de esa fuerza. Concluimos que el tiempo no se puede calcular. Un día, alguien que experimentaba con un campo eléctrico aplicado a un cristal de cuarzo encuentra un error en el resultado de su experimento. Algo que no debería ocurrir sucede. El cristal de cuarzo genera impulsos a intervalos regulares que, aplicados entre dos salidas del sol, da un patrón muy preciso. Piensa que esos intervalos regulares son un error de su experimento, porque según la teoría establecida no puede existir un patrón fijo para la fuerza del tiempo. Aquel científico, que explora su fracaso, percibe que con la regularidad de esos impulsos obtiene una secuencia precisa. A través de la observación en torno a un error considerará la existencia de nuevos conceptos tales como los segundos, minutos, horas, días, meses y años; y así hasta predecir lo que tardaría una flor en marchitarse o una manzana en pudrirse. Su nueva teoría hace que todo encaje y postula lo impensable: que el tiempo no es una fuerza, es medible y lo que captamos es la consecuencia del simple efecto producido de su paso.

La sala quedó en el más absoluto de los silencios.

– Ahora acuérdense de este ejemplo repleto de imaginación cuando piensen en la fuerza de la gravedad. Algún día entenderán su misterio gracias a un experimento en el que buscaban otra cosa. Quizá, a partir de una contrariedad, se adentren en ese territorio del fracaso que nos puede encaminar hacia el triunfo.

La sala siguió enmudecida. Nadie se atrevió a preguntar, hasta que Gretel Bergman, directora del instituto Max Planck de Matemáticas de Bonn se levantó, no para dirigirse a sus compañeros, sino para acercarse a las pizarras. Comenzó a borrar las ecuaciones de una pizarra y se alejó de ella para comunicarles a sus compañeros que ahora se otorgaba la oportunidad de enfocar las ideas de forma distinta. Luego otro de los presentes, Patrick Sjöberg, catedrático de física cuántica de la Universidad de Estocolmo, se levantó e imitó su acción, que fue secundada por un tercero. Y un cuarto. Uno tras otro, analizaron los errores de sus búsquedas y planteamientos teóricos. Liu Hong, catedrática de electromagnetismo de la Universidad de Wuhan, señaló que nuestro fracaso se basa en que no observamos de forma correcta. Discutieron, y cada uno indagó en los fracasos de sus experimentos para adentrarse en los nuevos caminos que se les abrían.

Isidora Rabí no disimuló su curiosidad al percibir la satisfacción que mostraba Sebastián cuando los observaba.

– ¿Por qué le han interesado los experimentos sobre la gravedad? Me resulta insólito

escuchar a mis compañeros pronunciar semejantes disparates.

– Siempre pensé que el dominio sobre la gravedad es el paso que nos queda para dar un salto excepcional en nuestra evolución – le respondió.

– Cualquiera diría que usted es un experto.

Sebastián la miró. Se guardaba un as en la manga.

– Está en lo cierto – dijo él –. Mi lengua materna es el español. En ese idioma, la palabra gravedad hace referencia a la fuerza de atracción de los objetos con masa, pero también al nivel de peligro de una enfermedad. De alguna manera, con mi método, he sometido a la gravedad, pero a la que se halla en el ámbito de mis conocimientos. Ahora les toca a ustedes someter a la suya.

Sebastián perfiló una misteriosa sonrisa antes de continuar.

– Le aseguro que, si la dominamos, lograremos lo inimaginable.

Los científicos se congregaron frente a las pizarras. Uno de ellos, de sesenta años, gafas redondas, corte de pelo undercut y vestido con un traje gris de cuello Mao, se le acercó. Era Quian Sanqiang, doctor en Física por la Universidad de Beijing y responsable de la implantación de la tecnología cuántica en China.

– ¿Me permite un momento, doctor Briski?

Se situaron en una esquina apartada de la sala donde Sanqiang le entregó con disimulo un papel y una memoria *microflash*.

Se dirigió a él en voz baja.

– Si le interesa nuestro proyecto Tianlong, encontrará una clave en ese papel. Memorícela y luego destrúyala. Le dará acceso y descifrá el contenido del *microflash*. Contiene unas instrucciones y unas coordenadas. Le esperamos en ese lugar y a esa hora.

– ¿Por qué me podría interesar?

– Lea lo que viene ahí – respondió Sanqiang –. Le ofrecemos lo que nadie se atreve a proporcionarle.

Sanqiang regresó a la congregación de científicos. Sebastián abrió la nota, miró a su alrededor, la leyó unos segundos y después la rompió. Se conectó al MicroFlash con su móvil a través de una conexión inalámbrica segura, introdujo la clave, desplegó la pantalla en modo *tablet* y ojeó las instrucciones.

Un nombre saltó a sus ojos: “La granja”.

Guardó la memoria y llamó a su madre a través de una red IP encriptada, sin perder la calma.

–Teherán.

Cándido entró en la sala de reuniones y llevaba un sobre de gran tamaño bajo el brazo. Darío repasaba la información en su *tablet*. Se sentaron uno junto al otro, cada uno con su estilo propio: Darío elegante, con su tez morena, peinado con la raya muy marcada, gafas de pasta gruesa y camisa blanca. Cándido, con su bigote espeso, pelo largo muy rizado y una peculiar camiseta negra estampada. Lorca llegó con la respiración entrecortada y se disculpó por el retraso. El día anterior, durante el regreso en tren de Málaga, los llamó por teléfono para comentarles las impresiones que sacó de la charla con Susana y las dudas sobre sus desequilibrios. Les contó a ambos que al principio le resultó entretenida, pero luego salió con lo de sus vidas cíclicas y ya le costó escucharla. Darío le pidió que frenase, que mejor se reunían todos al día siguiente y lo discutían con calma. Cándido coincidió con la propuesta.

Lorca se sentó y bebió agua de una botella para aliviarse del ataque de tos que le sobresaltó. Les presentó un guion de trabajo repleto de flechas e interrogaciones. Miró a ambos y le extrañó el sobre que Cándido depositó encima de la mesa.

– ¿Qué llevas ahí?

– Es una sorpresa.

Lorca se encogió de hombros y después comenzó a comentar sus impresiones tras la última charla con Susana.

– Como veréis – dijo –, no tengo indicios medianamente coherentes para solicitar su arresto. Tampoco puedo ignorarla como si no pasase nada.

– ¿Crees lo que dice? – preguntó Darío.

Lorca negó con la cabeza.

– Me preocupa la parte que la relaciona con los atentados. Imaginad qué supondría otro ataque al representante de una embajada.

– Trabajemos sobre la hipótesis de que no miente – propuso Cándido.

Darío dejó su *tablet* a un lado, se ajustó las gafas sobre el puente de su nariz y se acomodó en la silla antes de hablar.

– Cualquier diagnóstico sin ver al paciente es poco sólido – dijo –, pero ella no me da otra opción; así que solo conjeturaré un supuesto desequilibrio mental. Existen muchos indicios, aunque solo sean suposiciones.

– Sé que suena impropio de mí – Lorca lo interrumpió –, Puede que haya cosas que no entendamos porque aún no sabemos reconocerlas.

Cándido y Darío se miraron sorprendidos. Aquella afirmación no encajaba con su personalidad. Darío decidió retomar la conversación.

– Me hablaste de una persona que se encierra porque sostiene que la van a asesinar, que cree ser la portadora de una misión especial en la historia de la humanidad en la que ella es la pieza clave, y sostiene que nuestro futuro depende del éxito de su misión. También afirma que vive una vida tras otra igual que si fuese inmortal. Eso da para varios tratamientos.

– ¿Y si para ella es verdad? – preguntó Cándido –. En el hinduismo o el budismo, la reencarnación es un dogma de fe. Venimos de la tradición cristiana donde la reencarnación no casa bien con la resurrección. No sabemos si nos resulta extraño por convicción o tradición.

Lorca decidió intervenir.

– Deberíamos traducir las informaciones que nos ofrece a explicaciones reales. Puede que con eso impidamos un nuevo atentado. Estoy abierto a cualquier opción, aunque me resulta extraño que no sufra de delirio.

Cándido se revolvió en su asiento.

– ¿Por qué no pensamos en otra opción diferente al delirio?

– Porque lo es – contestó Darío – ¿Me puedes explicar qué te pasa? Te conozco hace años y sé de tus peculiaridades, siempre has reaccionado de manera competente y racional en tus tareas de policía.

Cándido no se contuvo.

– Lo que a ti te parece anormal, yo acepto que es lo cotidiano. Eso me sucede.

Lorca intervino para aplacar los ánimos.

– Escuchadme – dijo –. En ella hay elementos nada normales, aunque habla y actúa con normalidad.

Darío gesticuló con sus brazos.

– Ahí quería llegar. Por la manera en que se expresa, los razonamientos congruentes que da, y la evidente falta de alucinaciones, creo que padece un trastorno delirante. La esquizofrenia suele presentarse asociada no solo a delirios, sino a veces a alucinaciones.

– Nunca me dijo que escuchara voces o viese imágenes que yo no veía.

– Por lo que me has contado – continuó Darío –, su pensamiento y lenguaje son organizados, ordenados y siguen una estructura lógica. Su conversación se articula en un orden coherente.

– Pero ella es consciente de que todo suena a locura – replicó Lorca –. Pensaba que cuando alguien delira, da por hecho que lo que cuenta es la verdad y no una locura.

– Eso no invalida mi hipótesis. Alguien con trastorno delirante puede percatarse de que los demás dudan de lo que afirma. A partir de ahí, actuará en consecuencia, por ejemplo, sosteniendo que no le creerán.

Cándido negó con un gesto de su cabeza y quiso intervenir de nuevo.

– ¿Y los anuncios? – preguntó –. Sabemos que no son profecías, aunque me asombra su acierto con los acontecimientos que iniciaron las dos guerras mundiales. No digo que exista un factor sobrenatural, pero dudo que se sustente sobre el delirio.

Darío pidió que lo dejaran continuar.

– Si os parece, luego analizaremos de dónde nacen esos delirios. Me llamó la atención su idea de derrotar a esa misteriosa Dorothy para salvar a la humanidad.

– También me explicó que los mensajes de Dorothy en los atentados fueron avisos dirigidos a ella.

– Y según cuentas, Susana está escondida en no se sabe dónde, y teme que la maten. Esto es un delirio persecutorio. Teme que la dañen y actúa en consecuencia. Se produce un delirio de referencia porque relaciona lo que percibe con su destino.

– ¿Se pueden padecer varios delirios a la vez? – Lorca lo cuestionó.

– Es raro que solo se dé un único tipo de delirio.

– ¿Entonces?, ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

– Centrémonos en ella y no solo en su comportamiento. Te he expuesto mis razonamientos, que no son concluyentes. Si padece un desorden mental, hay que encontrar los factores predisponentes, ya sea en su infancia, la herencia genética o un factor de estrés agudo.

Cándido rompió su silencio, se atusó su espeso bigote y abrió el sobre que trajo.

– He revisado algo de literatura sobre los criterios de un diagnóstico – dijo –, y he llegado

a la conclusión de que la creencia en la que se basa un delirio debe ser, cuando menos, improbable; o al menos así lo determinen quienes valoren ese trastorno.

Darío reaccionó.

– A mí me resulta poco real lo que Susana le contó a Lorca.

– ¿Y si lo fuese? – cuestionó Cándido.

– Si fuese así, no existiría el trastorno, pero... es poco probable.

Cándido sacó unas hojas del sobre y fijó su mirada en ambos.

– Me llamaron la atención los anuncios que Dorothy insertó en distintos periódicos.

– Solo vi los que os enseñé – le dijo Lorca –. No hay nada más.

– Ella te confirmó que en el plan de Dorothy aparecieron más anuncios en años posteriores.

– Eso lo desconocemos.

Cándido realizó un gesto para solicitar tiempo y exponer sus ideas.

– Decidí creerla – dijo –, y por eso pensé que Dorothy, sabiendo que ella vigilaría sus movimientos, haría las cosas más difíciles, y escondió los anuncios en otras secciones del periódico.

Darío no contuvo la curiosidad.

– ¿Qué llevas en ese sobre?

– ¡Dame mi tiempo! Quiero que os fijéis en el hilo que usó Dorothy. Para empezar, el asesinato del archiduque Francisco Fernando y luego la invasión de Polonia por el ejército de la Alemania Nazi. Primera y Segunda Guerra Mundial. Si pensamos en una fecha donde se estuvo al filo de una III Guerra Mundial... ¿cuál elegiríais?

Lorca y Darío se mantuvieron en silencio.

– Octubre de 1962 – se respondió Cándido –. Crisis de los misiles entre EE. UU. y la URSS, a cuenta de las bases soviéticas en territorio cubano. Kennedy anunció un bloqueo naval sobre la isla y Nikita Krushev mandó la flota rusa en dirección a Cuba. Aquella guerra se evitó porque en un conflicto nuclear no hay vencedores.

– La famosa ley Oppenheimer – le confirmó Lorca –. Susana me explicó ideas muy coherentes.

Darío intervino para responderle.

– Recuerda que su conducta y lenguaje siguen una estructura lógica. Se expresa con coherencia dentro de su delirio.

Cándido frenó a Darío con un gesto de la mano y prosiguió con su exposición.

– Los cubanos le llamaron a aquello *Crisis de Octubre* – continuó –, porque en realidad hablamos de un mes. Decidí buscar a Dorothy en ese mes de 1962. Investigué en los archivos digitalizados de varios periódicos, entre ellos ABC. No tuve suerte, hasta que se me encendió una lucecita. Si estuvo en algún sitio, en aquellos momentos, debió ser en EE. UU., la URSS... o La Habana, cerca de Fidel y del Che Guevara.

– Es una idea muy arbitraria – dijo Darío.

– Solo pensé que Susana no mentía y por eso se me ocurrió que Dorothy se hallaba allí. Si publicó uno de sus anuncios, fue en algún periódico de La Habana. Los más importantes de la época fueron *Revolución*, que ya no existe, y la *Revista Bohemia*, que aún se edita. No se ha digitalizado mucho material, así que contacté con *La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*. Hablé con una de las responsables de los catálogos, Amparo Guerra. Me informó que allí guardan todos los ejemplares publicados de ambas revistas, y que, si necesitaba consultarlas, tenía que hacerme el carné de socio, visitar la hemeroteca y rebuscar en el catálogo. La petición

se hacía in situ a través de una boleta en papel.

Darío puso cara de sorpresa.

– No recuerdo que viajaras a Cuba.

– No hizo falta; Amparo me proporcionó la solución. Me recomendó a un conocido de la Universidad de la Habana, el investigador Leopoldo Aguado. Me envió los datos de una cuenta del *Banco Popular de Ahorro* para que le hiciera una transferencia y a partir de ahí, Leopoldo procedería con la consulta. Hice los trámites y solicité la búsqueda de cualquier tipo de publicación que contuviese la palabra Dorothy en las ediciones de septiembre, octubre y noviembre de 1962 de ambas revistas. ¿Sabéis qué me comunicó?

Lorca y Darío miraron el recorte de periódico, expectantes, sin saber qué responder.

– Me contestó que no hacía falta, que ya lo habían hecho y lo tenía localizado. Años atrás, recibió la misma petición desde Canadá. ¿Qué os parece?

– ¿Te informó sobre quién lo solicitó? – preguntó Lorca.

– Fue una mujer que hablaba un castellano perfecto y que se limitó a proporcionarle un correo anónimo de Gmail para recibir la información. El ingreso bancario provino de una empresa, pero no recordaba el nombre.

Lorca miró a Darío y éste se sumió en la confusión.

– Aquí lo tenéis, sellado y recibido por correo electrónico esta misma mañana. Os encantará, no tiene desperdicio. Aparece un nuevo mensaje de Dorothy.

Cándido miró a Darío con una sonrisa altanera.

...Y ahora, cuéntame eso de los delirios otra vez.

Cándido mostró la fotocopia de un artículo de la revista *Bohemia* donde se publicó un texto firmado por Alejandro Barredo Marcos, fechado en noviembre de 1962. Venía acompañado de un retrato a tinta de Fidel Castro y se titulaba “*Los pueblos que solo le temen al olvido*”. Su contenido relataba:

No contó ninguno de nuestros enemigos que el pueblo cubano solo le teme al olvido, al exilio de la memoria que amenaza a los pueblos que se someten al miedo de sus verdugos; esos que nunca le faltaron a Cuba desde que declaró su Revolución. Ayer, en este mes de noviembre de 1962, paseé por las calles que cruzaron nuestros héroes de Sierra Maestra para liberar a Cuba, con el Malecón habanero, la calle 23 y la Avenida de Columbia rememorando algunos retazos de aquella hermosa historia. A mi lado, la compañera Camila Jaramillo, a la que apodamos Dorothy, me expresó su lamento porque aquellos misiles no magullaran los cielos de este mundo y crearan otro con sociedades nuevas.

Puede que el miedo ante esa visión del holocausto me hiciese rechazar lo que escuché; o tal vez, puede que el mismo valor con el que crucé los bosques de Sierra Maestra no me alcanzase para entender lo que me proponía. De qué serviría que no nos quisieran olvidar, si ya no quedaba nadie que nos pudiese recordar.

Nuestro paseo acabó frente a los muros que cercan el trozo de mar que asoma desde nuestro Malecón. Fingimos ver La Florida sobre la línea del horizonte y allí me anunció una hermosa profecía: “Ningún cubano caerá en el olvido”.

Amiga Dorothy, llenaste mis silencios con la cadencia de tus palabras y el hilvanar de tus pensamientos; déjame ser por un rato ese Mago de Oz al que persigues en tus quimeras, y permíteme que te escriba unas humildes líneas que te dedico solo a ti, amiga revolucionaria.

“Y el Mago de Oz le dice: Dorothy llenará la cabeza del espantapájaros para que deje callado al mundo. Entonces, yo decidiré la partida”.

Lorca y Darío se miraron entre sí. No sabían qué decirse y se quedaron mudos. Quizá aquella pretendida verdad de Susana se volvió más grande de lo que nunca se imaginaron; o quizá su demencia los contagió a todos.

Darío releyó el artículo para ordenar sus ideas y ver si encontraba algo que lo justificara.

Cándido hablaba, aunque Lorca y Darío no le escuchaban.

– Me marchó a La Habana en unas horas – les dijo –. Amparo Guerra conoce a Alejandro Barredo Marcos. Todavía vive y me asegura que mantiene una lucidez envidiable a pesar de sus más de 90 años.

Lorca le preguntó.

– ¿No sirve una llamada?

– Quiero hablar con él en persona y que me explique quién era esa Dorothy. Sabemos que existe, y eso da un giro a la investigación. Viajaré a La Habana como turista para no llamar la atención de la policía cubana. Me pago el billete y cojo tres días de vacaciones para no enredarme en papeleos. Espero que luego se me abone.

Darío pidió cordura.

– Esta mentira se nos fue de las manos.

– Esta mentira ya no suena tan falsa – Cándido lo retó –. Averiguaremos qué relación tiene la Dorothy de los años 60 con los acontecimientos actuales.

Lorca repasó la fotocopia para detectar una posible trampa. Miró preocupado a ambos y se mantuvo serio, con actitud desafiante.

– No quiero que esta información se filtre – les ordenó –. La transmitiré cuando sea conveniente. Informaré en persona a Pascual Marín.

Darío y Cándido acataron la orden. Sabían que en una investigación enmarañada se necesitaba prudencia para transmitirla en el momento conveniente.

Lorca volvió a la fotocopia.

– ¿Creéis que existe una “trama de las Dorothy”? – preguntó.

Cándido se encogió de hombros.

– Eso parece – contestó –. Tenemos tres anuncios en tres momentos claves de la Historia. En ellos aparecen los personajes del Mago de Oz.

Darío retomó el hilo con más vehemencia.

– ¿Y si ella fuese Susana?

– ¿También es la Dorothy de hace cincuenta años en Cuba? – soltó Cándido –. No lo creo posible.

– No sé quién será esa otra – respondió Darío –, pero si mi planteamiento fuese cierto y padeciera de un trastorno de identidad disociativo, nos hallaríamos ante una persona capaz de vivir dos existencias con patrones diferentes de comportamiento, incluso que el trastorno la conduzca a poseer múltiples personalidades, y que la pérdida de memoria asociada a las otras personalidades haga que lo perciba como vidas que tuvieron lugar en tiempos pasados.

Sonó el teléfono de Lorca. Lo atendió mientras Cándido y Darío se enfrascaban en una nueva discusión. Fue breve, dejó el móvil sobre la mesa y se dirigió a Darío serio.

– Mañana nos vamos los dos a Málaga. Acaban de encontrar al compañero de piso de Susana Torres, Joaquín Cervera, asesinado en su apartamento. Fue degollado con un cuchillo de cocina.

Darío y Cándido se miraron y no dijeron nada.

– Susana es la principal sospechosa. Un vecino vio salir a una mujer del apartamento que respondía a sus rasgos. Han emitido una orden de detención.

Darío se levantó y condujo a Lorca a un rincón de la sala. Le habló en un tono casi inaudible.

– Soy uno de los pocos a los que consideras tu amigo – dijo –, así que seré sincero. Pienso que conoces su escondrijo.

Anette caminaba con paso ligero hacia la puerta principal de la estación de trenes de Valencia. Dejó a Xavier a varios metros de distancia, incapaz de seguirle el ritmo a la alemana. El inspector casi duplicaba el cuerpo fibroso y delgado de Anette. Se dirigieron a la comisaría que la Policía Nacional tenía en la estación para encontrarse con el supuesto Miquel Arranz, aunque les avisaron que tal vez no fuese él; así que Anette caminó por el recibidor recordando lo que le informaron a Xavier: lo retenían en las dependencias, pero negaba ser Miquel Arranz e iba indocumentado. Anette había recibido una foto de Miquel en su móvil y le pidió a Xavier que lo mandaran a la sala de interrogatorios para que estuviera listo cuando llegasen. La alemana entró primero y Xavier llegó detrás medio asfixiado. Ya no era el hombre al que conoció en Irak años atrás.

Uno de los agentes comentó que el individuo detenido afirmaba que su verdadero nombre era Mané Fontás. Anette se acercó a la sala de interrogatorios y lo observó a través del cristal polarizado. Confirmó lo que todos sospechaban, que no era Miquel Arranz.

– Culpa mía por no haberos mandado la foto. Quiero pasar un rato con él, a ver qué cuenta.

Xavier se dirigió al mostrador para solicitar más información.

– ¿Le habéis tomado las huellas? – preguntó.

– Lo primero que hicimos. Y nada, no lo tenemos registrado.

– ¿No está identificado?

– No consta que se haya expedido un DNI, ni una tarjeta sanitaria en su vida. Eso sí, se proclama okupa y anarquista. Un compañero lo recuerda de verlo en los semáforos, malviviendo como malabarista.

Xavier recogió el móvil que le dio el agente, lo encendió y chequeó que tenía anulado el bloqueo por PIN. Cualquiera podía usarlo. Comprobó que no había contactos ni registro de llamadas más allá de las dos o tres que habría efectuado Mané Fontás. Tampoco fotos; todo borrado. Xavier se lo comentaría a Anette.

Uno de los agentes se dirigió a ellos señalando al móvil.

– Hemos llamado a los compañeros de la científica. Tal vez obtengan alguna información.

Anette le despachó con un gesto de fastidio y se concentró en el detenido.

– Lo único que vais a sacar es la marca y el color del móvil.

La alemana abrió la puerta de la sala de interrogatorios y se asomó. El detenido la miró sin entender muy bien por qué no entraba.

– ¿Dónde conseguiste el móvil? – le preguntó.

– Ahí, en el semáforo que hay entrando a la estación.

– ¿Te lo dio alguien?

– No, lo encontré – le respondió –. Nada de robos. Vi que podía usarlo e hice una llamada.

– ¡Eso es mentira!

Anette dio un paso hacia el interior y habló con un tono más severo.

– A la segunda mentira que te pille, entro, cierro la puerta y te machaco. ¿Lo cogiste

porque viste que alguien lo dejaba en algún sitio?

– Bueno..., vale... Sí, así es, vi a un muchacho dejarlo a propósito junto a un banco. No es un delito usar lo que alguien quiere desechar... ¿verdad?

– ¿Dónde y cuándo?

– Cerca de la zona donde se chequean los tickets. Fue esta misma mañana.

La alemana dejó al detenido y se acercó al mostrador.

– ¿Dónde accedo a los registros de las cámaras de seguridad?

– A la salida, recorra todo el pasillo que tiene enfrente y luego a la derecha. Es una puerta marrón que pone “Solo personal autorizado”.

La alemana no habló y salió corriendo de la comisaría. Xavier intentó seguirle el paso con la dificultad que le suponía mover su cuerpo abotargado. Un agente los acompañó.

– ¿A qué ha venido ese interrogatorio exprés? – le preguntó Xavier.

Anette le respondió mientras corrían por los pasillos de la estación.

– Miquel Arranz utilizó a ese tipo para distraernos. Desbloqueó el móvil para que alguien lo cogiese, pero mira por dónde, me ha proporcionado una pista.

Entraron a la sala donde se accedía a los registros de las cámaras de seguridad. Se presentaron, mostraron su placa y solicitaron las grabaciones de ese día desde primera hora de la mañana. Anette les entregó la foto y pidió a todo el personal que trabajaran en localizarlo con el software de reconocimiento facial.

– ¿Estás segura de que ha subido a un tren? – le preguntó Xavier.

– Vengo a confirmarlo. Si Miquel cometió la temeridad de conectar su móvil, fue porque necesitó realizar alguna operación por Internet. Tal vez compró un billete para subirse al primer tren, hizo el *check-in* con el móvil y lo abandonó para que alguien lo recogiera y lo alejase de la estación; pero no le salió bien. Si mi sospecha se confirma, lo veremos entrando en alguno de los trenes.

Anette salió de la sala y se dirigió a la salida para repasar los paneles con los horarios y destinos. Al cabo de un buen rato, el agente que los acompañó les avisó que habían encontrado al sospechoso.

– Ave Valencia-Madrid de las 07:25 con llegada a Atocha a las 9:55.

Anette se apartó del agente y se dirigió a Xavier en voz baja. Lo cogió fuerte del brazo.

– Nos vamos a Madrid. Auditaremos sus redes sociales y rastreamos las cámaras de seguridad a ver si lo cazamos. Y lo quiero ya.

Xavier pulsó la marcación rápida en su móvil y movilizó a los efectivos bajo su mando.

Lorca salió del metro en Alonso Martínez y se dirigió a la calle Caracas, en dirección a la pizzería Fellina. Clara lo esperaba. Acababa de terminar su reunión con Cándido y Darío, y en ese breve tiempo dudó si era buena idea sentarse frente a Clara y romper los diques de la prudencia.

– Bueno – se dijo mirando el reloj –, solo será una charla.

A los cinco minutos se encontraba en el hall del restaurante. Le preguntaron por la reserva y la duda lo invadió. Un camarero vino a socorrerlo y lo condujo entre las mesas hasta una esquina donde la vio sentada. El mismo camarero anotó su bebida y confirmó, sin preguntarle, que ella repetiría su vermut.

– Te prometo que me esperaba un lugar diferente.

Clara mostró su mirada repleta de luz.

– Me alegro de que te guste – dijo –. Me veía comiendo sola, gracias por venir.

– Nunca lo dudé. Tampoco dudo de que conoces este sitio de antes, salvo que el camarero sepa lo que quieres beber con solo verte.

– Se te da bien la deducción – sonrió –. Sí, vengo a menudo con mi novio. Se llama Julián, es argentino y se pone muy pesado con que la mejor pasta la hacen allá. Al final claudica ante la buena pasta italiana, que para eso la inventaron.

– El invento es de los chinos. Marco Polo trajo la receta, o al menos eso es lo que dicen.

Clara hizo un gesto de afirmación.

– ¿A qué te dedicas? – le preguntó –. ¿Por qué estabas en el parque todos los días?

– Por eso me has propuesto esta cita, ¿verdad? – le respondió él.

– Se me junta la curiosidad con la observación. A esa mezcla añádele una porción de incredulidad.

Lorca sonrió. Ella siempre le sacaba una sonrisa.

– Lo de estar todos los días en ese parque era por un asunto personal que no tiene importancia – contestó –. También te digo que es una temeridad que te cites conmigo para averiguarlo, sin conocerme.

– No creo que seas peligroso; ni tampoco soy una temeraria. He tomado mis precauciones.

– Lo sé. El camarero es Julián, tu novio. Su acento argentino, su forma de encontrarte cuando me trajo a tu mesa, la complicidad de su mirada al servirte otro vermut y su gestualidad lo han delatado.

– ¡De nuevo me sorprendes! Julián es biólogo como yo. Ahora se ha centrado en su doctorado en parasitología, pero sin pluriempleo no puedes dedicarte a la ciencia en este país.

– ¿Dónde te establecerás cuando acabes tu beca? – le preguntó.

– A donde me deje el dinero ahorrado, que no es mucho. Nuestra idea es irnos a Argentina. Hay posibilidades de que a mi novio le ofrezcan un empleo en la Universidad de Buenos Aires, en el departamento de bioquímica humana, que mantiene acuerdos de investigación con algunas universidades norteamericanas bien posicionadas en microbiología y genética molecular. Son las ramas donde nos estamos especializando.

Lorca sintió ganas de sincerarse.

– Me interesó una frase de nuestra última conversación – le dijo –. Se refería a la cantidad de sucesos que ahora no entendemos porque aún no sabemos verlos. Tu comentario me ayudó a encarar ciertas situaciones, digamos que poco habituales.

– Entonces, te encantará saber cuál es mi palabra favorita.

– ¿Hipótesis? – propuso Lorca, un tanto desorientado.

– Aún más que esa. Amo “Serendipia”, ese azar que el destino nos regala para que recorramos el camino hacia nuevos conocimientos; aunque me gusta darle un matiz diferente. Te contaré algo que te parecerá chocante.

– Quizá no – Lorca la interrumpió –. Llevo tiempo escuchando de todo.

Clara le devolvió la sonrisa antes de darle un sorbo a su vermut.

– La serendipia es un mecanismo que funciona igual que otras fuerzas en el universo. Se disfraza de azar y realiza los ajustes necesarios para que progrese en nuestro conocimiento. Imagina que controláramos ese mecanismo que se esconde en la serendipia y que, en lugar de seguir una secuencia lineal de acontecimientos, usásemos la serendipia para cambiar el cauce de nuestras investigaciones y saltar a otro plano de la ciencia.

Lorca se sintió desconcertado.

– Hablas de la serendipia del mismo modo que si fuese el ángel de la guarda.

Clara no pudo contener su sorpresa.

– Me agrada esa comparación.

– ¿Y eso?

– Porque a pesar de mi mente científica, creo que existe una especie de ángel de la guarda que siempre me cuida.

– ¿Te refieres a una sensación?

– Me refiero a una constatación.

Lorca mostró su curiosidad.

– ¿Algo real? – le preguntó –. ¿Lo has visto en alguna ocasión?

Ella soltó una carcajada mientras negaba con un gesto de sus manos. No quería que la tomara por loca.

– No, nunca; pero he vivido situaciones donde sentí la intervención de alguien que me cuidaba y protegía.

Clara tocó de forma involuntaria un estuche que colgaba alrededor de su cuello. Lorca se percató del gesto.

– Ese colgante... ¿Se relaciona con tu ángel de la guarda?

Ella lo miró y suspiró antes de responderle a Lorca.

– Si abres el estuche, dentro hay un pétalo de clavel. Su origen se encuentra en una hermosa historia que nunca he contado a nadie. Esa historia es sólo mía...Y si la conocieras, entenderías por qué no la comparto.

Lorca acompañó a Clara hasta un taxi frente a la puerta del restaurante, buscó otro y se marchó en dirección a la calle del General Margallo. Entró en un edificio de viviendas y subió hasta la tercera planta, luego caminó por un largo pasillo y se detuvo frente a una de las puertas. Sacó sus llaves del bolsillo derecho y las dejó bailando en la cerradura mientras su respiración se le aceleraba. Abrió y entró. En el aire flotaba una nube de polvo y olía a la humedad de una casa clausurada durante años. Lorca ya no recordaba la última vez que estuvo allí. Tocó las paredes hasta que acarició el cuadro de luces, levantó las clavijas, se dirigió al salón situado al otro extremo de la casa, y abrió las persianas para que entrase la claridad de la tarde. Miró a su alrededor y percibió que todo lo que lo rodeaba resumaba instantáneas de otra vida.

Tosió con fuerza y sus rodillas se doblaron. Tardó unos minutos en recuperar el aliento.

Se observó en un espejo y apenas distinguió su reflejo bajo la capa de polvo. Aquella imagen le resultó irreal: veía a Merche a su lado y él sentado, en silencio. Le contaba la misma queja de siempre, las mismas historias de las que nunca hablaba porque eran secretos laborales, o porque temía que se convirtiesen en veneno y le quemasen la garganta. Lorca se vio en aquel reflejo impostado junto a ella, en el salón, con el televisor apagado y un cigarro en la mano, en una noche repleta de humos y de frases que nunca salieron de su boca y que ahora vagaban en su memoria enquistadas en algún pliegue del cerebro.

Se incorporó y anduvo desorientado. Abrió ventanas, comprobó el estado de cada habitación y pensó que contrataría a alguien para que la limpiara con regularidad.

– Tiraré los muebles y la vaciaré – se dijo –. Mandaré pintar las paredes, compraré unas lámparas, llamaré a un fontanero y arreglaré las puertas. Esta casa dejará de ser mía.

Lorca pensaba en todo mientras levantaba las sábanas de los muebles y se daba de bruces con más recuerdos: el bargueño repleto de cajones donde almacenaba objetos inútiles, las lámparas, la mayor parte rotas, los cuadros apilados en una esquina. Las estanterías donde se habían quedado los libros que Merche leía y amaba. Lorca se dirigió a la habitación de matrimonio, subió la persiana y se encontró con la cama desmontada sobre la pared. Trajo una silla del salón y se sentó de espaldas a la puerta. Lo observó todo durante un rato, respiró hondo y cerró los ojos para recordar a Merche tumbada en aquella cama, la luz encendida, el teléfono descolgado emitiendo una señal de ocupado, y una nota con el número de su psicóloga en la mesita. Estaba tranquila, con un brazo cruzado sobre la almohada, feliz porque quizá llevaba tiempo tratando de saltar a ese vacío. La recordó tal y como la descubrió aquella noche, serena, con su mano apretada a una carta en la que le decía *Me voy, me aparto de vosotros, es lo mejor para todos. No creas que mis tristezas provienen de ti, lo hago porque ya es hora de salir. Antes de marcharme, te pediré un favor que no me perdonarás nunca. Solo yo sé por qué te lo pido...*

Lorca recordó aquella frase que leyó cuando los llantos de su hija, de dos años, sonaban en la habitación contigua con la rabia de quien ha perdido a su madre para siempre. Giró la cabeza como si la escuchase desde su memoria, se levantó y entró a su habitación.

Después se imaginó que la contemplaba en su cuna.

La abrazó y la meció, aunque en realidad abrazaba la nada.

En su memoria estalló el final de una despedida que comenzaba con *“Solo yo sé por qué te lo pido”*.

Las investigaciones sobre la relación del crimen de Jessica Fisher con los atentados a las embajadas se vieron apremiadas por las presiones del gobierno norteamericano tras el discurso de Calvin Monroe. También por la intervención de Nancy Pence en los medios. La presidenta de la NRA acusó en sus declaraciones a los servicios secretos chino y ruso de la responsabilidad de los asesinatos, y calificó a Monroe de un “Hombre sin complejos que defenderá a los ciudadanos de los Estados Unidos de América”. La embajada norteamericana en España solicitó al ministro del Interior, Fernando Darias, la misma colaboración que se ofreció a las autoridades rusas en el asesinato de Valencia. Varios miembros de una legación de los Estados Unidos se reunieron junto al ministro del Interior y el director de la Policía Nacional, Cristóbal Martín. Pascual Marín acudió a la reunión. El jefe de los agentes del servicio de seguridad diplomática americano, Ryan Crouser, advirtió de la importancia que había adquirido el asesinato de Jessica Fisher para el presidente de los Estados Unidos, Andrew Duke.

– La opinión pública estadounidense no comprende cómo ha ocurrido un crimen así, de un ciudadano norteamericano, en un país aliado y amigo – informó el jefe de seguridad de la legación–. Exigen justicia a nuestro presidente, y eso lo pone en una situación delicada. La oficina del Secretario de Estado les ruega que la información discurra de forma extremadamente discreta, sin filtraciones a la prensa ni nadie más fuera de los agentes encargados de la investigación.

A la mañana siguiente, Xavier y Anette fueron convocados a una reunión en Madrid con los mandos principales de la Policía Nacional. También estuvo Pascual Marín. Se les informó del cariz del asunto.

– ¿Han dado con algún posible sospechoso? – preguntó Pascual –. ¿Alguna línea de investigación que ofrezca una novedad?

La pregunta fue dirigida a Xavier, pero Anette se adelantó antes de que pronunciase una sola palabra.

– Existe un sospechoso de colaboración – respondió ella –. Se llama Miquel Arranz; un lobo solitario, sin familia y pocos amigos, experto en sistemas informáticos con aptitudes técnicas muy altas. Desde hace unos días está desaparecido y lo situamos aquí, en Madrid.

– ¿Cómo han llegado a él?

– Los rusos nos informaron de varios ataques informáticos que se lanzaron contra su embajada en los días anteriores al atentado. Algunos procedían de la empresa donde Miquel trabajaba. Fuimos allí alertados por su desaparición. Al parecer, salió espantado cuando vio una portada de *La Vanguardia* con la noticia del asesinato de Jessica Fisher. Hemos analizado su reacción, y pensamos que fue contratado para acceder al móvil de Jessica, tal vez para instalar algún emisor de localizaciones o un software de interceptación de correos y mensajes. Debió reconocerla en aquella portada y creemos que cuando vio la noticia, comprendió que se había metido en graves problemas.

– ¿Han accedido al móvil de la estadounidense para corroborar esas sospechas?

– Ha desaparecido – intervino Xavier –. El asesino de Jessica Fisher supo lo que hacía.

– ¿Y por qué la asesinaron?

– Solo manejamos suposiciones y ni siquiera podemos confirmar que ella tan solo fuese

una periodista.

Pascual Marín intervino.

– ¿No resulta extraño que un hacker cometa el error de lanzar sus ataques desde el lugar donde trabaja? – preguntó –. No parece muy inteligente.

Anette afirmó con la cabeza. Dio a entender que también le asaltaba la misma duda.

– Creemos que los rusos hicieron un seguimiento de toda la secuencia de conexiones intermedias hasta llegar a la dirección de origen, que es de la que nos han informado. No tenemos confirmación de que el sospechoso efectuara el ataque directamente desde su ordenador.

– Entonces... solo tenemos suposiciones, no hemos avanzado nada – dijo Pascual.

– Poco – le confirmó Anette –. Hay demasiados cabos sueltos y debemos encontrar a Miquel antes de que lo hagan otros.

Pascual Marín no contuvo su sorpresa.

– ¿Y quiénes serían los otros?

– Hay que averiguarlo – respondió la alemana –. Si huyó es porque teme que alguien lo asesine.

Sebastián Briski llegó al nuevo edificio de la embajada estadounidense en Teherán. Las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos e Irán se reanudaron tras años de ruptura. Las nuevas fuentes de energía restaron al petróleo parte de su valor estratégico y apaciguaron hasta cierto punto los conflictos en el Oriente Medio. Varios agentes de la CIA escoltaron a Sebastián hasta un vehículo Tesla 4x4 que los llevaría al centro de conferencias IRIB, al norte de Teherán. Se celebraba una cumbre internacional que reunía a un centenar de países, entre los que no se encontraba ninguna de las grandes potencias. Sebastián fue invitado por ser el precursor de un nuevo avance en la ciencia que, en palabras del ministro del Interior de Irán y presidente de la cumbre, Omid Alishah, solo unas pocas naciones disfrutaban, cuando debería ser un legado para toda la humanidad.

Llegaron al centro de conferencias junto con otros cuatro agentes que iban en un segundo Tesla. Sebastián pidió que lo dejaran solo y los agentes se mantuvieron a cierta distancia. Caminó entre las enormes columnas que daban acceso a los jardines de la entrada, observó a su alrededor y localizó a su madre bajo la sombra de un cedro inmenso. Se acercó y sentó a su lado. Apenas cruzaron sus miradas y cada uno parecía absorto en su propio infinito.

– Hoy me odiarán – dijo él.

Su madre lo miró sin efectuar ningún gesto de cariño.

– Es tu momento – respondió –. Este día pasará a la Historia.

Sebastián se mantuvo en silencio. El sol tibiaba el ambiente y un ligero viento levantó su flequillo. Realizó un gesto reflejo y se tocó la frente como lo hacía su madre cuando era un niño. Ella no movió ni un músculo.

Las palabras de Susana Torres se abrieron paso en su memoria.

“... y en esa senda encontrará el final de su especie”.

En su interior creció el propósito de avanzar hacia el futuro.

Sebastián había promovido durante los últimos meses varios ensayos que aplicaban sus técnicas de programación cerebral en el aumento de las potencialidades humanas. El homo sapiens estaba a un paso de convertirse en homo altior, tal como lo bautizó el catedrático de la Universidad de Cambridge, Dwain Chambers. Existirían individuos que memorizarían un libro con una única lectura, otros desarrollarían patrones matemáticos y los aplicarían mejor que ningún ordenador: con conciencia e intuición. Su aplicación en medicina deportiva permitiría el aumento de las aptitudes físicas hasta capacidades impensables. A la larga lista de mejoras se incorporarían nuevas capacidades como la resolución de problemas irresolubles, el desarrollo de las percepciones sensoriales o la reducción de las horas de sueño sin menoscabo del rendimiento físico y mental de la persona. Sebastián imaginó en su cabeza todos los avances que llegarían, y se alegró de que al fin desapareciera lo que él llamaba la esclavitud de las emociones: el hombre nuevo se desprendería de la euforia, el afecto, la gratitud o el amor. La creatividad artística, tal y como era conocida, desaparecería.

Su madre intuyó lo que bullía en la cabeza de su hijo.

– Nadie conoce nuestros motivos – le dijo ella –. No nos creerían si lo contásemos.

Un ayudante de Omid Alishah vino en su busca y le avisó que su charla debía comenzar. Sebastián entró en un hemicycle abarrotado, se situó en el estrado, desplegó su móvil en modo

tablet y lanzó una mirada panorámica a todos los asistentes.

– Me han invitado para que me una a ustedes en la denuncia de una injusticia que sufren desde hace mucho tiempo. Representan a los países apartados de una ciencia que está creando a un nuevo tipo de ser humano. La evolución ya no marca los designios de nuestro futuro como especie. Por fin, nos desentendimos de ella.

Sebastián efectuó un largo silencio, todo el hemiciclo permanecía a la expectativa.

– Vengo a anunciarles lo que no quieren escuchar. No sigan luchando; esta batalla la han perdido porque el mundo no contará con ustedes. No lo hizo antes y ahora no cambiará su rumbo. Somos el reflejo de nuestras acciones en el pasado y ejercemos de lo que mejor sabemos hacer: ser simples humanos. Nuestra civilización creció sobre la extenuación de las civilizaciones anteriores y hemos progresado con aquello que más nos hizo ganar. Como individuos aislados podemos ser un ejemplo de entrega al prójimo, como colectivo, la raza humana es una plaga. Estamos cambiando al *homo sapiens* por una pieza distinta del juego y la hemos enfrentado contra nosotros en el tablero de la vida. Cambiaremos sus potencialidades y serán más poderosos, pero su interior no dejará de ser ese humano que vagó en los páramos de la historia asolando al débil y abandonando a quien no aumentaba sus ganancias. Algún día descubriremos que este mundo nos lo entregaron en préstamo y que su verdadero dueño es el *homo altior*, al que engendremos como una versión mejorada de nosotros. En realidad, somos ahora ese ser débil que siempre despreciamos.

Sebastián se detuvo y reinó el silencio. Los murmullos se extendieron por el hemiciclo.

– Lamento no complacer sus esperanzas; son unas naciones repletas de *homo sapiens* condenados a la extinción. Solo me queda desearles suerte.

Sebastián dio las gracias. Los asistentes se sumergieron en un silencio sepulcral y el presidente de la cumbre, Omid Alishah, le estrechó la mano sin intercambiar ninguna fórmula de cortesía. Sebastián contempló por última vez a los asistentes y luego se marchó de la sala. Tres agentes de la CIA le esperaban a la salida. Solicitó ir al servicio y uno de ellos inspeccionó el cuarto de baño. Estaba vacío. Eligió la puerta del retrete situada justo en medio y echó el pestillo. Uno de los agentes de la CIA vigilaba al otro lado. Sebastián tanteó uno a uno los azulejos que tenía delante hasta que sonó un clic que desplazó la pared detrás del retrete. Apareció la entrada a un pasillo oculto. Se adentró, caminó hacia una luz que iluminaba al fondo y salió a un jardín rodeado por un cercado de madera, a un centenar de metros del centro de conferencias IRIB. Se dirigió hacia la salida y vio un coche de la marca NIO modelo eQ7 justo enfrente. Las puertas se abrieron y tres agentes del MSS, el servicio de inteligencia china, salieron a recibirle. Su madre se encontraba en el coche.

– Debemos darnos prisa, doctor Briski.

El coche circuló entre las calles de una zona residencial y tomó la autopista en dirección al Aeropuerto Internacional de Mehrabad. El agente que conducía el vehículo advirtió que dos Tesla se acercaban a ellos a gran velocidad. Los agentes de la CIA habían descubierto el pasillo y la salida oculta. Salieron de la autopista hacia el bulevar Salehi y condujeron a gran velocidad por un carril restringido para autobuses. Los Tesla les siguieron. Dieron un golpe de volante y se incorporaron a una carretera de sentido único cerca de la Universidad Tecnológica de Sharif. Los estudiantes se aglomeraron en las aceras cuando los coches pasaron a gran velocidad. Una nueva maniobra los incorporó al bulevar Akbari y aceleraron hacia la Torre Azadi, donde los esperaba un control policial que los dejó pasar y detuvo a los dos Tesla.

Tardaron tres minutos en alcanzar un aeródromo privado junto al aeropuerto Mehrabad, cruzaron la pista y estacionaron cerca de un avión COMAC D929 con el emblema nacional de la

República Popular China. Sebastián y su madre salieron del vehículo y Quian Sanqiang, el científico que le entregó el microflash en la conferencia de Shelter Island, los saludó a pie de escaleras.

– Doctora Robles, doctor Briski, bienvenidos al Proyecto Tianlong.

Lorca y Darío llegaron a Málaga más allá del mediodía y con el sol apuntalado en lo alto de un cielo despejado. Se encaminaron hacia el apartamento de Susana para indagar en el asesinato de Joaquín Cervera. Los esperaban varios miembros de la policía judicial, en su mayoría agentes de la Guardia Civil. Jaime Camas los recibió para invitarlos a subir.

Darío se aproximó a Lorca para susurrarle una pregunta.

– ¿Sigues pensando que ella ya no se esconde arriba?

Lorca mantuvo el gesto serio y le respondió en el mismo tono de voz.

– Te lo dije en el tren. Necesitará comer. Joaquín la proveía de suministros, si realmente no salía del inmueble.

– Sigo sospechando que ella lo mató. Si padece de un trastorno disociativo, esta podría ser una consecuencia.

Lorca lo miró desafiante.

– Te responderé cuando examine el apartamento.

Subieron y Jaime, junto a dos agentes de la guardia civil, los esperaba en la puerta. Observaron unas marcas en el lugar donde hallaron el cuerpo de Joaquín Cervera. Un charco de sangre seca manchaba el suelo y se perdía bajo el sofá. También salpicó la mesa del salón.

– Se quedó tieso y trinchado como un pollo – soltó Jaime.

Lorca lo miró perplejo y pensó que no hacía falta ese comentario. Darío asintió con mirada inquisitoria.

– El cuerpo lo encontró un vecino con el que tenía amistad, un tal Abel Ruiz. Fue quien avisó. Llamó a la puerta y no estaba cerrada; la abrió y se lo encontró donde veis las marcas. El forense nos ha informado que la víctima falleció hace más de 48 horas. Al vecino lo hemos interrogado y no vio entrar ni salir a nadie en estos días. Otra vecina, Marta Torrejón, afirma que hace dos días se cruzó en las escaleras con una mujer; casi chocó con ella.

Lorca percibió que a Jaime aún le quedaban detalles por contar.

– ¿Por qué se sospecha de Susana? – le preguntó.

– La vecina nos dio su descripción y coincide con la que nos dieron tus compañeros de la comisaría central. Además, ¿No era aquí donde te citabas con ella?

Lorca guardó silencio y no cambió su gesto.

– No sé hasta dónde te puedo contar – le respondió –. Estoy supeditado a las órdenes de nuestros superiores.

Jaime escrutó a Lorca.

– Esto es algo que deberíamos discutir – dijo –. No sé qué órdenes son esas, ni tampoco las entiendo.

– ¿Sólo tenéis a la vecina de testimonio?

El guardia civil le devolvió una sonrisa cínica.

– No, claro que no – respondió –. Encontramos un manojo de pelos en una mano de Joaquín. Imaginamos que son del posible asesino.

– ¿Hay resultados de los análisis? – Darío preguntó a quemarropa.

– Aún no. Algunos de los cabellos presentaban raíces y han servido para los análisis de ADN. También encontramos restos epiteliales en las uñas de la víctima. Disponemos de

secuenciadores que aceleran el tiempo de análisis del ADN. Ayer mandamos las pruebas a Granada y me consta que le darán prioridad para que conozcamos los resultados hoy.

Lorca se sintió apremiado por conocer más pistas.

– ¿Fotos del cuerpo? – preguntó.

Jaime pidió a un agente que le acercara una *tablet* donde tenían digitalizadas las fotos.

– El cuerpo apareció boca arriba y con un golpe en la parte posterior de la cabeza por el impacto con la mesa. El forense nos ha confirmado que no murió del golpe, sino degollado, limpio y rápido. Presentaba un impacto en el pecho, suponemos que de una patada. Fue en la parte del esternón y lo lanzó hacia atrás, cayó sobre la mesa y luego le seccionó el cuello en un corte único que lo desangró.

Lorca observó las manos ensangrentadas de la víctima y le preguntó en cuál de ellas encontraron los pelos.

– En la derecha – contestó Jaime –. Y los restos epiteliales estaban en las uñas de la otra mano.

– ¿Y el color del cabello? – Lorca quiso insistir.

– No os lo puedo confirmar. Estaban cubiertos de sangre.

Lorca soltó un creó que ya hemos visto bastante, se despidió de Jaime y de los guardias civiles, salió del apartamento y encaró las escaleras. Darío lo siguió sin saber qué pasaba.

– ¿Me puedes explicar qué ha ocurrido ahí arriba? – preguntó.

Lorca alzó su mirada a lo alto del edificio.

– Nada encaja.

– ¿Me lo contarás? A no ser que esas instancias superiores no te dejen.

Lorca tomó unos segundos.

– Leí el informe del asesinato del embajador ruso en el hotel de Valencia. Patada en el esternón y un disparo que lo dejó muerto sobre su cama. En este caso ha sido por degollamiento, pero el golpe en el esternón coincide. Si no es la misma persona, es la misma forma de actuar.

Darío le reclamó su atención.

– Oye, Lorca, insisto, deberíamos valorar la sospecha de que Susana padezca un trastorno disociativo. Esto refuerza mi teoría de que ella comete los asesinatos como una consecuencia de su perturbación.

Lorca negó.

– No me encaja la escena. El golpe lo recibió de alguien que llegaba desde fuera, y Susana estaba siempre dentro.

– Salvo que se creyera Dorothy – respondió Darío –, y entrase en el inmueble.

Lorca negó de nuevo.

– Fíjate en el golpe de su nuca y en el corte tan profundo. Con ese golpe es más que probable que perdiese el conocimiento. Si no quedó inconsciente, su reacción instintiva habría hecho que se llevara las manos al cuello para detener la hemorragia. No pudo utilizar sus manos para arrancarle unos pelos al asesino y arañarlo.

Darío trataba de entender lo que solo Lorca veía.

– Explícame cómo llegaron esos restos ahí – le dijo –. No tiene sentido que se arañase a sí misma con la mano de su víctima muerta, salvo que quiera que la descubran.

Lorca lanzó una nueva mirada a lo alto del edificio.

– Quizá era eso lo que deseaba, que la descubriesen; pero no entiendo para qué. En cuanto se marchen, subimos y regresamos al apartamento.

Darío mostró su desacuerdo. En ese momento, Jaime salió del portal con el móvil pegado

a su oreja. Los sorprendió en la puerta y les hizo señales con su mano para que lo esperasen. Al cabo de unos segundos, colgó el teléfono.

– ¡Ha aparecido el dato que nos faltaba! – exclamó –. El servicio de criminalística de la Guardia Civil dispone de una base de datos genéticos que forma parte de la gran base de datos de ADN de la Europol.

– Lo sabemos – respondió Darío –. También tenemos la nuestra.

– Hemos cotejado las muestras de ADN del pelo y la piel en las bases de datos. Aparece una equivalencia registrada hace quince años por la Pulizija, la Policía de Malta. ¿Sabéis a quién pertenece?

Darío se adelantó y apartó a Lorca con la mano.

– A Susana Torres.

– ¡Correcto! – soltó Jaime –. Susana Torres Barros, de nacionalidad española. El delito en el que se vio implicada fue de estafa por la venta de un inmueble del que no era propietaria. Fueron arrestados ella, un portugués, un italiano y un griego. Quedó absuelta, aunque se le registró su ADN para comprobar si estaba implicada en el robo de varios objetos de valor del inmueble. Se ha ordenado su busca y captura como autora del asesinato.

Lorca miró a Darío sin alterar su semblante preocupado. Jaime Camas se acercó a él y le espetó:

– En este punto, y con el ADN de por medio, necesitamos de tu colaboración.

– ¿Y qué me pides? – le preguntó Lorca.

– Ayúdame a atraparla.

Miquel Arranz pasaba su segundo día en Madrid. Acababa de cruzar la puerta de Alcalá y se adentraba en el parque de El Retiro hacia el denominado *Estanque Grande*. A esa hora de la mañana, y entre semana, no había público en los embarcaderos. Andaba de prisa y miraba de un lado a otro sin acercarse a los bordes del estanque. Paseó resguardado bajo la arboleda que rodeaba al lago, cruzó junto a los jardines de Cecilio Rodríguez, donde se instalaba la Feria del Libro; salió por el otro extremo, hacia la avenida de Menéndez Pelayo, la atravesó y llegó a un edificio llamado Torre del Retiro. Se dirigió al portal, miró el número del apartamento que buscaba, y subió a la tercera planta donde le esperaba su amigo, el tatuador Ira Malaka, para realizarle un trabajo.

Al cabo de unas horas salió del edificio y regresó al parque. Meditó si era mejor huir de Madrid o esconderse entre el tumulto de una urbe en la que apenas conocía a tres personas. Le molestaba el brazo, pero confiaba en que su esfuerzo no fuese en balde. Si la fortuna se le torcía, alguien daría con una verdad que nadie sospechaba. Sólo él la conocía, y aún no era el momento de comunicarla.

Al cabo de un rato, entró en un bar y pidió una *Fanta* de naranja. Se fue a una de las mesas y miró la televisión. El presidente de Rusia, Alexander Kozlov, aparecía en *Euronews*. Hablaba con gestos sobreactuados frente a la Cámara Baja de la Asamblea Federal. No se escuchaba su voz por el bajo volumen del televisor. Miquel seguía su discurso gracias a los subtítulos. La Duma presionaba a Kozlov para que tomara acciones en la denominada *Crisis de los diplomáticos*, que era la frase con la que los medios de comunicación se referían a los atentados y sus consecuencias. Miquel no atendió a los subtítulos y fijó su atención en las cotizaciones de las divisas que cruzaban la pantalla de derecha a izquierda. Le interesaban los valores del *Bitcoin*; poseía unos cuantos, aunque una buena parte de ellos los cambió por euros el mismo día en que se fugó de su empresa. Le permitiría pagarse los gastos mientras se ocultase. Revisó su cartera y sacó el DNI falso que obtuvo en la *Deep Web*. Era un documento de identidad imposible de distinguir de uno verdadero, salvo por el PIN de seguridad, que no le permitiría certificar su identidad en una plataforma digital; no necesitaba hacerlo. Lo utilizaría solo de engaño visual, como cuando cumplimentó el registro en el hostel donde se alojaba. Miquel se quitó el film transparente que recubría el brazo y miró a un extremo de la barra. Alguien se sentó y le puso sobre aviso, con gafas oscuras y gorra. Se levantó con calma, pagó la consumición y se marchó despacio, camino de ninguna parte. Cruzó de nuevo el parque de *El Retiro* y aligeró el paso. Notó que lo perseguían; y no era una alucinación propiciada por su estado de nervios, se trataba de la persona del bar que ahora andaba detrás de él, a corta distancia. Observó los taxis y pensó en detener uno para escapar, luego se calmó, respiró, y entendió que se dejaba llevar por los nervios. *Calma't Miquel*– se repitió –. Echó la vista hacia atrás y comprobó que ya no le seguían.

Se sentó en un banco y confirmó que no había nadie en los alrededores. Apoyó la cabeza sobre sus manos, aspiró hondo; y pensó. Imaginó que todo acabaría bien. Huyó porque solo quería quitarse de en medio un tiempo, el suficiente para asegurarse de que sus sospechas no eran ciertas; pero comprendió que no se había equivocado y que todo era tan real como temió. Los dos policías que fueron a su empresa eran la prueba. Miquel se manejaba bien en los accesos

a ordenadores y móviles sin que los propietarios lo descubriesen, por eso ninguno de sus compañeros sospechó que las cámaras de la oficina se hallaban bajo su control. A través de ellas vio a los policías. Sus conocimientos en sistemas le recordaban lo fácil que resultaría localizarlo y los medios que utilizarían. El Museo del Prado quedaba cerca, así que sacó una antena para amplificar una señal Wifi y utilizó un módem USB con una tarjeta SIM de su empresa para la conexión a Internet. Cambió el nombre de su Wifi por “*Museo del Prado Free*” para que alguien lo viese, se conectara para navegar, y a partir de ahí sería suyo. Extraería claves, correos e incluso obtendría el PIN. Le entraron dos usuarios, al cabo de un rato eran cuatro. Abrió su portátil y se conectó al móvil de un despistado que pasaba por allí. Su cabeza bullía y fue ordenando sus ideas. Se sintió relajado y planeó su siguiente movimiento. Ejecutaría una serie de tareas sin dejar rastro, gracias a las conexiones de esos móviles. Compraría unas tarjetas SIM anónimas en la *Deep Web* y las recogería en un buzón *Citypaq*; luego se desharía de la tarjeta SIM de su empresa, por si a alguien se acordaba de ella; quizá examinando una factura. No correría riesgos innecesarios. Tecleó con energía sin bajar la mirada, hasta que una figura le hizo levantar la cabeza. Ahí estaba, la última persona con la que quería encontrarse; y no era la primera vez que la veía. Cerró su portátil con mucho cuidado, lo depositó en el banco y se tocó el brazo pensando que su nombre se salvaría. Nadie dirá que aquel muchacho introvertido, de infancia complicada, era un asesino, y por lo menos, la verdad saldría a la luz. *Justícia de ximples* – se repitió en su cabeza.

– Me has encontrado muy pronto. ¿Cómo lo habéis hecho?

– Los hackers soléis decir que las personas son la parte más vulnerable de un sistema informático. No te mereces esto, aunque a veces, lo que uno no se gana por sí mismo, el destino se encarga de regalárselo.

Miquel escudriñó el fondo del parque de *El Retiro*, en dirección al apartamento de su amigo. Observó a lo lejos unas cámaras de seguridad de las que no se había percatado; y en un arrebato de pánico, gritó en el idioma de su niñez.

– M’han matat les putes technologies. Merda.

– Vaya... tan listo como me imaginaba. Una pena.

Recibió un único disparo. Nadie escuchó ni vio nada. El desconocido le alzó el brazo y observó la piel enrojecida en uno de sus tatuajes. Después se llevó su portátil.

Miquel quedó tumbado sobre el banco y parecía un *sintecho* dormido.

Cándido aterrizó en el aeropuerto internacional *José Martí* de La Habana tras nueve horas de viaje. Eran las tres de la tarde en la isla y el calor del trópico caía a plomo; casi treinta grados. Había dormido durante el vuelo nocturno y se encontraba descansado. Se citó con Amparo Guerra en la parada donde las agencias de viajes esperaban a sus clientes. Caminó por la terminal y salió al exterior bajo un sol brillante que lo recibió de cara. Tardó unos segundos en dar con Amparo, de unos treinta años y piel mulata. Se le acercó con paso brioso, le dio la bienvenida con una amplia sonrisa y señaló a un Lada aparcado a una decena de metros. Era un vehículo bien entrado en años, de aspecto inmejorable; digno de un museo.

– Alejandro Barredo nos aguarda en su casa. Vive en el barrio de *El Vedado*. De camino atravesaremos varios lugares que quizás le gustará visitar.

– Se lo agradezco, pero no vine a conocer monumentos – respondió él –. Quiero regresar a España lo antes posible.

– Entonces deberá ir con los ojos vendados, señor Cándido. La Habana es un monumento por sí misma.

El coche encaró la salida del aeropuerto por la avenida de Rancho Boyeros y desembocó en el Malecón. La ciudad vivía perdida en el tránsito de una época añeja donde los edificios se mostraban cuarteados por los años y reflejaban el esplendor de antaño. Quince minutos más tarde, estacionaron en la calle 6. Cándido salió del coche y observó la hilera de casonas que jalonaban la calle. Amparo le informó que caminarían un poco más allá, donde Alejandro vivía desde los inicios de la *Revolución*. Le contó que fue un personaje de importancia en aquellos años.

– Algo leí de eso en el artículo que me mandó por correo.

– Pues espere a conocerlo. Seguro que despertará su atención.

Nonagenario, bien vestido, con la barba cuidada y arreglada, pelo cano y muy perfumado, Alejandro Barredo los esperaba en su mecedora. A su lado había una silla vacía. Aguardaba a su visita para que se sentase y charlara con él. Amparo se retiró hacia el jardín y Alejandro le pidió que no se alejara porque la necesitaba. Cándido se sentó y lanzó una ojeada rápida al interior de la casa. Observó algunos detalles del salón, entre ellos un enorme cuadro del Che Guevara.

– ¿Lo conoció?

Cándido se lo preguntó mientras se daban la bienvenida con un apretón de manos. Alejandro sonrió y miró a Amparo. Buscó su complicidad ante la obviedad de su pregunta.

– Lo conocí y lo sufrí – respondió –. Aquí donde me ve, fui de los que se pateó los pantanos de Camagüey y las montañas de Escambray, siempre bien cerca del Che. Las barbas me llegaban por la barriga y tenía el pelo largo hasta el final de la espalda. Reconocíamos nuestras hamacas por el olor. Pero mire usted que me hacen capitán, y a la semana iba bien pepillo con la barba arregladita y el pelo cogido con un rabo de mula que me hicieron las muchachas, y en esas condiciones visité al Che en La Cabaña. Me planté delante y le solté bien serio que se presenta el capitán Alejandro Barredo Marcos, jefe del escuadrón 43 de Colón – hizo un gesto marcial –. Che llamó a su esposa, Aleida, y le preguntó por mí; y Aleida le respondió que lo tenía delante, y el Che me miró y le preguntó que quién carajo era ese mamarracho; que él esperaba ver al capitán Alejandro Barredo, al jefe de su escuadrón, el que tenía que estar en Colón sin bañarse,

sin comer, sin dormir, haciendo la *Revolución*; así que o esta mierda se marcha ahora o lo mando a fusilar.

Alejandro levantó las manos y se tumbó en la mecedora con un gesto de me vas a preguntar si lo conocí, que se me fueron todas las boberías en ese instante.

– ¿Allí entró en contacto con Dorothy?

– No. La conocí cuando bajamos de la Sierra. A las pocas semanas me hice colaborador de la revista *Bohemia*. Siempre me gustó darle a la Olivetti y eran tiempos donde uno se ponía al servicio de la *Revolución* con lo que fuese. Lo de juntar letras nunca se me dio mal, aunque era un poco cursi. Me presentaron a Dorothy en la redacción. Amiga del Che, me dijeron. Y allí estaba, bien parecida, de unos cincuenta años, ojos preciosos y una mirada inteligente que lo atravesaba todo. Me contaron que Che la empleaba para efectuar los resúmenes de la prensa internacional. Manejaba bien el inglés, el francés y algo del ruso, y eso nos venía bien a todos. Todavía no éramos una república socialista, pero el Che ya tenía sus planes con los del Soviet.

Alejandro sacó de un bolsillo una foto donde aparecía junto a una mujer.

– Aquí la tiene, Camila Jaramillo, a la que todos llamábamos Dorothy, porque así nos lo pidió.

– ¿Cuál era su relación con el Che?

Alejandro se encogió de hombros.

– No sé decirle – le respondió –, cualquiera sabe hoy en día. El Che era muy galán y ella siempre anduvo bien cerca, aunque estuviese levantando los muros de una escuela o cargando sacos de harina para el reparto de la libreta. Le traducía las noticias más relevantes de los periódicos americanos, europeos y de Moscú. Le hacía un resumen, y luego él señalaba los que se publicarían en la revista.

– En *la Crisis de los Misiles*, ¿qué papel jugó? Leyendo su relato, queda claro que estaba a favor de lanzarlos contra los americanos.

Alejandro señaló con el brazo estirado hacia arriba.

– Dorothy abogaba por el uso de los misiles. La veía todos los días en la redacción y me lo contaba. Sé que compartía ese pensamiento con El Che, y recuerdo que me asustó. Yo no hice la *Revolución* para mandar todo *pa'l carajo*; quería un mundo mejor, no una escombrera.

– ¿Le habló de la posibilidad de que estallase la guerra nuclear?

– ¡Miles de veces! – respondió –. Me acostumbré a escuchar sus discursos de la destrucción total con cierta familiaridad. Me hablaba de los pueblos que surgirían de las cenizas del mundo y de no sé cuántas cosas más que sonaban a películas de terror, especialmente si imaginaba que esas mismas ideas eran transmitidas a las cabezas de El Che o de Fidel.

– Se refiere a ella con cierto temor; sin embargo, lo que escribió en la revista *Bohemia* sonaba a admiración.

Alejandro abrió los ojos y levantó sus brazos.

– ¡Por supuesto que la admiraba!, y mucho. Escucharla era un privilegio. No he conocido a nadie con su habilidad para persuadir. Me cegaba la convicción en sus palabras.

Alejandro buceó unos segundos en su memoria.

– Hay algo que no he olvidado – continuó –. Me dijo que la decisión de no lanzar los misiles nos condenó para los siglos venideros, y que las generaciones futuras maldecirían el día en que pudimos quedarnos mudos.

– ¿Qué quiso decirle con quedarse mudos?

Alejandro se acercó a Cándido, lo agarró del brazo y le plantó una dura mirada.

– No lo sé – respondió –. Dorothy sabía algo que se nos escapaba. Siempre pensé que ella

percibía elementos que yo no era capaz de entender.

– ¿Sabe dónde se marchó?

– ¡Claro que lo sé!, y por eso le pedí a Amparo que nos esperase. Vamos a necesitar su carro para verla.

Cándido se sobresaltó.

– ¿Dorothy sigue en Cuba? – preguntó.

– Jamás se marchó.

Amparo abrió la puerta del jardín y Alejandro lo cruzó acompañado de un bastón, con pasitos lentos pero seguros.

– Llévanos a Zapata y 12 – le dijo –. Ya sabes con quién nos encontraremos.

Los tres subieron al coche y enfilaron esa dirección. Se pararon delante de una portada monumental que recordaba a los pórticos de las iglesias románicas. Detrás de los arcos de medio punto se divisaba una avenida peatonal enorme.

– Bienvenido al cementerio de Colón – le anunció Amparo –, monumento nacional, y uno de los más bellos del mundo.

Cándido fue el último en salir. Alejandro impuso su paso lento a través de los panteones. Se escoraron a un lado, donde las tumbas eran más sencillas y ocupaban menos espacio. Llegaron a una lápida sucia y descuidada donde aparecía escrito el nombre de Camila Jaramillo “Dorothy”, diciembre de 1964.

– Ahí la tiene – señaló Alejandro –, en el mismo sitio donde la dejé hace muchos años.

– ¿De qué murió? – le preguntó Cándido.

– De un disparo en la cabeza; no creo que se suicidara. El día anterior estuvo conmigo en la redacción y me dijo que debía marcharse bien lejos. No parecía preocupada.

– ¿Por qué cree que no se suicidó?

– Me dijo que se marchaba a un lugar que no podía revelarme, pero que cuando se dirigía a ese lugar siempre retornaba, aunque tardase años.

Cándido no supo resolver la idea que rondaba su cabeza.

– Le resultará extraño lo que le voy a decir – dijo –. Pienso que se refería a su muerte, a pesar de que le comentó que regresaría.

Alejandro y Amparo se miraron el uno al otro sin entender muy bien por qué aquel *gallego* les respondía con esas tonterías. Cándido desvió la conversación para no parecerles un lunático.

– ¿Nadie reclamó su cadáver? – preguntó.

– Nadie. A visitarla sí, meses después. En varias ocasiones me contó que era madre de una hija de 20 años, en España. De hecho, me comentó que lo había preparado todo para que su hija continuara con su legado, aunque no sabía cómo lo haría.

– ¿Entendió a lo que se refería? ¿Se lo explicó al menos?

– Ni la entendí, ni me lo explicó; ni se lo pregunté. Cuando la hija apareció por Cuba, me visitó y la traje aquí, a su tumba.

Cándido se sorprendió de esa coincidencia.

– ¿Recuerda su nombre? – preguntó.

– Perfectamente. Alicia Guevara Jaramillo.

– ¿Cómo le localizó?

– Dorothy le dio mi nombre y dirección, por si alguna vez venía. Quería conocer la historia de su madre y me contó que había leído todo lo que le legó.

– ¿Qué fue lo que leyó?

Alejandro se soliviantó.

– ¡Tampoco lo sé, carajo!, solo me dijo eso. Hablamos de lo mismo que usted y yo; solo que ella me entendía.

Cándido sintió que debía disculparse.

– Le aseguro que ando igual de perdido que usted – le contestó –. Volviendo a su hija. ¿Recibió alguna noticia más de ella?

– Mantuvimos la comunicación al principio. Le di el contacto de un amigo español, José Manuel Fernández, que coordinaba las relaciones comerciales entre nuestros países. Los cubanos no teníamos embajada en España, pero el gobierno de Franco no aceptó el bloqueo de los americanos y siguió mandando barcos y aviones a la isla. A través de él supe que se casó con un restaurador catalán, del que no recuerdo su nombre, y que al parecer era anarquista. Estuve un tiempo sin noticias de ella, hasta que me informaron que ambos fueron encarcelados por actividades contra el régimen de Franco. Nunca más recibí noticias de ella.

– ¿Le informaron dónde la encerraron?

– Lo recuerdo muy bien – le respondió –. Se llamaba Ventas, como la plaza de toros de Madrid. Pensé que cumplía pena de prisión allí; luego me aclararon que era una cárcel de mujeres.

– ¿Y ya no supo nada más?

– Lamento decirle que aquí se acaba todo lo que podía contarle de Dorothy.

Cándido sintió que era el momento de terminar. Agradeció a Alejandro su tiempo y le ofreció el coche de Amparo para regresar. Antes de despedirse, miró su móvil para leer una nota, y le realizó una última pregunta.

– Aquella frase en su artículo: *“Y el Mago de Oz dice: Dorothy llenará la cabeza del espantapájaros para que deje callado al mundo. Entonces, yo decidiré la partida”* ... ¿fue de ella?

Alejandro sonrió, le puso la mano en el hombro y lo miró con aire desconcertado.

– El artículo fue mío – respondió –, la frase fue una petición de Dorothy. A partir de la *Crisis de Octubre* me insistió para que lo insertara en un artículo; y así lo hice. Ahora usted, por arte de magia, averigua que aquella frase me la propuso ella. Necesito que alguien me explique quién fue esa mujer.

Cándido miró a Amparo y ella se encogió de hombros.

– Yo tampoco lo sé – respondió.

Alejandro dio un paso y acarició la lápida con la yema de sus dedos.

– Entonces me permitirá que le mencione una cosa. Ella no mintió. Me prometió que volvería y usted me la ha resucitado. Dorothy ha regresado después de tantos años, tal como afirmó entonces.

Lorca y Darío esperaron la caída de la tarde. Sobre las ocho, y tras comprar unas linternas y una palanca de hierro en un bazar chino, se dirigieron al inmueble de Susana y aguardaron a que alguien bajara o subiese para entrar en el portal. Aprovecharon que un vecino salía, se colaron y subieron. La puerta estaba clausurada por las cintas de balizamiento de la Guardia Civil. Darío puso reparos para entrar y se miró su chaqueta blazer de lana; él no era agente de calle sino un miembro del SAC. Lorca lo persuadió con ademanes bruscos, sacó su llave maestra y forzó el bombín de la puerta. Darío recolocó las cintas en su sitio mientras Lorca examinaba el salón. Se cuidaron de no pisar las marcas de sangre, aunque la atmósfera en penumbra no dejaba ver más allá de lo que permitían las linternas. Lorca se dirigió a la zona de la pared que accionaba el acceso al piso franco de Susana, lo tanteó y luego golpeó con los nudillos a ver si percibía un sonido hueco. Dio con la puerta y llamó a Susana en voz baja para no llamar la atención. Insistió un par de veces y no obtuvo respuesta. Le pidió a Darío que le acercara la barra, la usó sobre la pared para hallar una ranura, forzó los bordes y la abrió.

– No parece una puerta muy segura – soltó Darío.

Lorca lo miró serio.

– Su seguridad está en no saber que hay una puerta – le replicó –. Ni Jaime, ni sus agentes, la han detectado.

– Deberás dar unas cuantas explicaciones de por qué no has informado de su existencia.

– Todo a su tiempo.

Las luces del apartamento estaban encendidas. Lorca efectuó un reconocimiento visual y comprobó que el portátil había desaparecido. El tablero de ajedrez seguía en el mismo sitio.

– Echa un vistazo a esto, Darío.

Lorca se puso delante del tablero y se inclinó para observarlo más de cerca.

– Si es lo que creo que es – dijo –, aquí se anuncia el asesinato de Joaquín Cervera.

Lorca señaló una fila del tablero donde se hallaba un caballo negro acechando la figura del rey blanco. Se habían comido su torre del enroque largo.

– La jugada es sencilla – continuó Lorca –. Las negras posicionan al alfil y al caballo para bloquear las salidas de la reina. A las blancas solo les quedaba la opción de retroceder con la reina, perder la torre y refugiarse con el caballo. ¿Entiendes lo que ha ocurrido?

– Nada de nada. El ajedrez me aburre.

– Ha sacrificado a la torre que protegía al rey. Dorothy juega con negras y le acaba de comer la torre, su protector. Eso, en la vida real, se corresponde con el asesinato de Joaquín Cervera.

Darío lo miró sin disimular su confusión.

– Estás echando a volar tu imaginación.

– No es mi imaginación, es lo que observo. Lo analizo con las claves de Susana. Soy ese caballo de ahí. Según ella, la protegeré ahora que ha perdido la torre y se ha visto obligada a salir.

Darío se sintió contrariado.

– ¿Cómo sabes que Susana juega con blancas? Efectúas una analogía muy simple donde Dorothy es la mala y juega con negras.

- La vi jugar con blancas.
- Puede que juegue en ambos lados – resolvió Darío.

Lorca negó con la cabeza.

– Vi cómo las fichas negras se movían en la pantalla del ordenador – respondió –. Ella trasladó los mismos movimientos al tablero.

- Tal vez fuese Joaquín Cervera quien jugaba desde otro ordenador.

– Él la protegía. No tiene sentido que la protegiese de sí misma.

– ¿Sigues pensando que era su protector? Te mencionaron que era un posible estafador de antigüedades.

- Solo me lo insinuaron.

– ¿Se te ha olvidado que el ADN de Susana se halló en su cadáver?

Lorca se calló. Miró enfadado el tablero y entró en la habitación de Susana. Registró el armario y solo encontró ropa deportiva, un abrigo y unos pares de zapatos. Ropa pasada de moda. La cama estaba deshecha y en su mesita de noche halló una biblia. La abrió por donde el marcador señalaba y apareció algo que le encabronó: era del libro de *El Éxodo* en el capítulo 21 con la misma cita bíblica que hallaron en la escena del crimen de Jessica Fisher. Darío cogió la palanca de hierro y se dirigió a la otra habitación. Lorca lo detuvo y le ordenó que le dejase a él, forzó la cerradura y encendieron las luces. Al entrar se encontraron con varios baúles agolpados al fondo. Echaron un vistazo al techo y había una tubería de PVC que se retorció por las esquinas hasta salir por un hueco de la pared. Se conectaba a un aparato eléctrico de tamaño mediano.

– Debe ser un humidificador – dijo Lorca –. Marta Rollán detectó trazas de sílice en las cartas.

Darío, de rodillas, examinaba uno de los baúles.

– ¡Fíjate en esto! – exclamó –. Aquí hay un montón de manuscritos; por su aspecto y color parecen muy antiguos.

Lorca los observó todos, de pie.

– Tal vez sea lo que Joaquín se trajo de su tienda de antigüedades. Me enseñaron una lista con objetos que no vendió a los nuevos dueños. Entre ellos había unos baúles.

Darío cogió con cuidado uno de los tochos sujetos con una goma elástica. Los habían protegido entre tapas de cartón.

– Hay miles de páginas – dijo.

Lorca abrió otro baúl y encontró lo mismo. Darío descerrajó un tercero y un cuarto; en todos figuraba la misma colección de manuscritos. Fueron abriéndolos hasta que dieron con uno que contenía unas colecciones de fichas. Darío ajustó sus gafas de pasta gruesa y las comparó unas con otras.

– Debe ser algún tipo de directorio – afirmó –, similar al kardex de una biblioteca, aunque con una codificación distinta. Servirá para localizar algo en el resto de los baúles. Seguro que es un código muy sencillo.

Lorca se sintió contrariado.

- No parece muy útil si nos obliga a examinarlas todas.

– Lo será si conoces la fecha de lo que buscas – respondió Darío –. Todas las fichas empiezan por una fecha, y detrás hay una serie de números. Si el primer número es la fecha, el segundo debe corresponderse con un baúl. El resto de las anotaciones seguirán la misma lógica.

Lorca se inclinó hacia atrás y observó que cada baúl estaba numerado. Darío tomó su móvil, comenzó a navegar en Internet y halló lo que buscaba. Se marchó al baúl con el número 6, lo abrió y extrajo un documento que recordaba en su color marrón ácido a los manuscritos de

siglos pasados. Acompañó lo que leía con una sonrisa.

– No me creo lo que hay en mi mano. Tal como imaginaba, el código es muy simple y no trata de engañar, sino de guiar. En esta ficha aparece “1633 (6)(14)(19) - Abiura Galileo Galilei”. Traducido significa: Año 1633, Baúl 6, legajo 14, hoja 19. La referencia es de la *Abiura* de Galileo Galilei. Habla de su *abiura*, su “retractación” ante el Papa Pablo V por sostener que la tierra giraba alrededor del sol.

Darío leyó el documento en italiano mientras su asombro crecía.

“sono stato giudicato veementemente sospetto d'heresia, cioè d'haver tenuto e creduto che il sole sia centro del mondo et immobile e che la terra non sia centro e che si muova”.

– Lorca le pidió la traducción. Darío se disculpó.

“Se me juzgó con vehemencia como sospechoso de herejía, es decir, de haber sostenido y creído que el sol es el centro del mundo y que la tierra no es el centro y que se mueve”.

– ¿No figuraría en latín si fuese original? – Se cuestionó Lorca.

– Es muy posible que Galileo abjurase en toscano, y que el latín ya estuviese en desuso.

Darío regresó al baúl de las fichas, rebuscó y extrajo dos. Se acercó a uno de los baúles y sacó otro documento. No disimuló su emoción.

– Querido amigo, vamos a realizar un pequeño viaje por el tiempo. Atención a lo que te leeré.

SEÑOR, porque sé que habréis placer de la grand victoria que Nuestro Señor me ha dado en mí viage, vos escribo esta, por la cual sabréis como en 33 días pasé alas Indias con la armada que los Ilustrísimos Rey e Reina nuestros señores me dieron donde yo fallé muy muchas Islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado posesión por sus altezas.

– ¿Es lo que pienso? – preguntó Lorca.

– Lo es: una carta de Colón, fechado en 1493, en la que anunció el hallazgo de nuevas tierras a los Reyes Católicos.

Lorca contrajo el gesto.

– No puede ser el original – replicó –. Yo lo vi en un museo. Ha de tratarse de una copia.

Darío le entregó la segunda ficha.

– Busca este legajo en ese baúl. Encontrarás un documento sobre unos acontecimientos en tiempos de la Revolución Francesa.

Lorca sacó una de las hojas con cuidado y se lo entregó a Darío para que lo tradujese del francés.

Los Representantes del Pueblo Francés, constituidos en Asamblea Nacional, considerando que el desconocimiento, el olvido o el desprecio por los derechos humanos son las únicas causas de la desgracia pública y la corrupción gubernamental, han resuelto exponer.

– Aquí está – le confirmó Darío –. *La declaración de los derechos del hombre* aprobada por la Asamblea Nacional francesa en 1789.

– ¿Será una traducción de época del original?

– No lo sé.

Lorca fue al baúl de las fichas y buscó la fecha de 1941. Indagó en otro de los baúles y halló lo que buscaba.

Se lo entregó a Darío para que lo tradujese del inglés.

Los representantes del Gobierno de los Estados Unidos y del Gobierno de Japón han mantenido durante los últimos meses conversaciones informales y exploratorias.

– Se trata de la denominada *Nota Hull* – le confirmó Lorca –. Susana me habló de ella. Se mandó como respuesta a la diplomacia japonesa cuando ya el Imperio del Sol Naciente había

decidido iniciar la guerra contra los Estados Unidos.

Darío no reprimió un gesto de negación.

– Frénate ahí – le dijo –. ¿No pensarás que Susana te dijo la verdad?

– Ofreceme otra explicación.

Darío no contestó. Decidió acercarse al único baúl sin abrir y en el que no figuraba numeración. Lo abrieron y quedaron paralizados. Lorca empezó a hojear varios de los cientos de cuadernos en diferentes formatos y tipos de papel que contenía el baúl.

– Estos son...

– Sí, Lorca, son diarios. Uno por año. Habrá más de quinientos. Son los diarios personales de alrededor de cinco siglos.

Lorca miró las tapas de cada uno. Comprobó las fechas y el contenido. Observó que en muchos existían anotaciones con dibujos extraños. Buscó el correspondiente al año 1962 y hojeó el mes de octubre.

Se lo entregó a Darío para que lo tradujera del inglés:

Dorothy ha demostrado ser más astuta. Me ha hecho creer que estaba en Moscú con Kruschev. Su sombra parece estar detrás de cada personaje que mina los gobiernos del mundo. Intuyo que ahora se ha trasladado a Cuba, se ha infiltrado en el círculo de poder de Fidel Castro, y probablemente actuó como agente para convencerlo de la instalación de los misiles soviéticos en la isla. Solo es una intuición. Seguiré cerca del presidente Kennedy bajo mi cobertura de enfermera encargada de sus inyecciones de cortisona para su incurable dolor de espalda. Con las palabras adecuadas, he influenciado su voluntad y he logrado que no lleve sus amenazas más allá de las promesas y evitar así una guerra nuclear. Espero que las leyes de Oppenheimer dicten su sentencia. El miedo es el mejor aliado para que sobreviva la humanidad en esta hora crítica.

Lorca resopló escéptico, cogió un diario, fechado en el año actual, y hojeó las últimas páginas. Leyó lo que estaba escrito:

El Universo tiene sus medios para lograr que ocurran los acontecimientos, y sabrá actuar para que Lorca encuentre su camino. Quizá ahora él esté leyendo estas mismas líneas y comience a creermelo. En ese momento, se cuestionará si son las afirmaciones de una enferma mental.

Lorca lo soltó y Darío se soliviantó.

– Esto es otro truco – dijo –. Lo ha escrito ella.

– Lo sé, pero son demasiados.

Se quedaron en silencio; sus respiraciones se aceleraron.

– Lo dejaremos por hoy – propuso Darío –. Necesitamos enfriar la cabeza porque nada resulta normal.

Lorca secundó la idea y cerraron los baúles.

– Aquí hay un tesoro – dijo Darío –. ¿Cuál es el siguiente paso?

– Esto es una propiedad privada; no la prueba de ningún delito. De momento nos reservaremos esta información hasta que yo lo decida y no hablaremos del hallazgo a nadie. ¿De acuerdo?

– Siempre lo he estado. Soy uno de esos pocos amigos que te soportan.

Lorca cerró el último baúl, apagó las luces y salieron del apartamento de Susana. Desplazaron el armario y taparon el hueco. El teléfono de Lorca sonó y comprobó que era Cándido desde La Habana. Salió al pasillo y dejó a Darío, que colocó todo como lo encontraron. Cuando salía, Darío miró su móvil y observó que Cándido le había mandado una foto. Abrió el

mensaje y apareció una imagen color sepia de Alejandro Barredo y la supuesta Dorothy. Observó a aquella mujer de rostro armonioso y le costó imaginar que era la misma persona manipuladora de los diarios que habían leído, con Kennedy, Krushev y Fidel Castro convertidos en actores de una Historia distinta a la impresa en los libros. Pasados unos segundos, escapó de su ensimismamiento y abandonó el edificio.

Lorca conversaba con Cándido. Le hizo un gesto con la mano y le preguntó si tenía la foto. Darío le respondió levantando el pulgar. Lorca finalizó la llamada, dejó el móvil y se dirigió a él.

– Cándido me ha adelantado unos cuantos datos interesantes. Su vuelo sale en un rato.

Darío le ofreció su móvil.

– Nos ha mandado una foto de Dorothy. ¿Quieres echarle un vistazo?

Lorca lo cogió, acercó la cara a la pantalla y dibujó un gesto de sorpresa. Traspasó a Darío con la mirada, volvió a la pantalla y le preguntó si esto era lo que Cándido había enviado.

– Claro... ¿Qué te pasa?

– ¿No se trata de una broma?

– Por supuesto que no.

Lorca se detuvo unos segundos antes de responderle.

– La mujer de la foto, ... es Susana Torres.

Calvin Monroe se convirtió en el candidato sorpresa para las primarias del partido republicano. Conectó con unas bases ansiosas de mensajes fuertes y contundentes, y les anunció una nueva era de prosperidad que traería el renacimiento del dominio estadounidense en el mundo. Se le vaticinaba el número de delegados suficientes para ser elegido candidato a la presidencia, aunque aún quedaba mucho para las primarias. Su discurso reivindicaba la implantación de un espacio vital para el pueblo americano y un plan económico autárquico que promoviera al retorno de las grandes corporaciones a los EEUU. No reparó en anunciar que los recursos demandados por la sociedad norteamericana fuera de sus fronteras se conseguirían con intervenciones bélicas si fuera necesario, y anunció el retorno de los EEUU como gendarme del mundo. Los norteamericanos defensores de la mano dura, y pertenecientes a los estados más golpeados por la deslocalización global, inundaron las encuestas a su favor.

A primera hora de la mañana, las cadenas televisivas CNN, ABC, CBS, NBC y FOX emitieron en directo el discurso dirigido a la nación por el presidente de los Estados Unidos, Andrew Duke, del partido demócrata. Los asesores de Duke observaron con detenimiento los movimientos de Calvin Monroe, y le sugirieron que endureciera su discurso y que emplease mensajes que abarcaran ideas simples y fáciles de asimilar por los votantes. Su solución era endurecer su discurso: debía presentarse como un presidente dispuesto a dirigir el mundo como la propiedad privada de los norteamericanos. Duke aceptó las sugerencias de sus asesores en su batalla por la opinión pública y anunció que llamaría a consultas a sus embajadores en China y Rusia. Avisó de que congelaría las relaciones diplomáticas con ambos países hasta que se aclarase qué había ocurrido en la *Crisis de los diplomáticos*, y cuál era el grado de implicación de las otras dos potencias en el asesinato de Jessica Fisher, a quien habían convertido en un icono popular de los ataques contra los ciudadanos estadounidenses en todo el mundo.

Días antes, los servicios informativos de *Russia Today* emitieron un reportaje que vinculaba a la periodista con la contrainteligencia china, ejerciendo el papel de doble agente. La misma cadena acusó a los estadounidenses de planear el atentado contra su embajador y de asesinar a su compatriota para convertirla en víctima. Duke se refirió a esa noticia y avisó de que Estados Unidos respondería a cualquier ataque que se produjese contra sus embajadas, y que se reuniría en las próximas horas con la Junta de Jefes de Estado Mayor para analizar qué respuesta era la más adecuada si se producía un nuevo atentado.

Una hora más tarde, el ministro de Relaciones Exteriores de China, Li Zhenqiang, en una comparecencia pública en la base que los chinos poseen en Yibuti, afirmó que su país no aceptaría el papel de agresor en un conflicto que empezó con el asesinato de un miembro de su diplomacia; y que ellos, lejos de efectuar señalamientos arbitrarios, optaban por mantener las opciones negociadoras en sus relaciones internacionales.

Al mismo tiempo, y en el enclave ruso de Kaliningrado, a unos trescientos kilómetros de la base norteamericana de Redzikowo, chinos y rusos realizaron maniobras navales conjuntas. Los presidentes de Rusia, Alexander Kozlov, y de China, Chang Liú, declararon a media tarde, en una conferencia conjunta en Beijing, que sus naciones reforzarían sus intereses comunes en el terreno internacional. La reacción no se hizo esperar, y un par de horas más tarde, la primera decisión tomada por la Junta de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos fue aumentar el

escudo antimisiles desplegado en Redzikowo, e incrementó el número de buques destructores emplazados en la base naval de Rota, en España.

Sobre las siete y media de la tarde, hora de Greenwich, Reino Unido se alineó con los Estados Unidos y expulsó a una veintena de diplomáticos rusos y otros tantos de China por actividades de espionaje industrial. Rusos y chinos respondieron con la misma moneda, con dos docenas de diplomáticos británicos y norteamericanos que tuvieron que abandonar las embajadas de sus respectivos países. Las bolsas temblaron a lo largo del día y los índices bursátiles se desplomaron, salvo los valores de las empresas armamentísticas, que se dispararon a récords históricos. En la versión digital de New York Times, el analista Patrick Tway, del *Instituto para el Estudio de la Guerra*, advirtió de que la inteligencia militar de los Estados Unidos se preparaba para una eventual III Guerra Mundial desde hacía tiempo, y que los últimos sucesos en torno a la crisis de los diplomáticos aceleraron los preparativos para un conflicto de esa envergadura.

A las once de la noche, y durante una conferencia en Detroit, Nancy Pence presentó a su invitado especial, Calvin Monroe. Éste aprovechó la ocasión para proclamar que, si se convertía en el nuevo presidente, trabajaría para que Estados Unidos recuperara su papel de actor principal en todos los acontecimientos de la esfera internacional.

Xavier y Anette se encontraban en el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Madrid, próximo a la ciudad deportiva del Real Madrid. Jorge Pérez, director del Instituto, bajó de las oficinas para interesarse por el caso y ofrecer su ayuda.

- Lo acabo de ver – les dijo –. Parece un crío. ¿Cómo se ha metido en esto?
- Él se lo buscó.

Anette soltó el comentario y enfrió los ánimos del director. Lorca y Darío salieron del ascensor y se encaminaron hacia ellos. Anette atendió a su móvil y se marchó hacia las escaleras de incendio mientras hablaba en alemán. Lorca saludó al médico forense, Justo Rodrigo, y al director, a los que conocía de tiempo atrás; luego observó a Xavier.

– Tú debes ser el inspector Xavier Brunet, de la central de Valencia. Tu altura y la barba te delatan.

Se saludaron y Xavier se disculpó por Anette. Les informó que se había ido para responder a una llamada.

- Ya sabéis que en los sótanos nunca hay cobertura.
- Entremos – propuso el forense.

Pérez se excusó y se despidió. Justo Rodrigo dirigió la visita y abrieron la nevera donde se almacenaba el cadáver de Miquel.

Xavier se dirigió a Lorca.

– Su asesinato refuerza nuestras sospechas de su vinculación con los atentados.
– ¿Cuál sería su implicación? – preguntó Lorca.
– Hubo intervenciones de un hacker en los asesinatos del embajador chino y ruso. Hemos confirmado que algunos de los ataques a los servidores de la embajada rusa en Madrid provenían de la IP de su empresa. También con respecto a varios de los ataques informáticos contra la embajada china en Berlín. Nuestros expertos han incautado su equipo de trabajo.

Lorca no contuvo sus dudas.

– Me extraña que un hacker cometa el error de realizar los ataques desde su lugar de trabajo.

– Nadie entiende su comportamiento y se lo expusimos a Pascual Marín. Anette consultó con sus expertos en la Europol y le comunicaron que Miquel utilizó un proxy para enmascarar sus conexiones. Gracias a la colaboración de las agencias de inteligencia en la lucha contra el terrorismo, accedimos a la información.

Lorca puso cara de no entender lo que le contaban, hasta que Xavier explicó qué era un proxy: una especie de intermediario en las conexiones de Internet para evitar las identificaciones de los usuarios.

– No olvidemos que huyó – continuó Xavier –, y estuvo en paradero desconocido. No es el comportamiento de un inocente.

– El miedo también juega su papel – intervino Darío –. Lo tienen todos, culpables e inocentes.

Xavier se encogió de hombros y prosiguió.

– Alguien lo encontró antes que nosotros – dijo –. Desconocemos quién está detrás de su asesinato, pero quien sea, maneja una capacidad tecnológica considerable.

Xavier se tomó una pausa y esperó a que Justo se apartara durante unos segundos. Luego bajó su tono de voz.

– Pienso que nos enfrentamos a un grupo organizado. Desconocemos sus posibles conexiones, ya sean de tipo criminal... o gubernamental.

Lorca se mostró serio. Miró a Darío enarcando sus cejas.

– ¿Insinúa que han intervenido agentes de un gobierno extranjero?

– En mi opinión, este asunto nos sobrepasa a todos.

Lorca y Darío cruzaron sus miradas. Xavier recuperó el tono normal de su voz.

– Creo que regresan de Málaga, de investigar las actividades de otra de las sospechosas.

– Sospechosa lo es – respondió Lorca –, de momento solo de asesinato. Todavía no disponemos de pruebas para implicarla en esto.

– Tenía entendido que fue ella quien se relacionó con los atentados.

– Es una forma de decirlo – le replicó Lorca.

– ¿La tienen localizada?

– No, sigue en paradero desconocido.

Justo Rodrigo interrumpió la conversación y retomó el protagonismo.

– La causa de la muerte ha sido un único disparo – informó –. Fue a quemarropa con arma de pequeño calibre. Orificio de entrada en la frente con forma ovalada sin quemadura. Utilizaron un silenciador. Unos transeúntes lo hallaron tumbado en un banco y alertaron a la policía.

– La descripción del disparo coincide con el atentado del embajador ruso – interrumpió Xavier –. Eso nos da un posible *modus operandi*.

Lorca se frotó el hoyuelo, pensativo.

– El parque del Retiro está lleno de cámaras de vigilancia. ¿Algún registro?

– Las están revisando.

– No hay huellas ni restos orgánicos que proporcionen alguna pista – continuó el forense –. Había un trozo de film transparente de cocina junto al cadáver. Si se fijan en la zona enrojecida, se tatuó hace poco en el brazo derecho.

Xavier decidió intervenir.

– Hemos localizado al tatuador a través de sus seguidores en las redes sociales. Se llama Ira Malaka y ya lo hemos interrogado.

Lorca miró el tatuaje. Mostraba un camaleón encaramado a un cactus con las espigas que atravesaban la carne del reptil. La duda lo invadió.

– ¿Por qué tatuarse cuando trataba de esconderse?

– Hemos comprobado que Miquel disponía de una página personal con un nombre de dominio muy esclarecedor:

“www.elcamaleonenelcactus.com”

Darío no ocultó su interés.

– ¿Qué figura en ese dominio?

– Su blog. Se ha solicitado su bloqueo y se ha transferido el contenido del servidor para su análisis. Si accedéis a esa dirección, os aparecerá un mensaje de Europol.

El forense cerró la bolsa que contenía el cadáver e intervino de nuevo.

– Mi compañero, Ismael López, recepcionó el cuerpo. Él redactó el informe forense y en breve os enviarán la documentación a nuestros repositorios digitales.

Lorca le hizo un gesto a Darío de aquí ya no pintamos nada. Se despidieron de Justo y se marcharon. Xavier los acompañó al ascensor y les informó que permanecería en Madrid varios

días, con Anette; y que, ante cualquier avance del caso, ellos serían los primeros en ser informados. Pidió que el intercambio fuese recíproco.

– Así será – respondió Lorca, en tono seco.

El ascensor se cerró y Xavier retomó el camino de regreso. Recibió un *Whatsapp* de la alemana para que se dirigiera al parking. El inspector se despidió de Justo, subió por las escaleras y llegó hasta el aparcamiento donde estaban su coche y el de Anette. Ella la esperaba apoyada en el Toyota Yaris negro de Xavier, aparcado en la esquina. Le abrió la puerta y ella le invitó a entrar. El inspector comprendió rápidamente sus intenciones y se sentó en los asientos traseros. Anette se puso a horcajadas sobre él y le empezó a besar. Xavier giró su cabeza por si aparecía alguien, pero la alemana le agarró con fuerza del cabello y lo inmovilizó con sus piernas. Toda su atención se centraba en ella.

– ¿Te han dado alguna información de interés?

Anette le bajó los pantalones, se deshizo de los suyos y se encaramó sobre el inspector.

– Lorca es un viejo zorro – contestó Xavier mientras la penetraba –. Pregunta mucho y no responde nada. A Miquel Arranz no le dedicará mucho tiempo. Con Susana Torres, proseguirá la investigación.

– ¿Te han mencionado dónde se podría encontrar?

Xavier jadeaba y apenas podía seguirle la conversación.

– Nada. Están tan perdidos como nosotros. Los vigilaremos de cerca, por si nos conducen hasta ella.

Anette perfiló una sonrisa complaciente que mostró los destellos de sus ojos verdes.

– No hará falta – le mordió el lóbulo de la oreja –, cumplirá con su deber y la detendrá. Lleva el oficio en la sangre. He conocido a muchos iguales que él.

– ¿Por qué estás tan segura?

Anette continuó balanceándose, cada vez con más violencia, hasta que el inspector gritó y ella lo silenció con un beso intenso. La alemana lo miraba a los ojos y él recuperaba el aliento, rendido.

– Lorca es más listo que tú y va por delante, aunque no te lo parezca. Me estás fallando.

Salió del coche, recogió sus pantalones, se los puso y sacó de su bolsillo un objeto brillante que colocó en la mano de Xavier. Se dirigió a él con tono despreciativo.

– No me hagas dudar, o subiré al coche de otro.

Anette se marchó y lo dejó observando el objeto que le había dado. Era un anillo de alianza, de oro. Intuyó que pertenecía a su compañero de la científica, Lluís Peret.

Xavier se rompió y lloró con amargura.

Cándido regresó a España con la idea de investigar qué fue de la hija de Camila Jaramillo. Había llamado a Lorca desde el aeropuerto José Martí para informarle sobre su conversación con Alejandro Barredo, y para comunicarle su plan de investigar a la hija. Le rogó que se enterara de dónde se almacenaban los archivos de la cárcel de mujeres de Ventas. Lorca le comunicó que se localizaban en el *Archivo General del Ministerio del Interior*.

El avión de Cándido aterrizó en el aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid a primera hora de la mañana, luego cogió un taxi, pasó por casa, se duchó y después se acercó hasta el Archivo General que estaba en el edificio del Ministerio del Interior, en calle Amador de los Ríos. Rellenó los documentos de acceso e informó que su consulta formaba parte de una investigación policial. Solo traía un nombre: Alicia Guevara Jaramillo. El año de ingreso lo calculó a partir de las fechas que Alejandro le sugirió. Dedujo que fue en los últimos años de funcionamiento de la prisión, entre 1967 y 1969. La funcionaria le indicó la sala donde le ayudarían a encontrar los datos que buscaba. Cándido se acomodó frente a un amplio escritorio. Un técnico lo atendió y consultó en su terminal las fuentes de todas las unidades dependientes del Ministerio. Tras unos minutos, dio con la información relacionada con la prisión de Ventas. Localizó a una reclusa que coincidía con los datos aportados por Cándido y le informó que había ingresado en el año 1967, y que según constaba en el listado del registro, fue condenada a reclusión menor bajo el delito de rebelión militar, bandidaje y terrorismo. El técnico le informó que, aunque el delito sonaba grave, era el nombre que se utilizaba para los delitos de contenido político y su interpretación era muy amplia.

– Según el mismo registro – continuó el funcionario –, le conmutaron la pena y fue liberada tres meses después.

El técnico examinó la referencia de su expediente penitenciario y solicitó por teléfono que enviasen a su terminal una copia escaneada. Al cabo de un rato lo consultó y saltó a la vista el nombre de un hospital y una referencia: “Maternidad O'Donnell. *Traslado por embarazo*”. Cándido sabía que entraba en un laberinto. La Maternidad O'Donnell estuvo implicada en el robo y desaparición de miles de niños durante el franquismo. Los neonatos eran sustraídos a sus padres para ser vendidos a otras familias con el engaño de una supuesta defunción inventada por facultativos del hospital. Cándido preguntó al funcionario si guardaban los archivos de la antigua maternidad, demolida en los años noventa y reconstruida como anexo del hospital Gregorio Marañón.

– Algo existe – le confirmó –, y sé lo qué encontraremos.

Tras una nueva consulta a la base de datos del Registro General, localizó una información digitalizada referente a Alicia Guevara Jaramillo. En su historial escaneado se informaba que dio a luz a dos gemelas el 20 de diciembre de 1967. Las neonatas sufrieron de una severa otitis que les provocó una infección generalizada. Ambas fallecieron al día siguiente.

– Si seguimos la búsqueda – continuó –, encontraremos el registro de las defunciones; y me temo que ahí se acabarán las pistas. He ayudado a muchas personas a buscar aquí los datos de sus hijos robados. Todos contaban la misma historia, la famosa otitis que los mató y que cualquier médico le explicará que es imposible fallecer por esa enfermedad; aunque en aquel hospital las criaturas morían de otitis igual que en una epidemia.

Cándido se sintió contrariado, casi de enfado.

– ¿Hay alguna otra institución donde pueda seguir mi investigación?

– En el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid existe más información sobre la antigua Maternidad O'Donnell.

– Eso me llevaría semanas y no dispongo de ese tiempo.

El funcionario buceó en su memoria.

– Queda otra posibilidad – le dijo –. En aquellos años, si el bebé estaba a punto de morir, se le bautizaba *In Articulo Mortis* en la parroquia de San Vicente Ferrer, en la calle de Ibiza, la más cercana al hospital O'Donnell. Así consta en los registros de casi todos los fallecimientos. Puede que ahí aparezca algún dato que le sirva.

El funcionario tecleó en su terminal para encontrar un teléfono que facilitó a Cándido.

– Aquí tiene el número. Puede llamar y acercarse. Buena suerte

Cándido agradeció la información y se despidió. Llamó a la secretaria de la parroquia y se identificó como miembro de la Policía Nacional. Solicitó que se le permitiesen consultar unas partidas de nacimiento.

– Para eso no necesita ser policía – le contestó el secretario –. Nos sirve su DNI.

Montó en su coche y condujo hacia la calle Ibiza, donde estaba la iglesia de San Vicente Ferrer. Veinte minutos más tarde, subía las escaleras que daban entrada al edificio. Allí lo esperaba un anciano de unos ochenta años, gafas gruesas, escaso pelo y vestido con una rebeca de entretiempo marrón. Le dio la mano sin disimular un temblor en los brazos. Se le presentó como el padre Antonio Campos.

– Me ha llamado mi secretario para que lo reciba. No se extrañe que lo haga. Llevo todos estos años atendiendo a muchas familias que desean verificar que sus hijos no fueron bautizados en esta parroquia. Si puedo y me lo permiten, les consuelo – el padre Campos acompañó la frase con tono afligido –. Me destinaron aquí en aquella época, y tal vez pueda ayudarle.

– Soy agente de la Policía Nacional – se presentó Cándido –, y sigo el hilo de la madre de dos gemelas que se corta en la maternidad O'Donnell.

El párroco agitó sus brazos.

– Nada tuvimos que ver con aquel infierno – dijo –. Nadie cambió ningún papel en esta parroquia. Se inventó que fueron bautizados aquí, pero nunca fue así.

El párroco dio muestras de sentirse perdido por unos segundos.

– ¿Trae el nombre de la madre, o las hijas? – preguntó.

– El de la madre. Era una reclusa de la prisión de Ventas.

– Entonces, sígame a los archivos. Allí nos espera el secretario.

Accedieron al interior de la parroquia, cruzaron el templo y salieron a un amplio patio donde descollaba el busto de San Juan de Dios. El secretario los esperaba en las oficinas parroquiales. Saludó a Cándido y le preguntó con sorna si le iba enseñar el DNI o la placa.

– Traigo ambas.

Cándido aún no tenía claro por qué buscaba aquella partida de nacimiento. Quizá fuese tan solo una corazonada en las que se rastreaba un detalle que no parecía relacionarse de forma directa con el asunto investigado.

– ¿Conoce la fecha aproximada?

– 20 de diciembre de 1967. Busco a dos gemelas bautizadas a la vez en esta parroquia.

– ¿Y sabe el nombre de la madre?

– Alicia Guevara Jaramillo.

El secretario sacó la lista de las partidas de bautismo de ese día, repasó el registro y

confirmó que solo se celebró un bautizo: una niña; y el nombre de la madre era otro.

Buscó en los registros de los días posteriores.

– Nada de nada – concluyó –. De hecho, el siguiente bautismo es de dos semanas después. Ya sería posterior a la fecha de defunción del bebé.

El padre Campos se acercó y le habló con voz afectada.

– Lamento que no las haya encontrado. Es la tragedia que presencio en este despacho una y otra vez.

Cándido presintió que aquello era un callejón sin salida. Agradeció al secretario y al padre Campos su ayuda, salió al patio y se dirigió a una pequeña puerta que permitía acceder a la calle sin atravesar la iglesia.

De pronto, la voz quebrada del padre Campos se escuchó a su espalda.

– Disculpe que mi memoria ya no es lo que era – el párroco pidió a Cándido que se acercara –. La edad y esta dichosa enfermedad me ralentizan hasta para recordar que la llevo a cuestas. ¿Me comentó que era una reclusa de la cárcel de Ventas?

Cándido no ocultó su sorpresa.

– ¿La recuerda de algún bautismo?

El párroco apoyó su mano en Cándido, en un gesto de indulgencia.

– No la recuerdo bien, pero sí me acuerdo de Mateo, el padre de la niña bautizada ese día. Era el director de la cárcel de Ventas por aquellas fechas. Puede que le ayude en algo, aunque no sé cómo.

A Cándido se le encendió una luz y pidió que le relatara todo lo que sabía. El párroco necesitó una pausa antes de hablar.

– Mateo murió hace ya muchos años – le dijo –, aunque su viuda, Elvira, sigue asistiendo a esta parroquia y participa en nuestras actividades a pesar de sus noventa años. Tengo su teléfono en la secretaría.

– ¿Por qué piensa que me ayudará?

El padre Campos dibujó una sonrisa socarrona.

– Soy sacerdote, y hay cosas que uno sabe y no cuenta por el secreto de confesión. Otras las he deducido con los años. Los curas de ahora están descafeinados, pero los de antes ejercíamos de espías de las conciencias. Elvira es una gran mujer. Su marido..., bueno, dejémoslo ahí. Si habla con ella, y dada la coincidencia con la fecha del bautizo y el asunto de la cárcel de Ventas, puede que conozca algún detalle que no pueda comentarle por el secreto de confesión... o porque no me acuerdo. Todo es posible.

Cándido recogió el número de teléfono y se dirigió a la salida. Antes de salir le surgió una pregunta que recorrió su cabeza en un chispazo.

Alzó la voz para que el párroco le oyese.

– Se me olvidó preguntarle por el nombre de la niña bautizada. He de saberlo para conversar con Elvira.

– Susana – gritó el párroco –. Susana Torres Barros. Una niña encantadora, pero una mujer extraña.

Cándido sintió que el nombre se estampaba en su rostro.

Lorca estacionó en el distrito de Vicálvaro, en la zona sureste de Madrid. Acababa de dejar a Darío en la puerta del Instituto de Medicina Legal tras soltarle un “me marchó a un asunto personal” que Darío ni le preguntó. Lo que hacía en aquel momento podría pasar por un operativo de seguimiento como tantos otros que realizó en sus años de servicio en el norte de España. Planificó y procedió a un estudio previo de la zona, identificó los itinerarios del objetivo y eligió los lugares donde montaría la vigilancia sin ser detectado. Conocía los hábitos de entrada y salida de Clara, tanto de los días de diario como fines de semana. Localizó su apartamento gracias a los vecinos y a que se hizo pasar por el repartidor de una empresa de transporte. Estudió el tipo de cerradura de su puerta y planificó su entrada al domicilio. Acababa de recibir la llamada de Cándido, aunque prefirió no atenderlo para no distraer sus pensamientos. Miró el reloj, y tras un buen rato dentro del vehículo, ella salió del portal a la hora prevista. Se dirigía a un gimnasio a unos quince minutos a pie. Su margen de maniobra era escaso y el registro de su piso debía realizarlo con rapidez para encontrar lo que buscaba.

A los pocos minutos, entró en el portal, subió por el ascensor y llegó al apartamento. Sacó un juego de llaves especiales, abrió la puerta y entró. Había poca luz y venía desde un ojo de patio al que daba el salón. Observó el apartamento y comprobó que era pequeño: una habitación, un baño, salón y cocina americana. Corrió las cortinas y encendió la linterna para no emplear las luces. Apuntó a todos los rincones y se fijó que había una buena colección de fotos en una de las paredes. Fotos de ella con sus padres, en su graduación y en sus viajes. Fotos con su novio, en un concierto o en la playa. Fotos de ella con la mirada perdida en un atardecer o haciendo muecas.

Dio con la foto que buscaba. Sonrió.

Prosiguió y topó con un juego de cajas dispuestas sobre una repisa. En una de ellas figuraba el dibujo de un ángel a rotulador. La abrió y encontró pétalos de clavel marchitos.

De nuevo, sonrió.

Cerró la caja y efectuó una ronda por la casa. Asomó la cabeza a su habitación y dibujó una nueva sonrisa cuando leyó una palabra escrita a mano en el cabecero de su cama:

Serendipia.

Recordó el sentido que ella le atribuía a aquellas diez letras. Retomó la marcha y abandonó el apartamento, dejando todo tal y como lo encontró. Antes de cerrar, observó un pequeño cesto de mimbre a su derecha, y un perchero a su izquierda. Por último, miró la disposición del mobiliario. Todo estaba ya almacenado en su cabeza. Cerró la puerta y bajó por las escaleras, salió al descansillo con precauciones y se fue al coche. Arrancó el motor, miró de soslayo a un lado y la vio regresar del gimnasio a la hora prevista. Lorca resopló y cambió de dirección para que no le reconociese.

La contempló por el espejo retrovisor.

Pensó en lo especial de aquella criatura, enlazada a una palabra tan hermosa y compleja como su mente.

Serendipia.

La tarde caía cuando el avión de Sebastián Briski aterrizaba en el Aeropuerto Internacional de Cantón-Baiyun, en la provincia de Guangdong, al sur de China, en una zona reservada a los vuelos privados. Quian Sanqiang bajó primero del avión y esperó a que llegara un vehículo SUV de la marca Maxus a pie de escalera. Le acompañaban dos vehículos militares. Sebastián y su madre se acomodaron en los asientos traseros y emprendieron la marcha.

Sanqiang se dirigió a ambos desde el asiento del copiloto.

– Nos marchamos a las instalaciones de Qinghai. Recuerden ese nombre.

– ¿Posee algún significado? – preguntó Sebastián.

– Se refiere al Olimpo de los dioses en la tradición china.

Cruzaron por las avenidas de la ciudad de Cantón por un carril exclusivo para vehículos con conductor, y dejaban el resto para los vehículos autónomos. Los rascacielos desafiaban al sol del ocaso con millones de leds que proyectaban imágenes en las fachadas y daban a la ciudad un aspecto de inmensa feria. Atravesaron un enorme puente sobre el río Zhujiang y al cabo de media hora avistaron la presa de Dongfeng. A menos de un centenar de metros apareció una zona cercada por un muro de hormigón en cuya puerta se divisaban dos enormes torretas. Los vehículos se identificaron y entraron con una marcha lenta. Sebastián observó que el muro se perdía hasta donde no le alcanzaba la vista. La noche caía encima y las instalaciones bullían de gente que cruzaba de un lado a otro, unos vestidos de militar, otros con batas blancas y el resto, los menos, con trajes o monos azules de trabajo. Había inmensas naves que se mezclaban con edificios de una altura considerable. Pasaron por delante de una edificación con varios módulos idénticos y aspecto de colegio abandonado. Prosiguieron la marcha y entraron en el aparcamiento de un edificio coronado por una antena de comunicaciones. Salieron del vehículo y les condujeron a un ascensor de cristal que los subió a una de las plantas superiores. Sebastián observó desde las alturas que la zona amurallada era de unas dimensiones inimaginables.

Los recibió la doctora Tang Xijing, directora del centro Qinghai y premio nobel de Química.

– Doctor Briski, doctora Robles, agradecemos que quieran unirse a nuestro proyecto.

Sebastián miró primero a su madre, y luego a la doctora Xijing.

– Venimos a conocer “La granja”.

– Aquí lo llamamos “Nóngchǎng”, aunque para mi es un nombre discutible. Preferiría llamarle “Wēnchuáng”

– ¿Qué significa?

– Antes le debo explicar en qué deseamos que nos ayuden.

Sebastián reaccionó.

– Lo leí en los documentos que me entregó Sanqiang en Shelter Island. Es lo que me ha traído aquí.

La doctora Xijing le lanzó una mirada retadora.

– Ahí solo le mostramos la parte que conoce todo el mundo. Ahora se le revelará el resto de la información.

Accedieron a una puerta con clave numérica y recorrieron un pasillo que llevaba a una zona de laboratorios. Había cientos de investigadores: unos frente a microscopios, otros calibrando máquinas o ante una hilera de probetas y tubos de ensayo. El resto trabajaban en sus monitores OLED. Un militar celaba la puerta de cada laboratorio. Caminaron sobre una pasarela

y observaron que en un piso inferior se extendía un entramado de tubos dorados alrededor de una columna central luminosa. Un enjambre de operarios pululaba a su alrededor.

– Aquí puede observar el ordenador cuántico más avanzado del mundo. IBM y Google están muy lejos de igualarnos. Pero ese no es el motivo de nuestra visita. Sígame.

Se dirigieron a otro pasillo donde solo había militares, armados y listos para actuar. Accedieron a una habitación que conducía a un mirador acristalado donde se contemplaba una inmensa hilera de tanques de hidrógeno líquido. Más de cinco mil.

– He leído toda la literatura científica alrededor de su método Briski; es brillante, aunque le falta ambición.

Sebastián no disimuló su asombro.

– ¿Poco ambicioso? – dijo –. He descifrado los códigos de un complejo lenguaje de programación para el cerebro humano.

– Cierto. Usted es un magnífico artista que ha encontrado una nueva forma de plasmar su creatividad... pero sigue trabajando sobre el mismo lienzo.

– ¿Se refiere al cerebro humano?

Xijing le devolvió una sonrisa.

– Hablo de lo que nadie se atreve a ofrecerle.

La doctora se dirigió a una salida que accedía a los tanques de hidrógeno líquido. Se situaron sobre una plataforma elevada separada del vacío por una barandilla.

– El cerebro de un feto humano se desarrolla a partir del día 18 – dijo Xijing –. Es cuando surgen las células nerviosas que formarán las neuronas. Ese es el lienzo que le ofrezco. Nuestro desafío es reprogramar las funciones de un cerebro en desarrollo para convertirlo en otro distinto y modelar a un nuevo ser humano. El camino del auténtico homo Altior comienza aquí: un ser eterno y superior.

– Necesitaremos embriones fecundados.

Xijing extendió sus manos.

– Y aquí los obtendrá.

– Se realizarán muchos ensayos que acabarán en errores. Desecharemos miles, tal vez cientos de miles; algunos serán inservibles a las pocas semanas y otros a los meses.

– Dispone de un millón de embriones vitrificados en su tercer día de desarrollo. ¡Empecemos mañana!

Sebastián se apoyó sobre la barandilla e hizo un gesto de satisfacción.

– ¿Se fijó en un colegio que hay dentro las instalaciones? – le preguntó Xijing.

– Me pareció verlo. ¿Estaba vacío?

– Sí – respondió ella –. Lo llenaremos de niños que superarán a sus profesores antes de cumplir los cinco años. Modificarán el curso de la ciencia, la tecnología y el progreso, y les seguirán una nueva generación que ellos mismos alumbrarán.

Xijing hizo una pausa antes de continuar.

A este centro le llaman la granja, "Nóngchǎng", pero le dije que para mí es "Wēnchuáng", el semillero de los dioses.

Cándido se acercó al domicilio de Elvira Barros, viuda de Mateo Torres y supuesta madre de Susana; aunque sospechaba que ese último dato no sería cierto. Debía ser cuidadoso para averiguar la verdad. El secretario de la parroquia le llamó para informarle que la esperaba en su casa. Ella no había mostrado ninguna reticencia a la visita; todo lo contrario, le encantaría recibirlo.

Una mujer joven abrió la puerta del domicilio y Cándido dedujo que sería su cuidadora. Lo acompañó por un pasillo estrecho que accedía a las distintas habitaciones de la casa, grande y antigua. Elvira lo esperaba sentada en el sofá del salón, rodeada de docenas de cuadros, figuras de porcelana y fotos enmarcadas. Echó una ojeada para ver la imagen de Susana Torres en distintas edades, desde su nacimiento hasta convertirse en una mujer, pasando por una adolescencia de gafas y aparato en los dientes. Distinguió la foto de quien suponía que era Mateo Torres, su difunto marido, con el semblante serio de funcionario franquista en todas ellas.

Cándido se presentó y le agradeció que le recibiera. Elvira le tendió la mano y sintió que se quebraba entre sus dedos.

– Agradezco que pregunte por Susana.

– Soy yo quien le da las gracias por recibirme con tanta prontitud.

– ¿Cómo no atenderle? Es usted policía y me puede ayudar a encontrarla. Hace unas semanas me visitaron otros agentes preguntándome por su paradero.

Cándido se quedó sorprendido.

– ¿Cuánto hace que no sabe de su hija? – preguntó.

Elvira lo miró consternada. No entendía que no le informaran sobre la relación con su hija.

– ¿El padre Campos no le ha contado nada?

– Nada de nada.

Elvira llamó a la cuidadora para que trajera la bandeja con el té. Luego se señaló la cabeza con el dedo índice.

– Yo creo que el padre Campos ya no hila bien – dijo –. Confunde lo confesado con lo confesable. A Susana, hace más de veinte años que no la he visto. Alguna vez que otra me llega una felicitación suya por Navidad.

Elvira echó mano de una caja a su lado.

– La última fue hace unos ocho años desde una isla de por ahí. Nunca para en el mismo sitio, o eso parece.

Cándido se tocó el bigote y repasó las postales antes de hablar.

– A veces nos llevamos una sorpresa cuando tomamos atajos en una investigación, y eso me ha ocurrido con su hija. Me he topado con ella mientras investigaba a otra persona: Alicia Guevara Jaramillo. ¿La conoce por casualidad?

Elvira miró al suelo musitando aquel nombre. La cuidadora entró con la bandeja del té y unas galletas. Se sirvieron; ella retomó la conversación.

– Alicia Guevara fue mi gran error – sentenció –. O, mejor dicho, uno de mis dos mayores errores.

– ¿Hago bien si sospecho que su hija mantiene algún vínculo especial con ella? –

Cándido hizo aquella pregunta con tiento.

– Déjeme que primero le pregunte algo.

Elvira se levantó con la ayuda de la cuidadora, cogió unas gafas de la repisa de la librería y se dirigió hacia un armario que ocupaba medio salón. Abrió la puerta y sacó varios álbumes de fotos. Tomó uno de ellos y regresó al sillón; luego lo abrió, le enseñó la foto del bautizo, y le hizo una propuesta.

– Si demuestra que merece la explicación de esta historia, se la cuento; pero ha de ganárselo. Juré a mi difunto marido que jamás desvelaría la verdad acerca de esta foto. Si la descubre, no faltaré a mi juramento porque no le revelaré nada que no haya averiguado antes.

Cándido la observó un rato. Analizó los detalles de la pila bautismal, con Susana recién nacida recibiendo el bautismo y un jovencísimo padre Campos repleto de salud y vigor. Su difunto marido tenía el gesto serio, un bigote recortado y gafas de cristales velados que recordaban el aspecto de un miembro de la brigada político-social del franquismo. Y ella, guapa, esbelta, seria y triste, con la mirada fija en aquella niña que recibía el bautismo.

– Susana no es hija suya – resolvió Cándido, sonriendo.

Elvira mostró un gesto de reproche.

– Eso se le ocurre a cualquiera.

– Ya, pero esa niña, dada la fecha del bautizo, cuenta con menos de un día de vida. Y si usted fue la madre, se encontraba extremadamente delgada para haber dado a luz ni siquiera cuarenta y ocho horas antes. Con una falda y una camisa holgada dudaría; pero el pantalón, y ese cinturón que le marcaba cintura de avispa, no deja lugar al engaño.

Elvira le confirmó su deducción.

– Así es, ha acertado. No fue una casualidad que llevara ese traje de chaqueta y pantalón para una ceremonia de ese tipo, y menos en esos años. Yo me negué a fingir esa mentira. Menuda cara puso el padre Campos cuando se encontró con aquello.

– ¿Le gustaría contarme lo que pasó?

– Se lo ha ganado – respondió ella –. Alicia fue prisionera de la cárcel de Ventas y mi marido la conocía. No sentía compasión con ninguna de las reclusas, así que el hecho de que Alicia estuviese embarazada no aumentaba su nulo aprecio hacia ella. Mi marido vivía obsesionado por la paternidad y muchos de sus amigos consiguieron su sueño comprando niños robados a prisioneras, madres solteras o mujeres que padecieron la mala suerte de cruzarse con aquella banda de desalmados.

Cándido apretó los labios.

– Por suerte – dijo él –, esa historia ya es de dominio público.

Elvira afirmó con la cabeza.

– Mi marido sabía el procedimiento y conocía a las personas que nos entregarían al hijo que Dios no quiso otorgarnos; y conociendo a Mateo, entiendo que el *Altísimo* no deseara que se perpetuara. Manejó el asunto y decidió que el futuro hijo de Alicia sería el elegido. Era muy atractiva y de aspecto muy saludable a pesar de las condiciones de la prisión. Me enteré de sus planes e hice lo que no se imaginaba: me negué a la adopción.

– ¿Sabía que Alicia dio a luz a gemelas?

Elvira se enfadó con aquella duda.

– Claro que lo sabía – respondió –. Conocí a los padres que se llevaron a la otra niña. Traté de impedirlo, se lo juro, pero entenderá que, si no podíamos comprarnos una lavadora sin el permiso del marido, tampoco podía adoptar ninguna medida legal contra ellos. Tomé una decisión doméstica. Me negué a criarla, salvo con una condición.

– Que ella no regresara a la cárcel.

– ¿Cómo lo sabe?

– Lo leí en su informe penitenciario. Imaginé que la influencia de su marido le permitiría conseguirlo. Las dictaduras son así. El poder de pocos es absoluto y apisonan al resto.

Elvira añadió una aclaración.

– No lo hice porque simpatizase con quienes luchaban contra Franco, o porque pensase que era inocente. Lo hice porque castigaba a mi marido en su convicción más profunda.

– Y su marido accedió.

– Solo a que le conmutaran la pena – le respondió –. Cumplía una condena de prisión menor, menos de un año. Salió de la cárcel y realizó trabajos sociales.

Elvira cerró el álbum y se lo entregó a la cuidadora.

– Nunca fui una buena madre – continuó –, ni intenté serlo. Me equivoqué con Susana; al fin y al cabo, ella no eligió estar aquí. No salió de mis entrañas y eso hizo que nunca la aceptara como mía. Fue una imposición de Mateo, una extraña que creció a mi lado y que con los años se parecía más y más a otra madre que no era yo. Crie a una hija a la que nunca le otorgué la oportunidad de quererme; así de fácil. Lamento la vida que no le di. A veces lamento la mía, pero ya ve de qué sirve ahora.

Elvira sorbió el té, con la mirada perdida en el fondo de la taza.

– ¿Conoció a Alicia Guevara en persona? – preguntó Cándido.

– Ese fue mi segundo gran error – contestó –. El primero fue aceptar que le arrebatasen a su hija, y el segundo conocerla. Me acerqué a su domicilio cuando le conmutaron la pena.

– ¿Habló con ella?

– Solo una charla breve, pero inquietante. No sé si me amenazó, o solo me avisó. Me dijo que sus hijas volverían a ella, y que no podría impedirlo.

– ¿Cuándo descubrió Susana que no era hija suya? – preguntó.

– Susana fue una niña aplicada, de las que ahora denominan superdotadas. ¿Ve usted todos los libros que hay atrás? Le juro que ni yo, ni mi marido, hemos abierto jamás uno. Los devoraba. Aprendía idiomas extranjeros por el placer de leerlos en la lengua de sus autores. Fue campeona juvenil de ajedrez durante varios años. Sacó las mejores calificaciones en el colegio, en el instituto y en la Universidad, donde terminó la primera en su promoción como licenciada en Psicología. Realizó el doctorado y se convirtió en una gran investigadora. Consiguió trabajo, en la Complutense, hasta que un día me llamó para que la visitara en su despacho. Y allí estaban.

Cándido no ocultó su sorpresa.

– ¿Con su hermana gemela? – preguntó.

– No. Con su madre; y aquella mujer poseía algo que jamás le pude dar.

– ¡Su rostro! – Cándido la interrumpió –. He visto la cara de Susana en esas fotos de la mesa. También pude examinar el rostro de quien fue su abuela, y deduzco que el parecido entre abuela y nieta se transmitió a través de la madre.

– Eran dos gotas de agua a pesar de la diferencia de edad. Dos bellezas, hasta con el mismo tono de voz. Quizá piense que traté de contarle lo que había ocurrido; no lo hice porque aquello era lo que yo también deseaba. La crié con la esperanza de que su verdadera madre viniese a recuperarla.

Elvira se tomó una pausa.

– Le entenderé si piensa que soy un monstruo...

– No, doña Elvira. Las monstruosidades las cometieron otros, no usted.

Cándido le concedió unos segundos de tregua.

– ¿Desde entonces, no la ha visto?
– Así es – confirmó –. Al año y medio abandonó su plaza en la universidad y tiró su carrera por la borda. Pregunté a sus compañeros... por si un día decidía buscarla.

– ¿Y qué le contaron?
– En ese último año y medio se comportó de una forma cada vez más errática. Hablaba de ideas sin sentido. Descubrir que tu madre no es tu madre, y que tu madre biológica es una desconocida que aparece en tu despacho, con el mismo rostro que el tuyo; desequilibraría a cualquier mente. A veces creo que no tuve la culpa; que quizá ahora ella sea otra, una persona poseída por el espíritu de un difunto y se comporta de forma extravagante. Eso es lo que quiero pensar.

– Su hija se maneja en realidades complicadas de entender. No sabría explicarlas.

Elvira puso cara de enfado.

– No necesito que nadie me lo explique – le dijo –. Soy una superviviente y nunca busqué una explicación, aunque no la tuviera. Un profesor de su facultad me confirmó que Susana era la criatura más inteligente que había conocido. Afirmaba que poseía una mente cósmica que se escapaba a nuestro entendimiento. A mí no me resultó raro porque llevaba años viéndola engullir libros de autores de esa ciencia ficción que nunca me gustó.

A Cándido le llamó la atención un libro que destacaba en la estantería. Se levantó del asiento para cogerlo. Era una biografía de Konstantín Tsiolkovski, el físico soviético reconocido como el padre de la cosmonáutica. Lo abrió y observó su foto, con su barba quijotesca y gafas redondas. Lo hojeó y sospechó de su significado.

– ¿Me lo puedo llevar?

Elvira no entendía por qué le interesaba ese libro.

– Lléveselos todos si le viene en gana.

– ¿Sabe algo de su otra hermana?

– Fue adoptada – respondió ella –, si me permite el eufemismo, por unos funcionarios de la embajada norteamericana en Madrid. Susana, oficialmente nunca tuvo una hermana gemela.

Cándido se mantuvo en silencio a la espera de que Elvira continuase su charla. Ella no lo hizo. Decidió que era el momento de dar por terminada la conversación.

– Ha sido de gran ayuda, doña Elvira. Daremos con su hija. ¿Quiere que le transmita algún mensaje?

Elvira susurró algo a la cuidadora. Ésta fue a una de las habitaciones y trajo una muñeca de trapo.

– Entréguele esta muñeca. La adoraba de pequeña y jugó con ella toda su infancia. La protegía en la oscuridad y era su refugio cuando se entristecía.

Cándido la guardó en una bolsa que le dieron. Le prometió a Elvira que cumpliría con su encargo. Le debía ese favor.

– ¿Cómo la llamaba?

– Fíjese en la pierna derecha. Susana escribió su nombre con bolígrafo a los cuatro años. La llamaba Dorothy.

Cándido sintió por segunda vez que un nombre le golpeaba en su rostro.

Lorca entró en la sala de reuniones acompañado por Xavier. Trataban de construir una visión global del caso entre todos y esperaron a Anette durante un buen rato hasta que ella envió un mensaje para informarles de su retraso, aunque informó que en media hora llegaría. Cándido entró a los pocos minutos con una bolsa bajo su brazo y un informe sobre sus últimas averiguaciones. Hasta ese momento, solo informó de la relación entre Susana y la Dorothy que vivió en Cuba; también de la posible existencia de una hermana gemela.

El último en aparecer fue Darío.

Lorca y Xavier se pusieron al corriente de sus investigaciones y analizaron los diagnósticos que Darío elaboró sobre Susana; aunque la reunión no buscaba emitir un nuevo juicio sobre ella. Deseaban encontrar una forma de enlazar y encajar la información recopilada.

Cándido expuso sus últimas averiguaciones.

– Como os adelanté vía telefónica – recordó –, Susana Torres es nieta de la Dorothy que apareció en Cuba, y sabemos que no es la única. Existiría una hermana gemela que tal vez sea la asesina real de Joaquín Cervera. Si hacemos caso a las pruebas de ADN, en el caso de gemelos se invalidan porque son dos clones genéticos.

Lorca levantó la mano para interrumpirlo.

– De esa hermana gemela, aún no sé nada... ¿tú sabes algo?

– Conozco lo que Elvira Barros, la madre adoptiva de Susana, me comentó. Fue adoptada por unos funcionarios de la embajada estadounidense en Madrid. Elvira no sabía nada más.

Darío intervino.

– Describes a su hermana gemela igual que si fuera la némesis de Susana.

Xavier miró a Lorca y solicitó permiso para tomar la palabra.

– ¿Alguno de vosotros entiende por qué hay una Dorothy? – preguntó –. Veréis, incluso detrás de las ideas más disparatadas siempre existe una con sentido, y a la historia de Dorothy no se la encuentro. Sigo sin creer que exista.

– Yo opté por darle credibilidad – le respondió Cándido –. No digo que crea todo su relato; ni pienso que solo delire. Ella sabe por qué hay una Dorothy, pero ha decidido ocultárselo a Lorca.

– O no lo hizo porque no hay nada detrás.

– Tampoco te mencionó a su hermana gemela.

– No me sorprende.

– ¿Tampoco te sorprenden que viaje a Cuba, descubra la historia de una Dorothy que se comportaba del modo que Susana te anunció, y a mi regreso averigüe la existencia de dos nietas gemelas, una de las cuales es Susana, quien te envió unas cartas informándote de los atentados?

A Lorca no le gustó el tono de la pregunta. Negó antes de responderle de modo contundente.

– No nos olvidemos de algo – espetó –. Nuestro objetivo es detener a quien esté detrás de los asesinatos y evitar que se produzca otro atentado.

Darío calmó a Lorca y se dirigió a Cándido.

– Deduzco que la Susana que aparece en la foto que mandaste, era su abuela, una supuesta Dorothy con quien guarda un parecido asombroso.

– ¿Podría examinarla? – solicitó Xavier.

Cándido se la mandó a su móvil. Xavier informó que se la reenviaría a Anette. Tras un intercambio de mensajes con ella, les comentó que finalmente no vendría porque se había complicado su reunión.

Lorca retomó la conversación.

– Resulta imposible que los atentados lo haya organizado una sola persona. Quizá exista una célula de agentes detrás, o igual son seguidores de alguna secta apocalíptica...

Cándido se soliviantó.

– Me niego a darle tintes de novela sobre los *Illuminati* a este asunto.

– No se trata de eso – Darío intervino –. Lorca plantea que podríamos deducir de dónde proceden las intenciones de Susana. Nos remontamos a una abuela que se creía Dorothy, hace más de cincuenta años. Puede que ella esté acompañada en su delirio.

Cándido enseñó los objetos que traía en su bolsa.

– Este libro lo cogí de su biblioteca. Es una biografía de Konstantín Tsiolkovski, el padre de la astronáutica soviética. Subrayó una frase justo en la página que tenía marcada con un marcapáginas.

“La Tierra es la cuna de la humanidad, pero no se vive en una cuna para siempre”.

Cándido terminó de vaciar la bolsa.

– Elvira Barros me entregó esta muñeca. Susana Torres la adoraba en su niñez. Si os fijáis, lleva el nombre de Dorothy escrito en una pierna. Lo escribió en su infancia.

– ¿A dónde quieres llegar? –preguntó Darío.

– Hay muchas cosas alrededor de Susana que no entran en tu catálogo de delirios. Junta todo y ofrézme una explicación coherente.

Darío hizo aspavientos con los brazos y apuntó con ellos hacia Cándido.

– ¿Te estás escuchando?

Lorca los interrumpió para zanjar la discusión.

– Si existe Dorothy –dijo –, debemos encontrarla y que nos cuente su versión.

Xavier decidió intervenir.

– Perdimos nuestra pista principal. Literalmente, se perdió.

– ¿Hablas de Miquel Arranz? – preguntó Lorca.

– Así es.

Lorca miró a Xavier y se dirigió a él con gesto serio.

– Regresaremos al instituto de Medicina Legal y repasaremos su informe forense. Tengo la impresión de que Miquel aún nos sorprenderá.

Xavier se separó del grupo para llamar a Anette. El resto salió de la oficina y entró a una sala donde una televisión emitía imágenes de la tensa situación en el enclave ruso de Kaliningrado. Los desproporcionados ejercicios militares conjuntos de rusos y chinos habían hecho saltar todas las alarmas. Lorca casi apagaba la televisión cuando Cándido lo detuvo. En ese instante, aparecía Nancy Pence en la pantalla junto a Calvin Monroe en la convención republicana que se celebraba en el estado de Florida.

Darío señaló al aparato y bromeó con Cándido para destensar el ambiente.

– A ver si Nancy fue quien llamó a la Biblioteca Nacional de Cuba por el tercer anuncio del Mago de Oz.

– Nadie te dijo que fuese americana. Llamaron desde Canadá, y la persona hablaba español.

Darío insistió en su broma.

- Dijiste que la hermana gemela fue adoptada por unos americanos.
- Déjalo. No se parecen en nada.

Darío soltó una pequeña carcajada.

- Lo cierto es que hace todo lo posible para que se lée una buena.

En ese instante, Pence inició su discurso, pero marcado con una enorme diferencia. No lo hizo en inglés. Se dirigió a los asistentes en un perfecto español.

Cándido y Darío se quedaron perplejos.

La Comisión de Desarme de la ONU, encargada de los asuntos relacionados con la seguridad mundial, envió a la reunión plenaria de alto nivel de la Asamblea General, una versión final del proyecto de resoluciones para poner fin a los enfrentamientos entre los tres miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, divididos ahora en dos bloques. China en un lado, secundada por Rusia; y los Estados Unidos en el otro, cuyo presidente, Andrew Duke, endureció sus discursos para contrarrestar la subida en las encuestas del republicano Calvin Monroe. Miembros de sus servicios de seguridad e información le presentaron varios informes sobre la probable conexión entre el asesinato de Jessica Fisher y un grupo de mercenarios financiado por los servicios de información chinos, en una operación con el nombre clave de “Dorothy”. En ese dossier se señalaba la participación de un hacker español, asesinado en Madrid por los servicios de seguridad chinos que lo contrataron. El presidente Duke no dudó en referirse al mismo en su discurso de la Convención Nacional Demócrata, en Atlanta, y señaló que la información venía corroborada por los informes de la Policía Nacional española, a los que accedieron agentes de la CIA. La ministra de Asuntos Exteriores español, Carmen Lozano, junto al ministro del Interior, Fernando Darías, lo desmintieron y declararon que se desconocía el origen de la fuente de esos informes. Negaron que fuesen elaborados por los cuerpos de seguridad del Estado.

Calvin Monroe amenazaba con arrasar a sus contrincantes en las primarias de su partido, y no desaprovechó la ocasión para declarar que China y Rusia buscaban erosionar la prosperidad americana, y que la carrera entre superpotencias, lejos de ser una idea caduca del siglo XX, era una realidad tangible donde el enemigo ahora era la China comunista. Los culpaba de liberar a una legión de farsantes que inundaban las redes sociales para destruir la verdad. Nancy Pence, a la que numerosos analistas políticos posicionaban como la candidata número uno a vicepresidenta si el republicano Monroe alcanzaba la Casa Blanca, declaró en una entrevista a la edición digital del *New York Times*, que su equipo de trabajo contaba con el asesoramiento de numerosos analistas militares para diseñar la nueva estrategia de defensa nacional de los EE. UU. En ese nuevo marco estratégico se contemplaban varios escenarios de posibles conflictos con China. En opinión de esos analistas, y puesto en boca de Pence a los periodistas que la entrevistaron, un enfrentamiento con la superpotencia asiática se desarrollaría en el océano Pacífico y en sus cielos, dado que su densidad demográfica ofrecería pocas posibilidades de victoria al Ejército de Tierra y a la Infantería de Marina. Según esos análisis, los objetivos pasaban por destruir la flota china y aniquilar su cuerpo aéreo, además de tomar el control de un buen número de islas artificiales construidas en el archipiélago de las Spratly, en el Mar del Sur de China.

– Si nos enfrentásemos a Rusia – señaló Pence –, se produciría una guerra terrestre con el respaldo de la aviación y la marina. Aquí resultaría crucial el envío de nuestros refuerzos a través del Atlántico y el apoyo de nuestros socios europeos de la OTAN. Confiamos en Europa para contener el avance de los rusos hasta la llegada de nuestras tropas – afirmó Pence –. Se trataría de una guerra convencional porque nadie se atrevería a lanzar sus misiles atómicos – concluyó la futura vicepresidenta.

Entre las decisiones recomendadas dentro del proyecto presentado por la Comisión de

Desarme y Seguridad Internacional, se encontraba la celebración de una cumbre a tres de China, EE. UU. y Rusia al más alto nivel. Lo que en un principio era solo una propuesta improbable, se convirtió en una necesidad urgente y se activaron los mecanismos para ponerla en marcha. Entre los países propuestos para sede de la reunión se encontraba España. La proximidad de la celebración, en dos semanas, y la necesidad de contar con una experta organización capaz de montar una enorme infraestructura de seguridad, hizo que la opción de España terminara por imponerse. La maquinaria diplomática trabajó a destajo y los tres países acordaron que sus presidentes asistirían a lo que se anunciaba como una conferencia histórica. Tocaba elegir la ciudad y se decidió que la sede fuese Toledo. Aunque era una ciudad pequeña, su cercanía con Madrid favorecería las comunicaciones internacionales, y el dispositivo de seguridad se facilitaría al tratarse de un escenario mucho más reducido y controlado. Contaba con un valor simbólico por haber sido durante su historia un lugar de cruce y convivencia de culturas diferentes.

Calvin Monroe aprovechó su discurso frente a un grupo de cargos republicanos del Estado de Iowa para atacar al presidente Duke y criticó su talante conciliador por asistir a esa conferencia. Según Monroe, Duke conducía al país a una posición de debilidad frente a dos enemigos que caminaban cogidos de la mano. Nancy Pence, situada a su lado, anunció que estaría en Madrid, en las fechas de la cumbre, invitada por la fundación FAES para participar en una serie de charlas sobre *Relaciones Transatlánticas y la Nueva Guerra Fría* que se celebraría en el hotel Hilton de la Castellana, y afirmó que, si estuviesen en la Casa Blanca, se lanzarían a una política de persuasión activa antes de participar en una conferencia de esas características. Si era necesario, no dudarían en alzar las ojivas nucleares para demostrar que nadie atemorizará a los EEUU y a sus ciudadanos. Una vez más, la presión de las encuestas provocó el hundimiento de las opciones del presidente Duke y tuvo que dar réplica a aquellas palabras. Monroe le comía el terreno en las intenciones de voto. A Duke se le sugirió que solicitara a la Junta de Jefes de Estado Mayor la puesta en alerta de los misiles intercontinentales Trident y Minuteman, en un golpe de efecto. Nadie entendía esa escalada de beligerancia. Los presidentes Liú y Kozlov echaron un pulso a los americanos. Los rusos activaron la alerta de sus misiles R-36U. Los chinos replicaron con sus misiles DF-41. Duke amenazó con elevar la alerta DEFCON a nivel 2; un nivel que no se alcanzaba desde la *Crisis de los Misiles de Cuba* en 1962.

El secretario general de la ONU, António Leitão, efectuó un llamamiento en el pleno de la asamblea ordinaria para relajar las tensiones. Les recordó a los miembros de la organización el escenario al que se llegó en 1962 con la crisis cubana.

– No hemos aprendido nada de aquella lección, y hoy nos asomamos otra vez a ese mismo precipicio como si nunca fuésemos a caer. Solo necesitamos un leve empujón para precipitarnos.

Lorca cruzaba el puente que se alzaba sobre los regajos del río Huécar, a la entrada de la ciudad de Cuenca. El día caía bajo la penumbra de la noche y el atardecer se salpicó de cirros que tamizaron la luz con el color del azafrán. Había aparcado el coche frente al edificio del Parador y ahora alzaba su vista para observar las rocas donde se coronaban las *Casas Colgadas* de Cuenca. Intentó situarse en un laberinto de calles empinadas que lo conducían a la Plaza Mayor. La fachada de la Catedral apareció detrás de una esquina y supo que se hallaba cerca de su destino. Llegó a la plaza y miró a su alrededor. Recorrió las fachadas de los edificios hasta que reconoció su objetivo. Se situaba al final de una ligera cuesta que terminaba en un muro con tres arcos de entrada. Allí localizó un pequeño bar a la izquierda. El frío arreciaba y las mesas exteriores se vaciaron. Lorca se sentó bajo los toldos y pidió al camarero un té mientras esperaba a Susana. Esa mañana recibió un mensaje de su equipo en el CGI que le informó que una tal Ana Olivencia, amiga suya, pedía localizarle porque esa tarde visitaba Cuenca para un encuentro ajedrecístico, y si quería encontrarse con ella le citaba en el restaurante *Montesol*.

La noche se derrumbó sobre la ciudad y el viento entró por los laterales. Lorca se apretó en su chaquetón y se cerró la bufanda. Al cabo de unos minutos apareció una mujer con un gorro de lana gris. Lorca dudó que fuera Susana hasta que se sentó frente a él, reconoció su rostro y contempló sus ojos. Parecían destellar con una singular intensidad, como si Lorca pudiera asomarse en ellos. Susana sonrió. Lorca dudó de si aquella belleza, y aquella forma de mirarlo, eran un arma del que debía protegerse.

El camarero tomó nota de otro té.

– ¿No quieren sentarse dentro? – les preguntó.

– No, gracias – dijo ella –. Me gusta observar el cielo nocturno.

Lorca alzó la mirada y negó con la cabeza.

– No creo que lo veas debajo de este toldo.

– Que se pueda ver, no significa que sepamos mirarlo.

– Hermosa idea – dijo –, pero no estamos aquí para hablar del firmamento.

– ¿Crees que maté a Joaquín?

– No importa lo que yo piense.

Susana intensificó su mirada.

– ¿Qué vas a hacer?

– Lo que yo decida, tampoco importa.

El camarero se acercó y les sirvió el té.

– Tus decisiones sí importan. Nunca entendemos el alcance real de nuestras vidas porque nadie llega a conocer las verdaderas consecuencias de nuestras decisiones.

– Lo afirma quien sostiene haber vivido durante siglos.

– Jamás pronuncié eso. Me he sucedido en cientos de ellas.

Susana tocó ligeramente y con suavidad la mano de Lorca, en un gesto que buscaba complicidad.

– Hemos indagado sobre ti – continuó Lorca –. Buscamos a una Dorothy que estuvo metida en la *Crisis de los misiles de Cuba* y nos encontramos...

– ... Con mi abuela – interrumpió ella –, Camila Jaramillo.

- Quizás piensas que conocemos muchos detalles acerca de ti.
- Seguro que ya descubristeis que soy una niña robada en el franquismo.
- También averiguamos la existencia de una hermana gemela.

Susana dio un largo sorbo a su taza de té y dejó la mirada perdida en un punto del infinito.

– Mi verdadera madre se presentó en mi despacho de la Universidad. Era clavada a mí, aunque con más años; pero igual que un clon. Me relató una verdad que desconocía. Una cosa era ser adoptada, y otra bien distinta era haber sido robada por mis padres.

– Y a partir de ahí... ¿empezaron... “tus visiones”?

– Fue un poco antes – continuó Susana –, aunque aún no las aceptaba y eran pequeños destellos de mis vidas anteriores. Despertar a ellas no fue fácil, y lo primero que pensé es que algo no funcionaba en mi cabeza.

– Te informo que Darío, un agente de la Sección de Análisis de la Conducta, ha manejado varios diagnósticos sobre tus posibles desequilibrios.

– ¿Cuál es para ti la verdad?

Lorca recordó a Clara y sus conversaciones.

– Hay situaciones que no entendemos porque aún no sabemos mirarnos.

Susana sonrió cuando escuchó aquella frase.

– Me imagino que Darío te habrá entregado un glosario de posibles trastornos. Déjame que lo adivine. Dudó entre un trastorno delirante o una esquizofrenia, pero mi comportamiento es sistematizado, por lo que se inclinó por el trastorno delirante. De ahí saltaría al delirio persecutorio porque me quieren matar, luego al delirio de grandeza porque me siento salvadora del mundo, o al delirio de referencia porque relaciono lo que veo con ese destino de salvadora del mundo. Seguramente no se quedó ahí, y afirmó que sufro un trastorno disociativo porque creo que en este mundo existe Dorothy, que en realidad soy yo.

– Más o menos.

– También te señalaría los factores predisponentes de mi línea familiar, con esa Dorothy abuela que habéis descubierto. ¿Me pierdo algo?

– También sostiene que un individuo que sufre un trastorno delirante puede percatarse que los demás dudamos de sus aseveraciones.

– ¿Es lo que piensas?

– Ya te lo he dicho antes. Lo que yo pienso, no importa.

– Sí, lo es. Es fundamental que me creas.

Lorca intentó reconducir la conversación.

– Examiné los baúles en tu apartamento, con la ayuda de Darío.

– Y diagnosticó que fueron mis factores precipitantes.

– Te equivocas – le respondió –. No lo permití. Lo que apareció en esos baúles... no sabría describirlo.

– Si alguien te hubiese mencionado que existían unos baúles conteniendo lo que la Historia arrojó a los siglos, sostendrías que era imposible. Una quimera se convirtió en real.

Susana sacó un sobre de su bolso, lo abrió, y extendió unos folios sobre la mesa. Se trataba de un documento notarial.

– Aquí tengo inventariado el contenido de esos baúles – continuó –. Mi pobre Joaquín se encargó de todo y preparó el papeleo para que yo visitara al notario y lo firmara. Te cedo la propiedad de ese tesoro. Ahora es tuyo y puedes hacer con él lo que quieras.

Lorca se sintió desconcertado.

– ¿Por qué me los entregas?
– Esos baúles forman parte de tu destino. No me preguntes cómo lo sé; lo desconozco.
– Me muero; lo sabes, y no me queda tiempo. No puedo encargarme de los baúles. No lo acepto.

Susana apretó su puño sobre la mesa y puso a Lorca en alerta.

– ¡Te insisto de nuevo en que me creas!

Lorca los hojeó por encima, los metió de nuevo en el sobre, y aunque con dudas, se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

– ¿Nadie los reclamará?

– Mi verdadera madre, Alicia Guevara, desapareció de mi vida hace años, y mi hermana... nunca he sabido de ella.

– Vas a decirme que esa hermana tuya es Dorothy.

– Por fin crees en su existencia.

– He tomado esa decisión. Si me equivoco, no ocurrirá nada; si acierto, lo mejor será que la encuentre pronto.

– En realidad, no sé con certeza si ella es Dorothy. Nunca la he visto, y sin embargo un día la tuve frente a mí. Fue cuando Alicia quiso que nos conociéramos.

– Entonces... tu hermana gemela conoce tu existencia.

Susana mostró signos de una ligera agitación.

– Una mañana, Alicia Guevara me condujo a Brunete, a las afueras de Madrid. Me quería enseñar algo que me haría conocerlas a ella y mi abuela. Yo aún no sabía nada de ambas.

– Lo que me relatas es incomprensible, si tu abuela era Dorothy, entonces tú...

– ... Se confundió conmigo – le interrumpió –; así de simple. En aquel encuentro en Brunete le mostré mi verdadera personalidad. Viajamos a una casa en mitad del campo y recuerdo que aquel día vi a mi hermana como una silueta semioculta por el contraluz. En ese instante desperté con fuerza a todas mis vidas anteriores y el impacto fue tan grande que grité “Dorothy” como si aquel nombre supurase en mi garganta y necesitara escupirlo. Hui asustada y conmocionada. Comprendí mi situación y el papel que jugaban ellas en mi destino. Desde entonces la huida y el miedo son mis compañeros de viaje.

El relato golpeó a Lorca igual que si Susana le hubiese abofeteado.

– Esa silueta ... ¿Era tu hermana?

– No llegué a verla, ni hablé con ella. Años más tarde regresé a esa casa para comprobar que los acontecimientos no eran fruto de ningún desvarío de mi imaginación. Joaquín me trasladó en su coche. La arboleda de cipreses que había a la entrada seguía en pie, aunque se apreciaba su deterioro y estaban enfermos. La casa se hallaba abandonada y en ruinas. Habían construido un hospital cerca de ella y en los alrededores se había trazado un ramal de una autovía. La casa seguía allí para demostrarme que lo que pasó no fue un sueño.

Lorca resopló.

– ¿Y los baúles?

– Los recibí de las personas a las que se les encomendó el legado de cuidármelos.

– Hablas de Joaquín Cervera.

– Sí. Él y su familia de anticuarios han caminado por la Historia junto a mí. Durante generaciones, escondieron en sus tiendas de antigüedades todo lo que necesitaba recuperar: los baúles, los diarios y los sobres con los anuncios. Un día paseaba sin rumbo por las calles de Madrid y me encontré con su tienda. Fue antes de despertar a mis otras vidas. Una fuerza interna me impulsó a entrar y Joaquín me atendió. Salí con la sensación, grabada en mi memoria, de

haber estado allí en el pasado. Volví varias veces sin entender muy bien por qué lo hacía. Nunca compraba, pero me interesé por un baúl que conservaban en un apartado de la tienda al que no accedían la mayoría de los clientes. Joaquín no me mostró lo que contenía. Cuando mi conciencia dormida despertó, recordé lo que ese baúl significaba para mí, fui a la tienda y le dije lo que contenía. Joaquín me contestó que llevaba años esperándome.

Lorca no disimuló su enfado, aunque no alzó la voz.

– Esto me supera – le dijo –. Joaquín Cervera está muerto, y ni el mismísimo Freud le encontraría un nombre a lo que me cuentas.

Susana mostró su enfado en la mirada. Observó a Lorca en silencio unos segundos.

– Te contaré una historia.

Lorca cambió su actitud. Susana continuó.

– Esta historia ocurrió hace unos veinte siglos. Algunos dicen que fue fabulada, y otros que fueron hechos reales de alguien que obraba prodigios imposibles. Solo era un hombre sencillo dueño de una lucidez que le hizo anunciar un mensaje de convivencia para los siglos que le siguieron. No estuvo solo y se hizo acompañar de un grupo de hombres y mujeres, aunque solo uno fue su verdadero amigo: Judas, el único que aceptó condenarse para que él dejara su huella en la Historia. El nombre de ese fiel amigo fue arrastrado por los siglos como un traidor. Somos lo que somos gracias a esa traición que nunca lo fue. Nuestro mundo y nuestra civilización se los debemos a un Traidor, y no a un Salvador.

– Ahora me contarás que allí se hallaba una mujer convenciendo a uno y a otro...

– No estoy aquí porque me hayas engañado – le interrumpió –. Ahora se cumplirá tu destino; no pienses que me has traicionado. El camino que conduce a ciertas situaciones es difícil de entender. Crees que cumples con tu deber de policía, en realidad tu presencia se debe a que ejecutas una tarea en una historia que te resulta ajena. Un día la comprenderás; no será hoy.

De repente, las luces de las sirenas policiales iluminaron la plaza de colores parpadeantes y sonidos agudos que alertaron a los vecinos. Susana permaneció impasible y miró a Lorca sin borrar su sonrisa. Hizo un gesto con su cabeza que le decía que así tenía que ser, que no había otra forma. Lorca no supo qué decir. Dos agentes, acompañados por Jaime Camas, la levantaron y la esposaron. Lorca se levantó y miró al camarero que acababa de salir. ¿Qué ha pasado? – le preguntó mientras Lorca le contestaba que él creía saberlo, pero ahora ya no estaba seguro. Jaime Camas se acercó a él y le susurró que la detenida quería hablarle, que por favor se acercara.

Lorca abrió la puerta del coche patrulla y se aproximó para escucharla.

– Solo te haré una pregunta sin respuesta por ahora – dijo ella –. La contestarás a su debido tiempo ... y el universo te elegirá para ello.

¿Crees que se puede cambiar el destino de la humanidad con una sola decisión?

Transcurrió una semana. Amanecía en Toledo y Lorca observaba desde su coche el imponente edificio del Alcázar. La fortificación descollaba sobre una colina enjambrada de tejas que se encaramaban desde las lindes del río hasta sus muros. *La cumbre por la Concordia*, que así fue bautizado en los medios de comunicación, no se desarrollaría en el Alcázar a pesar de ser la opción que manejaron los organizadores. Fue rechazada a través de una moción en el parlamento autonómico debido a su vínculo histórico con la Guerra Civil Española. La dictadura franquista lo había convertido en un elemento clave de su propaganda triunfal y esa asociación permanecía aún en la memoria colectiva. Los organizadores reorientaron sus propuestas y señalaron a la iglesia de Santo Tomé, donde lucía el inmenso lienzo del Greco desde el siglo XVI: *El entierro del Conde de Orgaz*. El arzobispado de Toledo y los encargados de su mantenimiento se opusieron, unos por transgredir el uso religioso del edificio, y otros alertando sobre el daño que podría causarse a un lienzo con más de cuatro siglos de antigüedad. Se decidió que el lugar más apropiado sería la *Sinagoga del Tránsito*: un viejo edificio del siglo XIV que contaba con una enorme planta que fue sala de oraciones. Allí instalarían la mesa donde se sentarían los asistentes a la reunión, entre ellos los tres hombres más poderosos del mundo. Los edificios colindantes se reservarían para el trabajo de las comitivas que acompañaban a cada mandatario.

Anette fue asignada al grupo que coordinaría la seguridad en torno a la cumbre. Su equipo lo formarían miembros de la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil y los Grupos Especiales de Operaciones de la Policía Nacional, junto a una serie de agentes de Europol seleccionados por Anette. Se trataba de policías de máxima confianza que se encargarían de establecer los controles antiterroristas. Xavier fue incluido en la coordinación de la seguridad por ser el responsable de las investigaciones realizadas en el atentado del embajador ruso en Valencia. Él llamó a Lorca para que viajase a Toledo. Supuso que la detención de Susana Torres aclararía las incógnitas sin resolver en sus investigaciones. Lorca aparcó al otro lado de la orilla del Tajo y caminó por el puente de San Martín hasta el Paseo de Recaredo, donde se había citado con Xavier. Lo distinguió a lo lejos en un pequeño parque que lindaba con la plaza. A Xavier le acompañaba una mujer con gorra y gafas de sol, que atendía una llamada telefónica.

Lorca llamó la atención de Xavier y éste se abrió paso con su enorme presencia entre las vallas de seguridad.

– Me alegro de que hayas venido.

Xavier lo acompañó al otro lado de las vallas y se dirigieron hacia el monasterio de San Juan de los Reyes, en cuyo cenobio se estableció el cuartel general del operativo de seguridad. Xavier telefoneó a Anette para avisarle de que Lorca había llegado y que se encaminaban al monasterio.

Lorca distinguió a Jaime Camas, a lo lejos.

– Anette coordina a los miembros de seguridad de las tres comitivas que protegen a los mandatarios. Se presentará aquí en unos minutos.

Entraron a una de las salas donde los operativos de seguridad habían instalado un panel de pantallas para controlar los accesos. Había cientos de cables tirados por el suelo. Los agentes del área de apoyo técnico instalaban la red informática donde trabajarían los miembros del

control de seguridad. En un lateral, se desplegó un mapa de la ciudad de Toledo. En el punto donde se situaba el edificio de la Sinagoga del Tránsito, se dibujaban tres círculos que abarcaban distintos radios. Xavier le explicó que eran los diferentes anillos de seguridad que se estaban montando en torno a la cumbre.

– El primer anillo será el espacio físico donde negociarán los presidentes – dijo –, sus consejeros más cercanos y el equipo involucrado en la salvaguarda de cada mandatario. En el segundo se hallará parte de la comitiva y agentes de seguridad que vigilarán el acceso al primer anillo, para que no se produzcan sorpresas indeseables. Ahí se ubicarán los representantes de los medios de comunicación. El tercero abarca las calles aledañas. Desde este punto de mando controlaremos las posibles manifestaciones no autorizadas, y que no se produzca un acceso no autorizado al edificio. Anette, y un grupo de agentes de Europol y de las tres comitivas, diseñaron los planes de contingencia y evacuación en el caso de que se presente un problema.

Lorca observó el mapa e intentó situarse para comprender qué pintaba él ahí.

– ¿Para qué me has llamado? – preguntó.

Xavier esperaba la pregunta. Lo sacó de la sala, a los jardines del claustro.

– Cuando se planifica la seguridad de un evento así, se deben identificar todas las amenazas a las que nos enfrentamos. Hemos analizado las circunstancias que rodean la cumbre y...

– ...Como siempre, la amenaza terrorista es la primera de ellas – se adelantó Lorca.

– No olvidemos que los atentados provocaron esta espiral de tensión que ha hecho necesaria una cumbre.

Lorca se puso serio.

– Sigo sin entender qué pinto en todo esto.

Xavier se sentó bajo una de las arquivoltas. La luz del sol conquistaba el espacio de las galerías. Lorca siguió de pie y sufrió un repentino ataque de tos.

Xavier esperó a que se recuperase.

– Hiciste un buen trabajo con Susana Torres en Cuenca – le dijo –, y te felicito por la forma en que lo solucionaste. Con su detención resolvimos el asunto de los atentados y el asesinato de Joaquín Cervera. El delito de terrorismo cuelga sobre su cabeza y permanecerá incomunicada diez días al aplicarle los plazos que nos permite la ley.

– No pienso que sea tan sencillo implicarla en los atentados.

Xavier hizo un gesto de sorpresa.

– Anette y yo llevamos trabajando en este caso desde el principio. Susana Torres no es ninguna desequilibrada; en nuestra opinión, es la cabecilla de una organización que busca alterar las relaciones diplomáticas entre las grandes potencias, y la consideramos altamente peligrosa.

Lorca miró a Xavier y escrutó su mirada. Intentaba digerir la información.

Xavier advirtió las dudas de Lorca.

– ¿La crees a ella más que a mí? – le preguntó.

Lorca seguía serio y apartó la mirada.

– Mi opinión no importa.

– Me gustaría saber si Susana te proporcionó alguna información relevante. En comisaría declaró que cuenta con unos documentos de un valor incalculable, aunque no logramos que nos diese más detalles. Se cerró en banda.

Lorca reflexionó antes de responder.

– Tengo su biblia. Te enviaré un informe acerca de lo que había subrayado y en qué versículo estaba abierta.

– Hazlo si lo consideras conveniente – le respondió Xavier –, pero a mí eso no me dice mucho. Aparte de Adán y Eva, desconozco cualquier otra cosa que esté escrita en ese libro. ¿Quieres un refrigerio? Te vendría bien para la tos.

– Quiero regresar a Madrid. Necesito solucionar un asunto personal.

Xavier se encogió de hombros. Observó que su aspecto físico había desmejorado: lo hallaba más delgado, con la piel muy pálida y la mirada apagada.

– Me han informado que Nancy Pence viajará a España, invitada por la FAES. ¿Estará en Toledo? – preguntó Lorca.

– Lo dudo. ¿Qué pintaría ella en la cumbre? Es tan solo una candidata. No ocupa cargo gubernamental

– Susana Torres no está implicada en esos asesinatos.

Xavier se asombró por el giro de la conversación.

– ¿Lo dices en serio?

– Me lo dice mi intuición.

– ¿Crees en la existencia de la hermana gemela? Suena irreal, y si piensas que Dorothy es Nancy Pence, entonces me preocupa mucho tu estado emocional.

Lorca se enfadó.

– Nunca lo he afirmado.

– Me lo has insinuado con tu pregunta.

Lorca tosió. Necesitó unos segundos para responderle.

– Cuando finalice la conferencia y retomes la investigación sobre Susana Torres, no des por hecho que ella es culpable.

– Cuenta con ello – respondió Xavier –, pero entenderás que un tercer anuncio con la amenaza referida a un “*espantapájaros que va a dejar mudo al mundo*”, no me ofrece más alternativa que considerarla sospechosa.

Lorca negó con rotundidad.

– Estás equivocado, ese anuncio no proviene de ella. Lo trajo Cándido desde Cuba.

Xavier se disculpó.

– Os entendí erróneamente, pero qué más da. El anuncio está ahí, y si las comparamos con los otros que se hallaban en manos de Susana, nos hace ser precavidos.

Lorca mostró su disconformidad. En ese momento irrumpió Anette. Vestía con una gorra y el pelo recogido en un moño muy apretado. Sus gafas negras y sus labios cubiertos de un rojo carmín intenso le proporcionaban un aire de depredadora altiva.

– ¡Al fin puedo saludarte!

Lorca no reaccionó. Miró a ambos y finalmente decidió despedirse. Dio media vuelta y encaró el puente de San Martín en dirección a la otra orilla del río Tajo. Xavier y Anette lo observaron incrédulos mientras se perdía camino del puente.

– No es muy simpático – soltó la alemana.

– Ni tampoco es muy colaborativo. Esperaba otra actitud después de la detención de Susana Torres en Cuenca.

Anette lo miró de frente, desafiante.

– Te dije que era un veterano, de los que cumplen con su deber, y que no dudaría en arrestarla. Ojalá fueras como él.

Anette se alejó con paso acelerado, se paró unos segundos y miró a Xavier.

– Esta noche terminaré tarde. No me esperes despierto.

Sebastián Briski repasó las imágenes que se había descargado de la Universidad de Uppsala, en Suecia, donde las investigaciones sobre varios modelos matemáticos de las funciones del hipocampo, aumentaron la capacidad de aprendizaje en los individuos que participaron en el experimento, sin un crecimiento de su tamaño, que era lo que solía estar ligado a una mejora en la consolidación de la memoria. El incremento de esta potencialidad aumentaría la capacidad memorística hasta niveles inimaginables para el ser humano. Sebastián leyó la documentación del experimento y se detuvo en las referencias a su reconocido artículo “*Reaching utopia: the suppression of all human diseases through brain modulation methods*”, publicado en la revista *Nature*. Luego se acercó a un miembro de su equipo, Zhu Yaming, doctor en ingeniería cuántica, y se sentaron frente a una terminal de computación en un extremo de su despacho, en el centro Qinghai. Discutieron sobre los avances en las investigaciones enfocadas a las mejoras de las capacidades del cerebro humano, y coincidieron en que el proyecto Tianlong le daría un impulso definitivo. Previeron que, en menos de dos décadas, los estudiantes de doce años poseerían un cociente intelectual superior al de Einstein, Newton o Stephen Hawking, lo que abriría un enorme abanico de posibilidades cuando esas mentes se incorporasen a los medios de producción vinculados a la ciencia y la tecnología.

– Millones de mentes geniales que oscurecerán nuestros logros – dijo Sebastián –. Pasaremos a la historia como los pioneros de un conocimiento que ellos sí conquistarán.

– ¿No te enorgullece? – le replicó Zhu –. Usted ha hecho que todo se acelere. Ha sido la palanca de Arquímedes sobre la que se ha movido el mundo.

Sebastián miró a su ingeniero y le comentó que cuando finalizara su proyecto en Qinghai, se retiraría a disfrutar de una vida más reposada.

– El mundo se mueve demasiado rápido – dijo –; en uno de esos giros, nos aplastará a todos.

– ¿A todos?

– En realidad, solo a nosotros, a los que somos dueños de hipocampos normales, cocientes por debajo de doscientos, o con la sensibilidad aún para derramar una lágrima al leer un poema.

Zhu se sorprendió.

– La muerte de la sensibilidad me aterra – confesó –. Si sucede, nos iremos por el desagüe de la evolución.

Sebastián respondió con una fría sonrisa que perturbó a su ingeniero, luego se levantó y rebuscó entre varios dossiers repartidos sobre su mesa. Se fue a su terminal y accedió a uno de los servidores para la ejecución de los complejos algoritmos sobre los que se desplegaban sus modelos matemáticos, miró uno de los laterales y extrajo un cristal de memoria en la que titilaba un micro-led. Un movimiento torpe de sus manos hizo que la pieza de cristal cayera al suelo y rebotase sobre una tarima colocada junto a su pizarra digital. Sebastián la cogió y la introdujo en un ordenador para comprobar que funcionaba sin problemas.

– ¡Parece mentira, doctor Briski! Esas memorias son indestructibles, no necesita que lo compruebe.

La máquina desplegó una docena de pantallas donde se mostraban varios entornos de

desarrollos integrados, en los que se ejecutaban millones de cálculos; todos a la vez. Sebastián se quedó inmóvil, contemplándolos.

– A veces – dijo –, pienso que mi sistema ha sido uno de los muchos intentos por comprender la Serendipia a lo largo de los años. Tuve la suerte de coincidir con estas máquinas capaces de operar todos los cálculos requeridos para encontrar las bases con las que programamos un cerebro,

– ¡Como todo! – le replicó Zhu –. Junte eso con los superconductores de neutrinos o las comunicaciones sobre la tecnología del entrelazamiento cuántico, y comprobará que forma parte del mismo todo. La invención de la imprenta facilitó la divulgación del *Principia Mathematica* de Newton y *El Origen de las Especies* de Charles Darwin. Nadie piensa que lo importante de esos libros fuese su difusión gracias a la imprenta, sino el contenido. Usted les ha dado un nuevo contenido a esos descubrimientos.

Sebastián sonrió mientras cerraba las sesiones de su servidor. Introdujo el dispositivo de memoria en el bolsillo de su chaqueta y miró a su ingeniero con intención de responderle.

– Todo el mundo piensa que creamos dioses.

– ¿No lo cree? Serán más parecido a un dios que a nosotros.

Sebastián recordó a Susana y la sonrisa fría retornó a su rostro.

– “*Eritis sicut daemones*”. Seréis como demonios.

Aparcó a dos calles de la casa y caminó nervioso, con la tos a punto de desbordarle la garganta; con ese dolor en el pecho que le crujía por dentro. Los coches cruzaban por delante y Lorca seguía paralizado. Echó un vistazo al cielo de Madrid, apretó el álbum y el sobre entre sus manos; y anduvo como si sus pies estuviesen atrapados en un lodazal. Subió hasta la planta donde se hallaba el apartamento de Clara, se sentó en uno de los escalones y esperó en el pasillo hasta que llegase.

No había marcha atrás.

Colocó el sobre y el álbum encima de sus piernas, sacó una carta arrugada de uno de los bolsillos de su chaqueta; y pensó.

Pensó en qué decirle.

Pensó en cómo reaccionaría.

Pensó en si controlaría la situación tan extraña que estaba creando.

Decidió que lo haría así en cuanto vio la foto de Clara en su pared; y después, al contemplar los pétalos de clavel guardados en una caja con el dibujo de un ángel.

Yo soy el ángel que dibujaste – musitó Lorca para calmar sus nervios mientras tamborileaba con los dedos –. Yo era quien entraba en tus sueños de bebé, te susurraba unas buenas noches mi princesa y te decía duérmete tranquila, que ya no habrá más monstruos en el armario, que ahora solo verás campos repletos de girasoles y cielos azules que huelen a rollos de canela y vainilla, a lavanda y a flores de jazmín; a rosas y albahaca.

El ascensor se abrió y Clara apareció con Julián, su novio. Lorca se puso en tensión, cerró el álbum, guardó la carta en el bolsillo de su chaqueta, respiró hondo, y retuvo la tos.

Clara se adentró en el pasillo y se lo encontró igual que una aparición: la silueta de un extraño que no lo era y que tampoco debía estar ahí. Aquel hombre maduro que había despertado su curiosidad y ternura estaba en el portal de su casa igual que un acosador. El terror y la precaución se adueñaron de ella. Clara se agarró a Julián con fuerza y detuvo su paso. Su novio se le encaró y Lorca se mantuvo inmóvil y le suplicó un segundo de su tiempo. Ambos se mantuvieron precavidos.

Lorca levantó el álbum de fotos y se lo ofreció.

– Ahora es tuyo. Lo he guardado todos estos años porque quería entregarte una parte de tu vida.

Clara lo miró. Había algo llamativo en su mirada que no percibió antes y que traía recuerdos envueltos en olor a *Heno de Pravia* y polvos de talco. Miró a Julián y decidieron entrar en el apartamento. Clara cerró la puerta y Lorca se sentó en el sillón del salón. Julián se apartó a un lado y se situó cerca de él, en una silla de la cocina.

– Ahí lo tienes – dijo –; es el número de la policía y solo precisa que lo pulses. No he venido a dañarte. Nunca lo haría.

Clara abrió el álbum sin perderle de vista y se detuvo en algunas fotos: Eran imágenes de una niña recién nacida sobre los brazos de una extraña; la misma niña, más grande, con el pelo rizado y de pie, sosteniendo su peso sobre los codos y con las piernas cruzadas. Fotos de una niña que bebía de un enorme biberón en los brazos de un Lorca más joven, sin canas, con los mismos ojos azules y el hoyuelo de la barbilla, que traspasaban el sepia de las Polaroid.

– ¿Quién es esta niña? ¿Es tu hija?... ¿Era tu hija?

– Así es.

Clara las repasó hasta que por fin entendió que esa niña era ella. Negó con la cabeza.

– No sé por qué has venido, ni entiendo que afirmes que soy tu hija. Cualquiera que indague en mi vida, sabe que soy adoptada. ¿Quién te lo ha dicho?, ¿algún bocazas del laboratorio? Ahora ya sé que me vigilabas. Yo, igual que una tonta, pensaba que era por otro motivo. Muy hábil por tu parte al abordarme en el bar.

– Fuiste tú la que hablaste conmigo.

– Seguro que me indujiste.

– ¿Con un carajillo que resultó no serlo?

Clara se calmó, sin bajar la guardia. Lorca se sinceró.

– Sí, estuve allí por ti. No me habría comportado de este modo si no fuese porque se agota mi tiempo.

Clara lo observó. Su aspecto había empeorado desde su último encuentro.

– Estás enfermo, ¿verdad?

Lorca bajó el rostro para no enfrentarse al escrutinio de su mirada.

– Puede que me quede un par de meses; no mucho más. Me voy sin miedo porque no espero nada al otro lado, ni el cielo ni el infierno. Ya viví mi vida y no deseo otra; pero antes quiero arreglar un asunto.

– No eres mi padre – le replicó –. Eso es algo que se siente, y yo no te siento. Aunque me entregaras una prueba de ADN, mi padre es el hombre que aparece en esa foto. Ellos me criaron y son los únicos a los que permito que me llamen hija. No se te ocurra hacerlo.

– No pretendo arrebatarle a nadie ese puesto – replicó Lorca –, ni a robarte el nombre de hija. Quien te adoptó, te regaló todo el cariño del mundo. He venido para devolverte una historia que te pertenece a ti más que a mí. Quiero que sepas por qué te entregué en adopción.

Clara se indignó.

– ¡Me tuviste que entregar! – exclamó –. Me lo cuentas como si se tratase de una obligación.

Lorca bajó la mirada y aplastó el sobre en sus rodillas. Ahora no era ese hombre serio, brusco y distante que no transparentaba sus emociones. No se reconocía a sí mismo.

– Soy policía nacional y pertenezco a los Servicios de Información, aunque hace años que trabajo metido en una oficina.

– Ahora pretenderás que te crea.

Lorca juntó las palmas de sus manos.

– Me conformo con que me escuches – le dijo –. Creerme será tu decisión. Te pido que mires ese álbum, en las primeras fotos.

Clara lo abrió de nuevo y empezó a hojearlo desde el final al inicio. Aparecían las fotos de una mujer de mediana edad, embarazada, junto a un Lorca que rondaba los cuarenta años. Ella con el semblante melancólico y él con rostro serio. En algunas fotos ella aparecía sonriente, aunque el brillo de sus ojos era mortecino.

– Se llamaba Merche; tu madre. La mejor compañera con la que compartí mi vida.

– ¿De qué murió?

– Se dejó morir. Se suicidó con extraordinaria lentitud y mi mundo se hundió; ese mismo del que me ausentaba una y otra vez abandonándola. Regresé demasiado tarde y para entonces la había perdido; y también te perdí a ti.

Lorca le entregó una nota amarilleada por el paso del tiempo para que la leyese. Clara le

dio el álbum a Julián y la recogió.

– Esa es la carta que me escribió tu madre antes de irse. La guardo desde entonces. Tú aún no habías cumplido dos años y habla de ti. Ella te puso el nombre de Clara porque pensaba que era un nombre lleno de esperanza. Cuando te adoptaron, te cambiaron los apellidos, pero el nombre se mantuvo.

Clara leyó la nota.

Me voy, me aparto de vosotros, es lo mejor para todos. No creas que mis tristezas provienen de ti, lo hago porque ya es hora de salir. Antes de marcharme, te pediré un favor que no me perdonarás nunca. Sólo yo sé por qué te lo pido. Deja que nuestra hija se aparte de tu vida y procura que la cuide una buena familia; nunca dejes de protegerla. Sé que sabrás hacerlo.

Me marchó, es lo que debo hacer. Te espero no sé dónde, quizá en ninguna parte; o quizá en todas.

Te buscaré cuando te oiga venir.

– No lo entiendo. ¿Ella te lo pidió?

– Así es.

El rostro de Clara se vistió con un gesto de reproche.

– Pero... pudiste no llevarlo a cabo.

– No me negué, y a pesar de los años transcurridos, trato de entender el por qué. Tu vida ha sido estupenda, la que yo nunca te habría dado.

Clara no disimuló su enfado.

– No entiendo cómo te pidió algo así.

– Tu madre fue la única persona que me conoció a fondo; creyó que era la mejor opción. Fue la mujer más inteligente y sensible que he conocido, y yo el estúpido más grande que apareció en su vida; y aun así me escogió. No le di una vida fácil y la aparté cuando mi trabajo me llenó de demasiadas cicatrices. Me equivoqué; y aquí estoy. He pasado media vida imaginándome otra paralela donde vivíamos los tres juntos.

Lorca levantó el sobre y se lo entregó a Clara. Ella lo abrió. Se fijó en el sello del notario y comenzó a leerlo.

– Eres dueña de un piso en el centro de Madrid – afirmó–. Te entregarán un poder notarial para que dispongas de mis cuentas bancarias. Hay bastante dinero. Entre una cosa y otra, dispondrás de un capital considerable. Te entrego la vida que quieras empezar.

Clara leyó los documentos, luego miró a Julián; y no supo qué contestar. Revisó las cuentas bancarias y no se creía las cantidades. Era mucho dinero, demasiado.

– No me puedo imaginar tu sufrimiento a lo largo de los años – dijo ella –. No tienes que demostrarme nada.

– Todo es para ti. Eres la única heredera y te pertenece. Me contaste algunos de tus planes; ahí tienes el dinero para realizarlos.

Lorca se levantó. Clara se apartó y él caminó hacia la salida. Después se dirigió a ella.

– Quiero que te quedes con las fotos. La carta me la llevo porque ese dolor es solo mío y no quiero que te contamine.

Lorca se giró y observó las fotos colgadas en la pared. En ellas aparecía con sus padres adoptivos.

– No merece la pena que te tortures – le dijo Clara –. Por fin siento que no hubo abandono. Ahora conozco tus razones; y te perdono.

Lorca sonrió cuando escuchó sus palabras, aunque no fue un gesto alegre, más bien una mueca amarga que le acartonó el rostro y le hizo negar con la cabeza.

– Cuando me informé sobre quiénes te adoptarían, procuré vigilarlos para comprobar que estarías bien; de no ser así, no lo hubiera permitido.

Comenzó a abrir la puerta. Clara lo miró con cara de sorpresa.

– Nunca te abandoné, pasé muchas noches en la calle atento a que la luz de tu cuarto se apagara. Te he visto crecer, entrar en la guardería y luego en el colegio, donde no me perdí una fiesta tuya. Mírate en aquella foto, verás que soy una de las figuras del fondo.

Clara retrocedió unos pasos y se desmoronó sobre el sillón.

– Yo fui ese “algo” que sentías y te cuidaba. Recuerdo que el día de tu comunión contemplé tu entrada en la iglesia con aquella corona de flores y tu sonrisa mellada; ese día supe lo que te regalaría.

El llanto la desbordó.

– Aquel día te llovieron claveles y miraste al cielo buscando a tu ángel. Solo tú y yo sabemos qué significan esos pétalos que guardas en tu caja, y ese otro pétalo con el que te fabricaste un colgante. Dejé de ser tu padre para convertirme en tu ángel de la guarda; pero mis alas ya no dan para más.

Lorca la miró por última vez; y se marchó. Cerró la puerta con suavidad como si aún estuviese esa niña de dos años que dormía en su cuna. Bajó a la calle, y cuando entró en el coche, echó una mirada al espejo retrovisor por si aparecía.

– Mejor así – se dijo.

Lorca arrancó el vehículo y se marchó.

La ciudad de Toledo se preparó para la acogida de los mandatarios. Los tres líderes mundiales habían aterrizado la tarde anterior en el aeropuerto Adolfo Suárez en Madrid, y después de un breve descanso se dirigieron a la Plaza de Armería para ser recibidos por la comitiva de bienvenida, encabezada por el Rey de España y la presidenta del gobierno, Isabel Sánchez. Saludaron a los diferentes séquitos según un estricto protocolo diplomático que acordó recibir primero al mandatario chino, luego al americano y finalmente al presidente de la Federación Rusa. Aquella ceremonia fue el primer gran acuerdo diplomático de la cumbre. A continuación, se celebró la cena de gala en el Palacio Real. La tensión era palpable en los saludos protocolarios entre los mandatarios y en la obligada sesión de fotos ante la docena de periodistas seleccionados por los gobiernos de cada una de las naciones. Caras de circunstancia, miradas de desconfianza y gestos serios mientras permanecían estáticos ante el paredón de fotógrafos. Los noticiarios de todo el mundo emitían en directo la ceremonia. Los periódicos actualizaban sus ediciones digitales al minuto y propagaban las opiniones de sus columnistas, colaboradores y expertos. El recorrido entre Madrid y Toledo fue supervisado tramo a tramo por miembros de la Guardia Civil de tráfico, y los accesos a los 73 Km de autovía que separaban ambas ciudades se llenaron de controles. El Secretario General de la ONU, António Leitão, emitió un comunicado para solicitar una señal de buena voluntad que permitiese la distensión en el ambiente previo a la cumbre. Nancy Pence, que ya estaba en Madrid para participar en las charlas de la fundación FAES, compareció en público desde el hotel *Villa Magna*, donde se albergaba, y declaró que no existía mejor señal de buena voluntad que respetar al pueblo norteamericano. Espoleó a la opinión pública de su país para que su presidente mantuviese los misiles intercontinentales *Peacekeepers* desplegados. Los rusos no se amedrentaron y activaron nuevos misiles Topols. Los chinos por su parte prepararon los Dongfengs.

Al día siguiente, y con el mismo orden protocolario del día anterior, los dirigentes fueron recibidos en la plaza del Ayuntamiento de Toledo, a espaldas de la Catedral. Uno tras otro, llegaron a la plaza y fueron conducidos en vehículos blindados hasta la Sinagoga del Tránsito. Un fuerte dispositivo de seguridad los protegió en todo momento desde su salida hasta que fueron acomodados en la Sala de Oraciones, sede de la conferencia. Se había dispuesto una enorme mesa en “U” con los norteamericanos en medio, los chinos a su derecha y los rusos a la izquierda. Un busto del emperador Carlos V presidía el fondo de la habitación, como si la historia quisiera recordarles los vericuetos de la humanidad en su discurrir por la tierra. Las diplomacias de los tres países acordaron la creación de varios grupos de trabajo que se reunirían para diseñar diferentes iniciativas de desarme. Las tres naciones ofrecieron su firme compromiso de cooperar para el restablecimiento de la concordia y desactivar la crisis. Se decidió que las reuniones se establecerían de dos formas: un conjunto de conversaciones bilaterales entre los tres países, y una serie de grupos de trabajo multilateral que trataría de limar las posibles desavenencias que surgiesen.

Los grupos de trabajo multilateral se crearían en torno a temas como control de armamento, seguridad en los océanos y políticas de intervención en el continente africano que, a petición formal de la Unión Europea, sería tratado para buscar una solución a la llegada incesante de migrantes africanos que desembarcaban en las costas europeas. Para Europa se trataba de una

cuestión logística más que humanitaria.

Los agentes encargados de la seguridad de la cumbre cerraron el primer anillo. Detrás de ellos se situaron miembros de la comitiva de los tres países, además de una fila de periodistas, fotógrafos y las cámaras de la televisión pública española, que sería la encargada de transmitir la señal al resto de las televisiones del mundo. En las calles aledañas se organizaron manifestaciones contra el orden político que se pergeñaba en la cumbre. Pancartas con todas las proclamas posibles se levantaron cerca del Museo de *El Greco*. Las fuerzas de seguridad evitaron que los manifestantes se aproximaran, e intervinieron con firmeza para que las concentraciones se disolvieran.

Xavier, móvil en mano, caminaba de un lado a otro y entró en el edificio de la *Sinagoga del Tránsito* para dirigirle una señal con el pulgar en alto a Anette. Ella observaba a los conferenciantes desde el segundo anillo de seguridad.

Los primeros compases de la cumbre sirvieron para que cada país, por medio de sus presidentes, diluyera cualquier tipo de compromiso que desacelerara el clima de agresión verbal. China no ocultaba su intención de liderar el mundo, con Rusia de escudero. Ambos construyeron un frente común contra el presidente norteamericano. Los consejeros militares que acompañaban a los mandatarios observaban los acontecimientos en actitud seria y de preocupación.

Las primeras conversaciones bilaterales entre americanos y rusos sirvieron para reprocharse todo lo ocurrido en los últimos setenta años. Fue un ajuste de cuentas a la Historia del siglo XX. El grupo de trabajo multilateral que trataría del desarme decidió postergar la reunión. La decisión fue tomada después de treinta minutos de conversaciones infructuosas en las que no se alcanzó ni el más mínimo consenso sobre cómo llevar a cabo las reuniones. La mayor tensión se vivió respecto a los atentados y el asesinato de la periodista norteamericana, Jessica Fisher. Los cruces de acusaciones envenenaron la reunión. El mandatario ruso mencionó el nombre de Susana Torres y que sus informaciones apuntaban a que era la cabecilla de una cédula terrorista que operaba bajo las órdenes de la CIA. Los americanos por su parte la vincularon con el FSB, heredera de la KGB soviética. Según informaciones de los servicios de inteligencia chinos, Susana Torres confesó que había ordenado atacar contra los mandatarios chino y ruso. La policía española desmintió, a través de un comunicado oficial, que Susana Torres hubiese efectuado semejante confesión, e insistió en que investigarían de qué fuente provenía esa falsa información.

Ese mismo día, entrada la tarde, Lorca visitó el despacho de Pascual Marín. Se lo encontró contemplando las imágenes de un televisor anclado junto a la estantería de su biblioteca. Pascual negó con la cabeza.

– Éstos se van a lanzar de todo. Vamos a ser un precioso juego de luces para los marcianos que nos observen.

Lorca se sentó y miró la pantalla.

– ¿Crees que se atreverán? – preguntó.

Pascual apuntó con su mano hacia el monitor de televisión.

– Los políticos son unos psicópatas sin remordimientos ni empatía – le respondió –. Créeme, no paro de codearme con ellos en los actos públicos. Con cariño y bondad no se prospera en la política.

– Nunca confié en ellos.

– Lo sé, Lorca. No he olvidado lo que os hicieron cuando os jugabais el tipo contra ETA. Esta gente siempre quedó bien en los funerales y luego miraban para otro lado según les convenía.

Lorca tosió con fuerza y pidió un vaso de agua. Pascual reparó en su aspecto demacrado. Aquella tos le despertó dudas sobre su estado de salud.

– Me preocupas – le dijo –. Nunca te he visto así. Deberías tomarte un tiempo y descansar.

– Pídeme cualquier cosa, menos tiempo. De eso no me queda mucho.

Pascual se resignó y un largo silencio se instaló entre ambos. Lorca se levantó y solicitó permiso para marcharse.

– Me han informado de que el caso de Susana Torres se da por finiquitado.

– Correcto – respondió Pascual –. Hiciste un buen trabajo al ganarte su confianza y detenerla en Cuenca.

– Yo no la engañé. Sabía que se la arrestaría, y así ocurrió.

– ¿Realmente se entregó?

– Solo sostengo que ella lo sabía.

Pascual se mostró confundido con las palabras que acababa de escuchar.

– No sé qué clase de embaucadora es esa mujer, pero si por alguna razón sientes que la has traicionado, no lo menciones; te lo pido por nuestra amistad. Nadie más ha de enterarse de esas ideas que rondan tu cabeza.

– La palabra traidor no es tan mala a primera vista.

Pascual esperó a que Lorca alargara aquella frase; no pasó nada. Lorca se dirigió hacia la puerta, y antes de abrirla preguntó sobre qué medidas se tomarían con el caso de Susana Torres.

– ¿A qué te refieres?

– Hablo sobre si se investigará la relación con su hermana gemela, Dorothy. No descartes que trate de atentar contra la cumbre o que asesine a otro diplomático.

Pascual necesitó unos segundos para digerir sus palabras.

– ¿Te tomaste en serio a Susana Torres? No existe Dorothy y todo fue una invención urdida por ella. Xavier Brunet y Anette Meyer nos han informado de la escasa veracidad de esa información. Sus investigaciones apuntan en otra dirección.

– Os equivocáis.

– Olvida este asunto. Se acabó. Susana Torres ha sido encarcelada y pesa sobre ella el delito de asesinato, y es posible que otro por terrorismo. No es poca cosa.

Lorca miró a Pascual; resignado. Se despidió y se dirigió a su despacho para reunirse con los miembros de su equipo de la Unidad Central de Inteligencia Criminal, en el CGI. Una sensación extraña le decía que algo no encajaba y que todo aquello no se solucionaría de forma tan obvia. Si Susana estaba desequilibrada o cuerda, era lo de menos; le resultaba anecdótico comparado con todo lo que había sucedido, incluida la cumbre. Pensaba que Dorothy era tan real como Susana. Lorca se sentó ante la mesa de su oficina y encendió el ordenador, introdujo las claves y accedió a los ficheros de la Policía Nacional, luego rastreó todo lo relacionado con Susana Torres. Recuperó los informes del asesinato de Dima Gólubev y de la periodista americana. Los releyó y por fin encontró el detalle que no le encajaba. Convocó a los miembros de su equipo a una reunión de urgencia. Lorca se dirigió a una pizarra y se afanó en escribir una lista de tareas que necesitaba resolver para demostrar a sus superiores que el peligro seguía presente.

Los miembros de su equipo repasaron la pizarra y comenzaron a trabajar. Visionaron las cámaras de la recepción del hotel Maxor, donde asesinaron a Dima Gólubev. Buscaron información sobre el servidor donde se hospedaba la web de Miquel Arranz, sobre el propio Miquel Arranz, la empresa en la que trabajaba y las investigaciones que se pusieron en marcha

acerca de los ataques a la embajada rusa desde la red de esa empresa, y también la información que se obtuviera acerca de Miquel Arranz al rastrear sus redes sociales, en particular su relación con el tatuador que frecuentaba en Madrid, Ira Malaka. Se precisaba la lista de los vuelos y hoteles que Susana Torres hubiera empleado en sus desplazamientos internacionales y, en particular, todo lo relacionado con su estancia en Malta años atrás.

– Por último, seguid con la reconstrucción de movimientos de Jessica Fisher y analizad las cámaras cerca de su domicilio en Valencia.

Lorca llamó a Cándido y Darío para citarse en el Instituto de Medicina Legal, aunque antes de llegar a la cita les preguntó.

– ¿Habéis informado sobre la frase del espantapájaros que Dorothy escribió en Cuba?

Los dos lo negaron. Lorca sintió que la sospecha se apoderaba de su mente.

– Creo que sufrimos una infiltración en la seguridad de la cumbre.

Cándido y Darío aparecieron en el Instituto de Medicina Legal y hablaron entre ellos acerca del aspecto desmejorado de Lorca. Darío ya le había preguntado por los resultados de los análisis y la contestación de él fue contundente: todo bien. Lorca entró minutos más tarde, cuando el forense, Justo Rodrigo, les informaba a ambos que el cadáver de Miquel Arranz ya no se hallaba en el depósito.

– La investigación se efectúa en Valencia y se ha trasladado el cuerpo al Instituto de Medicina Legal de allí. Tenéis fotografías detalladas del cadáver en el archivo digital.

– ¿Quién lo reclamó? – Preguntó Lorca.

El forense se acercó a su mesa, se sentó y tecleó en la base de datos del centro para contestar que fue a petición de Xavier Brunet.

– Estuvo aquí con vosotros la última vez, junto a la agente de la Europol.

Darío observó la reacción de Lorca y quiso salir de dudas.

– ¿En qué piensas? – preguntó –. ¿Nos limitan el acceso?

– No lo sé. Necesitamos saber qué buscan Xavier y la alemana.

Lorca llamó a la oficina para contactar con Javier Gómez, uno de los miembros de su equipo de investigación en el CGI, en quien depositaba su máxima confianza. Le ordenó que repasaran los historiales de los agentes Xavier Brunet y Anette Meyer sin especificar el porqué. Quería que recopilasen un pequeño informe y se lo enviaran a su correo electrónico.

Justo Rodrigo les avisó cuando accedió a las fotos del expediente.

– Si quieren – propuso –, les entregaré un resumen del informe forense.

– No hace falta – respondió Lorca, con tono seco –. Busco saber por qué Miquel Arranz vino a Madrid a tatuarse. Huyó de su trabajo, desapareció, y luego se presentó en Madrid para que le tatuaran no sé qué.

Darío señaló a la pantalla donde aparecía el escudo del camaleón enroscado sobre un cactus.

– Si lo recuerdas, fue ese tatuaje.

Lorca se preguntó si había algo que se le escapaba. En ese momento vibró el móvil; era Javier para informarle de que habían repasado las redes sociales de Ira Malaka, el tatuador. Habían compilado una selección de las fotos con los tatuajes de Miquel Arranz y uno de ellos lo identificó dentro del informe de su asesinato: el escudo del camaleón sobre el cactus.

– ¡No se imagina qué sorpresa nos hemos encontrado! – le anunció Javier.

– No estoy de humor para sorpresas.

– Hemos confirmado que todos sus tatuajes los realizó Ira Malaka. Lo confirmó el propio Miquel en sus comentarios acerca de una de las fotos.

– Eso ya la sabíamos – replicó Lorca –. Y también que el camaleón fue el último que le hizo.

– Negativo. La foto fue subida hace un año, y el informe sostiene que el tatuador declaró ante Xavier Brunet que se lo dibujó el mismo día de su asesinato.

Lorca puso el *manos libres* para que sus compañeros escucharan la conversación.

– ¿Y por qué el tatuador le mentiría?

– Eso habrá que preguntárselo a él.

Lorca mostró su confusión.

– Pero... yo observé el enrojecimiento de la zona que rodeaba a ese tatuaje.

– Tal vez lo retocara para despistar – propuso Javier –, y el que se tatuó no se aprecie tan a la vista.

– ¿Para despistar a quién?

– ¿Puedo intervenir, jefe? – sonó una voz de fondo.

Lorca identificó a Marcos Martín, otro de los agentes de su equipo y especialista en reconocimiento de imágenes.

– Soy todo oídos.

– Comprobamos el *Instagram* de Miquel y descubrimos un detalle que quizá sea interesante. Vimos que tenía un tatuaje con la cara de Kurt Weller, el agente del FBI de la serie *BlindSpot*. ¿Le suena?

– No veo series.

– La historia trata de una mujer con su cuerpo tatuado por completo que no recuerda ni su nombre ni su pasado. El FBI descubre que cada tatuaje representa una pista para resolver un crimen.

Lorca no disimuló su desorientación.

– Explícate mejor.

Ahora intervino Javier.

– Es una idea que puede resultarle absurda – dijo –. Siguiendo el hilo de las historias de *BlindSpot*, quizá ese último tatuaje contenga una información que Miquel quería que se conociera. Eso explicaría su viaje a Madrid.

Lorca miró a sus compañeros mientras sostenía el teléfono. No sabía de qué manera encajar la propuesta de su equipo.

– Si decidió ocultarlo, tampoco lo descubriríamos nosotros. ¿A quién iba destinado?

Lorca miró a Justo. Éste negó con la cabeza y les recordó que no fue él quien recibió el cuerpo cuando ingresó en el tanatorio. Listó la carpeta de imágenes del expediente y se fue a una foto que se le hizo en la parte más interior de sus muslos, justo donde aparecía otra zona enrojecida.

– Existe algo parecido en otra zona de su cuerpo – dijo el forense –, aunque ese enrojecimiento podría originarse de una simple rozadura.

Lorca le ordenó que enviara la foto a los miembros de su equipo. Pasados unos segundos, Marcos le respondió al teléfono.

– Recuerda a un código QR, pero no estamos seguros. Con esos códigos se almacena información, y si lo es, quizá nos conduzca a alguna web que Miquel colgara en Internet.

Justo Rodrigo intervino.

– Pediremos a los compañeros de Valencia que nos manden una foto de alta resolución con la máxima urgencia.

Lorca se despidió de Javier y les comunicó que en un rato se reuniría con ellos. Después se dirigió a sus compañeros.

– Darío, necesito que viajes a Toledo. Busca a Jaime Camas, el guardia civil con quien nos encontramos en Málaga. Me debe una por la detención de Susana; tal vez necesitemos su ayuda. Cándido, visita a Susana Torres y accede a su declaración ante el juez de instrucción. Todo nos sirve.

– ¿Para qué?

– ¡No lo sé! Es esta dichosa sospecha que ronda a mi mente y no me deja tranquilo.

Lorca caminó hacia su oficina en el CGI. Javier estaba en la máquina de café cuando se percató de su presencia.

– Hemos encontrado varios detalles interesantes...

Lorca le dio una pequeña palmada en el hombro y le comentó que en cinco minutos se reunirían. Se fue a su mesa, abrió el cajón, y sacó un frasco de oxicodona que había adquirido para aliviar su dolor. Tras unos minutos, y con su equipo cotejando opiniones, pidió a Javier que se acercara, sacara la lista del día anterior y repasaran las tareas.

Javier entró con su *tablet* y se sentó. Varios de sus compañeros se quedaron detrás, de pie. Javier echó una mirada a su informe.

– Investigamos los registros de las entradas y salidas de Susana Torres. Egipto, Cuba, Irán, China, la India y un largo etcétera de países ... pero ¿dónde no ha estado?

– En Malta.

– ¿Cómo lo averiguó? – le preguntó Javier.

– No lo deduje hasta tu respuesta. Sospechaba que ese registro de la Europol no se relacionaba con ella. Quizá fuera sobre su hermana gemela.

– Sabemos que fue realizado por la *Pulizija*, la policía de Malta, sin embargo, no podemos demostrar que se relacione con su hermana.

– Tal vez suplantó su identidad.

Javier levantó los hombros en señal de desacuerdo.

– También buscamos el informe referenciado en el registro de la Europol, y existe algo más llamativo. En él aparecen los registros de todos los implicados en el delito que se produjo en Malta, menos Susana Torres. No hay referencias a ella en ese informe.

– ¿Puede que la Pulizija no haya volcado la información completa del atestado?

– Han dispuesto de quince años para ello – respondió Javier –. Podríamos solicitar una consulta por vía administrativa; aunque nos llevaría una semana.

– No contamos con tanto tiempo.

Sonó el móvil y Lorca atendió la llamada de Cándido.

– Voy para allá, espérame ahí.

Colgó y llamó a Xavier, pero éste no respondió a su llamada. Lorca soltó un exabrupto y golpeó la mesa. Un largo y tenso silencio se instaló entre los presentes.

– Lamento informaros de que Susana ya no está bajo nuestra jurisdicción. El juez que instruye el caso le ha impuesto tres días más de detención en régimen de incomunicación, pero no será custodiada en una comisaría de Madrid, sino en la prisión provincial de Valencia. Se acabó.

– Es una pena, jefe – sonó una voz al otro lado de la oficina –, porque he hallado un dato que le podía interesar.

Lorca miró por encima de Javier y comprobó que se trataba de otro miembro del equipo, Pedro Márquez, también especialista en reconocimiento de imágenes. El agente giró la pantalla de su ordenador para que Lorca viese lo que aparecía.

– Esta es la cámara de la sucursal bancaria en la calle Romeu de Corbera. Hace esquina con la calle dels Sornells, donde se sitúa el domicilio de Jessica Fischer.

Lorca se levantó. Nada de lo que veía llamó su atención hasta que una figura corpulenta apareció por el lateral de la imagen. Un par de minutos más tarde llegó una segunda persona. Los dos estaban frente al portal.

– He visionado la filmación del vídeo. En la hora y media anterior, nadie entró ni salió del portal, salvo...

– ¡Jessica Fischer! – soltó Lorca.

– Aquí la ve saliendo; quince minutos después regresa. Su ropa es distinta a la que describió el recepcionista del hotel Maxor. Aunque no disponemos de todos los registros de ese día, creemos que huyó del hotel y escapó a su apartamento. Por la noche salió un momento y regresó. Unos minutos después aparecen estas dos personas.

– ¿Se las puede identificar?

– No. Se situaron de espaldas a la cámara del banco. Hemos consultado el registro de cámaras de vigilancia urbana de la zona; a quince metros figura una. La he visionado, pero no aparecen en ella. Revisaré el resto de las cámaras en los alrededores.

– Sospecho que no habrá nada en ellas – afirmó Lorca –. Lo hubiese leído en los informes.

– ¡Pues algo se les ha escapado! – Pedro le dio al *play* para que continuase la secuencia –. Ahora fíjese en lo que viene a continuación. Uno de ellos fuerza la puerta y entra, la otra persona se queda fuera; unos minutos más tarde el primero sale y ambos huyen.

Pedro pausó el vídeo.

– Nadie salió de ese portal en horas, salvo un vecino que bajó a tirar la basura; es muy probable que ellos cometiesen el asesinato. Fíjese ahora en qué ocurre en el momento de la fuga.

Pedro reanudó el video, los dos desconocidos se alejaron. A pocos metros tropezaron con alguien ataviado con un gorro aparatoso.

Pedro señaló a la pantalla.

– Fíjese en un detalle: esa tercera persona caminaba hacia atrás. Hay otro detalle: cuando tropiezan, se le cae un móvil al suelo.

Lorca lo observó hasta que comprendió lo que ocurrió.

– Tropezó con alguien que en ese momento se hacía un selfi – dijo.

– Correcto. Es muy posible que esa persona, sin pretenderlo, obtuviera una imagen de los supuestos asesinos. Ahí han dejado un cabo suelto. Las operadoras nos acaban de facilitar los terminales que estaban en esa zona de la grabación a esa hora. Hay un margen de error que depende de la distancia con las antenas y la fuerza de la señal, aunque al ser el centro de Valencia, con cobertura máxima, el margen es mínimo.

– Ponerlos en contacto con los propietarios de esos terminales.

– No hace falta. Era Miquel Arranz.

– ¿El hacker asesinado en El Retiro? – intervino Javier.

Lorca se recompuso de su sorpresa.

– Ahí tenéis el verdadero papel de Miquel Arranz en esta historia – les dijo –. Su único delito fue estar en el sitio equivocado y en el peor momento; y en eso coincidió con Jessica Fisher.

Javier no contuvo su asombro y repasó sus apuntes.

– Algo no encaja. En uno de los informes se mencionaba que los ataques a la embajada rusa en Madrid se efectuaron desde la empresa de Miquel. Eso lo implicaría.

– Temo que esa información sea falsa – propuso Lorca –. Resulta poco habitual que un hacker ejecute sus ataques desde su lugar de trabajo. Se están difundiendo demasiadas noticias

falsas.

– Entonces – murmullo Javier – ... una posibilidad sería que, al contemplar la noticia en la portada de *La Vanguardia*, sospechase de las personas con las que tropezó, y ante la duda prefirió quitarse de en medio. Por desgracia sus sospechas se confirmaron. Gracias a ese vídeo sabemos que vio sus caras.

Lorca seguía confuso.

– Aun así – dijo –, no entiendo por qué no interpuso una denuncia, ni...

Lorca se quedó dubitativo durante unos segundos. Todos a su alrededor se quedaron a la expectativa.

– Quiero que me respondáis a unas preguntas. ¿Alguien ha reclamado los videos?

Pedro tecleó en su ordenador.

– Desde la CIA hasta la Europol. A todos se les remitieron los informes, no consta que se haya enviado los vídeos. Al menos, por el momento.

– ¿Qué compañero de Valencia se encargó de la transmisión de esos informes?

– Xavier Brunet.

Todos se miraron.

– De acuerdo. ¿Existe alguna tecnología de última generación para el rastreo de un individuo y localizarlo?

– Le confirmo que sí – respondió Pedro –. Contamos con un software que funciona igual que un sistema integral de inteligencia. Este software construye toda la información a partir de lo que se filma en las cámaras de vigilancia urbana y las llamadas telefónicas, e incluso del rastro que aparece en las redes sociales. Con Miquel se pudo emplear para localizarlo. Es un software de uso policial y solo nosotros accedemos a las cámaras urbanas.

Lorca se levantó y se situó en el centro para dirigirse a ellos.

– Veréis – les dijo –, Ayer repasé los informes del asesinato de Jessica Fisher y algo no me cuadraba. En uno de ellos se señalaba que la frase escrita con sangre por el asesino se correspondía con un versículo de Éxodo 21 que clamaba a la venganza: “*Ojo por ojo, diente por diente*”. Xavier Brunet la habría identificado según pone en el informe, sin embargo, él me confesó que desconocía todo sobre la Biblia, lo que se contradice con la identificación de ese versículo de una forma tan rápida.

Javier volvió a intervenir.

– Entonces... ¿Qué sugiere?

– Quizá lo leyó antes – le respondió Lorca–. En otro informe firmado por el agente Lluís Peret, de la policía científica, se hablaba acerca de una biblia que encontraron en el domicilio de la norteamericana y señalada con un *marcapáginas* justo en el mismo versículo. Se sospecha que el asesino la habría leído e improvisó. Aún hay más.

Lorca marchó a su mesa y abrió el correo electrónico que Cándido le envió con la fotocopia del artículo de opinión de la revista *Bohemia*, donde figuraba la frase de *El Mago de Oz* que presentaba al espantapájaros.

“*Y el Mago de Oz dice: Dorothy llenará la cabeza del espantapájaros para que deje callado al mundo. Entonces, yo decidiré la partida*”

– Esta frase, aparte de vosotros ahora, solo la conocíamos Cándido, Darío y yo. Nadie más. A Xavier se le escapó el otro día cuando charló conmigo en Toledo. Cometió un error; y solo existe una forma de que la conociese.

– ¡Dorothy! – respondió Javier.

– Es lo que creo. La fuente que informó a Cándido de la existencia de esta noticia nos

explicó que alguien desde Canadá se la solicitó años atrás. Es probable que fuese Dorothy y que Xavier esté ligado a ella. Todo esto lo convierte en un posible sospechoso.

– ¿No podríamos enviar un aviso para que lo retengan? – propuso Pedro –. Nuestras conjeturas son suficientes para que al menos nos deba unas explicaciones.

– Si las conjeturas son ciertas, el problema sería otro – dijo Lorca –. Es improbable que Xavier trabaje en solitario. Será la punta de un iceberg donde haya más gente implicada y seguramente ya estén infiltrados en la cumbre. Ahora mismo no sé en quién confiar. Avisaré a Darío para que establezca una discreta vigilancia y enviaré a Cándido a Toledo. Cuento con vosotros, recordad que no sabemos a lo que nos enfrentamos.

Javier se mostró inquieto.

– No es por aguar la fiesta; imagínese que no sea él y que no exista allí nadie que sea un supuesto sospechoso. ¿Vamos a interrumpir la cumbre por un complot del que no estamos seguros de su existencia? ¿Ha calculado las consecuencias? Usted acaba de aceptar que no disponemos de suficientes pruebas.

– Eso ya no es así.

Lorca atendió esta vez a Marcos Martín. Se acercó a su mesa para contemplar la imagen en su monitor.

– Es el video de vigilancia del hotel Maxor. He leído el informe de Brunet y la filmación no se corresponde con lo que redactó. Según consta, visionó el video y observó que el recepcionista salía de la recepción y acudía fuera del hotel. Al parecer colocaron unos petardos en la entrada. Fíjese en la reacción del recepcionista. Durante el fragor de la petardada, un desconocido entró sin que nadie advirtiera su presencia.

– Leí eso en el informe.

– Ahora fíjese quién entra primero al hotel en cuanto el recepcionista llama a la policía.

– ¡Xavier Brunet!

– Exacto. Si se calcula el tiempo, es menos de un minuto. Buscaba controlar desde el primer momento el escenario del crimen. Ahora, quiero enseñarle otra imagen. Cuando Jessica huye, el recepcionista sale detrás.

Lorca observó el vídeo con detenimiento, no encontró nada destacable, salvo que el recepcionista regresó a su puesto y llamó a la policía. De pronto, recordó un detalle que leyó en el informe.

– ¡No ha salido nadie! – exclamó –. Xavier informó que visionó al asesino huyendo en el video mientras el recepcionista se hallaba fuera.

– El asesino se escondió arriba – propuso Pedro –. Xavier tomó el control para que se pudiera hackear el móvil del embajador y plantar las fotos que encontraron los rusos. Resultaba extraño que una información tan sensible no estuviese encriptada; no es lo habitual. El objetivo era que los rusos descubriesen esa información. Después Xavier debió colocar la tarjeta de memoria en la escena del crimen.

– Y maniobró para encargarse del caso – apuntilló Javier.

Lorca recogió su arma reglamentaria y les pidió que prosiguieran con sus indagaciones. Solicitó que alguien lo acompañase a Toledo. Tres agentes, incluyendo Javier, se ofrecieron voluntarios.

– Llamad a Pascual Marín e informadle de nuestros hallazgos para formalizar una solicitud de arresto, pero que no actúe hasta que lleguemos a Toledo y os avisemos. No sabemos quién está metido en esto.

Bajaron al aparcamiento y Javier se puso al volante. En el camino, sonó su móvil a través

del bluetooth del coche. Era Marcos quien llamaba.

– ¡Jefe! Esto le resultará interesante. Ira Malaka acaba de subir un tatuaje de Miquel a su red social. Y viene con un comentario:

“Aquí os muestro el último trabajo que le hice a mi amigo Miquel. Me pidió que lo compartiera si le ocurría algo. Descansi en pau”.

– Es el código QR de las fotos. Por eso le mintió a Xavier y así pretendía mostrarnos ese tatuaje.

– ¿Lo has escaneado?

– Yo y sus miles de seguidores. Os mando la foto que se hizo.

Javier sacó el vehículo de la M-30 a la altura de la Plaza de Toros de las Ventas y se detuvo, luego abrió el programa de mensajería y enseñó la foto de Miquel haciéndose un selfi con una pareja atrás. La figura del hombre era difusa. La mujer miraba de frente a la cámara y sus rasgos resultaban familiares.

Lorca mostró su sorpresa

– ¡Es idéntica a Susana Torres!

– No es Susana – afirmó Javier –. Nos pidió que preparásemos un informe sobre ella y por eso la reconozco. Se trata de Anette Meyer, nuestra colega alemana. También posee la nacionalidad norteamericana por parte de su padre, un exfuncionario de la diplomacia estadounidense que estuvo en Madrid y que después fue destinado a Berlín.

Lorca imaginó que Miquel debió reconocerlos y asustado no se atrevió a avisar a la policía; y que el propio Miquel era conocedor de los medios tecnológicos que dispondrían para localizarlo. Lorca también dedujo que fue Anette quien registró su ADN en las bases de datos de Europol, y esparció esos rastros en el cadáver de Joaquín para culpar a Susana. Supuso que fue ella quien llamó a Amparo Guerra desde Canadá; pero sobre todo entendió por qué Anette nunca quiso cruzarse con Lorca, siempre excusándose. Cuando lo hizo en Toledo fue disimulada tras una gorra y gafas de sol. No quería que descubriese el parecido con su hermana. Lorca pensó en Susana y sintió que debía protegerla. Un mal presentimiento recorrió todo su cuerpo. Llamó a Cándido para que no se dirigiera a Toledo y regresase con ella. Ese mal presagio se le hizo realidad.

– Lo siento Lorca, ya no la retienen en comisaría. Me informaron que Anette solicitó acompañar a los agentes que la trasladarán a Valencia.

Calvin Monroe subió al atril frente a un grupo de miembros del *Caucus* republicanos del Estado de Minnesota. Acababa de hablar con Nancy Pence, que seguía en Madrid lanzando unas declaraciones que no ayudaban a rebajar la tensión en torno a la cumbre. Para parte de la opinión pública norteamericana, la posible candidata a vicepresidenta se convirtió en un personaje antagónico al carácter prudente que se le criticaba al presidente Duke, acusado de timorato frente a dos animales políticos del calibre de Liú y Kozlov. Monroe no dudó en aumentar más la presión y sugirió al presidente Duke que cediera el paso a los dos generales del Estado Mayor que lo acompañaban: Mark Hyten, del cuerpo de marines, y David Gilday, de la fuerza aérea, para que fueran ellos los que tomaran las riendas de una cumbre que se alejaba de las soluciones pacíficas y discurría hacia un camino que tan solo conducía a un enfrentamiento armado. La Unión Europea manifestó su preocupación ante el hecho de que las declaraciones de un posible candidato, un populista defensor de la línea dura en política exterior, influyesen en el presidente Duke. El alto representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad de la Unión, Arnaud Ursule, les recordó que las decisiones militares solo conducían al desastre y a la guerra. El ministro federal de Defensa ruso, Yuri Demíдов, que no había acudido a la reunión de Toledo para ceder su lugar a Serguéi Shubenkov, general de las tropas aerotransportadas, declaró que ninguno de ellos se intimidarían si el camino elegido era ese, y recordó el lema de su ejército: "*Nadie, excepto nosotros*". El vicesecretario general del Comité Central del partido comunista de China, Hàoyǔ Zhào, reconocido seguidor de los cuatro libros del Confucionismo y miembro de la conocida como Diplomacia del Lobo Guerrero, no abandonó los analogismos con el "camino" y aprovechó para recordar una de las enseñanzas principales de Confucio: "*solo desde la calma y la reflexión se logra la paz mental, y es entonces cuando el camino nos será revelado*"; pero el presidente de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino, Zǐháo Yáng, más aficionado a las enseñanzas de *El Arte de la Guerra*, declaró:

– La civilización china lleva recorrido un camino de varios milenios; demasiados para que una nación que apenas existe en la memoria de los siglos trate de amedrentarnos. Hemos sido los primeros en abrir todos los senderos que la humanidad ha recorrido a lo largo de su historia; y en ninguno de ellos nos hemos apartado de las posibles consecuencias.

Tras la catarata de declaraciones, se decidió que la primera de las reuniones conjuntas de los mandatarios se aplazaría unas horas para que los diplomáticos de los tres bloques destensaran la crispación que atenazaba la cumbre. Muchos la daban por fracasada, aunque estaban de acuerdo en que no debía de suspenderse. Los científicos responsables del *Reloj del Apocalipsis* – el *Doomsday Clock* –, que mide el tiempo que separa a la humanidad del fin del mundo, adelantaron las manecillas a tan solo quince segundos de la medianoche: la hora del Juicio Final.

La sala de oraciones de la Sinagoga del Tránsito se hallaba vacía y el primer anillo de seguridad se abrió para que accediera el personal de apoyo. Darío se reunió en el tercer anillo de seguridad con Jaime Camas y le transmitió el mensaje de Lorca, aunque aún no le explicó las sospechas sobre Xavier. Cándido llegó y ambos esperaban la autorización solicitada por Pascual Marín para moverse con libertad por las instalaciones.

Al mismo tiempo, Lorca solicitaba a Javier que lo llevara hasta la comisaría de Madrid donde Susana Torres estuvo detenida en régimen de incomunicación. Quince minutos después se

personaron en ella. Lorca se identificó y un oficial de policía que lo reconoció fue directo a él para atenderle en persona.

– Necesito saber dónde está Susana Torres – Lorca lo dijo brusco y sin saludar.

– Se la llevaron hace dos horas.

El oficial miró a su compañero para que consultase los registros. Le informaron que la custodia fue firmada por la agente de la Europol, Anette Meyer.

– Pidió un furgón para trasladarla hasta el aeropuerto militar de Cuatro Vientos. Le asignamos tres agentes para acompañarla. No solicitó escolta motorizada, pero sí que la siguieran otros dos furgones para que cada uno se dispersara en trayectos diferentes hacia el aeródromo.

– ¿Hay alguna manera de comunicarse con ellos?

El agente miró extrañado a Lorca, luego se acercó a la radio de la comisaría para contactar con sus compañeros. Al cabo de unos minutos y tras varios intentos sin obtener respuesta, el oficial derivó la comunicación a una plataforma GSM que conectaba con los móviles de los agentes. No lo consiguió. El mismo agente avisó a varios de sus compañeros y solicitó una alerta para que se diese con la localización GPS del furgón. Fue localizado en Villaviciosa de Odón, al oeste del área metropolitana de Madrid. Estaba estacionado. Se procedió al envío de varias patrullas para que lo registraran. Lorca se apartó del mostrador y le hizo una señal a Javier para que lo acompañara. Salieron de la comisaría, y de camino al coche le comentó que necesitaba su ayuda, pero le recalcó que desconocía a qué amenaza se enfrentaban.

– Susana Torres no es competencia nuestra, así que eres libre de no acompañarme.

Javier esbozó una sonrisa

– Me quedo con usted – le respondió.

Lorca se tomó unos segundos para reorganizar sus ideas.

– Creo que sé dónde están. Iremos solos porque sigo sin fiarme de nadie. Por la carretera que va hacia Villaviciosa de Odón, la M-501, también se llega a Brunete. Sospecho dónde se encuentran.

Javier no disimuló su sorpresa.

– ¿En Brunete? ¿Por qué allí?

– Mis sospechas me señalan que las hermanas finalizarán una reunión que iniciaron hace muchos años. Nuestro objetivo es una casa en ruinas a las afueras del pueblo. Buscaremos un hospital que construyeron justo enfrente.

Cándido y Darío recibieron la autorización solicitada por Pascual Marín para desplazarse por las instalaciones de la Sinagoga. Buscaron a Xavier; no lo localizaron y nadie lo había visto desde hacía horas. Entraron a la sala de oraciones junto a Jaime Camas. Solo permanecía en el lugar el personal de apoyo y varios miembros de la seguridad. Cándido revisó el artesanado mudéjar que los techaba y Darío observó los balcones en los pisos superiores. Rebuscaron por todos los rincones: desde los frisos policromados de las paredes hasta el pequeño museo Sefardí que habían clausurado para la cumbre. También revisaron las tracerías de estuco donde situaron el busto del emperador Carlos V.

Intentaron identificar rostros, objetos o lugares que les despertaran sospechas.

– Vamos a centrarnos – propuso Darío –. No encontraremos nada si desconocemos lo que buscamos.

– ¿Y qué buscamos?

– Al espantapájaros.

– ¿No era Xavier?

– Xavier no es el único de nuestros problemas. Aquí tiene que haber un grupo bien organizado.

Cándido barrió con sus ojos toda la sala mientras musitaba la frase del tercer anuncio.

“Dorothy llenará la cabeza del espantapájaros para que deje callado al mundo”.

– ¡Eso es! – le interrumpió Darío –. Hay que buscar... ¡la cabeza del espantapájaros!

Volvieron sus miradas a las tracerías donde se colocó el busto del emperador Carlos V. Darío se acercó, lo miró con detenimiento y leyó una inscripción latina escrita al pie de la estatua.

“timor in corvos, in silentio mundi “

Cándido lo tradujo.

“El temor entre los cuervos, el silencio del mundo”.

Se miraron y luego desviaron su vista a la mesa de reuniones de la cumbre, sin disimular un gesto de espanto.

El coche llegó a la altura del hospital *Los Madroños*, en Brunete, giró a su izquierda para cruzar por debajo de la M-501, y transitó por un carril de tierra que los condujo a una cancela desvencijada. Tras ella aparecía un sendero lindado de cipreses enfermos que llegaban hasta el frontal de una casa abandonada. Un *Seat Ibiza* rojo se hallaba aparcado al fondo. Lorca salió primero y ordenó a Javier que se quedara, que le diera una hora, y si en ese tiempo no había señales suyas, que solicitara refuerzos.

– ¿No sería mejor que los llame ahora?

– Aguarda. Si sale alguien que no soy yo, te metes en el coche y los pides. Recuerda que este caso no es de nuestra competencia.

– Debería acompañarle.

– Quédate ahí y no te muevas.

Javier no se convenció. Entendió que debía obedecer, aunque no comprendiese la razón por la que su jefe actuaba de aquella manera.

Lorca prosiguió el camino despacio, igual que si contara los pasos en su cabeza. Escuchó el crepitar de la gravilla bajo sus pies y temió que Anette le apuntase a través de una de las ventanas. Alcanzó al coche, puso la mano sobre el capó del *Ibiza* y comprobó que seguía caliente. Dedujo que Anette lo robó en Villaviciosa de Odón cuando se deshizo del furgón policial; sabía que la localizarían por GPS. No quiso pensar en qué había ocurrido con los agentes que la acompañaron y mantuvo la cabeza fría.

La puerta estaba rota, los pernios desencajados y el dintel y la jamba hecha astillas. Se apreciaba el abandono de la casa y presentaba señales de haber sido ocupada ocasionalmente. Lorca echó mano a su pistola y se internó en el salón, avanzó unos pasos e inspeccionó dos enormes salas que se abrían a ambos lados. Todo a su alrededor presentaba un estado avanzado de deterioro: las paredes llenas de pintadas, los suelos de mármol salpicados con manchas de hoguera, y una estantería destrozada sobre el suelo cuyos tablones se apilaban junto a una chimenea repleta de ceniza. Lorca se adentró y observó una escalera que conducía al segundo piso. La barandilla yacía sobre el suelo y solo quedaban los peldaños en el aire. Se quedó en silencio y escuchó un murmullo procedente del piso superior. Subió los peldaños con la espalda pegada a la pared y la pistola cogida con ambas manos, apuntando hacia el frente.

Una vez arriba, el murmullo se escuchó con más fuerza. Lorca asomó la cabeza por el pasillo que conducía a las habitaciones y aguzó el oído para orientarse.

Las voces provenían de su izquierda, de la habitación situada al fondo. Caminó por el pasillo y apuntó en todas direcciones. Se acercó a la habitación y distinguió la voz de Susana, se fue a un lado de la puerta, respiró hondo y rogó que su tos no lo delatara. Entró de golpe y gritó. Anette le daba la espalda y apuntaba a su hermana. Ella estaba sentada y con las manos atadas a su espalda.

Anette no se defendió, ni reaccionó. Siguió de espaldas, levantó sus manos y se giró lentamente.

Lorca se quedó helado cuando contempló el parecido entre ambas.

– Arroja tu pistola al suelo – le gritó –, y acércamela con el pie. Después desata a tu hermana.

Anette obedeció y rio satisfecha.

– Lorca, me sorprende tu presencia aquí – soltó Anette –. Nunca creí que llegaría este momento.

La alemana aplaudió y miró a Susana.

– Estabas en lo cierto – continuó –. Cuando descubrí a quién habías elegido, pensé que no demostraría tanta inteligencia.

Anette apuntó con sus manos a Lorca antes de continuar.

– Si llevara sombrero – dijo ella –, me lo quitaría en señal de respeto, aunque en realidad esperaba tu presencia.

Lorca se sintió descolocado.

– ¿Me esperabas?

– Ambas te esperábamos – Anette miró a Susana –. Deseaba conocerte hace siglos; todos los que mis memorias del pasado me permiten recordar.

Anette no paraba de reírse. La alemana miró a Susana con gesto placentero.

– Aún no le has dicho quién es, ¿verdad, querida hermana?

Susana se limpió un hilo de sangre que brotaba de su nariz. Después negó con la cabeza. Lorca la miró enfadado.

– ¿De qué habla? – le preguntó.

Ella le devolvió una mirada fría.

– No te lo dije, porque no me creerías.

Susana se detuvo antes de terminar la frase.

– Lorca, tú eres el Mago de Oz, quien decidirá la partida.

Cándido y Darío contemplaron el busto de Carlos V y sospecharon que contenía una bomba. Se preguntaron qué hacer, si alertar a seguridad o actuar sin avisar a nadie.

Jaime Camas estaba en camino y se acercó a preguntarles si todo iba bien.

– Estupendamente – respondió Darío.

El guardia civil se alejó. Ninguno de los dos se fiaba aún de Jaime Camas. Maquinaron una solución.

– Quizá nos apresuramos al pensar que haya una bomba ahí – dijo Cándido –. Imagina la que liaríamos si es una falsa alarma. ¿Lo sacamos de aquí?

– ¿Y si explota cuando la movamos?

– Dudo que sea sensible al movimiento. Acuérdate de la bomba contra el embajador chino en Berlín. Se accionaba por control remoto.

– El problema es que desconocemos quiénes ni cuántos están implicados – dijo Darío.

– Puede que la bomba en el busto sea una distracción y el plan sea otro.

– ¿Crees que Xavier nos ha visto?

– ¿Lo ves por aquí? – le replicó Cándido –. Sabrá de nuestra autorización y eso le habrá sido suficiente motivo para despertar sus sospechas.

Darío revisó todos los rincones de la sala.

– Si nuestras sospechas son ciertas, la bomba explotará cuando entren los tres presidentes.

– Imagina qué pasaría si uno de ellos no es afectado por el atentado – dijo Cándido –. Se le acusaría de su autoría. Ni siquiera se precisa de un explosivo de gran potencia, basta con que retengan a Duke en la puerta y explote cuando Kozlov y Liú entren. Acusarán a los americanos.

– Hemos de reaccionar – resolvió Darío –. Esto nos viene demasiado grande.

– ¿Nos fiamos del guardia civil?

– Tendremos que hacerlo.

Jaime regresó y les informaron de sus sospechas. El guardia civil miró el busto, se acercó sin tocarlo y cogió la radio. Un grupo de personas se agolpó en la entrada: era el séquito del presidente chino. Liú llegaría en treinta minutos tal como estaba programado. Darío y Cándido fueron desalojados de la sala. Jaime Camas ya se había desentendido de ellos y caminaba hacia otra de las entradas, donde se agruparon los guardias civiles que acudieron a su llamada por radio. Cándido observaba la sala de un lado a otro mientras la seguridad lo empujaba. En un instante fugaz encontró a Xavier a varios metros por detrás del séquito del presidente Liú. El inspector los observó y les mantuvo la mirada unos segundos. Cándido avisó a Jaime y Darío consiguió acercarse unos metros en dirección a Xavier, que caminaba hacia una de las puertas de salida con el móvil pegado a la oreja. Jaime Camas y su grupo de guardias civiles ordenaron bloquear el acceso al séquito del presidente chino. Todo se convirtió en confusión. Xavier huyó y Darío comenzó a gritar para que lo detuvieran. Un disparo sonó a su espalda, y luego otro. La gente se lanzó al suelo y los miembros de la seguridad se apuntaron unos a otros con sus armas.

El caos se adueñó de la sala.

– ¿El Mago de Oz?

Lorca pensó que se trataba de una broma y que Susana no hablaba en serio, ni para construir sus delirios. Anette secundó a su hermana. La alemana fue a por una silla, se acercó a Susana y se sentó a un lado con una tranquilidad que lo desconcertó, porque aún la encañonaba. El dolor recorrió su cuerpo y el cansancio lo invadió, sin tener la oxicodona a mano. Agarró otra silla y la arrastró sin bajar la pistola. Susana no se movió, indiferente, a escasos centímetros de Anette. Lorca la miró confundido, Susana no mostraba intención de escaparse. Se sentó y pensó en sus siguientes pasos. Desconocía qué había ocurrido con los policías del furgón que quedó en Villaviciosa de Odón, ni qué diría cuando entregase a Anette, porque ni él mismo sabría interpretar las afirmaciones de la alemana. Ahora que las veía juntas, apreció que eran idénticas en los rostros y en las voces, distintas en los gestos y en su presencia. Susana destilaba una melancolía que no existía en Anette. La mirada felina de la alemana disfrutaba con la caza del hombre, mientras que los ojos de Susana reflejaban el miedo de una prisionera en vida. Anette lo acechaba para matarlo en algún descuido y Susana le observaba con gesto de complicidad. Ambas parecían vivir en sus propias locuras, lo que no tranquilizaba a Lorca.

– ¿Qué significa que soy el Mago de Oz? – les preguntó.

Susana alzó su cabeza, echó una mirada a su lado y vigiló a su hermana. Luego apretó los labios.

– Ahora puedo explicártelo – le contestó.

Anette disfrutaba del momento.

– Compruebo que mi hermana no te lo ha contado, o solo lo que le convenía.

Lorca rememoró sus conversaciones en Málaga, pero no recordó qué pudo ella explicarle y no le contó.

La alemana captó la incertidumbre de Lorca.

– ¿Nunca pensaste por qué quiero detener el desarrollo del mundo? – le preguntó –. Creerás que soy la malvada de este cuento de niños donde hay una princesa buena, mi hermana, la protectora de la humanidad, y yo soy la bruja que quiere someteros a todos los tormentos inimaginables para pulverizaros en un aquelarre nuclear.

Lorca observó a Anette y le recordó a una rea en busca de la indulgencia de un juez. Eso lo perturbó.

– Suponiendo que me creyese vuestra historia – le dijo –, reconozco que nunca entendí tus motivos.

Susana les interrumpió.

– Quizá recuerdes nuestras conversaciones en Málaga.

– Recuerdo demasiadas respuestas de aquellos días.

– ¿Te acuerdas que te cité una frase de la Biblia, del Génesis?

– Vagamente.

– Te conté que vinimos a la vida para cumplir con esa gran verdad que anunció la serpiente a Eva: *Eritis sicut dii...* Y seréis como dioses.

Anette la interrumpió con una carcajada que sorprendió a Lorca.

– Eres muy hábil, hermana. Lo reconozco. En lugar de ocultarle la verdad, finges que la

has aplazado hasta ahora.

Lorca seguía desconcertado.

– ¿De qué verdad habla? – le preguntó.

– Déjame que yo te lo diga – se adelantó Anette –. La otra gran verdad que se cuenta en ese libro es una amenaza.

Lorca no quería escuchar otra historia de designios bíblicos que le recordaban a malas novelas.

– ¿El Apocalipsis? – preguntó.

– Acertaste – le confirmó Anette –. Pensarás que soy una loca que quiere cumplir con un plan descrito en la Biblia, o algo similar. Ese apocalipsis no será culpa mía; en realidad, vengo a detenerlo. ¿No es así, hermanita?

– El Apocalipsis es solo una advertencia que suena estúpida si se analiza del mismo modo que una profecía – continuó Susana –. A la Biblia no hay que tomársela demasiado en serio.

– Acabas de decirme que era verdad – le dijo Lorca.

– Es cierto; como amenaza. Es solo un aviso, un posible escenario de futuro.

Anette se revolvió en su silla y Lorca volvió a encañonarla. La alemana levantó sus manos y le pidió calma antes de preguntarle.

– ¿Conoces la ecuación de Drake?

– Ni idea.

– Te la explicaré – le dijo –. Con ella se estima el número de civilizaciones que existen en el universo. Identifica los factores sobre los que se sostiene el desarrollo de una civilización. Al final se explica en una ecuación larguísima que ofrece el resultado de un número escandaloso de civilizaciones.

– ¿Esa ecuación es real? – preguntó Lorca.

– Es absurda en sus detalles.

Lorca no entendía a dónde quería llegar la alemana.

– Existe una forma más fácil de explicar lo cotidiano que resultan las civilizaciones – continuó –. Si nos guiamos por la estadística pura y dura, en nuestro sistema solar hay ocho planetas de los cuales cuatro son rocosos, los que pueden sustentar vida y permitir el surgimiento de una civilización. A nivel estadístico nos lleva a un caso de éxito de 1 entre 4. Replica eso en todas las estrellas que observas y calcula la cantidad de mundos que nos acompañan. Sin embargo, aquí nace la paradoja.

– La Paradoja de Fermi – intervino Susana.

– ¡Me alegra que la menciones, hermana! Suena a confesión por tu parte.

Lorca no salía de su perplejidad.

– ¿Qué es la Paradoja de Fermi? – les preguntó.

Anette recuperó su sonrisa felina.

– La paradoja nos cuestiona sobre por qué si hay tanta vida inteligente ahí fuera, no la detectamos.

– La paradoja en sí no lo es – intervino Susana –. Se trata de una advertencia que nos avisa de que no deberíamos hacer mucho ruido.

Lorca esperó a que alguna continuara la frase. Entonces le surgió una pregunta.

– Vuestra abuela afirmó que las generaciones futuras maldecirían el día en que pudimos quedarnos mudos. ¿Os referís a lo mismo?

– Así es – respondió Anette –. La ecuación de Drake identifica un factor “L” que se

refiere a los años en los que una civilización transmite señales. Ese factor “L” es el que genera la Paradoja de Fermi. Presuponemos que una civilización avanzada “quiere” emitir señales.

Lorca necesitaba huir y abandonarlas con sus delirios; pero seguía allí, en aquella situación irreal. Las palabras de su hija Clara golpearon su memoria y le recordaron realidades que aún no se entendían. Agitó su cabeza para no sumergirse en una locura que empezaba a normalizar. Miró a Anette y continuó con la conversación.

– Necesito que te expliques.

– Es sencillo – continuó la alemana –. El Universo es una jungla oscura y silenciosa donde acechan depredadores atentos a cualquier ruido. Si la presa se delata, será devorada. Con nuestro nivel tecnológico somos presas, no depredadores.

– Y... ¿lo mejor sería pasar desapercibidos? – preguntó.

Anette miró a Susana antes de responderle.

– Así es. He intentado que la humanidad no prosperase a lo largo de su historia. Procuré que viviéramos en silencio; y eso nos ha mantenido vivos. El universo está abarrotado de civilizaciones superiores a la nuestra, y el silencio que reina en él solo se explica si aceptamos que ninguna desea ser descubierta. ¿Entiendes ahora por qué existo?

– El silencio nos salvará – respondió Lorca.

Anette chasqueó los dedos y el sonido resonó en toda la habitación.

– No quiero destruir el mundo – le replicó –. Yo, y las Dorothy que me precedieron, hemos intentado que pasáramos desapercibidos para que nadie ahí fuera nos oyera. He interpretado el papel de la villana de la Historia, cuando jamás lo he sido. Ya conoces las tres normas del universo.

– La crueldad era la primera.

– Sí, el universo es terriblemente cruel.

– ¿Y no hemos sido ya demasiado ruidosos?

Anette soltó una nueva carcajada.

– Si te refieres a los mensajes que porta las Voyager en sus discos de oro para otras civilizaciones, despreocúpate. Si alguna civilización los encuentra, se irán a la estrella Rho Cassiopeiae, situada a 4.000 años luz. Los científicos de la NASA serán unos románticos, no idiotas. Y si te refieres a nuestras señales de radio, olvídate. Son demasiado débiles para distinguirlas del fondo de microondas generado por el Big Bang. Ni la civilización más avanzada nos reconocería en ellas.

– No siempre será así – interrumpió Susana –. Es imposible que nos estanquemos.

– ¡Y ahí nace nuestra tragedia! – soltó la alemana –. Esa trayectoria nos conduce hacia el desastre. Fuimos cazadores-recolectores hasta el descubrimiento de la agricultura hace diez mil años. Tardamos seis mil en crear la escritura, solo dos mil en inventar la máquina de vapor. Doscientos años en el descubrimiento de la energía atómica. Dos décadas en pisar la Luna. Una década a la computación, unos años a Internet. Cada año saltaremos a otro nivel tecnológico de forma imparable. Pronto, nos volveremos muy ruidosos.

– ¡Ese es nuestro destino! – replicó Susana.

La alemana se soliviantó.

– No tiene por qué – le respondió –. Imagina el encuentro con una civilización que nos lleve miles de años de adelanto tecnológico.

Lorca era testigo mudo de lo que escuchaba. Susana se encaró con su hermana.

– Nuestro destino es prosperar y evitar que ellos prosperen. Nos esforzaremos por dominar un nivel tecnológico donde aniquilar estrellas y sistemas solares sea algo cotidiano

como encender un ordenador. Es la ley Oppenheimer que impera en el universo. Cuando se alcanza esa tecnología, se participa en un juego de suma cero con el resto de las civilizaciones, y desde ese momento cumpliremos con nuestro designio: dispersar la vida de la tierra y ser la semilla de los mundos.

Anette se revolvió en la silla.

– El verdadero y peligroso tránsito de nuestra adolescencia tecnológica no es la autoaniquilación. El peligro yace en cruzar las fronteras de un universo que desea devorarnos. Solo hay una manera de evitarlo.

– ¡No cruzar esas fronteras! – se adelantó Lorca.

– ¡Correcto! Somos muchos, más de los que imaginas, los que defendemos ese propósito.

No estoy sola en mi misión.

– No cruzarlo nos condenaría a una nueva extinción – soltó Susana.

– No hacerlo evitará que caigamos en las fauces de otras civilizaciones. Nadie replica afuera. Nadie. Esos mundos se detuvieron en la segunda norma, la de la supervivencia. Pocos saltan a la tercera.

– Seguro que los que se atreven, lo logran.

– Habría que preguntarse cuántas de esas prósperas civilizaciones, incipientes en sus exploraciones espaciales, se toparon con una civilización que las exterminó.

Lorca intervino. Sus dudas sobre la cordura de las hermanas aumentaban y temía por su vida.

– Tal vez no quieran aniquilarnos.

– Observa nuestra naturaleza – replicó la alemana –. Fíjate en cómo hemos prosperado sobre las otras especies de este mundo. Recuerda cómo la civilización europea se impuso en otros continentes.

– No, Lorca – intervino Susana –. El universo no entiende más que el exterminio. Si te consuela, la humanidad que conoces no propagará la extinción.

– ¿Otra confesión? – rio Anette –. Mi hermana te acaba de revelar que con nuestra anatomía y cerebro actual no iremos muy lejos. La evolución no nos concederá ese deseo.

– ¿Qué confesión es esa? – les preguntó Lorca.

Susana miró a su hermana, desafiante.

– El homo sapiens se extinguirá – le respondió –. Seremos un recuerdo genético. Cuanto antes saltemos a una nueva humanidad, más probabilidades dispondremos de no ser devorados por el universo. Quien consiga que demos ese salto a una nueva especie nos salvará.

Anette se regocijó tras aquella afirmación.

– Lo que nazca después – dijo –, resultará un ser terrible. Nos convertiremos en dioses, “*Eritis sicut dii*” dijo Eva en el Génesis. En realidad, nos engañaremos, seremos demonios, *Eritis sicut daemones*. En el universo tan solo prosperan los demonios.

Lorca alzó su mano y les pidió que callaran. Empezaba a sufrir una crisis de ansiedad. Dirigió su mirada a Anette.

– Dudo que una guerra nuclear solucione nada.

– No habrá tal cosa. La contención que provoca el miedo nuclear traerá el conflicto a los terrenos tradicionales de los océanos y los continentes, y conducirá a la humanidad a una guerra por extenuación que durará décadas. Morirán cientos de millones y el orden mundial cambiará. Las naciones más poderosas serán las más oprimidas o desaparecerán. Se invertirán todos los recursos en la guerra y la ciencia solo prosperará si aporta potencia bélica a la contienda. Cada agravio se contestará con otro. Se paralizarán los procesos de manufacturación masiva de

comida, habrá hambrunas, los centros de energía caerán y las noches oscuras reinarán sobre los continentes. Sin electricidad regresaremos a la Edad Media y el mundo será un planeta repleto de refugiados que emigrarán hacia los lugares donde no se libren esas guerras, donde la hecatombe tecnológica no provoque tanto daño. La humanidad desandará sus pasos para retornar al lugar donde todo comenzó: al continente africano. El mundo quedará silenciado en el inmenso océano del universo; y ese silencio nos protegerá.

– No la escuches– soltó Susana –. Nos encontrarán y aniquilarán. Si no es así, vendrá una de las extinciones programadas.

– No la creas. No nos encontrarán, y tampoco somos los dinosaurios. No lo evitaremos cuando nos alcance un meteorito, pero sobreviviremos mejor o peor.

Lorca miró a una y a otra antes de responder.

– No voy a haceros caso a ninguna – les dijo.

– Eso no es posible – replicó Susana –. Eres el Mago de Oz y tú decidirás la partida.

Lorca se levantó del asiento, las apuntó con su pistola y les pidió que no se movieran.

– No, Lorca – habló Anette –. La partida finaliza hoy. Ella y yo moveremos nuestras últimas fichas y tú decidirás quién gana y quién pierde.

Se miraron y comprendieron que ninguna era superior a la otra.

–¿Firmamos tablas? – propuso Anette.

Susana le tendió la mano.

– ¿Recuerdas la pregunta que te hice? – Susana dejó a Lorca que rememorara la escena –. Te pregunté si se podía cambiar la historia con una simple elección. Vamos a arrebatarte la pistola para matar una a la otra, y si hemos de matarte, no titubearemos. No nos detendremos hasta conseguirlo. Tienes una salida; decide a quién disparas. Solo a una de las dos. Ambas te prometemos que a quien salves, se entregará. Elige qué camino tomamos.

Lorca retrocedió hasta que su espalda rozó la pared, sin salida ni posibilidad de reaccionar frente a ellas. Ambas acortaron las distancias. Lorca les gritó. Susana y Anette se miraron por última vez.

– Es el momento de la elección – le soltó Anette –. ¿Enmudecemos o nos lanzamos al universo?

Segundos después, corrieron hacia él. Un ruido estridente atronó la habitación y se escuchó el sonido seco de unas costillas perforadas.

Un cuerpo cayó abatido gritando.

– ¿Por qué yo?

Las informaciones procedentes de Toledo resultaron bastante confusas. Se habló primero de un atentado que mató a los tres presidentes, luego se desmintió ante el pánico que se extendía por el mundo, y se dijo que los presidentes salieron ilesos y las fuerzas de seguridad habían intervenido para evitarlo. Finalmente se elaboró un comunicado por parte del Ministerio del Interior en el que se informaba de que la Policía Nacional había localizado una bomba en la sala de la cumbre, y que un grupo de unidades TEDAX la desarticuló. Después se habló de un tiroteo dentro de la sala contra varios miembros de los servicios de seguridad, de los que no trascendieron sus identidades, salvo la de Xavier Brunet, que murió en el tiroteo.

Nadie sabía con certeza quién movía los hilos detrás del intento de magnicidio.

Las acusaciones se cruzaron entre todos y los cauces diplomáticos se desbordaron. La cumbre se dio por fracasada y las delegaciones se marcharon de España. El jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas chinas, Wu Zhiqiang, y su homólogo en las fuerzas armadas de Rusia, Denis Lukyanov, ordenaron la movilización de sus ejércitos ante la posibilidad de un ataque en las próximas horas. El presidente del Estado Mayor conjunto de los Estados Unidos, Aries Merritt, reunió por videoconferencia a sus generales en sus principales centros de mando en todo el mundo para organizar la defensa contra una predecible ofensiva de los ejércitos chino y ruso. Se planificaron las estrategias de defensa en el Pacífico y los despliegues de tropas en Europa, Pakistán, Afganistán y Corea.

El secretario general de la ONU, António Leitão, junto con diversos líderes religiosos y políticos, efectuó un llamamiento a la calma.

La tensión crecía. Por la tarde, los periódicos y los canales de noticias de todo el mundo abrieron sus ediciones con referencias al nivel de alerta DEFCON 1 como único titular de una situación sin salida aparente.

Los portaviones y acorazados chinos partieron desde sus bases en el Pacífico al encuentro de los norteamericanos y sus aliados de la ASEAN. Las fuerzas terrestres de Rusia reforzaron sus fronteras y amenazaron con convertir a Europa en un erial. Los acuerdos entre los países de la OTAN se empezaron a aplicar, y todo hizo pensar que se repetiría la trágica historia de alianzas que sumió a Europa en la I Guerra Mundial.

La Real Marina Británica se unió a la Sexta Flota americana que partió de su base en Nápoles en dirección al Mar del Norte para su encuentro contra la armada rusa. Los ejércitos de Corea del Norte y Myanmar ofrecieron sus bases navales para unirse a la armada china.

Las noticias procedentes de España aún eran confusas y ahora se hablaba de una detenida relacionada con el intento del magnicidio. No se conoció su identidad, hasta que las primeras filtraciones provenientes de fuentes cercanas a los Cuerpos de Seguridad del Estado españoles informaron que se trataba de Susana Torres, detenida anteriormente y protagonista de una huida en la que fallecieron tres miembros de la Policía Nacional. Una cuarta víctima, Anette Meyer, agente de Europol, murió cuando trataba de arrestarla junto a varios agentes de policía.

La noche fue larga y tensa. Nadie dormía en ninguna parte del mundo, atentos a las noticias on-line, televisiones y las radios. Estados Unidos, China y Rusia anunciaron una tregua de varios días, aunque mantuvieron sus ejércitos a pocas millas unos de otros, dispuestos a dar el paso final. Sonaron las primeras amenazas para el empleo del armamento nuclear, aunque todo

indicaba a que el enfrentamiento se produciría en los océanos y luego por tierra en Europa, Asia y Norteamérica. Los analistas no se ponían de acuerdo ante ese escenario.

La ONU convocó una reunión de urgencia donde no acudieron ninguno de los tres países. Sus delegaciones diplomáticas se encerraron en sus despachos a la espera de nuevas instrucciones. Las primeras manifestaciones en contra de la guerra comenzaron a escucharse en las naciones enfrentadas; sin embargo, el miedo lo paralizaba todo.

A primera hora de la mañana se difundió una noticia inesperada. El director general de la Policía Nacional de España, Cristóbal Martín, convocó una comparecencia pública atendida por todos los medios de comunicación. Minutos antes se había filtrado la noticia de la confesión de Susana Torres que podía cambiar el rumbo de los acontecimientos. Lorca se hallaba en una discreta última fila. No había visto a Susana desde que Javier entró a la casa de Brunete y lo ayudó a arrestarla, con Anette Meyer tumbada a su lado sobre un charco de sangre. Susana estaba de rodillas, con las manos sobre la nuca y sin ofrecer resistencia. Lorca terminó sentado sobre el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y evidentes síntomas de un ataque de disnea.

El director general de la Policía Nacional expuso la confesión de Susana Torres, arrestada hacía unos días por su implicación en el asesinato de Joaquín Cervera. La confesión de Susana detallaba aspectos muy concretos de un plan que trataba de provocar una confrontación a nivel mundial. Declaró que fue ella quien dirigió el asesinato de los diplomáticos chino y ruso, además del asesinato contra la periodista norteamericana; y que ella, junto a un grupo desconocido de personas de diferentes nacionalidades, alrededor de unos cincuenta miembros repartidos en puestos estratégicos por todo el orbe, y bajo sus órdenes, quería la destrucción de una humanidad que se había apropiado de un mundo que no le pertenecía. Declaró que tocaba la hora de liberarlo, y que la mejor solución era provocar un enfrentamiento bélico entre las tres potencias que arrastraría al resto del mundo a su fin. No trabajaba para los intereses de ninguna nación ni organización. El funcionario mencionó que Susana y su grupo daban muestras de formar una especie de secta apocalíptica. Cristóbal Martín mencionó parte de la confesión de Susana Torres en la que declaraba que para ella fue sencillo enfrentar a los estúpidos líderes del mundo e iniciar una caída al abismo, en una fila de fichas de dominó. El resto de la declaración dibujó el perfil de una persona mesiánica que hablaba de juicios finales, apocalipsis y justicia divina. El director afirmó que muchos de los datos que aportó Susana Torres habían sido corroborados por sus investigadores.

Lorca escuchó la declaración, pero se fue a mitad de la conferencia sin ganas de escuchar el resto. Caminó entre la multitud encerrado en sí mismo; solo pensaba en Susana y su gran mentira. Ella se condenó a un castigo de por vida para que la humanidad continuara un progreso que la llevaría a cumplir su fantaseada “tercera norma”. Lorca dedujo que Susana dijo esas mentiras porque sabía que de ese modo se pararía el conflicto a punto de estallar. Le ganó su partida de ajedrez a Anette, aunque en la mente de Susana, esa partida se la había ganado a todas las Dorothy que se sucedieron a lo largo de los siglos.

Los primeros movimientos ciudadanos contra la guerra ahora eran mayoría. Atestaron la plaza Roja de Moscú, la de Tiananmén en Pekín y el National Mall de Washington. Las pancartas de *Nobody declared war to me* – Nadie me declaró la guerra – se hicieron ver por todas las manifestaciones y se convirtió en el Hashtag #NobodyDeclaredWarToMe; el más popular de la historia.

Al fin, las delegaciones diplomáticas de los tres países se vieron las caras en la Asamblea Extraordinaria de la ONU. Fueron recibidas con aplausos por el resto de los países.

Nancy Pence fue abucheada durante un mitin en Ohio y comprendió que su carrera política había acabado. Calvin Monroe se desmarcó de sus declaraciones incendiarias en una grabación en YouTube propagada por las redes sociales. Alentó al presidente Duke para que las grandes naciones mostraran su grandeza en los tiempos de paz. Miembros prominentes del partido republicano solicitaron en público su dimisión y que retirara su candidatura a las elecciones presidenciales. La presión interna de su partido obligó a Monroe a anunciar su dimisión por supuestos motivos de salud.

Los responsables de *El Reloj del Juicio Final* aparecieron en escena, y lo atrasaron un minuto.

Los presidentes de China, Rusia y Estados Unidos iniciaron los primeros movimientos que hacían prever una retirada inmediata de sus ejércitos. El primer paso lo dio el presidente Duke. Con semblante tenso, aunque con un ligero matiz de sosiego, anunció que había ordenado a todos los generales del Estado Mayor que iniciaran el repliegue de las tropas estadounidenses hacia sus bases en todo el mundo.

– Nuestra nación no emprenderá un camino que solo nos llevará a un único lugar: a ninguna parte.

El presidente supo que se había ganado la reelección, era lo que más le importaba. Los dirigentes de China y Rusia actuaron del mismo modo y lanzaron a sus ciudadanos un mensaje lleno de términos pacifistas y concordia, confiando en que aquellas palabras, confitadas con el almíbar de la paz, hiciesen olvidar a la opinión pública el abismo donde casi se habían despeñado.

Las redes sociales ejercieron de vasos comunicantes para que cada persona en el planeta se concienciara de que ellos no le habían declarado la guerra a nadie de otro país, ni tampoco nadie de otro país se la había declarado a ellos. El lema de #NobodyDeclaredWarToMe fue cincelado en un muro de granito y se instaló a las puertas del edificio de las Naciones Unidas.

En su siguiente Asamblea General se propuso la disolución del Consejo de Seguridad para que cada país dispusiera de un solo voto y todos tuvieran el mismo valor. La situación apuntaba a que se iniciaría una era de verdadera paz, con los mismos ejércitos, las mismas bombas nucleares, las mismas injusticias y los mismos conflictos en los países en vías de desarrollo, aunque con la conciencia, en cada habitante del mundo, de que ningún político ni dictador los podría llevar ya al desastre.

Los días y los acontecimientos se sucedieron, y cada uno de aquellos momentos se convirtió en histórico: la disolución definitiva del Consejo de Seguridad, la refundación de las Naciones Unidas para dotarla de poder legislativo y ejecutivo de ámbito mundial, y la declaración universal de los derechos por la paz que abarcaría a cada pueblo y nación de la Tierra.

A Susana Torres la trasladaron al módulo de aislamiento en la prisión de Alcalá Meco, a la espera de que se celebrara su juicio. Sobre ella pesaba una petición de la Corte Penal Internacional que la juzgaría por crimen contra la Humanidad. Desde la declaración que hizo pública el director general de la Policía Nacional, no soltó ni una sola palabra que no fuese un gracias cuando le traían su comida. El resto del tiempo lo pasaba en completo silencio.

El estado de salud de Lorca empeoró y decidió que su tregua había terminado. Era hora de abandonar su trabajo y no disimular. Aparcó en su último día fuera de las instalaciones del Complejo Policial de Canillas y no avisó a nadie porque no quería esforzarse en despedidas ni gestos de afecto. Caminó durante unos minutos hasta que llegó a la entrada del complejo. Observó que dos policías salieron de sus garitas para cuadrarse frente a él. Un pasillo

improvisado de compañeros se formó para saludarle con un gesto de la cabeza en señal de admiración. Lorca no escondió su mal humor y el pasillo continuó por las escaleras y los corredores hasta acabar en su oficina. Los miembros de su equipo lo esperaban de pie.

De frente, emocionado, se hallaba Pascual Marín, cuadrándose ante él. Lo saludó de forma marcial y agachó su cabeza en señal de respeto para decirle en tono afectado.

– Fue un honor estar contigo en la misma trinchera, amigo.

Lorca les concedió una breve sonrisa.

Sebastián Briski ascendió en el elevador a la última planta de la Gateway Tower, en el distrito Sur de Hong Kong, una de las zonas residenciales más caras del mundo. Entró al restaurante y un camarero lo acompañó a una mesa reservada con vistas a la bahía. Su madre lo esperaba sentada ante una botella de champán *Louis Roederer* y dos *flautas* de cristal de Murano. A su espalda, la oscuridad de la noche quedaba rota por la silueta de los rascacielos que destellaban con millares de cuadraditos luminosos. La ciudad nunca descansaba.

Sebastián abrió la botella de champán.

– ¿Qué tal en Jiuquan? – preguntó ella.

Sebastián terminó de servirse y alzó su copa.

– Brindo por este país. Han dejado atrás al resto del mundo – Dieron un sorbo largo –. Lo que he visto en Jiuquan convierte al proyecto Tianlong en mucho más ambicioso.

– También nosotros somos más ambiciosos – replicó su madre.

Sebastián le devolvió una tímida sonrisa mientras ella observaba sin disimulo la marca de nacimiento en su frente. En un acto reflejo, se atusó el flequillo para ocultársela.

– La doctora Xijing asesora a un centro de instrucción de medicina aeroespacial – le informó –. Quieren aplicar nuestros resultados en Qinghai para solventar ciertos problemas “humanos”. Sus avances en propulsión espacial chocan con lo que una persona puede soportar en un viaje a esas velocidades.

– *Eritis sicut daemones* – replicó su madre – En el universo solo prosperan los demonios. Y así será.

– Las posibilidades que ofrece “la granja”, son infinitas.

Ahora ella alzó su copa para un nuevo brindis.

– Quiero brindar por lo que Susana Torres nos enseñó – dijo –. Nunca entendemos el alcance real de nuestras vidas porque nadie llega a conocer sus consecuencias. Tú eres una de esas consecuencias.

– ¿Lo dices por mañana?

– Así es – le contestó ella –. Mañana será 29 de febrero.

– Entonces, brindemos también por Lorca.

La mañana amenazó tormenta y antes del mediodía cayó una tromba de agua que dificultó el tránsito por Madrid. Lorca llegó a su antigua casa, en la calle General Margallo, para una última visita. Se sentía agotado y le costó abrir la puerta. La casa rebosaba luz, con sus paredes recién pintadas y las puertas barnizadas. Caminó despacio, recorrió el salón y los dormitorios, y comprobó que todo estaba vacío, sin muebles. Los retiró todos para que Clara iniciara su nueva vida sin ningún anclaje del pasado.

Entró en una de las habitaciones y vio un pequeño jarrón de cristal con dos claveles. En él había una nota adhesiva con el dibujo de una sonrisa. Clara había aceptado su regalo y le mandó esa señal. El notario ya le avisó que ella había firmado la documentación y recogido las llaves. Lorca la esquivó y no fue con ella para que no contemplase su deterioro físico. Solo hubo una petición antes de firmar: que le permitiera ir una mañana y que no lo esperase; quería revisar las cajas con los libros de Merche y permanecer a solas un rato. Lorca no quería deshacerse de esos libros sin hojearlos. Decidió regalarlos, pero necesitaba despedirse, posar las yemas de sus dedos sobre los viejos lomos de sus cubiertas y recuperar los recuerdos que le traían de ella.

Se sentó en el suelo y abrió una caja. Nunca se fijó en esos libros ni les prestó atención, y ahora que los observaba, descubrió que estaban repletos de párrafos subrayados y notas escritas en los márgenes. Sintió desasosiego cuando leyó las notas de Merche: nada de lo que leía le encajaba y todo le confundió. En aquellos párrafos aparecían los presagios de su melancolía destructiva. Los libros se apilaban en el suelo mientras buscaba a través de ellos a la mujer que decidió marcharse. La rabia le hizo arrojarlos contra la pared, cada vez con más furia, hasta que reconoció uno que había visto antes: la biografía de Konstantín Tsiolkovski; la misma que Cándido trajo de la casa de Susana.

Lo abrió y encontró en ella una dedicatoria. Y se arrepintió de no haber acabado con Susana Torres.

Lorca viajaba en taxi por una estrecha carretera donde apenas había tráfico. A los lados se distinguían los extensos eriales amarilleados por la hierba seca. Al frente, una pequeña rotonda daba acceso a la entrada principal de la prisión de Alcalá Meco. El taxi estacionó junto a las garitas de vigilancia. Lorca bajó y mostró su documentación y placa. El vigilante comprobó su identidad y confirmó que habían recibido un pase autorizado desde la dirección adjunta de la Policía Nacional para que visitase a Susana Torres. Fue conducido por un funcionario de prisiones hasta la entrada del edificio, entregó sus pertenencias y pidió permiso para que lo dejaran entrar con el libro de Konstantín Tsiolkovski. Observó la fecha de un calendario colgado en una de las paredes.

Era 29 de febrero.

– Apenas habla y no dirige la palabra a nadie desde que entró – le comentó el funcionario.

Lorca no respondió. Le faltaban fuerzas para seguir su paso por los pasillos que conducían al módulo de aislamiento.

– La reclusa no ha recibido visitas desde que ingresó, salvo su abogada de oficio. La trasladaremos a una sala para las comunicaciones entre familiares. En el pasillo se situarán dos compañeros que entrarán cuando usted lo solicite.

Lorca le dio las gracias mientras el funcionario le hablaba sobre normas y procedimientos que no atendió. Entraron en la sala, se sentó en una banqueta de plástico clavada al suelo, y fijó su mirada en un reloj que colgaba encima del dintel de la puerta.

Susana entró acompañada por dos funcionarios y le quitaron las esposas. Ambos esperaron a quedarse solos. El funcionario cerró la puerta y en ese momento Lorca lanzó el libro de Konstantín Tsiolkovski sobre la mesa.

– ¿Te suena? Ésta debe ser otra de las cosas que se te olvidó contarme.

Susana observó el libro.

– Veo que lo encontraste – le dijo –. No debió haber sido así.

– Lo que nunca debió ser es que Merche se suicidara, ¡hija de la gran puta! Debí matarte.

Susana le retó con su mirada.

– ¡Eres el Mago de Oz! No estaba en tu mano acabar con las dos. Te correspondía elegir.

Lorca se abalanzó sobre ella y la agarró por el cuello. Durante unos segundos apretó su garganta hasta sentir que ella se asfixiaba. Lo hizo en silencio, sin pensar en lo que hacía, solo quería acabar con ella. Susana lo miró como si lo deseara y Lorca la soltó. Ella se levantó y boqueó para recuperar el aire mientras su cuello palpitaba enrojecido. Los funcionarios entraron alertados y Lorca les informó que todo estaba bien, que la prisionera se había caído y la ayudaba a levantarse. Susana lo confirmó y volvieron a estar solos. Él le lanzó una mirada de odio. No la mató porque comprendió que deseaba morir, no iba a concederle ese consuelo. El dolor en el pecho lo obligó a apoyarse sobre la pared para recuperar el aliento. Las cápsulas de oxicodona apenas le concedían breves treguas.

Susana seguía con el pecho agitado, cogió el libro, lo abrió y con voz asfixiada le leyó la dedicatoria escrita. Estaba firmada por ella, veinte años atrás.

“Para mi estimada Merche. Has aceptado que somos meros instrumentos en esta vida.

Aunque seamos indispensables, moriremos ignoradas”.

Lorca no contuvo su furia.

– ¿Por qué lo hiciste? – le preguntó.

– Merche aceptó su destino. No planeé su muerte.

Lorca la miró de frente.

– Le metiste en la cabeza tus mierdas y se hundió. Padecía una enfermedad que confundí con la tristeza. No supe ver ese mal, ni tampoco a ti. Ahora comprendo que tú eras esa psicóloga de la que a veces me hablaba. El número que encontré junto a ella en su mesita de noche era el de una psicóloga. El teléfono estaba descolgado, así que sospecho que te llamó a ti antes de suicidarse. Nos jodiste la vida.

Lorca se derrumbó sobre la mesa. Susana esperó antes de hablar.

– Conocí a Merche a través de una excompañera del departamento – le dijo –. Un día me la presentaron y percibí en su interior un aura que me sobrecogió. Era tan limpia que le hice entender lo importante que sería su destino; y lo aceptó. Te vi por primera vez en su entierro. No lo recordarás; me acerqué a darte el pésame y te contemplé con la misma claridad con la que veo a tanta gente anónima que aparece en mi camino, y en los que reconozco a quienes cambiarán el curso de la Historia; solo que tu Historia era mucho más grande que este mundo.

Susana se incorporó en su silla.

– Los vericuetos del universo son líneas entre dos puntos que nunca deseábamos unir. Su muerte me condujo a ti.

Lorca no disimuló su espanto. Recordó la imagen de un rostro desconocido bajo los paraguas de una mañana lluviosa en la que enterraron a Merche.

– Te lo explicaré – le replicó –. Tu abuela era una psicótica que contagió su locura a tu madre, que a su vez os contagió a tu hermana y a ti. Sufres un delirio al que me arrojaste hace veinte años creyendo que la muerte de Merche y yo formábamos parte de tus desvaríos.

– No deliro. Su muerte tenía un fin.

– Asustaste a Merche y su enfermedad hizo el resto. Le diste el último empujón para hundirla. Si no te hubieses cruzado la habría rescatado; y mi vida sería diferente.

Susana mantuvo su mirada retadora.

– También hablamos de tu hija porque ella era parte de su destino. Le conté que en vuestra hija percibí un don que nos superaba a todos.

Lorca enloqueció.

– Esa niña era lo que Merche más quería en este mundo, ¡hija de la gran puta!

Lorca hundió su cabeza entre los brazos. Susana quiso tenderle una mano, pero se detuvo cuando él le escupió una mirada de odio.

– ¡La asustaste, pedazo de cabrona! Merche debió pensar que le harías daño y quiso esconderla de ti. La entregué en adopción porque me lo pidió. Creí que fue porque me vio incapaz de cuidarla, y pensé que la condenaría a la misma desolación que mató a su madre. Me fui de tu apartamento sin entender cómo adivinaste la pena que me devoraba. Ahora lo sé, hija de puta.

– Créeme, jamás busqué dañarte. Ella aceptó su destino y el de tu hija.

– ¡Tú hiciste que muriese! La arrojaste al precipicio de su depresión con tus locuras. Debía haberte disparado.

Susana se encogió de hombros.

– Fue tu elección; y ocurrió así porque me creíste.

– No. Lo hice para no mandar el mundo al garete, por eso me decidí por ti.
Susana clavó su mirada en Lorca y perfiló una sonrisa de superioridad.

– Siempre me creíste, aunque no lo aceptes. No preguntaste por qué te elegí. Esa pregunta la hubiese hecho alguien que no me creyese.

– Le disparé a tu hermana porque usé el sentido común.
– Perdiste la oportunidad de entender tu decisión.
– No había nada que entender.
– Tomaste una elección que cambió la historia del universo. Te lo avisé en Cuenca.
Lorca golpeó la mesa con las dos manos.
– ¿Esa es otra de tus locuras?
– No – respondió ella –. El verdadero universo son los seres que palpitan en sus millones de rincones. Ese es el gran mecanismo que lo maneja todo, el gran secreto que se esconde detrás de sus decorados. El *Big Bang* de la creación es una anécdota comparada con el de la vida, con esa primera vez que una combinación química se convirtió en un ser vivo. Millones de vidas han sido condenadas con tu elección. Eres la mano que firmó las sentencias de muerte que se producirán en los siglos venideros allá a donde llevemos la semilla de nuestro mundo.

Lorca se apartó de ella y golpeó la puerta mientras la asfixia ahogaba su esternón. Los vigilantes abrieron y él corrió hacia la salida.

Susana hizo un amago de escapar y los vigilantes la retuvieron en la puerta.

– ¡El universo es imparable y no espera a nadie! – le gritó –. Recuerda lo que te dije, nunca entenderemos el alcance real de nuestras vidas. Ninguno lo veremos.

¡No estoy loca!
¡No estoy loca!

Lorca sintió que se rompía por dentro y aminoró su paso. Escuchaba los gritos de Susana al fondo del pasillo. Se tapó los oídos para que aquella locura no horadase sus tímpanos y salió al exterior. Buscó el oxígeno que no llegaba y escupió sangre a borbotones. Se tumbó sobre las escaleras de la entrada y miró al cielo.

Deseó que lo último que había escuchado fuera mentira.

Poco a poco la luz se apagó y los sonidos se enmudecieron hasta que se sintió dentro de una cápsula oscura. Un calor agradable recorrió su cuerpo y una mano suave le acarició. Una luz iluminó aquella cápsula y apareció sentado en el salón de su antigua casa. Lorca reconoció el lugar; y fue entonces cuando se giró hacia ella para sacarla de su soledad acompañada. Le habló de esto y aquello, aparcó la bilis que le amargaba el aliento y lo cambió por besos que no sabían a tabaco negro, sino a te quiero mi vida y no estés triste, que tenemos tantas cosas que hacer que si te las cuento me van a faltar dedos de las manos.

Dame tu mano, Merche; y no la separes nunca más de la mía.

Habían transcurrido siete años desde que Lorca falleció. Los que lo trataron se sorprendieron de su muerte en silencio. El entierro fue multitudinario y recibió de forma póstuma la Medalla al Mérito Policial. Darío la recogió en su nombre, y conociendo a Lorca como lo conoció, supo qué decir en su funeral.

– Esta medalla le habría hecho la misma ilusión que le puede estar haciendo ahora mismo – dijo a todos –; es decir, ninguna. Así que, si no les importa, nos olvidaremos de esta tontería.

Susana Torres fue condenada por terrorismo y tentativa de homicidio en primer grado. Los psicólogos le diagnosticaron un trastorno delirante y se dictaminó su traslado a un psiquiátrico penitenciario en Madrid. Allí recibió la visita de Elvira Barros, su madre adoptiva, meses antes de que Elvira falleciese. Sólo en ese momento rompió su silencio y ambas se perdonaron mutuamente.

Un año después, Susana Torres apareció muerta en su celda. Los forenses dictaminaron que la causa fue una disfunción orgánica. La autopsia detectó un tumor en el hígado que sufrió en silencio hasta que la enfermedad le provocó un fallo hepático. La noticia de su muerte recorrió las redes sociales, abrió portadas y llenó de minutos los programas de debates. Varios días después ya nadie la recordó.

La Ciencia apreció los primeros síntomas de colapso y algunos expertos manifestaron que había aspectos del conocimiento que requerían un salto que no llegaba. Las experimentaciones realizadas en los aceleradores de partículas solo ayudaban a generar más y más hipótesis, pero ninguna realizable.

La tecnología también se vio afectada. Aunque mejoró por el empuje del mercado de consumo, se percibían los indicios de un estancamiento. El tamaño de los transistores presentes en los microchips estaba a punto de cruzar la frontera de los nanómetros, y se volvieron inservibles. No se podía avanzar más en la computación digital y todo quedaba a expensas de que los ordenadores cuánticos por fin se convirtiesen en una realidad.

Los avances en las investigaciones médicas se vieron afectados por el parón tecnológico, y muchos de los progresos esperados en la cura de algunas enfermedades no se produjeron. Los expertos ya lo calificaban como “La gran crisis del progreso”, y calcularon un tiempo mínimo de más de una década para salir de ella.

El bar de La Ballena Alegre recibió la primavera con la luz del sol colándose por los ventanales. El camarero abrió los toldos y atendió la mesa donde conversaban Darío y Cándido, que prefirieron sentarse dentro.

Una mujer entró con su hijo, de unos cuatro años. El niño estaba inquieto y no paraba de dar saltos. La madre lo sentó en la barra. Darío y Cándido se levantaron para recibirla. Era Clara Robles, la hija de Lorca, a la que conocieron en el entierro de su amigo y con la que mantuvieron contacto, aunque separados por la distancia. Meses después de la muerte de Lorca, se marchó a la Universidad de Buenos Aires a finalizar su postdoctorado; después se trasladó con su familia a los Estados Unidos y consiguió un empleo de investigadora en varios laboratorios especializados en el campo de la microbiología y la genética molecular. Los contactó para informarles que visitaría España y que tenían pendiente una charla sobre algo que pertenecía a Lorca, y que, según ellos, debía de tomar una decisión.

Los tres se fundieron en un abrazo.

– Os toca contarme qué hay aquí que, según vosotros, es mío.

Cándido sacó su móvil para enseñarle una foto.

– Esto te extrañará mucho.

Clara observó la imagen. Aparecían varios baúles apilados en una especie de sótano.

– ¿Qué es?

Darío le mostró la hoja notarial que Susana Torres entregó a Lorca en Cuenca.

– Esos baúles pertenecían a Lorca – le contestó –. Aquí tienes la cesión notarial de su propiedad.

Clara miró con detenimiento el documento y cayó en la cuenta sobre quién firmaba aquella cesión de bienes.

– No sé si quiero algo que perteneció a esa perturbada.

Cándido y Darío entendieron que era la ocasión de explicarle lo que contenían esos baúles.

– Se trata de una colección de un valor incalculable, no solo en lo económico; también histórico. Es tuyo. Susana Torres se lo cedió a Lorca y eres su única heredera. A ti te corresponde decidir.

Clara se preguntó qué contendrían para que los dos compañeros de Lorca los hubiesen cuidado con tanto ahínco.

– No creo que me los pueda llevar ahora.

– Por eso no te preocupes – le respondió Cándido –. Contrataremos a una compañía especializada en transportar obras de arte para que los entregue donde tú indiques. Si quieres, te los mostramos ahora.

– No dispongo de tiempo – Clara se lamentó –. Confío en vosotros. Estaré encantada de que me lo enviéis y crearé un espacio adecuado en mi casa. Lo acondicionaré para que no se deterioren. Cuando los examine, decidiré qué hago con ellos.

– Te advierto de que necesitarás de mucho tiempo para leer toda la documentación, incluidos unos diarios que encontrarás en uno de los baúles.

Clara miró a su hijo, entretenido en la barra con un batido de chocolate.

– Le dedicaré el tiempo que se merece cuando mi hijo me conceda una tregua.
– Por los gastos de transporte no te apures – dijo Cándido –. Nos encargaremos de ello.
– No os preocupéis. Gracias al dinero que recibí de Lorca, no sufro apuros económicos.
Cándido y Darío se regalaron una sonrisa de satisfacción.
– Lorca se hubiese alegrado – afirmó Darío–. Nadie supo que te cuidó toda su vida hasta que nos lo contaste.
Clara giró la cabeza en dirección a su hijo para observarlo emocionada.
– Lorca me dijo que me regalaba una vida; y así fue, pero no os hablo de la que tengo en los Estados Unidos. Me regaló la vida de ese niño. Su dinero me concedió el lujo de ser madre. Me permitió pagar el costoso tratamiento de fertilidad al que me sometí para quedarme embarazada. Ese niño existe gracias a Lorca.
Clara llamó a su hijo y éste salió corriendo hacia la mesa donde estaban los tres. Ella lo abrazó. El niño observó a Cándido y Darío con sus ojos azul aguamarina.
– ¡Si son los mismos ojos de Lorca! – soltó Darío –. La genética nunca miente.
Ambos sonrieron, aunque el niño siguió mirándolos muy serio.
– ¿Cómo te llamas? – le preguntó Cándido.
Clara lo animó a que contestase, pero no dijo nada. Ella le acarició el pelo. Debajo de su flequillo apareció una marca de nacimiento que se parecía a una mancha de chocolate.
– ¡Sebastián! – Contestó aquel crío de ojos azules que ahora les sonreía –. Me llamo Sebastián Briski.